

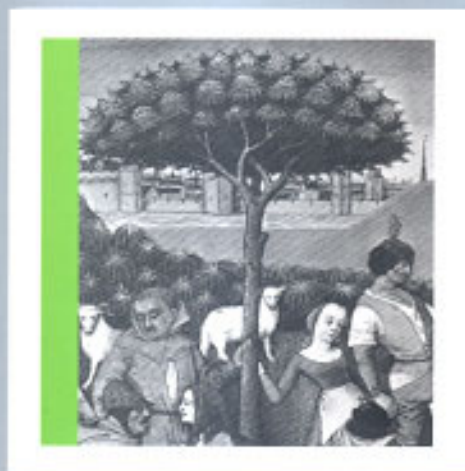
Revista internacional de ciencias sociales

Junio 1994

140

Balance actual de la Sociología II

**Dimensiones políticas,
económicas y sociodemográficas**



Balance actual de la sociología II

	Editorial	181
	Resúmenes	183
Bertran Badie y Pierre Birnbaum	Sociología del Estado: nuevas interpretaciones	187
John Keane	Naciones, nacionalismo y ciudadanos en Europa	203
Edmund Wnuk-Lipinski	Las vicisitudes del principio de mercado	221
Dimitrina Dimitrova	Trabajo, compromiso y alienación	239
György Széll	Tecnología, producción, consumo y medio ambiente	251
Heinz R. Sonntag	Las vicisitudes del desarrollo	265
Olayiwola Erinoshó	Los sistemas africanos de bienestar social, una mirada en perspectiva	285
Sudha Shreeniwas	La población en su contexto social	295
Roberto Cipriani	Religiosidad, Secularismo religioso y Religiones seculares	315
	Tribuna libre	
Michael Bruner, Allen Ketcham, Jim Norwine, Michel Preda	El sentido del sentido en la era postsignificante	323
	Servicios profesionales y documentales	335
	Calendario de reuniones internacionales	335
	Libros recibidos	338
	Publicaciones de la UNESCO	340
	Números aparecidos	342

Editorial

El presente número de RICS, como el que le precedió (Núm. 139, marzo de 1994), han sido consagrados a hacer balance de la sociología hoy. Los artículos de estos dos números se han redactado a causa de la preparación del primer volumen de una serie, que será publicada por la UNESCO en 1994, en colaboración con Blackwell Publishers, bajo el título genérico de «Ciencias sociales contemporáneas». Estas obras que aparecerán al ritmo de un volumen por año, darán cuenta del estado de la investigación y de las principales tendencias y estudios en las distintas disciplinas de las ciencias sociales desde una perspectiva internacional.

El método que hemos adoptado para la elaboración de estos volúmenes consiste en escoger como autor a un investigador de prestigio y rodearlo de un equipo internacional de especialistas de alto nivel, trabajando en los diferentes dominios de la disciplina. Estos especialistas envían sus textos al autor, que es libre de retomarlos en parte, o de utilizarlos como fuentes informativas a partir de la redacción del volumen y que están, por otra parte, publicados *in extenso* y firmados por él en la RICS.

Hemos escogido iniciar esta serie con la sociología. Los volúmenes que le seguirán, preparados siguiendo el mismo método, tratarán de la ciencia política, de las ciencias económicas, antropología, psicología, geografía, demografía, historia, relaciones internacionales, lingüística, estadística y ciencias empresariales. El autor del presente volumen sobre sociología es Neil J. Smelser, de la Universidad californiana de Berkeley. Es uno de los nombres más prestigiosos de la sociología contemporánea, Vicepresidente de la Asociación Internacional de Sociología y responsable de los programas de XIII Congreso Mundial de Sociología (Bielefeld, julio de 1994). También nos ha parecido particularmente bien situado para redactar esta obra. Los colaboradores que le rodean, cuyos artículos aparecen en la *Revista*, son igualmente renombrados sociólogos. Sus excelentes contribuciones han ayudado a Neil J. Smelser a hacer un balance realmente internacional y nosotros celebramos la aparición de sus textos en la *Revista*.

A.K.

Resúmenes

Sociología del Estado: nuevas interpretaciones

Bertrand Badie y Pierre Birnbaum

Las ciencias políticas han producido numerosos paradigmas para abordar el conocimiento del estado, como los de Max Weber, Durkheim, o Marx. Pero las contribuciones más recientes de la sociología histórica los han zarrandeado, cuestionando sus concepciones excesivamente universalistas y, a veces, evolucionistas o deterministas. A su vez, estas construcciones de la sociología histórica han sido discutidas, provocando un debate del que este artículo recoge los matices principales, poniendo de relieve los elementos más actuales: la crisis social y la crisis internacional del Estado.

Naciones, nacionalismo y ciudadanos en Europa

John Keane

La doctrina de la autodeterminación nacional es un invento de la Europa del siglo XVIII. Su subsiguiente impacto geopolítico sobre la región europea fue considerable, como han demostrado aún recientemente las revoluciones de 1989-1991 y el colapso de la Unión Soviética. No obstante, la coherencia teórica y las consecuencias antidemocráticas de la doctrina suscitan cada vez más dudas. En el presente artículo se analiza el postulado de que cada nación tiene derecho a un Estado territorialmente definido. Se afirma que la lucha por la autodeterminación nacional corre el peligro

constante de caer en el nacionalismo, cuyo desarrollo y efectos antidemocráticos, paradójicamente, se sustentan en el goce de las libertades democráticas por parte de los ciudadanos. Como los mecanismos democráticos facilitan la transformación de la identidad nacional en nacionalismo, se pretende demostrar que lo mejor para la democracia es abandonar la doctrina de la autodeterminación nacional y considerar que la identidad nacional compartida es una forma de vida legítima, pero *limitada*. Se presta considerable atención a las tendencias contemporáneas que operan contra el principio de la autodeterminación nacional, en favor de una «Europa posnacional».

Las vicisitudes del principio de mercado

Edmund Wnuk-Lipinski

La tesis general de este artículo puede formularse del siguiente modo: la ideología del mercado fue una considerable fuerza de movilización que contribuyó a derribar la economía centralizada en Polonia y en otros lugares de Europa central. La aplicación del principio de mercado, especialmente en una versión estrictamente neoliberal, pronto se tradujo en una cierta desilusión de la sociedad en general, y sobre todo de las capas sociales que constituían tradicionalmente la base más sólida del movimiento de Solidaridad. Desde que se emprendió el proceso de transición a la democracia y a la economía de mercado en respuesta a la presión pública, esta desilusión creciente constituye un serio obstáculo para la transformación ulterior de la economía.

El artículo trata más concretamente de las siguientes cuestiones: el legado estructural de la economía centralizada en las sociedades poscomunistas, los aspectos de integración y desintegración de la aplicación del principio de mercado y una evaluación provisional de las consecuencias del colapso del bloque soviético para la implantación de un mercado mundial.

Trabajo, compromiso y alienación

Dimitrina Dimitrova

En el artículo se examinan los cambios de actitud con respecto al trabajo en las sociedades industriales. En particular, se analizan las vicisitudes de los conceptos clásicos de «compromiso con el trabajo» y «alienación del trabajo» en el contexto de las distintas etapas de industrialización, sobre todo en lo que respecta al pasaje de la manufactura a los servicios, y también en el contexto de distintos «tipos» de industrialización, socialista o empresarial.

Tecnología, producción, consumo y medio ambiente

György Széll

Las relaciones entre tecnología, producción, distribución y consumo ocupan el lugar central de la economía política clásica. Si bien el examen de cuestiones ambientales se remonta al siglo pasado, para proceder a una integración coherente había que esperar hasta que la situación evolucionara en forma tal que fuese posible una evaluación. La evaluación tecnológica es una estrategia formulada a partir de los años sesenta e incluye los problemas ambientales. Estamos frente a un problema en el límite mismo de la economía, la sociología y las ciencias naturales. La teoría que se está formulando debe tener en cuenta estas distintas dimensiones. El debate sociológico reciente gira en torno al concepto de riesgo (Beck, Duclos) o de catástrofes. Estas contribuciones, si bien son muy pertinentes, adolecen de un planteamiento demasiado limitado y sobreestiman la dimensión exclusivamente sociológica. El tra-

bajo, y por lo tanto las formas de tecnología, producción y consumo, siguen encontrándose en el centro de la sociedad, incluida la solución de los problemas ambientales.

Las vicisitudes del desarrollo

Heinz R. Sonntag

Este trabajo analiza el nacimiento y consolidación del concepto de desarrollo desde 1945 en adelante, tomando como paradigma de sus teorizaciones la doctrina de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe -CEPAL. Señala los distintos ingredientes que hacían de esta doctrina una amalgama heterodoxa al incorporar elementos y aspectos provenientes de diversas corrientes de la economía y otras ciencias sociales, y discute algunas de las políticas derivadas de la misma. Muestra la capacidad movilizadora que tuvo entre amplios sectores y grupos sociales, sobre todo en las décadas de los 50 y 60. Examina sus éxitos, en términos de la modernización capitalista de las sociedades periféricas, y sus fracasos, debidos especialmente a la incapacidad de superar rasgos estructurales que fueron responsables de lo inconcluso, parcial y fragmentado de ese proceso. Describe la irrupción de la crisis (de transición) del capitalismo en el Tercer Mundo y el modo cómo ella afectó a la teoría del desarrollo, tanto en sus fundamentos como, particularmente, en su capacidad movilizadora. Termina por formular algunas preguntas a título de hipótesis en torno a cuestiones que el diseño y la puesta en marcha de un nuevo modelo de desarrollo deberían incorporar.

Balance de los sistemas africanos de protección social

Olayiwola Erinsho

En el presente artículo figura una reseña de los sistemas de bienestar social en África, de sus diversos estratos, objetivos, logros y deficiencias. Los sistemas de bienestar social africanos reflejan, en general, los antecedentes históricos y el grado de desarrollo socioeconómico de los Estados a que corresponden. Estos sistemas, si bien han alcanzado el excelente resultado de

consolidar los programas establecidos por las ex autoridades coloniales, siguen teniendo aún ámbito y alcance limitados. Los programas económicos que se están llevando a la práctica en muchas partes de África, al tiempo de plantear un problema para las autoridades, les abren nuevas posibilidades de reformar los sistemas de bienestar social.

La población en su contexto social

Sudha Shreeniwas

En el presente artículo se examinan aquellos aspectos demográficos que guardan relación con una perspectiva sociológica. El estudio se divide en los subtemas, fecundidad, mortalidad y migración, que son los procesos que constituyen y configuran las poblaciones. Se examinan también cuestiones académicas y programáticas de interés actual, dentro de cada uno de estos subtemas.

En lo que se refiere a la fecundidad, se considera la problemática persistencia del alto nivel de la misma en algunas regiones del mundo, mientras que en los países industrializados el nivel es muy bajo. La sección sobre mortalidad examina el «aspecto sexo» en el Asia meridional y oriental, que refleja un exceso de mortalidad femenina. Se estudian también las cuestiones de comportamiento relativas a la difusión del SIDA, con especial atención al África subsahariana. En la sección sobre migración se presentan cuestiones relacionadas con las migraciones masivas del Este al Oeste y del Sur al Norte, que se registran actualmente en Europa.

En la sección final se debate la interfase entre teoría demográfica y teoría sociológica. En el pasado estas disciplinas se desarrollaron separadamente, pero desde hace poco se ha iniciado una cooperación teórica más estrecha entre ellas.

Religiosidad, secularismo religioso y religiones seculares

Roberto Cipriani

El presente artículo analiza la complejidad del fenómeno religioso en el mundo contemporáneo. Su principal proposición es que la secularización tiene el efecto paradójico de sostener las religiones históricas –y las de más reciente formación– que resisten activamente a su impacto pero que se adaptan de modo complejo, incluida la incorporación de lo secular, y sobreviven modificando sus valores y símbolos rituales. Las religiones se secularizan, y en las expresiones de la secularidad quedan huellas de elementos religiosos. En último término, las relaciones entre secularidad y religiosidad constituyen menos una dicotomía que una continuidad, o, mejor aún, una especie de mosaico.

El sentido del sentido en la era postsignificante

Michael Bruner, Allen Ketcham,
Jim Norwine, Michael Preda

En el presente estudio se considera la cuestión siguiente: ¿reflejan los valores personales de los estudiantes contemporáneos el tránsito de los paradigmas tradicionales y modernos a la visión mundial posmoderna, y en qué medida? Los autores analizan las respuestas a un cuestionario de más de 2.500 estudiantes de todo el mundo y llegan a la conclusión de que los valores de los estudiantes no han cambiado, pero están cambiando. Sin embargo, puede observarse una pronunciada tendencia posmoderna en la percepción de una igualdad radical de las ideas. Los autores proponen una representación panorámica de los grupos de valores tradicionales, modernos y posmodernos, en la cual el principio de la no contradicción no debe regir necesariamente.

Sociología del Estado: nuevas interpretaciones

Bertrand Badie y Pierre Birnbaum

Por haber sido tan utilizado en el lenguaje corriente y en particular en el de la polémica, el Estado ha pasado a ser una palabra cada vez más desprovista de todo rigor conceptual. Esta tendencia se manifiesta incluso en las ciencias sociales: el politólogo y el historiador, en particular, tienen la nefasta propensión a calificar de Estado toda forma política más o menos constituida, como si las diferencias que separan al Imperio Han y al Estado-nación occidental contemporáneo fuesen secundarias o marginales y no tuvieran ninguna repercusión en el proceso de conceptualización. Todo parece indicar que las ciencias sociales no han sabido dominar la amenaza substancialista, como si lo político tuviese una esencia que determinara toda constitución del poder en la sociedad y cuya culminación sería el Estado, haciendo caso omiso de la orientación de las prácticas sociales y de las culturas producidas.

Génesis del Estado

El retorno de la sociología histórica ha aportado un correctivo saludable, aunque plantee numerosos problemas¹. Se produce en un contexto que no da lugar a equívocos: en los años setenta aparecen los primeros resquebrajamiento de un orden internacional que proclama

estentóreamente la universalidad de un Estado que la descolonización había hecho surgir por doquier. Ese decenio es también el de la crisis del *Welfare State* en el seno de las sociedades industriales, lo que pone en entredicho la omnipotencia del Estado y su capacidad de adaptarse a todas las situaciones nuevas. Así pues, redescubrir la historia del Estado equivalía a pensarlo como una intervención procedente de las propias prácticas socia-

Bertrand Badie, profesor del Instituto de Estudios Políticos, 27 rue Guillaume, 75341 Paris Cedex 07 (Francia) es autor de numerosas obras de política comparativa, siendo la más reciente *l'Etat importé* (1992).

Pierre Birnbaum es profesor en la Universidad de París, 17 rue de la Sorbonne, 75231 Paris Cedex 05 (Francia). Ha publicado sobre la teoría del estado y trabaja actualmente en el tema de la entrada de los judíos en el espacio público. Entre sus obras más recientes cabe citar *La France aux Français* (1993).

les situadas en el tiempo y el espacio, en una trayectoria y dentro de una cultura que le confiere sentido. La sociología histórica recurre a la aplicación de un método establecido por Max Weber, pero que el maestro alemán había utilizado tan sólo parcialmente para analizar el Estado, ocupado como estaba en proclamar su carácter primordialmente racional: se trata de concebir el orden estatal como un individuo

histórico cuya aparición remite a un conjunto de acciones sociales portadoras de significado.

Las obras pertenecientes a esta tradición se basan en historiadores como Joseph Strayer² y Bernard Guenée³ o sociólogos como Norbert Elias⁴ para ver en la crisis feudal el *terminus a quo* de la trayectoria estatal. Semejante propuesta –que se encuentra tanto en Anderson⁵ como en Tilly⁶ o Rokkan⁷– se acompaña inevitablemente de dos ideas preconcebidas. En primer lugar, el Estado se concibe deliberadamente como un *invento*, lo que implica a un

tiempo un efecto de ruptura y un efecto de empresa. La *ruptura* se interpreta en términos de regresión de las capacidades políticas propias del antiguo orden feudal, en que el señor no está ya en condiciones de imponer su autoridad, contener las migraciones rurales ni garantizar la seguridad de los actores sociales; también designa los efectos de desestructuración social derivados de la individualización de las relaciones sociales, la aparición del conflicto de clases y la disociación del ámbito económico y del político. Estas rupturas se acompañan al mismo tiempo de una continuidad de sentido que permite concebir la empresa de invención: el Estado inventado copia en mucho sus estructuras de las de la Iglesia; el derecho romano resucita mezclado con un subjetivismo tomado del repertorio del cristianismo; el centro dinástico se impone gracias a sus atributos de soberanía feudal; el Estado se apoya en una comunidad política cuya identidad proviene directamente del concepto de *universitas* formado en el ambiente organológico del pensamiento cristiano medieval⁸. En resumen, la *empresa* se entiende más en sus estrategias que en su producción de sentido nuevo. Los teóricos del Estado aparecerían mucho más tarde, cuando el trabajo ya estaba hecho, pero en el momento crítico los pensadores escaseaban... Así, el invento del Estado se concibe como una composición de estrategias políticas, a fin de cuentas bastante triviales, y poco aprehensibles para el sociólogo. Varios autores, y en particular Anderson, se refugian por ello en un planteamiento que atribuye peligrosamente el invento estatal a la iniciativa de entidades colectivas: *la* burguesía tuvo que protegerse, *la* aristocracia tuvo que reafirmar su autoridad. La fórmula permite captar acertadamente algunas de las características del funcionamiento ulterior del Estado, mas no explica su génesis.

El análisis más convincente se encuentra en definitiva en Hobbes: el Estado se erige contractualmente sobre una base de intercambios de conveniencias: los individuos ceden una parte de su libertad al soberano que, a cambio, les garantiza la seguridad. El análisis sociohistórico del Estado se enriquece si se meditan las hipótesis sociológicas formuladas en el *Leviatán*: el individuo procura racionalmente confiar su seguridad a un tercero, pero en un contexto sociopolítico cuya especifici-

dad debe admitirse. En efecto, los sociólogos y los antropólogos han mostrado, gracias en particular a Tönnies y Durkheim, que el individuo encuentra, tanto en la comunidad natural a la que pertenece como en las estrategias asociativas, sitios de prestación de seguridad que pueden resultar mucho más favorables y mucho menos privativos que un espacio estatal anónimo y distante. En consecuencia, aceptar un contrato de tipo hobbesiano sólo puede constituir una manera racional capaz de reunir a gobernantes y gobernados cuando se carece de los modos comunitarios y asociativos de protección: esta hipótesis parece indispensable para explicar las condiciones en que la crisis de la sociedad feudal propició la aparición de estrategias de construcción estatal.

Ruptura y empresa consagran, pues, un proceso de invención y permiten recusar los elementos constitutivos del nuevo orden político. En tales condiciones el Estado es un tipo preciso y particular de sistema político que se opone a otros tipos que no pueden ser tenidos *a priori* por menos desarrollados o menos eficaces. También se define con arreglo a características formadas en una situación determinada, frente a determinadas problemáticas y en un contexto cultural determinado: es un sistema político centralizado, territorializado, soberano, diferenciado e institucionalizado. En otros términos, su característica fundamental es que marca la *salida* de lo político de los ámbitos sociales e instaura así una relación ciudadana que obliga al individuo a jurarle fidelidad prioritariamente, por encima de todo vínculo particularista.

En tales condiciones, es evidente que la sociología histórica del Estado no puede desprenderse de un prejuicio funcionalista: entendido como un invento, el modelo estatal se aprecia por su capacidad de resolver las tensiones y las crisis que explican su aparición. Semejante orientación teórica lleva este tipo de análisis a una doble hipótesis. En primer lugar, el Estado se reputa como más o menos desarrollado, según la amplitud de la crisis y de las necesidades que ella suscita. Así, lo político se encuentra menos disociado en la historia del reino de Inglaterra que en la de Francia, cuando de hecho la sociedad inglesa estaba menos feudalizada y las tensiones producidas por el desorden feudal eran mucho menos pronunciadas⁹. Sobre esta base, el Esta-



Equipo de agitación-propaganda difundiendo la ideología oficial del estado en el Turkmenistan soviético, 1936.
Doc. Orop.

do se interpreta como una categoría ideal-típica; por su parte, las formas concretas de orden político en la historia occidental posmedieval se caracterizan por la diferenciación de lo político y de la sociedad y, por consiguiente, por la constitución de un ámbito público frente a la sociedad civil. Es evidente que esta diferenciación no existe en ninguna parte de forma consumada y, como tal, no es sino una aporía: se puede admitir, en cambio, que las estrategias de salida son tanto más frecuentes y coronadas de éxito cuanto que las sociedades civiles se muestran incapaces de autorregularse, esto es, que las lógicas asociativas resultan impotentes frente a las problemáticas que surgen.

Asimismo, los paradigmas sociohistóricos llevan a considerar las posibilidades de duración y de universalización del Estado en términos de función. Esta sociología, que rompe con una visión substancialista de lo político, se encamina inevitablemente hacia un cuestiona-

miento que se vuelve central: ¿hasta dónde y en qué medida el tipo estatal, inventado en un lugar y en un tiempo determinados, puede *funcionar* por doquier y siempre? Por ello, junto a la hipótesis de un Estado inventado, conviene formular la de un Estado *importado* y la de un Estado occidental *adaptado* a las nuevas situaciones creadas por el tiempo¹⁰. Disimular ambas hipótesis equivaldría de todos modos a postular un temible determinismo estatal que privaría al actor social de toda capacidad de innovación política real y lo confinaría en un «fin de la historia», a lo sumo marcado por una acentuación de la lógica del Estado.

La elección del funcionalismo suscita siempre efectos perversos. Metodológicamente, su rigor no es ilimitado: la sociología del Estado siempre tuvo grandes dificultades para explicar por qué milagro la racionalidad individual de sus constructores coincidía perfectamente con las necesidades colectivas de una sociedad

medieval que tocaba a su fin, afectada por la desintegración creciente del orden feudal.

Algunos historiados habían sobreestimado probablemente los conflictos, las tensiones y por consiguiente la violencia que había acompañado el nacimiento del Estado occidental y su desarrollo.

La sociología del Estado los subestimó demasiado, sin duda, refugiándose resueltamente tras el postulado de que la autonomía de lo político concernía por hipótesis funcional a cada uno de los actores sociales y servía para administrar las necesidades colectivas procedentes de la división del trabajo social.

Desde este punto de vista, los adeptos del enfoque sociohistórico defienden sucesivamente todos los niveles de funcionalidad: el Estado satisface las necesidades derivadas de la aparición de la economía de mercado, según Wallerstein¹¹ que olvida sin embargo que la génesis del Estado remite a una economía rural claramente anterior al surgimiento del capitalismo; también responde a las necesidades de una sociedad aristocrática liberada de las exigencias feudales, según Anderson, que probablemente no advierte hasta qué punto la formación de un ámbito político autónomo suscita necesidades propias del Estado que éste se apresura a satisfacer prioritariamente en detrimento de los intereses de la clase dominante; el Estado se encarga de la regulación de una sociedad civil afectada por la lucha de clases, según el análisis de Hechter y Brustein¹², o se enfrenta a los progresos crecientes de la división del trabajo social, mientras que otros autores lo presentan sucesivamente como conservador del orden social rural, iniciador de un neomercantilismo que obstaculiza los intercambios o generador de una burocracia creadora de nuevos bloques.

En realidad, el funcionalismo se opone aquí al análisis funcional: éste resulta útil para distinguir los rasgos constitutivos del Estado y para apreciarlos con respecto a su génesis y a las compatibilidades que propiciaban. No puede pretender solidificar esos datos en una teoría funcionalista del Estado que perdería de vista los efectos de composición o de innovación. Tampoco permite elaborar una teoría del Estado, puede, sin embargo, contribuir a conocer los elementos del funcionamiento del mismo.

Las lógicas de los Estados

La sociogénesis de los Estados evidencia, por consiguiente, su extrema diversidad. Por ello, los múltiples tipos de Estado abordados aquí de manera ideal-típica presentan características muy distintas, ya que las funciones que están destinados a cumplir varían de una Historia a otra. Acentuando esas diferencias, para terminar definitivamente con las múltiples perspectivas evolucionistas o aun desarrollistas de lo político, varios sociólogos han propuesto distinguir los Estados «fuertes» de los Estados «débiles» como otras tantas estructuras políticas antitéticas de lógicas opuestas¹³. El Estado fuerte evoca irresistiblemente sea la descripción tocqueviliana del Estado de pretensión absolutista, sea la del poderoso Estado hegeliano que pretende imponer su orden y sus valores racionales a la sociedad en su conjunto, sea por último el modelo weberiano del Estado racional-legal: la fuerza del Estado se mide en realidad según su aptitud para extender su ámbito hasta hacerlo coincidir prácticamente con el ámbito público tan del gusto de Hannah Arendt o de Jurgen Habermas¹⁴. Los ciudadanos vuelven entonces por completo hacia él sus expectativas y demandas hasta tal punto que, en un espíritu puramente durkheimiano, hacen realmente las veces de función del Estado extendido, recusando a menudo su participación en estructuras particulares como los partidos políticos que parecen intercalarse de manera ilegítima entre ellos y el Estado.

Como puede advertirse, el paradigma del Estado fuerte no es favorable en absoluto a la instauración de la democracia pluralista en que prevalecen tanto las estructuras partidarias como los grupos de intereses más diversos. Por consiguiente, contra los deseos de los teóricos de la democracia participativa, de Hannah Arendt a Carole Pateman, el Estado fuerte limita, hasta donde es posible, la distinción entre ámbito estatal y ámbito público, ya que este último parece ser demasiado propicio para la expresión de los ciudadanos que, según un investigador como Albert Hirschman¹⁵, acabarían por asumir por su cuenta la manifestación de sus valores mediante formas de autoorganización que amenazan con atentar contra la supremacía de la legitimidad estatal: en este sentido, el Estado fuerte pretende encarnar por sí solo la «felicidad pública», ne-

gándose a tener en cuenta la formulación que podrían dar de ella los propios ciudadanos. En una visión casi holística del Estado fuerte, se puede sostener que semejante paradigma reduce la felicidad privada a la felicidad pública, cuyos objetivos son enunciados por el Estado. También se reconoce que ese paradigma del Estado fuerte parece bastante poco compatible con la consideración de la acción de los propios actores, ya lleven a cabo sus acciones dentro de la estructura estatal, ya intenten insertarla en la sociedad global: concebidos simplemente como agentes del Estado o reducidos aun a su mera cualidad de ciudadanos, los individuos desaparecen tras sus funciones. La lógica del Estado fuerte entendido como una estructura institucionalizada y diferenciada parece proceder sencillamente de sí misma, ignorando deliberadamente los valores y las estrategias de los propios actores. Este paradigma, etapa importante de la teoría política, da sin embargo la espalda a las adquisiciones recientes de los trabajos inspirados por el individualismo metodológico, centrados por el contrario en la intencionalidad de los actores. Recalquemos de nuevo este punto: la perspectiva tan innovadora del Estado fuerte entraña un gran riesgo de cosificación de los actores y contradice los resultados –también fundamentales– del paradigma del individualismo metodológico.

En efecto, entender el Estado fuerte como una estructura burocrática sólidamente constituida en un conjunto de funciones cuidadosamente delimitadas, desempeñadas por funcionarios que se mantienen al margen de los múltiples particularismos, de los numerosos intereses sociales o aun de las periferias territoriales, equivale a marcar su voluntad de asumir directamente la gestión de la sociedad, de imponer sus valores por medio de una socialización estatal llevada a cabo por un sistema escolar y universitario público servido por un personal docente también dotado de un estatus público, de excluir del ámbito estatal la expresión de valores religiosos expulsados hacia el ámbito privado mediante una empresa de laicización firmemente sostenida que implica, por tanto, la separación de las Iglesias y del Estado y la imposibilidad de una religión civil, de controlar la memoria monopolizando tanto los museos como las bibliotecas o los archivos, de resolver los conflictos oponiendo,

por ejemplo, a través de huelgas o distintos tipos de movilización, a los diferentes grupos sociales, de encargarse tanto de las cuestiones de seguridad social como de las suscitadas por un intervencionismo económico constante, acompañado de una tentativa de planificación de la economía y de un control directo ejercido sobre numerosas grandes empresas privadas. Este planteamiento conduce forzosamente a una visión tan extrema que no puede ser sino de índole holística.

No obstante, esta lógica del Estado fuerte persiste, en grados distintos, en numerosas sociedades contemporáneas. Francia es uno de los países que más se acerca a ella, como lo demuestra el hecho de que, desde la monarquía absoluta hasta el gaullismo, e incluso hasta la política socialista reciente, el recurso al Estado parece imponerse como algo natural a todos los que ejercen el poder político. Así, la clase obrera y los empresarios suelen considerarlo como un árbitro indispensable; el ámbito estatal sigue siendo el lugar de la legitimidad hacia el cual se dirigen las futuras élites, sus máquinas de socializar funcionan de modo más o menos satisfactorio, su dominio sobre la sociedad no tiene, pues, parangón alguno. El Estado consigue hasta tal punto imponerse como figura tutelar que la propia República acaba ajustándose a su lógica de acción, volviendo cada vez más delicada la instauración de una democracia participativa. Este modelo del Estado fuerte, además, se ha exportado a numerosas sociedades, a otros sistemas políticos, desde la Turquía Kemalista hasta Túnez, provocando a su vez reacciones de hostilidad basadas en la defensa del propio código cultural que ese Estado fuerte no puede más que romper esforzándose, por ejemplo, en instaurar la laicización del ámbito público. No obstante, su eficacia parece todavía tan grande que sociedades sin embargo favorables al mantenimiento de un Estado débil importan algunos de sus elementos; así, por ejemplo, Gran Bretaña adoptó, en cierta medida, el modelo francés de formación de la alta función pública¹⁶.

La expresión de los intereses privados encuentra, por el contrario, un terreno más propicio en sociedades donde la Historia ha dado a luz a Estados débiles y cuyo ámbito público ha podido estructurarse para permitir una mayor facilidad de expresión. En esos casos, la

separación entre el ámbito privado y la felicidad pública tiene menos sentido; el interés propio de los distintos actores puede llegar a oídos de otros agentes que no se encierran ineluctablemente en las funciones de autoridad que desempeñan: en este sentido, el individualismo metodológico resulta un paradigma más apropiado, ya que tiene en cuenta la intencionalidad de actores que actúan en la sociedad global o en el Estado débil. En este caso, los intereses particulares «bien comprendidos» pueden tenerse en cuenta, pues la ciudadanía no entraña una inmersión completa en lo cívico en detrimento de lo civil. En este sentido, se puede afirmar que el significado de la ciudadanía se modifica considerablemente ya que ésta se vuelve menos militante y universalista: la dimensión localista de la pertenencia política, al igual que las diversas fidelidades particularistas, dejan de tener connotaciones infamantes¹⁷. Estos Estados débiles, de estructura política unificada, federal o confederal, limitan los privilegios y la extensión del aparato burocrático, se muestran favorables al localismo, al florecimiento de las estructuras asociativas y partidarias, a los grupos de intereses o de presión, dejando sin embargo surgir con más frecuencia formas de dependencia neopatrimoniales o clientelistas particularistas, ajustando las normas universalistas a dimensiones de intercambio relacional desiguales. Poco propensos a entablar una guerra frontal contra las Iglesias, no desean controlar por sí solos los mecanismos de socialización política, tolerantes con respecto a las múltiples fidelidades periféricas y a su afirmación simbólica, los Estados débiles de tipo anglosajón o las democracias consociativas se muestran más propicias al florecimiento de una democracia pluralista que funciona menos a partir de ideologías sistemáticas cerradas o de divergencias superpuestas¹⁸.

Estas lógicas opuestas, ilustradas por tantos ejemplos empíricos, tropiezan con muchas contradicciones. El Estado fuerte se topa con resistencias que limitan su influencia: en realidad, en la periferia, la sociedad local consigue defender su autonomía e impedir que el Estado imponga totalmente su propio dominio¹⁹, en tanto que las formas clientelistas logran instalarse hasta en su propio aparato central. El ámbito estatal defiende mal sus fronteras trasgadas por los intereses particularistas,

mientras que la definición de la felicidad pública cede cada vez más el sitio a los intereses privados. A menudo el Estado fuerte resulta débil, incapaz de imponer su autoridad a los distintos grupos sociales que se movilizan contra él. Además, en su interior los actores reaparecen tras su función e introducen dentro de la estructura holista de pretensiones universalistas unas estrategias individuales particularistas. Asimismo, en las sociedades con Estado débil se constituyen «islotos de Estado fuerte» capaces de enfrentar con éxito las resistencias de las grandes empresas privadas y, a pesar de todas las resistencias internas, de imponer una auténtica política exterior²⁰. En materia económica, un Estado débil también puede resultar capaz de actuar de manera particularmente eficaz incluso si su control de la sociedad sigue siendo reducido²¹. Así pues, las lógicas de Estado distan mucho de ser puras²². Más allá de los propios paradigmas, se vislumbra una extrema diversidad de los tipos de Estado que proceden de lógicas contradictorias. En este sentido, la sociología histórica pierde también toda su fuerza explicativa, o buena parte de ella, ante las numerosas variables y las estrategias imprevisibles de los actores que, aquí y ahora, emprenden proyectos nuevos fuera del control de la lógica política dominante o de un código cultural específico antaño omnipotente. Si bien las lógicas parecen desdibujarse dentro de un mismo tipo de Estado, se combinan por cierto de modo aún más inesperado cuando entran en acción en otros contextos históricos poco favorables para la formación de un Estado, ya sea en algunos países de África o Asia²³ o también, allí como en otros casos, cuando las formas más diversas de control político autoritario conducen a una monopolización de lo político en manos de un grupo o de un partido único. Por ello, las lógicas estatales opuestas se anulan prácticamente unas a otras ante prácticas puramente represivas y clientelistas que aniquilan la esencia misma de una postura estatal, o sea, en distintos grados, independiente.

La crisis del Estado

Cualesquiera que sean sus estructuras, los Estados se enfrentan a diversos retos. Administran sociedades postindustriales cada vez más



Manifestación contra la limitación del derecho de asilo, Bonn, 26 de mayo de 1993.

complejas en que aparecen nuevos valores que suscitan demandas aún más variadas, y experimentan unos y otros riesgos evidentes de «sobrecarga». Esta metáfora sacada del análisis sistémico puede aplicarse fácilmente a los propios Estados, ya que permite destacar las crisis de gobernabilidad que los amenazan. Procedentes de historias lejanas sumamente diversas, esos Estados se enfrentan en distintos grados a la explosión de las demandas de todo tipo en cuestión de salarios, de salud, de educación, de medio ambiente, de asistencia económica en favor de las empresas, las asociaciones, las colectividades territoriales, los múltiples grupos sociales, desde los comerciantes hasta los obreros o los profesionales de la salud que procuran que las autoridades públicas, regionales o nacionales, den satisfacción a sus intereses particulares. La extensión de la democracia facilita también esa entrada en el proceso de expresión y multiplica a su vez las demandas de intervención de carácter tanto

más apremiante cuanto que su falta de satisfacción amenaza con socavar la lealtad de los ciudadanos alejándolos de las autoridades públicas o, por lo menos, incitándoles a apartarse de ellas para satisfacer de otro modo sus demandas por medio de nexos clientelistas, volviendo la mayoría de las veces a formas privadas de felicidad individual, acentuando así la deslegitimación eventual del Estado.

Las razones de la crisis, en particular en las sociedades postindustriales, son múltiples: algunas tienen que ver con las estructuras económicas, otras con las nuevas formas de acción colectiva. Un autor como James O'Connor ha tratado de explicar las primeras por las contradicciones en que cae un Estado cuando intenta favorecer con su ayuda la actividad de las grandes empresas privadas y hacerse cargo a la vez de la gestión de las consecuencias sociales de sus actividades sobre la sociedad en su conjunto. De este modo, el Estado experimenta una verdadera crisis fiscal ante una tal acu-

mulación de gastos no compensados por los ingresos, mientras que las empresas conservan la gestión de las ganancias aportadas, entre otras cosas, por la acción pública. Así pues, el peligro de sobrecarga del Estado resulta tanto de las dificultades técnicas en la satisfacción de demandas múltiples, y a menudo contradictorias, como de las consideraciones económicas propiamente estructurales²⁴. Para evitarlo, se han instaurado mecanismos de representación, entre los cuales destaca el proceso corporativista que cuestionando la teoría clásica de la representación y restringiendo asimismo el pluralismo, favorece el papel de los grupos privados socioeconómicos capaces de controlar a sus mandatarios, disfrutando a cambio de privilegios propios. Por consiguiente, el corporativismo instaaura en el centro del Estado una gestión casi privada de intereses públicos, una confusión creciente que acompaña a la interpenetración cada vez más importante de los ámbitos públicos y privados que ponen en peligro las fronteras del Estado y su existencia misma, ya que esa imbricación amenaza con reducir su independencia dejando penetrar cada vez más en su seno a los «intrusos» de la sociedad en general. En formas distintas, a nivel de la empresa, de un sector particular o incluso de un conjunto organizativo sólidamente estructurado, este corporativismo micro, meso o macro²⁵ entraña una decadencia de la diferenciación del Estado.

¿Las nuevas exigencias comunes a todos los Estados del mundo industrial ponen hoy en día en entredicho la Historia propia de cada Estado? En realidad, cada Estado enfrenta diferentemente esos nuevos retos: lejos de las analogías sistemistas de antaño, la sociología histórica de los Estados permite a un tiempo comprender, por un lado, cómo hicieron frente en otras épocas a las dificultades de establecimiento de los *Welfare States*, cómo aplicaron a ritmos distintos las políticas de seguridad social, desempeñando también una función específica en la gestión de las huelgas y de los múltiples conflictos sociales y, por otro lado, cómo esos Estados se muestran, aún en la actualidad, cada vez más favorables al establecimiento de esos procedimientos corporativistas. Hoy como ayer, los tipos de Estado nacidos en Francia, Alemania, Gran Bretaña o en los Estados Unidos preservan, a pesar de los problemas comunes a los que se enfrentan,

una parte importante de sus especificidades. Por ello, aun si sucumbe parcialmente en algunos sectores particulares, el Estado fuerte a la francesa se sigue mostrando menos abierto a los procedimientos de arreglo corporativista que atentan contra su preeminencia, en tanto que la demanda de integración corporativista se manifiesta sin gran dificultad en Alemania donde se inscribe en una tradición política antigua, combinándose también con una estrategia propia de la socialdemocracia. Así, los *Welfare States* contemporáneos se enfrentan siempre de otro modo a estos primeros factores de crisis²⁶.

Otras dificultades provienen esta vez no de la negociación interna sino del enfrentamiento externo. En las sociedades con Estado débil, el voluntarismo rige las relaciones industriales y lleva a conflictos socioeconómicos de los que el Estado suele mantenerse al margen; las huelgas, largas y duras mas poco politizadas, oponen simplemente a los interlocutores sociales entre sí. Por el contrario, en presencia de un Estado fuerte e intervencionista, el juego social se vuelve más complejo: los actores sociales en conflicto suelen aguardar la resolución de su enfrentamiento de la intervención autoritaria pero legítima del Estado, potencia tutelar de la que se espera todo pero contra la que también se dirige la revuelta por desempeñar la función de protagonista. Las acciones colectivas dirigidas contra el Estado son numerosas, desde los levantamientos de campesinos hasta las huelgas, insurrecciones casi, de la época contemporánea. En este sentido, cada bando trata de granjearse el apoyo del Estado para disponer de su poder. Durante las guerras civiles francesas que han estallado a lo largo de los dos últimos siglos, el Estado fuerte se encuentra de entrada en medio de la contienda: desde el boulangismo hasta los movimientos facciosos de los años treinta, la hostilidad contra la República, manifestada por distintas corrientes populistas de valores políticos heterogéneos, expresa ante todo la intención de apoderarse del Estado para replantear su institucionalización. Los extremismos políticos de todo tipo se movilizan contra él y no vacilan en recurrir a la violencia, pues se yergue como un obstáculo en la conquista de la sociedad. Si bien atrae la violencia contra él, el Estado no deja por ello de ser capaz de resistir a los embates: la máquina estatal y sus ejércitos de

funcionarios civiles y militares derrotan una tras otra esas tentativas por diferenciarse, encabezadas, en aras de ideologías radicales, por ligas o movimientos políticos muy poderosos y organizados en todo el territorio. Esta fuerza del Estado sólo cede ante lo excepcional, o sea ante la derrota militar y la ocupación. A este respecto, la comparación con el par Estado prusiano-nazismo resulta muy aleccionadora ya que el Estado, mucho menos institucionalizado y diferenciado, se muestra incapaz de hacer frente a la movilización hitleriana. Está claro que semejantes movilizaciones contra el Estado nunca se producen en sociedades con Estado débil, donde el enfrentamiento entre los actores sociales se limita a una sociedad civil sin verdadero Estado. En los Estados Unidos, por ejemplo, los escasos movimientos populistas de cierta amplitud no se fijan como objetivo la conquista del Estado.

En nuestra época, los nuevos movimientos sociales se adaptan a su vez a la lógica de los Estados: frente a un Estado fuerte, éste suele convertirse en el blanco de sus ataques, con el peligro de desestabilizarlo. En sociedades con Estado débil, por el contrario, su acción es más local, descentralizada. Así pues, la «estructura de oportunidad política» representa también en este caso un elemento esencial para comprender la evolución de estas formas de acción colectiva contemporáneas. Así, por ejemplo, el movimiento antinuclear difiere por completo en Alemania, en Francia y en los Estados Unidos; lo mismo puede decirse de los movimientos de consumidores o de la acción de las organizaciones feministas. Desde un punto de vista comparativo, se considera a veces que cuanto más «cerrado» es un sistema, menos miembros atraen hacia ellos los nuevos movimientos sociales. Ahora bien, un Estado «fuerte» puede, por el contrario, suscitar en su contra acciones colectivas particularmente duras. La exclusión completa provoca la violencia mientras que en Suiza, por ejemplo, una especie de «coopción» ayuda a los nuevos movimientos sociales a expresarse gracias a la fragmentación del sistema político; en Francia, asimismo, el movimiento estudiantil se forma de manera muy centralizada a imagen de la propia institución estatal universitaria, mientras que en los Estados Unidos está considerablemente descentralizado. En esa sociedad, el sistema de partidos considerablemente

descentralizado permite el «lobbying» de las mujeres. Los movimientos antinucleares también difieren por completo entre los Estados: frente a un Estado centralizado como en Francia, indiferente a las demandas de los nuevos movimientos sociales y seguro de su propia racionalidad, se asiste a una violenta movilización casi insurreccional del movimiento antinuclear, mientras que en los sistemas «abiertos» como en los Estados Unidos donde los partidos están fragmentados, sus demandas son atendidas más fácilmente: prevalece la negociación sobre la violencia y se logra imponer más a menudo un programa hostil a la industria nuclear²⁷.

En resumen, la crisis estatal derivada de estas nuevas formas de acción colectiva no afecta de la misma manera a cada tipo de Estado. Lo mismo puede decirse del desafío aún más serio planteado por la presencia creciente de una población inmigrada deseosa de defender a veces sus propios valores y al mismo tiempo de adquirir la ciudadanía de su país de residencia. También en este caso la relación entre tipo de Estado, nacionalidad y ciudadanía cambia en el interior del mundo occidental, creando crisis potenciales sin relación entre sí. En Alemania, por ejemplo, la relación entre los ciudadanos se basa más en una comunidad cultural; por ello, resulta prácticamente imposible que los inmigrados tengan acceso a la nacionalidad y a los distintos atributos de la ciudadanía: aun al cabo de varias generaciones, el rechazo es prácticamente el mismo. No obstante, aparecen formas de reacción xenófobas que no alcanzan empero la dimensión de una verdadera movilización en torno a la identidad organizada en el plano nacional: esta crisis del Estado se plantea más en términos de moralidad y de delincuencia. En Gran Bretaña, país con Estado débil, el pasado colonial explica la importante presencia de inmigrados procedentes de los diferentes países de la ex Commonwealth que por esa razón ostentan la nacionalidad y la ciudadanía británica: electores y elegibles, algunos de ellos ocupan un escaño en la Cámara de los Comunes. Esta presencia legítima explica también la potencia de la organización territorial estructurada a partir de los múltiples países de inmigración, y también la expresión casi libre de las culturas y tradiciones importadas a Gran Bretaña y afirmadas abiertamente

en el ámbito público. No por ello dejan de existir las reacciones de xenofobia, pero éstas se estructuran aún menos que en Alemania en un movimiento colectivo dirigido contra el Estado. Por el contrario, en Francia el Estado fuerte, en virtud de su propia lógica, persiste en querer imponer sus valores universalistas al conjunto de los ciudadanos, mostrándose por ende muy desfavorable a la afirmación pública de culturas y valores que tengan, por ejemplo, una dimensión religiosa²⁸. El laicismo a la francesa, forma casi única de secularización, sigue sosteniendo el proyecto estatal e implica el rechazo de toda forma de fidelidad pública a otras comunidades culturales. A diferencia del ejemplo alemán, la adquisición de la nacionalidad francesa es infinitamente más fácil, pues supone también la integración a esa comunidad política imaginaria construida, desde la Revolución, sobre el modelo de una ciudadanía militante de ideales racionalistas: en este caso, el derecho del suelo confiere la nacionalidad con relativa facilidad y entraña la integración por medio de la escuela o el ejército. País de importante inmigración, Francia se basa en un modelo de ciudadanía que cede al ámbito privado los valores tradicionales: a diferencia de Alemania y de Gran Bretaña o aun de los Estados Unidos, proscribida toda forma colectiva de organización según criterios étnicos. No obstante, esta construcción del Estado fuerte tampoco ha llegado aquí a su término ya que, en el propio seno del Estado, y desde el siglo XIX, se perciben los ecos de las intolerancias externas, las percepciones racistas que deberían por definición estar excluidas de un Estado fuerte universalista y que consiguen sin mayor dificultad penetrar hasta el interior de sus estructuras administrativas²⁹.

Además, el mantenimiento, aun frágil, de esta integración universalista sostenida por el Estado fuerte provoca un doble rechazo que aumenta por reacción la crisis de dicho Estado. Una parte no deleznable de los inmigrados o de sus descendientes se muestra deseosa de preservar los valores colectivos propios de su identidad aun en el nuevo pacto de la ciudadanía, mientras que en reacción a ello se extiende una movilización xenófoba de gran amplitud, organizada en el plano nacional, violenta y deseosa de expulsar a los inmigrados y de atacar al Estado republicano condenando sus valores universalistas considerados demasiado

abiertos a los extranjeros. Así, se vislumbra una nueva crisis del Estado, más acentuada que en Alemania o Gran Bretaña, ya que la movilización de la extrema derecha consigue implantarse de forma duradera a escala nacional, creando una verdadera contrasociedad resuelta a cuestionar, como tantos otros movimientos colectivos anteriores durante la historia francesa, la diferenciación de un Estado que se considera demasiado alejado de los verdaderos valores propios de la identidad francesa. En diversos grados, este tipo de movilización en torno a la identidad se produce también en la actualidad en algunos países ex comunistas de Europa oriental donde, contra el Estado-partido autoritario, resurgen violentas movilizaciones extremistas deseosas allí también de cuestionar una forma de poder, en muchos aspectos diferentes del Estado republicano diferenciado a la francesa, pero procedentes igualmente del ideal universalista de la Ilustración.

Estado y desorden internacional

El Estado no sólo procura modelar la sociedad a su imagen: también organiza las relaciones internacionales con arreglo a su propia gramática. Se suele recordar que, desde los tratados de Westfalia (1648), el mundo se constituyó y luego funcionó como una comunidad de Estados-naciones soberanos. En efecto, todas las características que componen el modelo estatal se encuentran en el orden mundial: territorialización de lo político, principios de soberanía y de potencia, referencia a un derecho público internacional que se origina en la Contrarreforma y en la empresa neotomista de restauración del Estado frente a la primera amenaza seria de que fue víctima³⁰. Esta lógica que se autodenomina *internacional*, o aun *interestatal*, ha seguido radicalizándose y solidificándose hasta que la mundialización conciba la necesidad y la utilidad de que los órdenes y prácticas políticos —internos o externos— se ajusten a esta misma lógica. Ahora bien, los años ochenta han trastornado lo que parecía algo establecido, propiciando la convergencia de tres factores corrosivos: el cuestionamiento de la universalidad del Estado, el auge de las relaciones transnacionales, la crisis de los modos de regulación interestatal. La teoría realis-

ta de las relaciones internacionales sufrió una tremenda sacudida: contra ella se impusieron paulatinamente unas visiones interdependen-tistas y luego transnacionales que acabaron con aquellas certezas estatales³¹.

La ilusión de la universalización del Estado duró apenas un momento: la descolonización y las guerras de independencia impusieron el paradigma nacionalista en varios países de África y Asia, en tanto que los constructores de sistemas políticos poscoloniales recurrieron tanto más fácilmente al modelo estatal occidental cuanto que debían dotarse de un orden político en plazos que imposibilitaban la invención de modelos alternativos mejor adaptados a la problemática y la cultura de las sociedades recién independizadas. Esta estrategia paliativa inauguraba un intercambio de ventajas que vinculaba entre sí a las élites gobernantes del Norte y del Sur, ensanchando el abismo que las separaba de los gobernados. En respuesta a un escenario político oficial animado por un sistema de significado exógeno, proliferaban cada vez más unas relaciones políticas reconstruidas a partir de espacios sociales, sobre bases ampliamente comunitarias, gracias a la utilización emblemática de símbolos y de sentidos tomados de la cultura endógena. A medida que este escenario impugnador moviliza y se granjea fidelidades, el escenario oficial no puede más que buscar en las prácticas de extraversión y de dependencia los recursos de que carece y que contribuyen a deslegitimarlo aún más. Toda esta dinámica que se agrava consagra el fracaso del Estado como modelo importado y, por lo tanto, como producto con pretensiones de universalidad; pero también tiene el efecto disfuncional de paralizar las movilizaciones políticas de sustitución en una práctica impugnadora que retrasa –o impide– su constitución en modelos de gobierno. Por ello, a falta de universalizarse, el Estado crea situaciones de tensión y de exclusión que ceden el lugar, en el plano interno, a fenómenos de entropía, de pérdida de capacidad política, a la generalización de subterfugios peligrosos que atenúan los efectos de in-comunicación política: auge del populismo, manipulación de símbolos neotradicionalistas, crudecimiento de las prácticas autoritarias, esto es, otros tantos fenómenos que califican menos una situación de desarrollo político en curso que un contexto de tensión entre un

producto importado y estructuras portadoras de otro enunciado político³².

Este fracaso del Estado se confirma empíricamente cuando las instituciones político-administrativas se disgregan, por ejemplo en Liberia o en Somalia, cuando el populismo se convierte en paso obligado de toda movilización política en América Latina, cuando los movimientos fundamentalistas confiscan cada vez más los ámbitos de legitimidad en el mundo musulmán y en el hindú, cuando la posibilidad de un ámbito público secular que trascienda los particularismos es cuestionada en todas partes e incluso cancelada. Resulta aún más patente que la territorialización del orden político –uno de los fundamentos del modelo estatal– se topa con dificultades en muchos lugares, y que existe una incompatibilidad entre la hipótesis de un territorio fijo y legítimo y la de diversos modos de municipalización política que proliferan fuera del mundo occidental y aun en sus linderos, como lo muestra el ejemplo yugoslavo. En realidad, la fragilidad creciente de la fidelidad al Estado se traduce en todas esas sociedades por una proliferación más o menos controlada de los modos de identificación política y, por ende, una volatilidad creciente de éstos, contribuyendo así a trivializar el modelo estatal como productor de un orden entre muchos otros posibles.

Esta primera crisis internacional del Estado no deja de tener repercusiones en sus modos de legitimación, aun en las sociedades europeas occidentales donde su autoridad deriva en parte del uso del argumento de universalidad y, en parte también, de la manipulación más o menos intensiva de la función político-diplomática con fines de orden interno. Se unen también, para reforzarlos, los efectos de transnacionalización, es decir, de proliferación a escala mundial de relaciones que, por voluntad deliberada o por destino, se establecen más allá del marco estatal nacional y que se concretan escapando al menos parcialmente al control o a la acción mediadora de los Estados³³. Estas relaciones prosperan en las sociedades en que el Estado dispone de escasas capacidades, como lo demuestra el desarrollo, en particular en África, de las corrientes económicas informales, pero también el efecto cada vez más corrosivo para la soberanía de los Estados de las corrientes culturales y sobre todo religiosas. Sin embargo, el fortalecimiento de las

relaciones transnacionales no afecta únicamente a las sociedades pertenecientes al ex Tercer Mundo: la evolución cada vez más compleja de la economía internacional, la atracción de los individuos por el ámbito privado y el desarrollo de la comunicación social, analizada antaño por Karl Deutsch³⁴, contribuyen a multiplicar las relaciones transnacionales en el seno mismo de las sociedades postindustriales. El Estado occidental se convierte en la víctima de estrategias más o menos conscientes destinadas a soslayarlo, mediante las cuales los individuos tienden a sustituir la fidelidad ciudadana por redes de solidaridad que atraviesan las comunidades nacionales y de las que esperan prestaciones que un Estado sobrecargado no está ya en condiciones de brindarles. Estos comportamientos aparecen claramente a través de las corrientes económicas y financieras, de la proliferación de las redes asociativas transfronterizas o también de la circulación informativa y la intensificación de la comunicación. Al mismo tiempo, los Estados fracasan en su tentativa de controlar las corrientes demográficas que desafían las políticas públicas, relativizan las nociones de frontera y territorio y tienden, a fin de cuentas, a erigir al individuo o a redes de individuos en microactores más o menos soberanos del juego internacional. Esta individualización de las opciones internacionales desestabiliza tanto más al Estado cuanto que contribuye a que pierda su principal privilegio: el de aplicar soberanamente una política exterior que debe en principio permanecer ajena a los individuos y constituye uno de los atributos más incuestionables del ámbito público.

Así pues, el mundo interestatal parece ceder su lugar a ese mundo desdoblado al que se refiere James Rosenau, en el que la lógica del Estado coexiste con la de la autonomía creciente de actores cada vez más numerosos que se insertan en los registros más variados del sistema social. Esos teóricos del neorrealismo no son muy convincentes cuando, a ejemplo de Kenneth Waltz³⁵, subestiman esta transformación y formulan la hipótesis de una consolidación del Estado y del comportamiento de potencia. Les daremos la razón cuando demuestren que las prácticas diplomáticas y militares no han sido abolidas a escala internacional: de las Malvinas al Golfo Pérsico, los Estados —grandes o pequeños, importados o

no— hacen valer ciertamente su racionalidad y procuran mantener una política de potencia inscrita en una larga historia. No obstante, la lógica del Estado se descompone precisamente bajo el efecto del carácter cada vez más heterogéneo del escenario internacional, ya que entraña una exclusividad y un monopolio que ya no puede reivindicar. La proliferación de actores internacionales que el Estado no puede ya controlar ni contener realmente, contribuye a atenuar considerablemente el alcance de la función de seguridad que debe, supuestamente, cumplir en el plano internacional. Esto también tiende a restarle un poco más de legitimidad: obligado a negociar o a concertar compromisos con actores a los que oficialmente niega el derecho de ostentar la calidad de productores legítimos de política exterior, participa, muy a pesar suyo, en la desestatización de las relaciones internacionales, en la propagación de la violencia y en la desterritorialización del escenario internacional.

La desestatización de las relaciones internacionales se manifiesta de las formas más variables. La autonomía creciente de los ámbitos económicos transnacionales suscita todo un conjunto de redes formales, informales y mafiosas que escapan al Estado, vuelve aventuradas las políticas económicas y, en un plano más limitado pero más delicado, anula toda la eficacia de las políticas de embargo. La multiplicación de las fidelidades transnacionales que vinculan cada vez más a los individuos con redes en el ámbito socioprofesional y en los de la religión, la lengua, o aun la etnia reconstruida según estrategias de identidad de los individuos, debilita la relación de ciudadanía volviéndola más precaria y más volátil.

La propagación de la violencia tiende cada vez más a repartir el orden internacional entre una violencia de Estado y una violencia de grupo, haciendo así de la potencia un instrumento entre otros de la acción internacional³⁶. Esta discriminación afecta la credibilidad del Estado, e incluso pone de manifiesto su impotencia, en particular frente al terrorismo, pero además contribuye sobre todo a confundir aún más las categorías tradicionales, mezclando en el escenario internacional violencia pública y violencia privada, lo que recuerda las incertidumbres propias del orden medieval pasado. Frente a la violencia del Estado, se desata una violencia menos onerosa para sus usuarios,

muy descentralizada, de evolución aleatoria y que contribuye a reducir la capacidad internacional del Estado y la eficacia de sus funciones.

La desterritorialización del escenario internacional se debe tanto al desarrollo de las corrientes transnacionales como a la propagación creciente de la violencia. También se origina en la fragmentación cultural del mundo y en el cuestionamiento de un universalismo que postulaba que toda visión —en todo caso moderna— de lo político suponía forzosamente un sustrato territorial de reconocida legitimidad y funcionalidad. La disgregación del ex imperio soviético muestra que la construcción estado-nacional se ve considerablemente comprometida por la imposibilidad de edificar comunidades políticas con referencia a criterios territoriales sin correr, entre otros, el riesgo de caer en procesos de depuración étnica. Las redes de solidaridad transnacional que reflejan la crisis del Estado desafían en principio toda territorialización, como lo muestra la edificación del panislamismo, del panhinduismo, del paneslavismo y muchas otras formas neoimpe-

riales... Por último, y sobre todo, se sabe desde los trabajos de Susan Strange³⁷ que las estrategias hegemónicas más seguras y más eficaces exigen cada vez menos la construcción de una potencia territorial que, en el caso soviético, resultó incluso considerablemente disfuncional: la potencia económica no se construyó ni sobre el uso del territorio ni siquiera sobre un sustituto estatal, sino sobre la eficacia excepcional de una lógica de redes de índole económica, financiera y cultural.

Inestable, precario, frágil, vinculado a la Historia y a su historia, el Estado también es plural y multiforme: categoría del análisis sociológico, configura empero una construcción ideal-típica de lo político que ha padecido demasiado la cosificación para que el sociólogo cometa a su vez el error de abolirlo o de reconocerle dones de eternidad, de adaptación infinita o de revancha. Por ello, más que una entidad de razón o una potencia demoníaca, el Estado sigue siendo un objeto de estudio para la sociología.

Traducido del francés

Notas

1. El renacimiento de una sociología histórica del Estado se produce paulatinamente, en particular con Bendix R., *Nation-building and Citizenship*, Nueva York, Wiley, 1964; *State and Society*, Berkeley, University of California Press, 1968; Tilly C., ed., *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975; Einsicstadt S., Rokkan S., ed. *Building States and Nations*, Beverly Hills, Sage, 1973. Badie B., Birnbaum P., *Sociologie de l'Etat*, París, Grasset, 1979; Anderson J., ed. *The Rise of the Modern State*, Brighton, Wheatsheaf Books, 1986; Genet J.P., dir. publ., *L'Etat moderne*, Genève, París, CNRS, 1990; Gledhill J., et al., *State and Society. The Emergence and*

Development of Social Hierarchy and Political Centralization, Londres, Hyman, 1988; Greengrass M., ed. *Conquest and Coalescence*, Londres Edward Arnold, 1991; Poggi G., *The State*, Stanford, Stanford University Press, 1990. Sobre los debates en torno a la sociología histórica, cf. *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 133, agosto de 1992.

2. Strayer J., *Les Origines médiévales de l'Etat moderne*, París, Payot, 1979.

3. Guénée B., *L'Occident au XIVème et XVème siècles. Les Etats*, París, PUF, 1971.

4. Elias N., *La dynamique de l'Occident*, París, Calmann Lévy, 1975.

5. Anderson P., *L'Etat absolutiste*, París, Maspéro, 1978 (1.ª edición, *Lineages of the Absolutist State*, Londres, NLB, 1974).

6. Tilly C., *op. cit.*

7. Rokkan S., in Tilly C., *op. cit.* y Einsicstadt S., Rokkan S., *op. cit.*; cf. en particular el mapa conceptual de Europa.

8. Cf. Badie B., *Les Deux Etats*, París, Fayard, 1987.

9. Petit-Dutaillis C., *La monarchie féodale en France et en Angleterre*, París, Albin Michel, 1971 (1.ª ed. 1933), sobre todo pp. 135 y ss.; sobre los debates actuales a este respecto, cf. Corrigan P., Sayer D., *The Great Arch-English State Formation as*

Cultural Revolution, Oxford, Blackwell, 1985.

10. Badie B., *L'Etat importé*, París, Fayard, 1992.

11. Wallerstein I., *The Modern World System*, Nueva York, Academic Press, 1974.

12. Hechter M., Brunstein W., «Regional Modes of Production and Patterns of State Formation in Western Europe», *American Journal of Sociology*, marzo de 1980; pp. 1.061-1.094.

13. Peter Nettl, «The state as a conceptual variable», *World Politics*, julio de 1968. Bertrand Badie y Pierre Birnbaum, *Sociologie de l'Etat*, París, Pluriel, 1983. Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer, Theda Skocpol, *Bringing the state back in*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985. Joel Migdal, *Strong societies and weak state*, Princeton University Press, Princeton, 1988. Evenly Davidheiser, «Strong states, weak states. The role of the State in revolutions», *Comparative Politics*, julio de 1992.

14. Hannah Arendt, *La condition de l'homme moderne*, París, Calman-Lévy, 1961. Jürgen Habermans, *L'espace public*, París, Payot, 1978. Del mismo autor, *Théorie de l'agir communicationnel*, París, Fayard, 1987.

15. Albert Hirschman, *Bonheur privé, action publique*, París, Fayard, 1983.

16. Ali Kazancigil, *L'Etat au pluriel*, París, Economica, 1985. Metin Heper, ed., *The state and public bureaucracies*, Greenwood Press, Nueva York, 1987. Pierre Birnbaum, *States and collective action. The European Experience*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988. Rolf Torstendahl, ed., *State theory and state history*, Sage, Londres, 1992.

17. Jean Leca, «Individualisme et citoyenneté», in Pierre Birnbaum y Jean Leca, eds., *Sur l'individualisme*, París, Presses de la F.N.S.P., 1986.

18. Véase, por ejemplo, Steven Tolliday y Jonathan Zietlin, eds., *Shop floor bargaining and the state: historical and comparative perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985. Philip Cerny, *The changing architecture of politics. Structure, agency and the future of the state*, Sage, Londres, 1990.

19. Sobre el caso francés, véase François Dupuy y Jean-Claude Thoenig, *L'administration en miettes*, París, Fayard, 1985. Ezra Suleiman, *Private power and centralization in France: The notaires and the State*, Princeton University Press, Princeton, 1987.

20. Eric Nordlinger, *On the autonomy of the state*, Cambridge, Harvard University Press, 1981. Theda Skocpol y Kenneth Finegold, «State capacity and economic intervention in the early New Deal», *Political Science Quarterly*, 97, 1982. Stephen Krasner, *Defending the national interest*, Princeton University Press, Princeton, 1978. John Ikenberry, *Reasons of State*, Cornell, Ithaca, 1988.

21. D. Vogel, *National styles of regulation: environmental policy in Great Britain and the United States*, Ithaca, Cornell University Press, 1986.

22. Véase Sabino Cassese, «The rise and decline of the notion of the state», *International Political Science Review*, 1986 (2). Bert Rockman, «Minding the state – or a state of mind? Issues in the comparative conceptualization of the state», *Comparative political studies*, abril de 1990, Vol. 23. Timothy Mitchell, «The limits of the state: beyond statist approaches and their critics», *American Political Science Review*, marzo de 1991.

23. Véase, por ejemplo, Jean-François Bayart, *L'Etat en Afrique*, París, Fayard, 1989.

24. James O'Connor, *The fiscal crisis of the state*, St. Martin Press, Nueva York, 1973. Charles Lindblom, *Politics and the market*, Basic Books, Nueva York, 1977. Richard Rose y Guy Peters, *Can government go bankrupt?*, Basic Books, Nueva York, 1978.

25. Véase P. Schmitter y G. Lembruch, eds., *Trends toward corporatist intermediation*, Londres, Sage, 1979. Alan Cawson, *Corporatism and political theory*, Londres, Blackwell, 1986. Patrick Hassenteufel, «Où en est le paradigme corporatiste?», *Politix*, 1990, Núm. 12.

26. Véase, por ejemplo, Peter Hall, *Governing the economy: the economics of state intervention in Britain and France*, Nueva York, Oxford University Press, 1986. A de Swaan, *In care of the state*, Polity Press, Oxford, 1988. Peter Baldwin, *The politics of class solidarity: class bases of the European Welfare State (1875-1975)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

27. Herbert Kitschelt, «Political opportunity structures and political protest; antinuclear movements in four democracies», *British Journal of Political Science*, 1986, Núm. 16. Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi, Sidney Tarrow, *From structure to action: comparing social movements*, JAI Press, Vol. I, Connecticut, 1988.

28. Véase William Brubaker, ed., *Immigration and the politics of citizenship in Europe and North America*, 1989.

29. Véase, por ejemplo, Pierre Birnbaum, *Les fous de la République. Histoire politique des Juifs d'Etat*, París, Fayard, 1992.

30. Sobre la interpretación «internacional» del Estado, cf.

- Caporaso J., ed., *The Elusive State – International and Comparative Perspectives*, New Bury Park, Sage, 1989; Giddens A., *The Nation State and Violence*, Berkeley, University of California Press, 1985; Haimson L., Tilly C., ed., *Strikes, Wars and Revolutions in an International Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; Mann M., *States, War and Capitalism*, Oxford, Blackwell, 1988; Rasler K., Thompson W., *War and State-making*, Boston, Hymon, 1990.
31. Sobre las teorías interdependentistas, cf. sobre todo Nye J., Keohane R., *Power and Interdependence*, Boston, Little Brown, 1977; sobre el transnacionalismo, cf. Rosenau J., *Turbulence in World Politics*, Princeton, Princeton University Press, 1990.
32. Sobre el Estado en las sociedades en desarrollo, cf. en particular Migdal J., *Strong Societies and Weak States*, Princeton, Princeton University Press, 1988; Lee S.H., *State-building in the Contemporary third World*, Boulder, Westview, 1988; Médard J.F., dir., *Etats d'Afrique noire*, Paris, Karthala, 1992; Rotchild D., Chazan N., ed., *The Precarious Balance: State and Society in Africa*, Boulder, Westview, 1988; desde un punto de vista internacional, Jackson R., *Quasi-States: Sovereignty, International Relations and the third World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
33. Cf. Rosenau J., *op. cit.*; Badie B., Smouts M.C., *Le retournement du monde*, Paris, FNSP, 1992, p. 70.
34. Deutsch K., *Nationalism and Social Communication*, Cambridge, MIT Press, 1986 (1a. ed. 1953).
35. Waltz K., *Theory of International Politics*, Reading, Addison-Wesley, 1979.
36. Cf. en particular Wilkinson P., *Terrorism and the Liberal State*, Londres, Macmillan, 1986; MacFarlane J.L., *Violence and the State*, Londres, Nelson, 1974; y Giddens A., *op. cit.*
37. Strange S., *States and Markets*, Londres, Pinter, 1988.

Naciones, nacionalismo y ciudadanos en Europa

John Keane

Los orígenes de la modernidad

¿Qué es una nación? ¿Tienen las naciones derecho a la autodeterminación? En caso afirmativo, ¿significa ello que la mejor garantía de la identidad nacional de los ciudadanos es un sistema de gobierno democrático, donde el poder sea sometido al debate público y dependa del consentimiento de los gobernados que viven en un territorio estrictamente definido?

¿Y qué decir del nacionalismo? ¿Se diferencia de la identidad nacional? ¿Es compatible con la democracia? En caso negativo, ¿puede impedirse que se desarrolle, o por lo menos puede controlarse, para garantizar la supervivencia o la expansión de la democracia dentro de la nación?

Estas preguntas, tan familiares en el mundo político contemporáneo —aunque, extrañamente, la teoría política de hoy no las tenga en cuenta— hunden sus raíces en los primeros tiempos de la Europa moderna. Con el declive del Imperio Carolingio, apareció una nueva fuerza social poderosa, el sentido de la identidad colectiva, o sea la conciencia nacional. Este proceso de edificación de la nación fue promovido inicialmente por miembros de la nobleza y el clero, que recurrieron a derivados de la vieja palabra latina *natio* para recalcar la dependencia de un mismo idioma y de experiencias históricas comunes¹. La «nación» no correspondía a toda la población de

una región, sino sólo a las clases que llegaron a poseer un sentido de la identidad basado en el lenguaje y la historia, y que habían empezado a actuar en consecuencia. En este sentido, las naciones se consideraron productos distintivos de sus propias historias.

A partir del siglo XV, el término «nación» fue empleándose cada vez más con fines políticos. Según la definición clásica de Diderot, una *nation* es «une quantité considérable de

peuple qui habite une certaine étendue de pays, renfermée dans de certaines limites, et qui obéit au même gouvernement»². En este caso, por «nación» se entendía un pueblo que compartía ciertas leyes e instituciones políticas comunes en un determinado territorio. Este concepto político de la «nación» definía y abarcaba la *societas civilis* —los ciudadanos que tenían derecho a participar en la política y a compartir

el ejercicio de la soberanía— y que tenía consecuencias fundamentales para el proceso de constitución del Estado. Las luchas para participar en el Estado tomaron la forma de confrontaciones entre el monarca y las clases privilegiadas, que a menudo se organizaban en parlamentos. Estas clases solían definirse a sí mismas como defensoras de la «nación» en el sentido político del término. En oposición al monarca, insistían en que eran los representantes y defensores de las «libertades nacionales» y los «derechos nacionales»³. Si el sobera-

John Keane es Director del Centro para el Estudio de la Democracia y Profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Westminster, 70 Great Portland Street, W1N5AL, Londres, Inglaterra. Sus principales trabajos publicados son *Public Life and Late Capitalism* (1984), *Democracy and Civil Society* (1988) y *The Media and Democracy* (1991). Su estudio sobre Thomas Paine y el republicanismo en el siglo XVIII se publicará en este mismo año.

no procedía de otra nación –como en el caso de los Países Bajos, durante la guerra contra la España de los Habsburgo– estas pretensiones adquirirían una nueva dimensión: la lucha para obtener libertades privilegiadas se convertía en un movimiento en favor de la emancipación nacional, contra una tiranía extranjera⁴.

Durante el siglo XVIII, la lucha por la identidad nacional cobró un mayor alcance y profundidad, haciéndose extensiva a las clases no privilegiadas. Miembros autodidactas de las clases medias, artesanos, trabajadores rurales y urbanos y otros grupos sociales, exigieron su inclusión en la «nación», y esto tuvo necesariamente implicaciones antiaristocráticas y antimonárquicas. A partir de entonces, en principio la nación abarcó a todo el mundo, y no sólo a las clases privilegiadas; se suponía que «el pueblo» y «la nación» eran la misma cosa. La obra de Thomas Paine *Rights of Man* (Los derechos del hombre) (1791-2) fue el intento europeo más influyente de «democratizar» la teoría de la identidad nacional⁵. *Rights of Man* suscitó vivos debates públicos sobre las ventajas y los inconvenientes de las monarquías y las repúblicas y obligó a Paine a exiliarse permanentemente de su Inglaterra nativa, amenazado de muerte, provocando una persecución general contra sus partidarios, todo ello por sugerir que cada nación tiene derecho a su propio sistema de gobierno representativo.

Paine había propuesto por primera vez esta tesis durante la Revolución Americana, y varios de sus contemporáneos del siglo XVIII –Vattel y Sieyès, por ejemplo– habían estudiado, o estaban estudiando, este mismo tema. Pero en *Rights of Man* las dimensiones políticas de la identidad nacional se estudiaban con una intensidad intelectual sin precedentes. La prosa de Paine arde en la hoguera de la Revolución Francesa. Su brillante optimismo refleja también los avances de la Revolución Americana: la declaración de los derechos naturales y civiles del pueblo soberano de una nación, incluido el derecho a resistirse a un gobierno ilegal, y el establecimiento de una democracia republicana sobre una base federal totalmente nueva. Paine declaró su desprecio por la Corte y el Gobierno de Jorge III y advirtió a todos los demás soberanos que el estallido de la revolución en Europa anunciaba un nuevo amanecer para los principios democrá-

ticos. «La monarquía no es más que una burbuja, un mero artificio cortesano para obtener dinero», escribió, aunque admitiendo que la pompa, el poder y la codicia de las monarquías aún atrapaban al mundo en la trampa de la guerra y la amenaza bélica. «Hay hombres en todos los países» escribió también, «que se ganan la vida mediante la guerra, atizando las disputas entre las naciones». Paine recalcó, no obstante, que frente a esta situación los ciudadanos de todas las naciones, unidos en su amor por la democracia republicana, tenían el deber de denunciar la hipocresía fiscal, el fraude y la carrera de armamentos de las monarquías despóticas, entendidas como gobiernos agresivos que sólo respondían ante ellos mismos. Y llegó a la conclusión de que la lucha en favor de un gobierno representativo –con elecciones periódicas, legislaturas de mandato fijo, derechos universales de voto y libertad de reunión, prensa y otras libertades civiles– exigía el reconocimiento del derecho de cada nación a decidir su propio destino. «¿Qué es el gobierno sino la gestión de los asuntos de una nación?», pregunta retóricamente. Y responde, «No: la soberanía como materia de derecho pertenece únicamente a la nación, y no a cualquier individuo; y una nación goza en todo momento del derecho inherente e indeleble a abolir cualquier forma de gobierno que considere inconveniente y establecer otro gobierno que convenga a sus intereses, disposiciones y felicidad»⁶.

La tesis de Paine de que la nación y el gobierno democrático constituye una unidad indivisible gozó de un vasto predicamento. En la Europa del siglo XIX aparecieron dos grandes potencias (Alemania e Italia) basadas en el principio de la autodeterminación nacional, una tercera (Austria-Hungría después del Compromiso de 1867) se dividió efectivamente con arreglo a estos mismos principios, los polacos se rebelaron dos veces para conseguir su reconstitución como nación-Estado, y se produjo el reconocimiento formal de una serie de pequeños Estados independientes que pretendían representar a sus naciones soberanas, desde Luxemburgo y Bélgica en el occidente a los Estados sucesores del Imperio Otomano en la Europa sudoriental (Bulgaria, Serbia, Grecia y Rumanía). En nuestro siglo, y especialmente después de la Primera Guerra Mundial, el principio del «derecho a la autodetermina-



Habitantes de Sofía mirando una exposición de fotografías del Rey Simeón II y de la familia real. Las convulsiones en Europa del este han hecho aparecer líneas de conducta e identificaciones nuevas. Leo Erken/vu Distribution.

ción nacional» gozó de una considerable popularidad entre los especialistas de derecho internacional, los profesores de filosofía política, los gobiernos y sus opositores, los cuales suponían que si los miembros individuales de una nación lo deseaban, tenían derecho a liberarse del dominio de otras naciones y a establecer legítimamente un Estado soberano que abarcara el territorio donde vivían, y donde constituían una mayoría de la población. Desde esta perspectiva, el principio de que los ciudadanos debían gobernarse a sí mismos se identificó con el principio de que las naciones debían decidir su propio destino, y esto a su vez hizo que los términos «Estado» y «nación» vinieran a significar lo mismo. «Estado» y «nación» acabaron utilizándose indistintamente, como en expresiones oficiales tales como «Sociedad de Naciones» o bien «nación-Estado», y, por ejemplo, en el uso común del idioma español de emplear el término «nacio-

nal» para designar cualquier cosa administrada o regulada por el Estado, como la red nacional de ferrocarriles, la lotería nacional o el gobierno de la nación. Estas expresiones refuerzan el supuesto, que se remonta al siglo XVIII, de que no hay ningún modo de definir el término «nación» si no es como un conjunto territorial cuyas diversas partes reconocen la autoridad de un mismo Estado, supuesto contenido en la famosa definición de Karl Deutsch, según la cual una nación es «un pueblo que posee un Estado»⁷.

El principio de que las naciones deben estar representadas dentro de un Estado territorialmente definido ha sobrevivido hasta nuestros días. En la región europea —por mencionar unos pocos ejemplos— el nacimiento de «Solidarnos» y la derrota del régimen de excepción en Polonia, la espectacular revolución de terciopelo de Checoslovaquia, la caída del Muro de Berlín a los sonos de «Wir sind ein

Volk», y el éxito de la lucha del gobierno de Demos y sus partidarios por la independencia de Eslovenia, no pueden entenderse si no es por referencia a esta ecuación. Esta misma dinámica poderosa consiguió derribar al imperio soviético. La Unión Soviética era un imperio compuesto de diversas nacionalidades, sujetas todas ellas al control político del Partido Comunista dominado por los rusos, que durante siete decenios se aseguró de que las dependencias federales de la Unión no gozaran de una autonomía política auténtica, y que las exigencias del «comunismo nacional» respaldaran la represión política, de ser preciso a cargo del brazo armado de la nación.

Este imperio multinacional nutría en su seno una contradicción paralizante. El partido insistía en que los súbditos aceptasen su definición rusificada de las políticas para asegurar el «socialismo», al tiempo que gobernaba mediante cuadros nacionales, promoviendo las culturas nacionales, alentando la enseñanza en el idioma local e incluso hablando de una posible aproximación (*sblizhenie*) y asimilación de las naciones (*slyanie*). A partir de la era de Khrushchev, esta contradicción no sólo promovió el crecimiento de la *nomenklatura* nacional que administraba las repúblicas, sobre todo en Transcaucasia y en el Asia central, como feudos controlados por «mafias» del partido basadas en círculos de amigos, redes de parentesco y sistemas locales y regionales de patrocinio, sino que también estimuló el crecimiento de sociedades civiles que se expresaban en un idioma nacional, protestaban contra la rusificación y los atentados al medio ambiente, imponían la industrialización y exigían «democracia» e «independencia», hiriendo así el corazón mismo del sistema imperial asentado en el papel dirigente del partido «rusificado»⁸.

Identidad nacional y ciudadanía

El colapso del imperio soviético bajo la presión de las luchas en pro de la autodeterminación nacional abona la tesis de que un sentido compartido de la identidad nacional, tanto en Hungría y en Rusia como en Escocia o en Eslovenia, es una condición *sine qua non* de la creación y el fortalecimiento de la ciudadanía y la democracia. En su concepción ideal, la

identidad nacional es una forma particular de la identidad colectiva en la cual, a pesar de la falta de contacto físico habitual, las poblaciones se consideran vinculadas entre sí porque hablan un idioma, o un dialecto de un idioma común, habitan un territorio definido, o lo conocen muy bien, y tienen un cierto apego a su ecosistema, compartiendo diversas costumbres, así como recuerdos de un pasado histórico común, al que después se hace referencia en el tiempo presente exaltando los logros de la nación y, si procede, avergonzándose de sus fracasos⁹.

Definida así, la identidad nacional es un invento propio de la Europa moderna y su importancia política estriba en imbuir a los ciudadanos de una sensación de finalidad, confianza y dignidad, alentándolos a sentirse «en casa». Ello les permite descifrar los signos de la vida institucional y cotidiana, y reconocer la actividad de los demás: los platos que cocinan, los productos que fabrican, las canciones que cantan, los chistes que cuentan, la ropa que visten, la expresión de sus caras y las palabras que dicen. Esta familiaridad proporciona a su vez a cada individuo una cierta confianza en el hablar y el actuar. Ello permite vencer el temor instintivo a lo extraño; cualquiera que sea la diversidad existente dentro de una nación, se acepta más o menos como uno de sus rasgos constitutivos. Las fronteras entre una identidad nacional y sus identidades «vecinas» (de clase, sexo, religión, o raza, por ejemplo) están definidas vagamente, y los servicios de seguridad y de vigilancia de las fronteras son tolerantes y poco de fiar¹⁰. Hasta cierto punto se acepta incluso que los miembros de una misma nación puedan disentir legítimamente respecto del significado y alcance de su nacionalidad. Esta tolerancia de la diferencia es posible precisamente porque la nacionalidad infunde a los miembros de una nación de un sentido de pertenencia y una seguridad en ellos mismos y en los demás; pueden decir «nosotros» y «vosotros» sin sentir que pierden su «yo», su sentido de identidad propia.

Cuando se les niega el acceso a un sentido compartido de la nacionalidad, los ciudadanos tienden a ver el mundo como un lugar hostil y extraño, y en el caso extremo del exilio forzoso experimentan el ingrato y atormentador sentimiento del *Hauptweh*, descrito por Thomas

Mann y otros, la lástima de sí mismo que lleva a la autodestrucción, y ello les hace menos capaces de vivir democráticamente. Después de todo, los regímenes democráticos son los sistemas políticos más exigentes. En contraste con todas las formas de gobierno heterónimo, la democracia prevé procedimientos para llegar a decisiones colectivas mediante el debate público y las transacciones basadas en la máxima participación posible de las partes interesadas, que sea también la mejor desde el punto de vista cualitativo¹¹. Como mínimo, los procedimientos democráticos prevén un sufragio universal de los ciudadanos adultos, en condiciones de igualdad, con cuerpos de votantes de diversos tamaños y composición; la regla mayoritaria y la garantía de los derechos de las minorías, que asegura que las decisiones colectivas serán aprobadas por muchas de las personas que se prevé las adopten; la garantía contra la detención arbitraria y el respeto de la ley entre los ciudadanos y sus representantes; garantías constitucionales de libertad de reunión y expresión y otras libertades civiles y políticas, que contribuyan a asegurar que los que deben decidir, o elegir a los que deciden, pueden optar entre alternativas reales, y diversas políticas sociales (en esferas tales como la salud, la educación, la atención infantil y el ingreso mínimo), que impiden el predominio de las fuerzas de mercado y garantizan por ello mismo que los ciudadanos puedan vivir libres e iguales, disfrutando de sus derechos políticos y civiles básicos. En otros términos, la democracia exige la división institucional entre una cierta forma de Estado y la sociedad civil. Una democracia es un sistema estructurado y abierto de instituciones que facilitan el control flexible del ejercicio del poder. Es un mosaico político y social de múltiples estratos en el que se asigna a los decisores políticos, a nivel local, regional, nacional y supranacional, la misión de servir a la *res publica*, mientras que, por su parte, los ciudadanos que viven inmersos en el engranaje de la sociedad civil están obligados a mantenerse vigilantes para evitar que los demás, y sus dirigentes, abusen de su poder y violen el espíritu del bien común.

Si bien la democracia, entendida en este sentido, no exige que los ciudadanos actúen todo el tiempo como animales políticos —un exceso de democracia puede acabar con la democracia— este impulso siempre es difícil de

generar o de sostener. La tarea es aún más difícil en contextos carentes de las tradiciones que son el caldo de cultivo de las virtudes de una ciudadanía democrática: prudencia, sentido común, autosuficiencia, valor, sensibilidad al poder, y la capacidad de hacer y defender juicios en público, de criticar y criticarse y aceptar las críticas de otros, y la de unirse a otros, en un movimiento de dignidad y solidaridad, para resistir a los miasmas enervantes del miedo. Esta última cualidad es especialmente importante para la transformación democrática de los regímenes despóticos, cuando el miedo al poder corrompe a los sojuzgados, y el miedo a perder el poder corrompe a quienes lo detentan.

Librarse del miedo es siempre una condición básica de la democracia, y a ello suele contribuir el sentido, compartido por todos los ciudadanos, de pertenecer a una o más identidades éticas, de las cuales una de las principales es la identidad nacional. La intrepidez no es una virtud que se dé naturalmente. Es la «gracia bajo presión» (Aung San Suu Kyi), que aparece cada vez que las víctimas de las mentiras, la opresión y la violencia políticas hacen un esfuerzo personal por rechazar la corrupción y, apoyadas en sus recursos internos y externos, impedir que el miedo dicte su conducta. La «gracia bajo presión» suele preceder a los intentos de institucionalizar la democracia. Para que sea eficaz, ha de practicarse en pequeños actos diarios de resistencia que a su vez se nutren de la sensación, por parte de los ciudadanos, de hablar un idioma común y compartir un hábitat natural y diversas costumbres y experiencias históricas.

Consideremos el caso de Polonia. La experiencia de más de un siglo de dominio extranjero, después de las particiones de 1772, 1793 y 1795 cuando Polonia fue absorbida por el Imperio Ruso, la monarquía de los Habsburgo y el Reino de Prusia, alimentó una conciencia nacional entre la nobleza (*szlachta*) del país. Durante el siglo XIX, los polacos se consideraban (y eran considerados en muchos lugares) luchadores por la libertad de la humanidad, una nación mártir de la causa de la libertad democrática. Su sentido de nacionalidad compartida se integró con la capacidad de actuar con «gracia bajo presión»; ser polaco significaba no dejarse intimidar por el poder. El dirigente de la revuelta de 1794, Tadeusz Kos-

ciuszko, amigo de Thomas Paine, fue considerado un héroe por todos los demócratas europeos y fue celebrado en América e incluso en Australia, cuya montaña más alta lleva su nombre. Las legiones polacas organizadas por Henryk Dabrowski tenían el lema: «por nuestra libertad y por la vuestra» (*za nasza i wasza wolnosc*) y los partidos polacos desempeñaron un importante papel en las revoluciones de 1848 en Hungría, Alemania e Italia. Hoy en día, la identidad nacional cristalizada en esas experiencias sorprende e incluso deja perplejos a muchos no polacos. A veces se ve a los polacos como anarquistas intrigantes y temerarios, poseedores de un alma profundamente romántica, inspirada en poetas como Adam Mickiewicz, para el cual Polonia era el Cristo de las Naciones, crucificado para resucitar después y redimir a todas las demás naciones. Rastros de esta arrogancia se observan aún en diversos sectores del espectro político actual de Polonia, especialmente en el llamamiento a favor de un «Estado Católico de la Nación Polaca». Pero en general, el fervor mesiánico con que algunos polacos del siglo pasado reaccionaron a la desgracia y a la opresión ha ido a menos. Una característica descollante de la identidad nacional polaca contemporánea es su adopción del lenguaje de la libertad democrática: como señaló Adam Michnik a mediados de los años ochenta, la lucha polaca por la libertad contra la dictadura militar y el imperio comunista fue al mismo tiempo una lucha por la libertad de la humanidad¹².

El ascenso del nacionalismo

El análisis precedente parece confirmar la doctrina dieciochesca de la autodeterminación nacional. Ello implica que Paine y otros tenían razón en pensar que la defensa de la «nación» y la lucha por la democracia contra el despotismo político son una misma cosa, que cuando soplan los vientos del sentimiento nacional el pueblo, como una hermosa ave, alza el vuelo hacia la tierra de la independencia. Y sin embargo, la experiencia de la Revolución Francesa, que inspiró la obra de Paine *Rights of Man*, hace dudar de esta conclusión. Durante un tiempo, la ascensión de Luis Napoleón pareció poner de manifiesto una debilidad política propia de los franceses. Paine sacó esta misma

conclusión y regresó a América, renunciando a proseguir la lucha. Sólo en nuestro tiempo, después de que la lógica de la Revolución Francesa se haya repetido en tantos países, ha sido posible discernir la acción de un nuevo aspecto de la modernidad, el despliegue de un proceso del cual la Revolución Francesa fue un elemento fundamental. La revolución destruyó para siempre la fe en el derecho divino e inatacable de los monarcas a gobernar, e inició el combate contra las clases privilegiadas en nombre de una nación soberana de individuos libres e iguales. Los que actuaban en nombre de la nación soberana tendieron cada vez más a poner el acento en la fe a *la patrie*, es decir, las obligaciones del ciudadano para con su Estado, que es el garante de la nación, de la cual se afirma que es «una e indivisible». El lema del *ancien régime* «Un roi, une foi, une loi» fue sustituido por «La Nation, la loi, le roi». A partir de entonces la nación hizo la ley, que el rey tenía la responsabilidad de aplicar. Y cuando se abolió la monarquía, en agosto de 1792, la Nación se convirtió en la fuente titular de la soberanía. «Vive la Nation» gritaban los soldados franceses un mes más tarde en Valmy, al entrar en batalla contra el ejército prusiano. Todo lo «real» se convirtió en «nacional». La nación contaba incluso con su propio emblema, la bandera nacional tricolor, que sustituyó a la bandera blanca de la dinastía de los Borbones. Había aparecido el nuevo espíritu del *nacionalismo*, acompañado de una pasión por el poder y la gloria de la nación-Estado que finalmente acabó con las posibilidades democráticas de la revolución. Así nació la primera dictadura nacionalista del mundo moderno.

La creación de un régimen despótico sostenido por apelaciones nacionalistas a la nación fue un acontecimiento totalmente sin precedentes, un «regalo griego» de Europa a sí misma y al resto del mundo¹³. Desde esta época, y a pesar de sus extraordinarias repercusiones mundiales, la doctrina dieciochesca de la autodeterminación nacional ha venido sufriendo una crisis latente cuya solución contemporánea requiere a la vez una reconsideración fundamental de la doctrina, una comprensión más compleja de las relaciones existentes entre la identidad nacional y el nacionalismo y una mayor claridad respecto de la naturaleza de los procedimientos democráticos.

Max Weber definió una vez la democracia al General Ludendorff –que aprobó la definición– como el sistema político en el cual el pueblo elige a un dirigente que dice a continuación: «Ahora cerrad el pico y obedecedme»¹⁴. La impaciencia hacia las expresiones públicas de disentimiento que lleva implícita esta definición de la democracia no tiene en cuenta una de sus características esenciales. Los procedimientos democráticos tienden a alcanzar un nivel máximo de inversibilidad o «biodegradabilidad» del proceso de adopción de decisiones. Promueven el debate y alientan la insatisfacción pública ante la situación existente, e incluso, de vez en cuando, suscitan la irritación de los ciudadanos y les mueven a actuar directamente. Bajo regímenes despóticos duraderos, como fueron el Portugal de Salazar o la Rusia de Brezhnev, las cosas no son así. El tiempo parece detenerse. Las personas siguen naciendo, creciendo, trabajando y amando, jugando y disputándose, teniendo hijos y muriendo, y sin embargo todo su entorno parece paralizado, petrificado y repetitivo. La vida política es profundamente aburrida.

En los sistemas plenamente democráticos, en cambio, todo está en perpetuo movimiento. Dotados de la libertad de criticar y de transformar la distribución del poder estatal y de las instituciones civiles, los ciudadanos se encuentran sumidos en un estado de inquietud permanente al que pueden acostumbrarse, del que pueden quejarse o al que pueden ignorar, pero del que nunca pueden escapar del todo. En las sociedades democráticas desaparecen la unidad de propósitos y el sentido de la comunidad. Existe una diferencia, una apertura y una competencia constantes entre diversos grupos de poder para definir y controlar la realidad. De ahí que se produzcan escándalos públicos cuando la gente se entera de medidas que se mantenían secretas porque si se hubieran dado a conocer al público nunca se habrían llevado a la práctica. En una situación democrática la gente se siente dominada por una sensación de incertidumbre acerca de quién gobierna y quién debe gobernar. Las relaciones existentes de poder se consideran contingentes (y así se las entiende), carentes de garantías trascendentales de certidumbre absoluta y orden jerárquico, como un producto de actores institucionales que ejercen el poder dentro de sus respectivos medios, y sobre ellos.

Esta calidad autodesestabilizadora de los regímenes democráticos, que se ponen constantemente en tela de juicio a sí mismos, no sólo da a los que defienden la identidad nacional la oportunidad de exponer su caso al público en general, sino que además acrecienta el magnetismo de ideologías antidemocráticas tales como el nacionalismo. Una situación democrática puede poner seriamente a prueba el sentimiento compartido de los ciudadanos de la irrealidad y la inestabilidad crónica de sus regímenes, hasta el punto que deseen el restablecimiento de la certidumbre de la «realidad», suprimiendo la diversidad, la complejidad y la apertura dentro del Estado, y entre éste y la sociedad civil. Las democracias nunca llegan a un punto de equilibrio homeostático, sino que son víctimas constantes de las discrepancias públicas acerca de los medios y los fines, de las incertidumbres, confusiones y omisiones de los problemas políticos y de los conflictos ocultos y abiertos, todo lo cual las hace vulnerables a formas de psicosis poscarcelar (Havel), intentos mórbidos de simplificar las cosas, poner fin al pluralismo y promover la unidad y el orden de todo y de todos.

La historia de la Revolución Francesa pone de manifiesto por primera vez esta dinámica, confirmando que cuando los que creen en una nación se reúnen, corren el riesgo de dejarse seducir por las fantasías de lenguaje y de poder del nacionalismo. La distinción entre la identidad nacional y el nacionalismo –que no han tenido en cuenta muchos de los estudios sobre la cuestión, entre ellos el de Eric Hobsbawm *Nations and Nationalism since 1780*¹⁵– es fundamental en este contexto. El nacionalismo es hijo del pluralismo democrático, en el sentido de que la existencia de instituciones estatales abiertas y un mínimo de libertades civiles permite a los nacionalistas organizar y propagar sus ideas, y también en el sentido menos obvio de que la democracia alimenta la inseguridad respecto del poder y a veces el temor y el pánico y, en consecuencia, el deseo de algunos ciudadanos de refugiarse en formas de vida herméticamente cerradas.

En Europa, el nacionalismo es actualmente uno de los sistemas cerrados de vida –que yo prefiero llamar ideologías– más viriles y magnéticos¹⁶. Al igual que otras ideologías, el nacionalismo es una forma del juego del lenguaje de movilidad ascendente, que desea intensa-

mente el poder y es dominante en potencia, y propone postulados falsamente universales. Supone que forma parte del orden natural de las cosas y que la nación es un hecho biológico, al tiempo que oculta su propia particularidad encubriendo sus condiciones de producción y tratando de asfixiar la pluralidad de los juegos del lenguaje no nacionales y subnacionales, dentro de la sociedad civil establecida y el Estado en el que prospera.

El nacionalismo es un depredador. Se alimenta del sentimiento de pertenencia nacional que preexiste en un determinado territorio, transformando esta identidad nacional compartida en una extraña parodia de su anterior naturaleza. El nacionalismo es una forma patológica de la identidad nacional que tiende a destruir su heterogeneidad (como señala Milorad Pavic en su obra el *Diccionario de los Khazars*), forzando a la nación (real) a amoldarse a la Nación (ideológica). El nacionalismo se aprovecha de cualquier tendencia democratizadora invadiendo ávidamente la sociedad civil y el Estado, obstaculizando otros juegos de lenguaje, considerándolos competidores y enemigos a los que hay que aterrorizar, excluir, mermar o destruir, pretendiendo en todo momento que es un juego universal del lenguaje cuya validez no puede cuestionarse públicamente, y por consiguiente es libre de las contingencias del tiempo y el espacio históricos.

El nacionalismo tiene un núcleo central de fanatismo. Sus fronteras están recorridas de puestos aduaneros y de policía, encargados de vigilar a los enemigos internos y externos de la Nación. A diferencia de la identidad nacional, cuyas fronteras no son fijas y cuya tolerancia de la diferencia y apertura a otras formas de vida son cualitativamente mayores, el nacionalismo exige que sus partidarios crean en ellos mismos y en su propia creencia, crean que no están solos, que son miembros de una comunidad de creyentes conocida con el nombre de Nación, a través de la cual pueden alcanzar la inmortalidad. El nacionalismo exige de ellos y de sus dirigentes-representantes (como señaló Ernest Renan en su obra *Qu'est-ce qu'une Nation?*), que participen en «un plebiscite de tous les jours». Este nivel de compromiso ideológico hace que el nacionalismo se mueva por una voluntad bovina que tiende a simplificar las cosas; ejemplo de ello es la

exhortación de Bismarck: «¡Alemanes! ¡Pensad con vuestra sangre!».

Si la democracia es una lucha continua contra la simplificación del mundo, el nacionalismo es un combate igualmente continuo para deshacer la complejidad, una voluntad de desconocer algunas cuestiones, una ignorancia deliberada, no la ignorancia de la inocencia. Por consiguiente, tiende a precipitarse sobre el mundo, aplastando o asfixiando todo lo que se cruza en su camino, para defender o reclamar territorios y considerar a la tierra como un instrumento de poder y a sus habitantes nativos como un «solo puño» (Ayaz Mutalibov). El nacionalismo carece en absoluto de la humildad de la identidad nacional. No se avergüenza del pasado ni del presente, porque supone que sólo los extranjeros y los «enemigos de la nación» son culpables. Se deleita en la gloria machista y llena la memoria nacional de historias de nobles antepasados, heroísmo y bravura en la derrota. Se siente invencible, ondea la bandera y, si hace falta, se mancha ávidamente las manos con la sangre de sus enemigos.

En el corazón mismo del nacionalismo —y ésta es una de las características más peculiares de su «gramática»— se encuentra el trato simultáneo del Otro como todo y nada. Los nacionalistas alertan contra la amenaza que supone la presencia cada vez mayor de extraños para su propio modo de vida. Se ve al Otro como el cuchillo en la garganta de la Nación. Los nacionalistas tienden al pánico y basan su reflexión en una dicotomía amigo-enemigo, ya que padecen de una deformación del juicio que les convence de que la nación del Otro vive a sus propias expensas. A los nacionalistas les mueve el sentimiento de que todas las naciones están enfrascadas en una lucha animal por la supervivencia, y que sólo sobrevive el más apto. En casi cada discurso de Jörg Haider, del FPO de Austria, se insinúa que los «europeos del Este» ponen en peligro el Estado, la constitución y la democracia. Los neonazis en la nueva mitad de Alemania gritan «Ausländer “raus”!», dicen que los polacos son cerdos hambrientos, atribuyen la escasez de bicicletas a los vietnamitas y la falta de alimentos a los judíos, y acusan a los turcos de hacerse con el control de comunidades alemanas. Los partidarios franceses de Jean-Marie Le Pen alertan contra la «invasión» árabe de

Francia. Los antisemitas lituanos repiten en voz baja viejas leyendas de judíos que, en otros tiempos, sacrificaban a niños cristianos y utilizaban su sangre para amasar el pan ácimo, y recuerdan los mitos difamatorios de comerciantes de grano y molineros judíos que ponían trozos de vidrio en la harina para que las mujeres cristianas se hirieran cuando amasasen la pasta. Los nacionalistas croatas denuncian a los serbios como «cetniaks» o verdugos bolcheviques que asesinan a sus víctimas y mutilan sus cuerpos; los nacionalistas serbios responden que los croatas son fascistas «kustachi», absolutamente resueltos a acabar con la nación serbia. Ambos maldicen a los musulmanes como invasores extranjeros de una tierra en la que, de hecho, han vivido durante cinco siglos.

Pero el nacionalismo no sólo teme al Otro. Es también arrogante y está seguro de que el Otro es un inferior, un despojo, un ser indigno de respeto o reconocimiento, que huele mal, come cosas extrañas, tiene costumbres poco higiénicas, escucha una música demasiado alta y poco melodiosa, y habla un batiburrillo incomprensible, por todo lo cual debemos marginarlo y sojuzgarlo. De ello se sigue que el Otro tiene pocos derechos o ninguno, ni siquiera cuando constituye una mayoría o una minoría de la población residente en las proximidades de Nuestra Nación. Allí donde hay un miembro de la Nación, está la Nación. Es cierto (como destacó Lenin) que debe distinguirse entre el nacionalismo de la nación conquistadora y el de la nación conquistada, y que el primero parece siempre más ofensivo y culpable. Es cierto también que el nacionalismo puede ser más o menos militante, y que sus temas sustantivos pueden variar mucho, desde el apego a la sociedad de consumo y a una moneda sólida, hasta las formas de separatismo político que alteran las fronteras. Y sin embargo, a pesar de estas variedades todos los nacionalistas adolecen de una misma arrogancia miope, que les induce a menospreciar al Otro aplicándole calificativos tales como «wogs», «scheiss» o «charnegos», a discriminarlo en las instituciones, a prohibir el uso público de los idiomas minoritarios, o incluso, en el caso extremo, a exigir la expulsión del otro para crear una nación territorial homogénea.

Esta *reductio ad absurdum* asesina del nacionalismo apareció en las fronteras meridio-

nales de Europa durante la Primera Guerra Mundial y después de ella, con la expulsión masiva de los armenios de Turquía en 1915 y, después de la aplastante derrota del ejército griego a manos de los turcos en Anatolia, en 1922, con la expulsión por Grecia de unos 400.000 turcos y la expulsión recíproca por los turcos de quizás 1,5 millones de griegos desamparados y presos de pánico de las tierras del Asia Menor, donde habían vivido desde la época de Homero¹⁷. Stalin y Hitler repitieron las deportaciones y los asesinatos de naciones tratando de eliminar a los judíos y otros grupos y organizando el traslado a Alemania de los habitantes del Tirol del Sur y de otros pueblos germanohablantes, que vivían fuera de la *Vaterland*. Este mismo proceso extraño y sangriento se ha repetido últimamente con la defensa armada de las «repúblicas autónomas serbias» y la ocupación militar por Serbia de Kosovo, en la que fue Yugoslavia. La región de Kosovo resultó ser, en la práctica, la piedra de toque del expansionismo serbio. Los nacionalistas serbios, con la típica mezcla de arrogancia y miedo que es común a todos los nacionalistas, decían que los albaneses de Kosovo eran unos musulmanes sucios y retrasados, que no constituían una auténtica nación yugoslava (*nacija*) sino apenas una nacionalidad no eslava sin importancia (*nacionalnost*). Al propio tiempo, afirmaban que esos mismos habitantes de Kosovo eran conquistadores fanáticos y reclamaban que se «cortase la mano derecha a todos los que llevasen la bandera verde del Islam» (Vuk Draskovic) en la cuna histórica de la nación servia, donde el Rey Lazar y su ejército se sacrificaron en defensa de la cristiandad y la civilización contra la media luna y la cimitarra del Islam invasor. Esta misma imagen de los musulmanes como invasores despreciables ha causado la tragedia actual de Bosnia y Herzegovina. Los musulmanes europeos –los judíos de finales del siglo XX– son pasados por las armas, expulsados a punta de pistola de sus hogares incendiados, ejecutados sumariamente en sus casas o conducidos en columnas a estaciones sórdidas, dejando a su paso cadáveres en descomposición, para ser transportados a campos de concentración donde se les viola o se les castra, y a continuación se les deja que esperen, con ojos desorbitados y caras despavoridas, la muerte liberadora.

Democracia

El nacionalismo es evidentemente mala cosa, un problema grave que, en este caso, ha dado lugar al desmembramiento de Yugoslavia y a la desestabilización de toda la región de los Balcanes, con más de dos millones y medio de refugiados y muchos miles de muertos o heridos. ¿Cómo se explica un proceso de este tipo?

Contra lo que suele creerse, la causa del nacionalismo no es el resurgimiento periódico, en el espíritu humano, de los instintos atávicos de *Blut und Boden*. Este énfasis en las raíces primordiales del nacionalismo pone de relieve sus dimensiones profundamente emocionales pero, también, su falta de perspectiva histórica; no se puede explicar por qué aparece el nacionalismo, y de dónde surge. Además, el nacionalismo contemporáneo de los serbios y los franceses, o los ingleses y los georgianos, no puede entenderse primordialmente en términos neomarxianos como la respuesta política de una burguesía asediada o expansionista (austromarxismo), ni de las clases explotadas por el imperialismo capitalista (Tom Nairn) ni como la destrucción despiadada y creadora de la economía capitalista mundial (Slavoj Žižek). El dominio de clase, la desindustrialización, el desempleo y la formación de una nueva subclase de ciudadanos inquietos, son desde luego consecuencias contemporáneas de economías estructuradas por la producción y el intercambio de productos, pero no provocan espontáneamente el auge del nacionalismo. Para que eso ocurra debe haber por lo menos algunos elementos de un sentimiento compartido preexistente de pertenencia nacional, que a su vez sea susceptible de manipulación y proyección pública por parte de grupos de poder que aprovechen la apertura y el *déracinement* cultivados por los mecanismos democráticos existentes.

Aunque las tensiones nacionalistas no pueden imputarse en su totalidad al capitalismo, tampoco se originan, en último término, en el funcionamiento del «socialismo real». Las burocracias gobernantes del Partido Comunista de países tales como Rumanía, Hungría, Eslovenia y Polonia estimularon sin duda las tendencias nacionalistas en sus esfuerzos por legitimar el poder que detentaban, pero ello no justifica la conclusión de que el nacionalismo

sea un producto envenenado del comunismo. El nacionalismo (como testimonian la resistencia húngara contra el Imperio de los Habsburgo y otros muchos ejemplos) es anterior al fenómeno del comunismo en el poder, propio del siglo XX, y, además, en Europa central y oriental ha surgido con mucha más fuerza en la fase posterior al comunismo.

Desde las «revoluciones de terciopelo» de 1989-1991, la carta nacionalista ha sido jugada no sólo por los partidos y organizaciones comunistas que tratan de conservar su poder, como por ejemplo Milosevic en Serbia, Kravchuk en Ucrania e Iliescu en Rumanía, sino también, y con la misma frecuencia, por los oponentes anticomunistas del *ancien régime* —Gamsakhurdia en Georgia, Tudjman en Croacia y Yeltsin en Rusia— que así comparten algo de importancia fundamental con sus enemigos comunistas. Ambos grupos han aprendido que en las primeras fases de la democratización, cuando los anticomunistas carecen de fondos y los comunistas de ideas y convicciones, el nacionalismo puede confortar los corazones, cambiar los modos de pensar y conseguir votos, alentando a los ciudadanos a adoptar una identidad redentora que disipe la sensación de futilidad, promueva la «solidaridad de los culpables» (Siklova) y dé un sentimiento de protección contra el desequilibrio y la desorientación actuales, fruto del proceso incipiente de democratización.

Esta estrecha relación entre la identidad nacional, el nacionalismo y la democracia, tampoco justifica la conclusión solipsística de que la identidad nacional, la «materia prima» del nacionalismo, es una fuerza patológica, anticuada y en decadencia irremediable, de la que tanto los observadores como los ciudadanos deberían prescindir, ni la deducción trágica de que la democracia es en cierto modo la causa subyacente del nacionalismo, y que por consiguiente el único modo de acabar con el nacionalismo es abandonar la democracia. Las interpretaciones monistas del nacionalismo (como de cualquier otro fenómeno estudiado por las ciencias sociales) son inadecuadas precisamente por su carácter unilateral. Por ello la novedosa tesis que presentamos no tiene por finalidad sustituir las definiciones existentes del nacionalismo, sino *complicar* nuestra comprensión de una fuerza de fundamental importancia para la vida de la Europa moderna.

Entre las víctimas probables de esta nueva interpretación figura la tesis de Paine de que la defensa de la identidad nacional es una condición básica de todo gobierno democrático, y la correspondiente visión, defendida por Woodrow Wilson, Mazzini y el propio Paine, de una santa alianza de naciones autogobernadas que colaboren armoniosamente en beneficio común de la humanidad. Esta visión es a la vez demasiado sencilla y excesivamente peligrosa. No tiene en cuenta la diferencia entre la identidad nacional y el nacionalismo, subestima el potencial antidemocrático de la lucha en pro de la identidad nacional y no prevé la criminal *reductio ad absurdum* del nacionalismo; por esos tres motivos esta visión ha sembrado la confusión en cuanto a la relación adecuada entre la identidad nacional y las instituciones democráticas.

¿Autodeterminación nacional?

Esta confusión no puede aclararse con debates especulativos entre los que creen que el «nacionalismo es la ideología del siglo XXI» (Conor Cruise O'Brien) y quienes llegan a la conclusión opuesta, igualmente vaga, de que «el búho de Minerva se cierne sobre las naciones y el nacionalismo» (Hobsbawm). Estas generalizaciones no tienen suficientemente en cuenta las desiguales pautas de distribución del nacionalismo europeo, simplifican sus múltiples causas y pasan por alto el problema normativo y estratégico de cómo desarmar el nacionalismo. A mi modo de ver, es urgentemente necesario llevar más lejos la imaginación sociológica y democrática contemporánea, pensar de otro modo acerca de los problemas interrelacionados del nacionalismo, la identidad nacional y la democracia, y considerar cómo pueden superarse en la práctica los límites de ésta inventando nuevos métodos democráticos para impedir que crezcan los frutos venenosos de la propia democracia.

Resolver el problema del nacionalismo con medios democráticos es posible, pero no es fácil. La tesis que presentamos es que, como los mecanismos democráticos facilitan la transformación de la identidad nacional en nacionalismo, el mejor modo de salvaguardar la democracia será abandonar la doctrina de la autodeterminación nacional y considerar que

un sentido compartido de la identidad nacional es una forma de vida legítima, pero *limitada*. Esta tesis tiene un corolario paradójico: el mejor modo de preservar la identidad nacional, importante soporte de las instituciones democráticas, es limitar su alcance en favor de identidades *no nacionales* que reduzcan la probabilidad de su transformación en un nacionalismo antidemocrático.

En el contexto europeo es posible prever –con esta tesis– un total de cuatro mecanismos interdependientes que, en conjunto, pueden poner coto al nacionalismo y al propio tiempo garantizar el acceso de los ciudadanos a sus identidades nacionales respectivas.

1. El primero de estos remedios es la descentralización de las instituciones de la nación-Estado mediante la creación de redes interrelacionadas de instituciones estatales subnacionales y supranacionales, sujetas a control democrático. Si se obliga a estas instituciones a rendir cuentas a sus ciudadanos, el efecto conjunto de su acción sería una mejora de su eficacia y legitimidad y, lo que es más pertinente, una complicación de las líneas de poder político, con lo que se reduciría el margen de maniobra de cada nación-Estado y se frustraría la fantasía nacionalista según la cual la seguridad de las naciones depende de Estados fuertes y soberanos, dispuestos en principio a declarar la guerra a sus vecinos o a aplastar a sus oponentes internos en nombre de la supervivencia del país, o de la salvación nacional.

En la práctica esta solución supone al mismo tiempo la renovación y la democratización de las estructuras más complejas del poder político, propias de la Baja Edad Media y de los comienzos de la Edad Moderna. El proceso moderno de constitución de Estados en Europa produjo el eclipse de numerosas unidades de poder –ciudades libres, principados, provincias, grandes latifundios y asambleas deliberantes– de modo que de los cinco centenares de unidades políticas que ocupaban la región en 1500, en 1900 apenas quedaban unas 25. En la actualidad hay señales de una inversión del proceso de constitución de instituciones estatales centralizadas. Un síntoma de esta «dispersión» del poder político es el renovado interés por el gobierno local como órgano flexible para la aplicación de políticas locales y una administración competente de ámbito lo-

cal, como respuesta parcial al descenso de la efectividad de la gestión macroeconómica y el declive del Estado nacional de bienestar en Europa occidental¹⁸.

Esta misma descentralización de la nación-Estado «hacia abajo y hacia los lados» es evidente en el renovado auge de la idea regionalista en lugares tales como Cataluña, Walonia, Emilia-Romagna, Andalucía, Escocia y el País Vasco. Es particularmente impresionante el rápido crecimiento y el éxito comercial de regiones industriales que contienen redes interdependientes de empresas atrapadas en un proceso de doble convergencia (Sabel). Las grandes empresas tratan de descentralizarse cada vez más en redes flexibles de unidades funcionales, filiales y subcontratistas que producen más artículos especializados con métodos más flexibles de producción. Entretanto, las empresas pequeñas tratan de asociarse para crear servicios más amplios de financiación, comercialización, investigación y desarrollo, y otros servicios comunes que antes eran exclusividad de las grandes empresas, y que ahora se suministran cada vez más a nivel regional¹⁹.

Por último, la tendencia hacia una *Europe des regions* ha corrido pareja con el crecimiento acelerado de instituciones políticas supranacionales como el Parlamento Europeo, el Consejo de Europa y el Tribunal de Justicia Europeo. La fase anterior de experimentación, con las negociaciones intergubernamentales y la cooperación económica, se ha complementado con un proceso de concertación de tratados y una campaña para conseguir la unión política y jurídica que, aunque todavía es muy poco democrática y se presta a controversias, probablemente será tan importante para la configuración política de Europa como lo fueron el Congreso de Viena en 1814, el Tratado de Versalles en 1919 o la Cumbre de Yalta en 1945.

Los Estados miembros de la Comunidad Europea se ven cada vez más obligados a aceptar el *acquis communautaire*, el cuerpo de tratados, leyes y directivas que elaboran los legisladores; existe una cierta tendencia en favor de la votación por mayoría calificada, en detrimento del principio del consenso, y por consiguiente el proceso legislativo europeo se ha acelerado en todas las áreas políticas. En 1970, por ejemplo, el Consejo de Ministros, en el cual cada Estado miembro tiene un represen-

tante, aprobó 345 reglamentaciones, decisiones y directivas (éstos son los tres tipos de ley comunitaria); en 1987 se alcanzó un total de 623 disposiciones, y después su número ha ido en aumento. Desde la calefacción central y la vivienda hasta la pureza de la cerveza y el vino, pasando por la limpieza de las playas y las condiciones del empleo de las mujeres, las normas derivadas de la integración política europea afectan y condicionan de modo creciente a los habitantes de la Comunidad. Es posible que este proceso acelere el declive de la soberanía de la nación-Estado y facilite el nacimiento de una Europa posnacional, incrementando la presión que ya se ejerce sobre los movimientos nacionalistas, los partidos, los gobiernos y los dirigentes para que reconozcan la existencia y la legitimidad de otros poderes políticos que sirven de contrapeso, incluso en cuestiones tan sensibles como la «política económica nacional» y la solución de los llamados «conflictos nacionales».

2. La formulación y aplicación de garantías jurídicas de la identidad nacional internacionalmente reconocidas es un elemento vital para desbaratar la soberanía de la nación-Estado. Estas garantías formales se propusieron por primera vez en las cuatro Convenciones de Ginebra, la primera de las cuales es de 1929, y están expresadas con fuerza en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, ratificada por las Naciones Unidas en diciembre de 1948: «Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, *origen nacional* o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición» (el subrayado es añadido).

Las «propuestas Badinter» para resolver la crisis yugoslava amplían y perfeccionan el principio de que debe garantizarse el derecho del ciudadano a la identidad nacional bajo una supervisión internacional, apartándose de la vieja máxima de Thomas Paine según la cual toda la soberanía pertenece a la nación territorialmente definida. El informe de la CE, coordinado por el ex Ministro de Justicia francés y Presidente del Tribunal Constitucional de Francia, Sr. Robert Badinter, pedía el reconocimiento por la CE de la condición de Estado

de las diversas repúblicas yugoslavas, y poco después recomendó el reconocimiento de Eslovenia, Croacia y Macedonia, a condición de que los gobiernos de estos países aceptaran dar garantías formales de las libertades civiles y políticas de las minorías nacionales, la aceptación de los acuerdos internacionales de control de armamentos y el compromiso de no alterar por la fuerza las fronteras existentes de la nación-Estado.

El informe, cuya aplicación —sólo parcialmente— vio frustrada por la guerra, tiene consecuencias de vasto alcance para el tema de la nacionalidad, el nacionalismo y la democracia. Parte del supuesto de que los gobiernos tienen la obligación primordial de respetar los deseos de sus poblaciones, pero no se remite al viejo postulado de que cada nación necesita un Estado soberano que abarque el territorio en el que se encuentra. «Allí donde el sentimiento de la nacionalidad existe con una cierta fuerza», escribió J.S. Mill, «hay un caso *prima facie* para unir a todos los miembros de la nacionalidad bajo un mismo gobierno, un gobierno para ellos solos». El informe Badinter señala una dificultad peligrosísima que se deriva de esta doctrina de la autodeterminación nacional, que se remonta a los primeros tiempos de la era moderna: si las fronteras políticas tienen que fijarse con arreglo a los criterios de la nacionalidad, dado que las naciones no siempre viven en armonía entre ellas (¿y si no, qué necesidad habría de fronteras?), y no constituyen entidades geográficas propias, las disputas fronterizas serán inacabables. Cada frontera se considera necesariamente defectuosa y susceptible de mejora mediante la anexión de algún territorio externo en el que vivan nacionales del país anexionista; y como esta anexión es consecuencia de una imposición del conquistador al conquistado, la lucha por la «autonomía nacional» lleva en su seno las semillas de la «limpieza territorial», las deportaciones, los refugiados, los apátridas, las depuraciones y la guerra. El informe entiende correctamente que en el contexto europeo las guerras civiles desencadenadas por presiones nacionalistas —y no la guerra entre naciones-Estado homogéneas— son ahora la principal amenaza para la estabilidad regional.

El informe Badinter recuerda a los europeos el carácter recientemente multinacional de sus Estados. Como es natural, la mayoría

de los Estados europeos han sido siempre multinacionales, pero recientemente esta circunstancia se ha visto agudizada por las migraciones en gran escala. La afluencia a Europa occidental de más de 15 millones de personas no pertenecientes a la CE durante los 50 últimos años ha privado de existencia a los Estados de una sola nacionalidad, e incluso las sociedades civiles más antiguas y más culturalmente «homogéneas» de países o regiones tales como España, Inglaterra, Portugal, Francia y Alemania forman actualmente mosaicos verticales de nacionalidades que no aceptan humildemente su posición como satélites de la identidad nacional dominante. El informe impugna la hipótesis de los primeros tiempos de la era moderna de que las lealtades nacionales son exclusivas y que, por consiguiente, la democracia sólo es posible en un Estado nacionalmente homogéneo.

El informe pide, en cambio, un nuevo compromiso entre las naciones *dentro* de los Estados. Para los autores del informe, el funcionamiento pacífico y democrático de los Estados y las sociedades europeas precisa un sistema de vigilancia supranacional y mecanismos de aplicación de las leyes, y ello fomenta el reconocimiento del nuevo principio, el derecho de las diversas naciones que componen un Estado, sea cual fuere, a su propia nacionalidad, y a vivir de un modo diferente, en un mismo plano de igualdad y libertad. El informe Badinter «despolitiza» y «desterritorializa» la identidad nacional, recuperando en parte la tesis del siglo XVIII, defendida por pensadores tales como Burke y Herder, de que el mejor modo de entender la nacionalidad es considerarla una entidad cultural, esto es, una entidad perteneciente a la sociedad civil, y no al Estado. La identidad nacional sería pues un derecho *civil* de los ciudadanos, y el intento de condicionarlo o suprimirlo, incluso cuando lo propugnan ostensiblemente los Estados en nombre de formas más altas de solidaridad humana o de la protección del «núcleo de la identidad nacional» (Isaiah Berlin), sólo sirve para despertar el resentimiento, el odio y la violencia entre los grupos nacionales.

3. De igual importancia, como garante de la identidad nacional y la democracia contra el nacionalismo, es un factor que apenas se ha considerado en los trabajos sobre la materia: el

desarrollo de un mosaico pluralista de identidades dentro de la sociedad civil. Este tercer antídoto contra el nacionalismo es tan eficaz como paradójico. Se presume que la supervivencia y el florecimiento de la identidad nacional sólo son posibles dentro de una sociedad civil autoorganizada que, no obstante, prevea espacios para que los ciudadanos puedan optar por otras *identidades* escogidas y heredadas, *limitando* así el papel probable de la identidad nacional en el funcionamiento global de las instituciones estatales y civiles y de los partidos políticos, los medios de comunicación y otros órganos intermedios. Esta paradoja presenta un paralelismo sorprendente con la cuestión de la intolerancia religiosa: la práctica de una religión determinada en una sociedad multirreligiosa exige –si se quiere evitar el fanatismo y el derramamiento de sangre– el principio de la libertad de cultos, lo que en la práctica entraña el reconocimiento de la legitimidad de las *otras* religiones y, en consecuencia, la necesidad de una laicidad que garantice al mismo tiempo la libertad de *no* ser religioso. Esta misma máxima podría hacerse extensiva a las cuestiones de la identidad nacional, ya que es evidente que modelar las instituciones estatales o la sociedad civil basándose únicamente en el principio de la identidad nacional equivale a privilegiar un aspecto de las vidas de los ciudadanos y devaluar los otros, contradiciendo el pluralismo que tan vital es para la sociedad civil democrática y haciendo que las vidas de estos ciudadanos queden centradas en torno a la nación y desprovistas de todas las demás dimensiones, con lo que se facilita el ascenso del nacionalismo.

Slavenka Drakulic ha descrito adecuadamente el efecto constrictor, en Croacia, de las políticas centradas en la nación: «Se ha impuesto el nacionalismo a la gente como una camisa de talla equivocada. Pueden ustedes darse cuenta de que las mangas son cortas y el cuello les aprieta; es posible que no les guste el color, o que la tela sea áspera. Pero se la pondrán porque no hay otra. A nadie se le permite *no ser croata*»²⁰. Por el contrario, una sociedad civil abierta y autogobernada, protegida por instituciones estatales, precisa el cultivo de un complejo hábitat de nichos que puedan proteger a los ciudadanos contra los peligros del «desarraigamiento» en una democracia, enseñándoles a pertenecer a diversas organizacio-

nes que les permitan echar raíces, con lo que preservarán memorias particulares del pasado, una cierta estabilidad en el presente y alguna esperanza para el futuro. Estos nichos o espacios pueden contrarrestar las presiones nacionalistas ayudando a los ciudadanos a superar su propio provincianismo. La participación en las organizaciones relativamente locales de la sociedad civil ofrece a los ciudadanos el mejor modo de superar su provincianismo aprendiendo cosas del mundo externo, con lo que acaban viendo que su sentido de la identidad nacional –el pensar y sentirse alemanes, irlandeses o turcos– no es esencialmente superior al de otras naciones, y que la nacionalidad no es más que una identidad posible entre otras.

4. Quizás el antídoto al nacionalismo más difícil de cultivar sea la promoción de una sociedad civil *internacional* en la cual los ciudadanos de diversas nacionalidades puedan mezclarse, dar muestra por lo menos de un sentido mínimo de comprensión y respeto mutuos, y desarrollar un sentido de la solidaridad, especialmente en épocas de crisis (desastres naturales, colapsos económicos o disturbios políticos).

Durante la segunda mitad del siglo XVIII esta amistad entre ciudadanos de diversas naciones se llamó cosmopolitismo. Los contactos con el extranjero se producían de diversos modos coincidentes y a veces contradictorios: jóvenes que iban a estudiar al extranjero; extranjeros invitados y acogidos como profesores; la participación en guerras europeas hizo que los «nacionales» de algunos países visitaran a otros países de Europa; la moda de los viajes entre las clases «respetables» y las relaciones diplomáticas regulares; la expansión del comercio, y la circulación aún más rápida y amplia de las modas extranjeras en el ámbito de la filosofía, la literatura, la instrucción, el vestuario y las relaciones sociales. Todavía no se ha escrito una historia del cosmopolitismo en el siglo XVIII, pero es evidente que en los escritos de Pietro Verri, Emanuel Kant, Thomas Paine y otros, el «auténtico cosmopolita» y el «patriota leal» son una misma figura²¹. No se percibía ninguna contradicción entre sentirse ciudadano del mundo (recuérdense las raíces griegas de la palabra cosmopolita: *kosmopolitês* de *kosmos*, mundo y *politês*, ciudadano) y el deseo de ilustrar y transformar el

pequeño rincón del mundo europeo en que uno había nacido o en el que el destino le había hecho vivir, trabajar, amar y morir. La primera fase del cosmopolitismo pronto entró en declive. Paine continuó defendiendo hasta su último aliento la causa de la democracia republicana en todo el mundo y Kant seguía viendo la historia del mundo *in weltbürgerlicher Absicht*, pero estas figuras se cuentan entre las últimas voces de una época caduca. Con la Revolución Francesa la era del cosmopolitismo fue perdiendo terreno, y su lugar fue ocupado por el nacionalismo, la edificación de la nación-Estado y las rivalidades entre las naciones-Estado. Algunos siguieron propugnando el «internacionalismo», inspirados en el principio de que «cuando el antagonismo entre las clases de una misma nación desaparezca, la hostilidad de una nación contra otra desaparecerá también» (Marx y Engels). De un modo lento, pero seguro, la palabra *patriota* fue adquiriendo todas las connotaciones de odio y amor del nacionalismo moderno, mientras que el término *cosmopolita* se convertía en el símbolo de una unidad política ideal que en la práctica nunca pudo lograrse.

Una apremiante cuestión teórica y política de la Europa de hoy es la de saber si se está creando una nueva forma del viejo cosmopolitismo, paralelamente al proceso de integración política supranacional en el Occidente al intento de dismantelar los regímenes totalitarios en diversas partes de la Europa centro-oriental. ¿El desarrollo de una sociedad civil internacional en Europa es una posibilidad o un hecho? Raymond Aron es uno de los que han negado categóricamente esta posibilidad: «derechos y deberes que en Europa, como en otras partes, son interdependientes, no pueden llamarse multinacionales. De hecho, son la quintaesencia de lo nacional... Aunque la Comunidad Europea tiende a conceder a todos los ciudadanos de sus Estados miembros los mismos derechos económicos y sociales, no existe un animal llamado "ciudadano europeo". Sólo hay ciudadanos franceses, alemanes o italianos»²².

La conclusión de Aron no sólo se basa en la tautología jurídica de que los individuos pueden convertirse en ciudadanos únicamente porque pertenecen a un Estado soberano que es el único garante de los derechos y deberes de la ciudadanía, sino que además no tiene en

cuenta el crecimiento de Estados y sociedades multinacionales y la tendencia hacia la definición de los derechos de la ciudadanía *europea*, al alcance de todos los que viven en la región de la Comunidad Europea. Cuando el Tratado de Unión de Maastricht sea finalmente ratificado y entre en vigor, si es que esto ocurre algún día, esta tendencia se verá considerablemente reforzada. Los ciudadanos de un Estado que residan en otro Estado miembro tendrán derecho de voto y podrán presentarse como candidatos a las elecciones para los gobiernos locales y para el Parlamento Europeo. Los ciudadanos gozarán de derechos a la información sin fronteras, a dirigir peticiones al Parlamento Europeo y a recurrir al «Ombudsman» parlamentario. Y tendrán derecho también, cuando viajen por el extranjero, a la plena protección diplomática de cualquier Estado miembro de la CE.

Estos derechos proyectados son otra prueba de que Europa –por lo menos la Europa de la Comunidad Europea– está presenciando el nacimiento lento, no planeado, ciego y doloroso de una nueva especie de animal político, el ciudadano europeo. Esta ciudadanía transnacional todavía no está garantizada constitucionalmente. Su condición «informal» o prejuzgada hace que no sea del todo visible, asegura su fuerza como ideal normativo y la vuelve vulnerable a las tendencias contrarias. El hábitat del nuevo ciudadano europeo es una sociedad civil internacional que está surgiendo de contactos personales, redes, conferencias, partidos políticos, iniciativas sociales, sindicatos, empresas grandes y pequeñas, amistades y foros locales y regionales. Dentro de este hábitat no gubernamental, individuos y grupos de diversas naciones y creencias aprovecharán las nuevas tecnologías de la comunicación –aparatos de fax, contestadores telefónicos, televisión por satélite– que superan las barreras aparentemente «naturales» de la distancia geográfica y las fronteras entre los Estados, aumentan la movilidad física y cultural de la población e incluso ofrecen un simulacro de ubicuidad. Los nuevos ciudadanos europeos cruzan las fronteras con diversas finalidades sin elevar a la categoría de dogma los orígenes nacionales, la identidad nacional o la condición de los «extranjeros». Estos ciudadanos ven y sienten la importancia del *metaxu* (Simone Weil). Valoran los nichos, como la identidad nacio-

nal, en los cuales encuentran calor y alimento y adquieren una mayor confianza en sí mismos. Y, sin embargo, también reconocen la alteridad como un derecho y un deber de todos. Estos nuevos ciudadanos creen que en el mundo contemporáneo la identidad depende más de la política y de la elección que del destino. Reaccionan alérgicamente al nacionalismo y se sienten muy identificados con las personas que sufren discriminación o se ven obligadas a exiliarse de sus naciones o territorios. Adoptan una actitud humilde respecto de su identidad nacional, se interesan por los demás y se preocupan por el bienestar de su prójimo, y en consecuencia no desean entregarse a sentimientos de venganza o satisfacción narcisista, propios de los nacionalistas. Los ciudadanos europeos son los cosmopolitas de nuestro tiempo.

Sin duda alguna el nacionalismo y la guerra genocida pueden destruir la internacionalización de la sociedad civil, como ocurre en el centro-sur de Europa, donde para muchas personas la vida cotidiana es un infierno de exclusión, terror y sangre, del que la condición de ciudadano ha quedado excluida. Estos intercambios sociales entre diversos ciudadanos pueden verse reducidos o asfixiados por el poder de las empresas transnacionales (como la Ford, la Volkswagen o la Sony) que tratan de coordinar sus mercados nacionales, disciplinar sus plantillas y dominar la vida social europea mediante técnicas de gestión y comercialización orientadas hacia el lucro. No es menos cierto que los xenófobos y otras fuerzas antidemocráticas están ganando terreno en el nuevo hábitat europeo. Con todo, el crecimiento a largo plazo de los intercambios en

todo el continente, entre ciudadanos cuyas opiniones sociales y políticas son predominantemente pluralistas y republicanas, es una de las características más notables de la Europa contemporánea. En estos intercambios, pocas trazas quedan de la lucha de clases marxista y de los sueños del siglo XIX de acabar con las instituciones del Estado, y el nacionalismo se considera anatema. Lo que sí hay es una creencia básica de que no sólo Europa, desde el Atlántico hasta los Urales, sino el mundo entero ha de ser un mosaico de ricos colores, una región caracterizada por un equilibrio precario y no violento, pero objeto de permanente debate entre gobernantes y ciudadanos.

A veces este nuevo republicanismo democrático aparece bruscamente, como en el caso de las revoluciones de terciopelo de 1989-1991. Otras veces se expresa en forma de vagas referencias a los derechos y deberes internacionales de los ciudadanos (como en el Tratado de la Unión de Maastricht). Pero más frecuentemente la formación de una sociedad civil europea es un proceso poco espectacular, casi invisible, que no parece merecer la atención de los periodistas, los intelectuales y los políticos, pero que exige evidentemente una investigación sociológica detallada. Porque muy bien podría ser que esta nueva ciudadanía europea, a condición de que no se malogre y que se alimente con una financiación suficiente y las adecuadas garantías jurídicas y políticas, resulte ser el mejor antídoto contra los peligros del nacionalismo y los frutos envenenados de la democracia.

Traducido del inglés

Notas

1. Helmut Beumann y W. Schroeder (eds.). *Aspekte der nationenbildung im Mittelalter* (Sigmaringen, 1978); Helmut Beumann, «Zur Nationenbildung im Mittelalter», en Otto Dann (ed.), *Nationalismus in vorindustrieller Zeit* (Munich,

1986), págs. 21 a 33; y Bernard Guenée, *L'Occident aux XIVe à XVe siècles* (París, 1981), capítulo 3.

2. *Encyclopédie* (17 volúmenes, París, 1751 a 1765), volumen 11, pág. 36.

3. El ejemplo del Parlamento inglés durante el período Tudor es analizado por G.R. Elton, «English national self-consciousness and the Parliament in the sixteenth century», en Otto Dann (ed.), *Nationalismus in vorindustrieller*

- Zeit (Munich, 1986), págs. 73 a 82. El caso francés se estudia en R. Bickart, *Les Parlements et la nation de souveraineté nationale* (París, 1982).
4. El caso de los Países Bajos se estudia en la obra de Johan Huizinga, «Cómo Holanda se convirtió en una nación», en su *Verzamelde Werken* (9 volúmenes, Haarlem, 1948-1953), volumen 2, págs. 266 a 283.
5. Thomas Paine, *Rights of Man. Part First* y *Rights of Man. Part Second*, en Philip S. Foner (ed.), *The Complete Writings of Thomas Paine* (Nueva York, 1945), págs. 243 a 458.
6. *Rights of Man. Part First*, en Philip S. Foner (ed.), *The Complete Writings of Thomas Paine* (Nueva York, 1945), pág. 341.
7. Karl Deutsch, *Nationalism and Its Alternatives* (Nueva York, 1969), pág. 19.
8. Klaus von Beyme, «Social and economic conditions for ethnic strife in the Soviet Union», en Alastair McAuley (ed.), *Soviet Federalism, Nationalism and Economic Decentralisation* (Leicester y Londres, 1991), págs. 89 a 109; y Adam Michnik, «Nationalism», *Social Research*, volumen 58, número 4 (Invierno de 1991), págs. 757 a 763.
9. Un excelente examen de las características de la identidad nacional figura en el trabajo de Philip Schlesinger, «On national identity: some conceptions and misconceptions criticized», *Social Science Information*, 26, 2 (1987), págs. 219 a 264, así como en el *Nations and Nationalism* de Ernest Gellner (Oxford, 1983) y en *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* de Benedict Anderson (Edición revisada: Londres y Nueva York, 1991).
10. Fredrik Barth desarrolla una metáfora espacial de las fronteras en su obra «Ethnic Groups and Boundaries», en *Process and Form in Social Life: Selected Essays of Fredrik Barth* (Londres, 1981), págs. 198 a 227.
11. John Keane, *Democracy and Civil Society. On the Predicaments of European Socialism, the Prospects for democracy and the problem of Controlling Social and Political Power* (Londres y Nueva York, 1988) y *The Media and Democracy* (Oxford, 1991).
12. Jan Jozef Lipski, «Two Fatherlands – Two Patriotisms», *Survey*, volumen 26, número 4 (Otoño de 1982), págs. 159 a 175.
13. Jacques Godechot, *La Grande Nation* (segunda edición; París, 1983); Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780* (Cambridge y Nueva York, 1990); Hugh Seton-Watson, *Nations and States. An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism* (Londres, 1977); y Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Londres y Nueva York, 1991).
14. Citado en la obra de Marianne Weber, *Max Weber: A Biography* (Nueva York y Londres, 1975), pág. 653.
15. Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780* (Cambridge, 1990).
16. John Keane, «The Modern Democratic revolution: Reflections on Lyotard's *The Postmodern Condition*», en Andrew Benjamin (ed.), *Judging Lyotard* (Londres y Nueva York, 1992), págs. 81 a 98.
17. Véase Charles B. Eddy, *Greece and the Greek Refugees* (Londres, 1931), y C.A. Macartney, «Refugees», en *Encyclopedia of the Social Sciences* (Londres, 1931), volumen 13, págs. 200 a 205.
18. Richard Batley y Gerry Stoker (eds.), *Local Government in Europe: Trends and Developments* (Londres, 1991).
19. Véase Charles Sabel, «Flexible specialisation and the re-emergence of regional economies», en P. Hirst y J. Zeitlin (eds.), *Reversing Industrial Decline? Industrial Structure and Policy in Britain and her Competitors* (Oxford, 1989), págs. 17 a 70).
20. Slavenka Drakulic, «The Smothering Pull of Nationhood», *Yugofax* (31 de octubre de 1991), pág. 3.
21. El caso de Italia se considera en la obra de Franco Venturi, *Italy and the Enlightenment. Studies in a Cosmopolitan Century* (Nueva York, 1972). Véase también Thomas J. Schlereth, *The Cosmopolitan Ideal in Enlightenment Thought: Its Form and Function in the Ideas of Franklin, Hume and Voltaire, 1694-1790* (Notre Dame y Londres, 1977); Eugen Lemberg, *Geschichte des Nationalismus in Europe* (Stuttgart, 1950), págs. 123 a 127; Joseph Texte, *Jean-Jacques Rousseau and the Cosmopolitan Spirit in Literature: A Study of the Literary Relations between France and England during the Eighteenth Century* (Londres y Nueva York, 1899).
22. Raymond Aron, «Is Multinational Citizenship Possible?», *Social Research*, Invierno de 1974, págs. 652 a 653.

Las vicisitudes del principio de mercado

Edmund Wnuk-Lipinski

Introducción

Las vicisitudes del mercado serán expuestas aquí desde el punto de vista de la sociología política. El artículo se centra en las consecuencias sociales y políticas de la aplicación de un principio de mercado en las economías centralizadas de los países poscomunistas de Europa central y oriental. Este campo de investigación tiene un interés especial, por dos motivos: 1) el colapso de los regímenes de tipo soviético ha tenido consecuencias directas en el orden económico y político mundial. Algunos autores afirman que el resultado de las revoluciones de 1989 en Europa central y oriental será un nuevo desorden mundial (K. Jowitt, 1993); 2) la aplicación del principio de mercado en las antiguas economías centralizadas revela claramente no sólo las ventajas de esta solución sino también sus limitaciones y sus efectos sociales y políticos secundarios.

Edmund Wnuk-Lipinski es profesor de sociología y fundador director del Instituto de Estudios Políticos de la Academia Polaca de Ciencias, (ul. Polna 18/20, 00-625 Varsovia, Polonia). Asimismo es miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación de Sociología Polaca, y fue miembro de la Comisión de *Solidarnosc* en la Mesa Redonda Polaca de 1989. Posteriormente dirigió un grupo de asesores sociológicos de los diputados de Solidaridad en el Parlamento. Es autor de numerosos libros y artículos sobre la estructura social, la desigualdad, la política social y la transformación política de los países ex comunistas.

Las tesis y las hipótesis

El principio de mercado es una de las principales fuerzas motrices que alimentan la dinámica de la sociedad, no sólo en la esfera económica sino también en los otros sectores de la vida colectiva. El principio de mercado desempeña por lo menos dos funcio-

nes básicas, una ideológica y otra reguladora.

La función ideológica del principio puede observarse tanto en las sociedades de economía de mercado como en aquéllas de diferente organización de la economía. En el primer caso, el principio de mercado actúa como regulador de las fuerzas económicas, y es uno de los factores básicos de legitimación de todo el orden social (incluidos los productos sociales del mercado y, especialmente, las desigualdades sociales). En el segundo, el principio de mercado es un importante elemento de carácter normativo para la deslegitimación de un sistema organizado según los principios menos eficientes de la economía centralizada.

Como es natural, la función reguladora del principio de mercado opera solamente en las sociedades de economía de mercado, aunque el nivel de la intervención estatal

en estos regímenes varíe según el país de que se trate.

El principio de mercado es compatible con la libertad política y con el orden democrático, y también con un orden político autoritario; en cambio, la economía centralizada parece incompatible con un orden democrático y sólo puede funcionar en un entorno político autoritario. Como expuso categóricamente Hayek: «Si por capitalismo se entiende un sistema competitivo basado en la utilización libre de la propiedad privada, es mucho más importante

comprender que sólo dentro de este sistema es posible la democracia. Cuando el sistema está dominado por una creencia colectivista, la democracia acaba inevitablemente por destruirse a sí misma» (F.A. Heyek, 1979, pág. 52). Quizás esta opinión liberal parezca demasiado dogmática, y sin embargo apunta a un cierto vínculo fundamental entre los sistemas económico y político. Las libertades civiles en general son más estables si están asentadas en las libertades económicas y, en particular, en la propiedad privada. Como es natural, el que las libertades civiles deban ir antes que las económicas, o viceversa, depende del contexto histórico. No obstante, según L. Balcerowicz (1993), uno de los arquitectos de las radicales reformas de mercado en una economía de planificación central, en las sociedades poscomunistas la opción era más bien limitada (por lo menos en una fase inicial de la transformación económica). La iniciación de un cambio económico radical (es decir, la sustitución de las medidas administrativas por el principio de mercado en breve plazo) es más fácil de conseguir si antes se desmantela el sistema autoritario y se establece un orden político democrático. Un argumento parecido lo expone A. Przeworski, según el cual «la estrategia que tiene más probabilidades de triunfar no es una que minimice los costos sociales: los programas radicales tienen más probabilidades de imponerse en condiciones democráticas, aunque los votantes prefieran empezar con una estrategia más gradual. De ahí que si a los políticos les interesa llevar adelante las reformas, tendrán un incentivo para imponer una estrategia radical, incluso contra las preferencias populares y aunque sepan que esta estrategia tendrá que moderarse bajo la presión popular» (A. Przeworski, 1991, págs. 28 y 29).

Esto nos conduce a la primera tesis general del artículo: en el mundo bipolar que apareció después de la Segunda Guerra Mundial, con la fuerte rivalidad ideológica y militar entre las dos superpotencias, conocida con el nombre de guerra fría, había poco margen para experimentar con el sistema de mercado en un régimen comunista, ya que estos experimentos podían socavar un orden ideológicamente coherente de estructuras políticas y económicas totalitarias. Tras un breve lapso de distensión, a comienzos de los años ochenta el mundo bipolar entró en un período que a veces se

denomina la segunda guerra fría (P.G. Lewis, 1992). Durante este período, en el bloque comunista se aplicaron algunas medidas de cuasi-mercado para reavivar una producción económica que declinaba y mantenerse a la altura del tremendo progreso tecnológico del Occidente. Todos los intentos, aplicados principalmente en las periferias del imperio soviético, fracasaron porque habían desafiado la omnipotencia del partido comunista y, por consiguiente, socavaban su sistema político. Después de esta experiencia la oposición democrática en los países comunistas aceptó la tesis de que era menester una democratización política y una liberalización antes de que pudieran introducirse reformas económicas radicales destinadas a aplicar el principio de mercado.

La segunda tesis general del artículo podría formularse del modo siguiente: el propio principio de mercado constituye la base de una cierta ideología que tuvo una fuerte capacidad de movilización y contribuyó al derrumbamiento de las economías centralizadas en Polonia y en otros lugares de Europa central. El fracaso de la economía centralizada, cuyas consecuencias pagaron las poblaciones de Europa central y oriental, inspiró la extendida creencia de que un sistema puro de mercado es sin duda un instrumento mucho mejor para la asignación de los recursos y su utilización eficiente que las instituciones políticas o administrativas. Especialmente persuasivas eran las comparaciones populares entre los niveles de consumo del Occidente rico y del bloque soviético. Esto parece explicar la popularidad inicial de las soluciones neoclásicas radicales, de las cuales el programa de Balcerowicz se convirtió en un símbolo.

La aplicación del principio de mercado en las economías centralizadas, particularmente en una versión estrictamente neoliberal, pronto tropezó con tres tipos de barreras: 1) las institucionales; 2) las estructurales, y 3) las psicológicas. Esto hizo que los políticos (por lo menos en Polonia) se dividiesen en dos bandos, a saber: 1) los que apoyaban la idea neoliberal del principio de mercado, y 2) los que creían que la aplicación del principio de mercado en una situación poscomunista debía estar limitada por la intervención estatal para conseguir una distribución más igualitaria de las cargas de la transformación económica. Esta última posición se subdivide a su vez en



Vendedora de ajos en una calle de Varsovia en 1989. Sherbell/Saba-Rea.

dos opciones completamente distintas. La opción socialdemócrata, que insiste más en los derechos de la sociedad colectiva, o las opciones demócratacristianas, que siguen la doctrina social de la Iglesia Católica y atribuyen prioridad a la propiedad privada, a la solidaridad, a la participación, al valor del trabajo y a los sindicatos frente al poder del capital, y a las limitaciones jurídicas del principio de mercado en pro del «bien común» (Juan Pablo II, 1991, Z. Romanow, 1992). Como quiera que lo entendiese el discurso político, el principio de mercado parecía la única alternativa a las economías centralizadas.

Las radicales reformas económicas aplicadas en Polonia por Leszek Balcerowicz, que reflejaban el criterio neoliberal del principio de mercado, pronto se convirtieron en el principal factor de estructuración del escenario político. Todos los partidos que intervenían en la lucha política (incluido el partido poscomunista) rechazaron la idea de una economía centralizada y se declararon a favor de la solución de mercado, pero sus respuestas a los diversos elementos del «programa Balcerowicz» fueron diferentes. Podemos distinguir en general las siguientes respuestas a la versión neoliberal de la reforma, según se manifestaron en la última campaña electoral.

1. Las actitudes favorables a un «paraguas» protector del Estado sobre los gigantes industriales heredados de la economía centralizada (que creó la base electoral para los poscomunistas y, en mucha menor medida, para la izquierda de Solidaridad).

2. Las actitudes favorables a una intervención estatal moderada en favor de los más desprotegidos dentro de la nueva economía de mercado; la reacción basada en la doctrina de la «economía social de mercado» derivada de la enseñanza social de la Iglesia (esta respuesta creó una base electoral para los partidos políticos moderados de centroderecha, incluido el más poderoso, la Unión Democrática).

3. La actitud populista, simple vehículo de transmisión de las frustraciones derivadas del descenso del nivel de consumo; estas frustraciones fueron el caldo de cultivo para los partidos de extrema derecha, entre ellos el más fuerte, la Confederación de Polonia Independiente.

La estructuración del escenario político es resultado, de hecho, de la interacción entre

dos valores básicos, relacionados con el principio del mercado: la eficiencia y la justicia. Mientras que el planteamiento neoliberal da más importancia a la mejora de la eficiencia del sistema económico, los partidos moderados de centro tratan de combinar la eficiencia en la producción con la justicia social en la distribución de la riqueza nacional, los socialdemócratas recalcan la justicia social como objetivo prioritario y los grupos radicales populistas pasan por alto el problema de la eficiencia y se concentran en la distribución equitativa de la riqueza nacional producida (véase por ejemplo J. Hausner, 1992).

Sin embargo, en términos generales el principio de mercado parece ser la solución incuestionable a la transformación del sistema poscomunista. Tras el colapso del bloque comunista parece observarse una tendencia mundial que permitiría suponer que el mundo está entrando en un período de mercado mundial, una «aldea mundial». La competencia ideológica y militar típica del mundo bipolar está siendo sustituida por la competencia entre los intereses económicos de las naciones o grupos de naciones, y ha aumentado mucho la influencia de las empresas multinacionales, que no reconocen las fronteras de los países y son de mayores dimensiones que las entidades políticas.

Análisis de la situación

Examinaremos ahora con más detalle las siguientes cuestiones: posibilidad de que el principio de mercado socave el modelo bipolar del orden mundial; límites de la transición de las sociedades centralizadas a las sociedades de mercado; peculiaridades de la transformación económica con procedimientos democráticos, y examen del dilema eficiencia-justicia en el contexto de las desigualdades sociales.

El mundo bipolar y el problema de la eficiencia económica

Hasta 1989 el orden mundial fue básicamente bipolar: las democracias occidentales encabezadas por los Estados Unidos de América y los regímenes comunistas subordinados a la Unión Soviética. Los llamados países del Tercer Mundo eran el escenario de la rivalidad y



Mercado de coches en Polonia. Disponibles en otro tiempo sólo a través de una distribución limitada y controlada, los vehículos se hallan hoy libremente a la venta. Haley/sipa Press.

los conflictos sucedáneos entre las dos superpotencias mundiales. El mundo estaba dividido política, económica y, desde luego, militarmente. Después de la Segunda Guerra Mundial prevaleció una situación de constante competencia y, durante el período de la guerra fría, incluso de confrontación, por motivo de estos tres conceptos.

En el mundo dividido de la guerra fría aparecieron estereotipos populares. El hombre de la calle en Occidente veía en la tenebrosa Europa oriental masas de personas ineducadas y primitivas, encerradas en la jaula de hierro del sistema comunista. Sin embargo, después del período estalinista los países comunistas fueron dando gradualmente una imagen más «civilizada» de sí mismos en términos políticos, y la nueva izquierda occidental veía en ellos una interesante encarnación del viejo sueño de la justicia social, entendido habitualmente como la intervención del Estado para conseguir una distribución más equitativa del producto económico. En cambio, para las masas de población sometidas al comunismo, el

sueño consistía en el mundo occidental, que superficialmente se les aparecía como un paraíso de consumo.

A distancia era difícil ver los excesos del sistema de mercado puro. Las deficiencias ciertas del mercado (M. Jänicke, 1990, págs. 31 y 32), por ejemplo, la superioridad de los intereses a corto plazo con respecto a los intereses a largo plazo, la aparición de monopolios, las amplias desigualdades sociales y regionales, la incapacidad de satisfacer ciertos tipos de demanda (orden público, educación masiva, investigación fundamental, etc.) y sobre todo el predominio de los «intereses particulares» sobre el «interés común», que no siempre es una simple suma de los diversos intereses, se percibían desde Europa central y oriental como amenazas remotas y algo exóticas. Como señaló un crítico del principio de mercado: «El temor a la indigencia impuso un estilo de vida particular a la sociedad capitalista. Fomentaba una valoración casi exclusivamente utilitaria de la gente, los objetivos y los acontecimientos y estableció la supremacía de

los intereses comerciales sobre todas las demás esferas de la vida... La mejora de los sistemas de seguridad social redujo el temor a la indigencia y privó al sistema del principal instrumento para la observancia de la disciplina del trabajo. El auge de los oligopolios y de las empresas multinacionales redujo la competencia y privó al sistema del mecanismo que permitía distribuir los ingresos de conformidad con la creciente productividad... De resultados de todo ello, no sólo los pobres marginados minaron el tejido moral de la sociedad, sino que la moral pública se hizo menos exigente» (Y.S. Brenner, 1991, pág. 274).

Todas las críticas formuladas durante la profunda crisis, y después con el colapso de la economía centralizada, eran de importancia secundaria. En los debates de la Europa oriental de esta época, no parecía haber alternativa a la «mercadización» de las economías en declive; lo único que quedaba por ver era qué estrategia de reconstrucción económica debía adoptarse. Durante el período de decadencia del comunismo, los éxitos del thatcherismo en la recuperación de la economía británica influyeron mucho en el pensamiento de las élites políticas de la oposición, y también de la élite comunista, lo que a su vez facilitó las «conversaciones de mesa redonda» en Polonia y en Hungría sobre cuestiones económicas y ofreció un modelo ya probado de opciones económicas, después del colapso final de los regímenes comunistas (E. Comisso, 1991, pág. 132). Entonces no se conocían aún los aspectos negativos del thatcherismo (véase por ejemplo, J. Wells, 1991).

Un factor clave en el colapso del bloque soviético fue la notoria ineficiencia de la economía centralizada, incapaz de satisfacer las necesidades materiales básicas y las aspiraciones de la población, sobre todo en comparación con el nivel de vida del Occidente.

En los años ochenta el sistema distributivo de planificación central había perdido su atractivo ideológico incluso en los países comunistas relativamente aislados como Rumanía, Bulgaria, las Repúblicas de la ex Unión Soviética o aun Albania. La estrategia de los setenta, basada en los préstamos occidentales (para reforzar las economías en deterioro, y mantener los niveles ya bajos de consumo), fracasó, y en consecuencia la mayoría de las

economías centralizadas quedaron atrapadas en la trampa de la deuda. El creciente endeudamiento y la presión cada vez mayor de la población obligaron a los dirigentes comunistas a tratar de mejorar radicalmente la eficiencia económica.

El principio de mercado apareció como única alternativa real, pero su implantación era imposible sin una democratización y liberalización sustancial del sistema político. A su vez, la mayor libertad de la vida pública socavó la identidad de los sistemas comunistas y deslegitimizó el principal axioma del sistema (el papel rector del partido comunista), incluso entre los miembros del Partido (W. Adamski et al, 1991).

El colapso de los regímenes comunistas en Europa central y oriental allanó el camino hacia la aplicación del principio del mercado en las economías nacionales. Como ha señalado C. Offe, «las economías políticas poscomunistas hacen frente a tres problemas de transformación: la propiedad tiene que privatizarse, los precios deben liberalizarse o convertirse al sistema de mercado, y el presupuesto estatal tiene que estabilizarse para atenuar las fuertes presiones inflacionistas.

Paralelamente a estas transformaciones (y de hecho motivándolas) tenemos tres consideraciones de costos: la privatización se impone porque reducirá los costos de producción; la adaptación al sistema de mercado reducirá el costo de transacción...; pero la estabilización, si se aplica estrictamente, no permite economizar los costos, sino que da lugar a *aumentos* de costos de un tipo especial, los llamados «costos de transición» (o sea, los costos sociales derivados del cierre de las empresas no rentables, o de la reducción de los gastos sociales), lo que suscitará una resistencia política a la privatización y a la adopción del sistema de mercado» (C. Offe, 1992, pág. 1).

Estas medidas habían sido adoptadas ya por casi todas las nuevas democracias de la región (aunque no todos los países habían avanzado por igual en esta vía).

En cuanto el modelo general de transición económica pasó de la fase de los discursos políticos a la de la aplicación práctica, la reforma hizo frente a una serie de dificultades (la mayoría de las cuales pueden considerarse secuelas del anterior sistema).

Dificultades debidas a las secuelas de la economía centralizada

Algunos autores afirman que el derrumbamiento súbito del sistema comunista no conllevó la adopción de un nuevo sistema (por lo menos durante el período de transición), sino que supuso más bien un aterrizaje en un «no sistema», caracterizado por una serie de contradicciones entre las secuelas del viejo sistema y los elementos de la nueva lógica de comportamiento colectivo, un vacío institucional, una identidad social peor precisada de la población, normas fluctuantes de la vida económica y un extraordinario nivel de incertidumbre (M. Csanádi, V. Bunce, 1992). Según este planteamiento, el factor central del orden político y económico era el Estado comunista, y su desaparición dejó a una sociedad atomizada sumida en el vacío. Esta imagen es algo superficial, porque muchas instituciones formales (incluidas empresas socialistas), así como relaciones informales y transacciones de mercado dentro del sector estatal oficial y en la «segunda economía», supervivieron al sistema que las había creado. «La existencia de estructuras paralelas (por contradictorias y fragmentarias que fueran) en las redes informales e interempresariales, significa que en vez de un vacío institucional encontramos rutinas y prácticas, formas de organización y vínculos sociales que pueden convertirse en activos, en recursos, y en una base para contraer compromisos creíbles y emprender una acción coordinada» (D. Stark, 1992, pág. 79).

Siguiendo este razonamiento podemos distinguir en general tres tipos de dificultades en la aplicación del principio de mercado, que son secuelas del anterior sistema: 1) institucionales, 2) estructurales y 3) mentales. Estas limitaciones crearon ciertas contradicciones en la transformación sistémica, que parecen haberse registrado en todo el mundo poscomunista.

En la esfera económica una de las contradicciones más fundamentales se deriva del hecho de que *las reglas del mercado liberal se impusieron desde arriba, a una estructura institucional de la economía centralizada*. Dejemos de lado la paradoja que supone aplicar reglamentaciones espontáneas de mercado mediante un sistema programado y altamente centralizado y consideremos el fondo de la contra-

dicción. Según el modelo neoliberal de transformación, el principal dilema consiste en imponer el comportamiento de mercado a empresas estatales que vienen funcionando desde hace décadas con arreglo a la lógica de la economía centralizada. Podemos observar aquí la contradicción funcional entre la estrategia adoptada por el centro y el razonamiento microeconómico a corto plazo de unidades económicas acostumbradas a la lógica de la economía centralizada. El principio de mercado no permite la supervivencia de dichas unidades, y el razonamiento microeconómico de éstas se orienta hacia la supervivencia sin cambios, que es contraria a la construcción de una economía de mercado.

Dentro del marco del planteamiento socialdemócrata, el legado estructural de la economía comunista no puede simplemente «declararse en quiebra», sino que debe desmantelarse poco a poco sin transgredir los principios de la «justicia social» (y la definición de justicia social suele basarse en la hipótesis de una distribución igual de los costos sociales de la transformación). Este enfoque da lugar inmediatamente a una contradicción entre la eficiencia económica y los intereses de grupo de quienes trabajan en instituciones que son ineficaces con arreglo al principio de mercado (y la mayoría de las empresas estatales parecen encontrarse en esta situación).

La protección de estos intereses de grupo (basada en el principio de la distribución igual de la carga) reduce el ritmo de la transformación de la economía y prolonga la grave crisis económica. Por otra parte, ignorar estos intereses de grupo aumenta la resistencia social al cambio, lo que a su vez da lugar a una pérdida de ritmo de la transformación económica y a una mayor pujanza de los partidos populistas radicales. Este mismo fenómeno es causa subyacente de otras graves contradicciones. La primera se produce entre la esfera social y la esfera económica, y es la contradicción entre *la formación de estructuras por parte de la economía de mercado, y la vieja estructura estatalista*. La segunda es la contradicción entre *la mentalidad postsocialista y el espíritu de libre empresa*. Consideremos brevemente la naturaleza y las implicaciones de ambas.

El viejo sistema, y especialmente la economía centralizada, creó una peculiar estructura social estatalista, descrita en muchas obras de

sociología. El proceso de formación de grupos se produjo, en su mayor parte, en el marco de una empresa socialista que funcionaba con un sistema de planificación central. La red de los intereses de grupo (formales e informales), generada por este proceso, se basaba en la red existente de instituciones económicas, y especialmente en las empresas socialistas (W. Narojek, 1985). El rechazo masivo del viejo sistema fue posible porque los intereses de grupo quedaron provisionalmente en suspenso, en aras de un futuro mejor (el pueblo esperaba una economía más eficiente y un mayor nivel de libertad).

Por otra parte, la introducción de las normas de mercado en la economía puso en marcha el conocido mecanismo weberiano de formación de una clase económica y una clase media. La nueva clase media se encuentra en su fase inicial y hace frente a muchos y muy graves obstáculos. Como ha observado H. Domanski: «En la sociedad de mercado emergente, la clase media podría mantener la estabilidad económica y política del nuevo orden socioeconómico. Hasta ahora, ni la intelectualidad ni otros trabajadores no manuales o pequeños propietarios han desempeñado esta función. En lo económico, estos grupos no establecieron las orientaciones necesarias para promover la realización individual, la competencia y otras actitudes encaminadas a conseguir un funcionamiento efectivo de la economía de mercado. En lo político, la descomposición del «estatus» social de la intelectualidad promovió tensiones sociales, en detrimento de la estabilidad del sistema» (H. Domanski, 1991, pág. 63). En breves términos, los principios de mercado deben funcionar durante algún tiempo para constituir una nueva estructura social, en general, y una nueva clase media, en particular.

En la decisiva fase inicial de transformación, los intereses de grupo afincados en la economía de mercado son débiles y están dominados por los intereses que configura la economía centralizada. Así pues, en cierto sentido, cuando el apoyo a la transformación basada en el rechazo del anterior régimen deja de surtir efecto, el proceso de transformación pierde la base social necesaria y se ve casi imposibilitado de continuar, en la pura lógica de los principios democráticos. La actual proliferación de huelgas y manifestaciones calleje-

ras contra la reforma liberal de mercado en muchos países poscomunistas revela claramente que el proceso de transformación del mercado se está aproximando a este momento crucial.

El modelo neoliberal da por supuesto que los mecanismos de autorregulación del mercado libre eliminarán esta contradicción. En la fase inicial de la reforma económica, los decisores creen que una amplia intervención estatal no es necesaria, e incluso puede ser perjudicial debido a su carácter arbitrista. No obstante, este planteamiento fue impugnado rápidamente por los empleados de las grandes empresas industriales amenazadas de bancarrota. En los dos primeros años de la transformación no se produjo una expansión ni una mejora de la competencia en escala suficiente como para dar impulso a la economía estatal. La inflación fue controlada a expensas de una profunda recesión (mucho peor de lo previsto, sobre todo en el ineficiente sector estatal) y una elevada tasa de desempleo.

El modelo socialdemócrata suele prescribir una cierta intervención del Estado, lo que es incompatible de por sí por cuanto apunta a dos objetivos diferentes: 1) la protección de los intereses en las categorías existentes de la estructura social y, 2) la aceleración de los cambios institucionales en la economía (incluida la privatización y la reprivatización).

El primero reduce el costo social del cambio pero mantiene la vieja red de intereses de grupo, difícilmente compatible con una economía de mercado. El segundo objetivo, si se toma en serio, menoscaba el primero con el consiguiente círculo vicioso.

La contradicción entre una mentalidad postsocialista y *el espíritu de libre empresa* ha sido señalada por varios sociólogos (véase por ejemplo: L. Kolarska-Bobinska, 1992, J. Koralewicz y M. Ziółkowski, 1991, E. Mokrzycki, 1991, P. Sztompka, 1991, E. Wnuk-Lipinski, 1990). La gran mayoría de la población que vivió bajo el comunismo durante casi medio siglo no cuenta con ninguna experiencia en el funcionamiento cotidiano de una economía de mercado. Lo que se conoce comúnmente es sólo el aspecto superficial, las manifestaciones brillantes de la vida fácil en una sociedad rica. Muy pocos comprendieron desde el comienzo que el aumento de la libertad (sobre todo en la esfera económica) daría lugar probablemente a

una menor igualdad, a un mayor riesgo personal, a la responsabilidad de la propia vida y a toda una serie de opciones más difíciles. Para muchos fue un descubrimiento más bien desagradable, que evocó recuerdos nostálgicos de los «viejos tiempos seguros». Esta mentalidad socialista parece estar muy arraigada en los grupos primarios, y especialmente en la mayoría de los hogares que hacen frente a dificultades económicas y son incapaces de adoptar nuevas estrategias de obtención de ingresos más compatibles con las normas del mercado.

Por otra parte, los que han sido capaces de adaptarse rápidamente a las nuevas normas de vida son demasiado pocos para crear un modelo convincente de éxito social y económico. Además, algunos de los nuevos empresarios hicieron fortuna gracias a las lagunas jurídicas del período de transformación, o simplemente actuaron al margen de la ley. Por esta razón, mucha gente sospecha que todas las nuevas fortunas son de origen ilícito. Así, pues, el empresario dinámico no se ha convertido en un modelo ampliamente aceptado o, en otras palabras, en una alternativa atractiva para la «mentalidad postsocialista». No obstante, como muestran estudios recientes, existe una estrecha relación entre el régimen jurídico de una determinada empresa y el talante general de sus empleados; en las empresas recién privatizadas los empleados están de mucho mejor humor (sobre todo porque hay bastante menos incertidumbre acerca del futuro) que los de las empresas estatales (M. Jarosz, 1993, pág. 93). Otro estudio indica las siguientes consecuencias positivas de la primera fase de la reforma en los países poscomunistas: 1) la desaparición de las escaseces como resultado de la liberación de los precios; 2) mayores posibilidades de opción, salarios más elevados en dólares y un mejor acceso a las importaciones; 3) un mejor acceso a las técnicas extranjeras; 4) una mejora de los incentivos; 5) mejor composición de los productos, y 6) mayor solvencia externa de los países participantes (S. Gomulka, 1992, págs. 15 y 16).

Intereses de grupo, democracia y mercado

Hasta ahora la transformación de la economía centralizada en una economía de mercado se ha realizado con arreglo a los procedimientos democráticos. Este hecho ha tenido determinadas consecuencias sociales y políticas.

Ante todo, el modelo de transformación debe tener en cuenta las respuestas previstas de la población a las reformas impuestas desde arriba. La intensidad y el alcance de los cambios causados por las reformas son enormes, abarcando casi todas las esferas de la vida colectiva. Las políticas aplicadas por Reagan y Thatcher no fueron más que modificaciones de sistemas que ya existían, mientras que la conversión de las economías poscomunistas al sistema de mercado es un proceso radical de cambio de todo un orden económico, social y político.

En segundo lugar, si hay que tener en cuenta la respuesta política de la población a la aplicación del principio del mercado, será preciso que el Estado siga regulando hasta cierto punto el funcionamiento del mercado para que la gente apoye el nuevo sistema. De lo contrario es posible que la transformación económica no pueda completarse con los procedimientos democráticos.

En tercer lugar, el orden democrático revela los intereses colectivos de grupo, configurados por la estructura económica heredada de una economía centralizada. El principio del mercado es visto como una amenaza para los intereses de grupo, definidos a corto plazo. Esto a su vez hace que fuerzas políticas (habitualmente de tendencia populista) traten de frenar el ritmo del reajuste económico al nuevo sistema, con objeto de «mejorar la vida de las poblaciones ahora», y la transformación cae en un círculo vicioso. Después, el menor ritmo de la transformación demora el comienzo de la fase de crecimiento de la economía, lo que a su vez socava la creencia popular en la necesidad de hacer sacrificios en aras de un futuro mejor, favoreciendo las perspectivas a corto plazo y el mantenimiento del *statu quo*, o incluso el regreso a la situación precedente. Por el momento este círculo vicioso es más una posibilidad teórica que una realidad en la mayoría de los países poscomunistas, pero en algunos ya plantea un problema serio. La victoria de las fuerzas poscomunistas en Lituania, y las vicisitudes del principio del mercado en el actual juego político de las élites rusas, son buenos ejemplos de este proceso. Por consiguiente, el comportamiento político no puede ignorarse en un análisis de la transición a la economía de mercado, basada en principios democráticos.

El comportamiento político de la población durante un proceso de cambio llevado a cabo con procedimientos democráticos depende de la interacción de dos factores esenciales: valores e intereses. Para facilitar nuestro examen, supongamos que los juicios de valor

permiten distinguir de un modo aproximado la conducta «ventajosa» y la que no lo es, es decir la «desventajosa». Esto nos permite establecer un simple esquema de expectativas altas y bajas de ciertos comportamientos políticos:

CUADRO 1. Expectativas del comportamiento político según las definiciones de una situación basadas en los valores y los intereses

Definiciones de valor	Definiciones de interés	
	«ventajoso»	«desventajoso»
	expectativa del comportamiento político	
«bueno»	alta	media
«malo»	media	baja

Con arreglo a este esquema podemos formular las siguientes proposiciones teóricas:

1. Si un individuo considera que un determinado comportamiento es a la vez «bueno» y «ventajoso», habrá muchas probabilidades de que éste sea el comportamiento que adopte en la realidad.

2. Si un tipo de comportamiento se considera «bueno» y al propio tiempo «desventajoso», podemos esperar que se adopte si para el individuo dejar de comportarse «bien» resulta más doloroso que aceptar las desventajas previstas.

3. Si el individuo considera que un determinado comportamiento es «ventajoso» y al propio tiempo «malo», cabe esperar que lo adopte si la satisfacción prevista de las ventajas supera al malestar moral derivado de hacer algo «malo».

4. Si un determinado comportamiento se considera a la vez «malo» y «desventajoso» hay muy pocas probabilidades (o ninguna) de que se adopte.

La definición de lo que es «bueno» o «malo» y de lo que es «ventajoso» o «desventajoso» para un individuo se basa, por supuesto, en su experiencia personal y en sus opiniones teóricas (habitualmente estereotipadas) sobre el mundo. Tanto la experiencia individual como las creencias vienen condicionadas hasta cierto punto por interacciones sociales con las experiencias y creencias de grupos de referen-

cia (principalmente, aunque no exclusivamente, a nivel de las microestructuras).

En Polonia, por lo menos, el rechazo inicial del sistema comunista se basó en la convicción de que este comportamiento político, expresado en la elección de 1989, era a la vez «bueno» y «ventajoso». Era «bueno» porque el sistema comunista era un sistema opresor, y era «ventajoso» porque el rechazo del sistema abría la puerta a la aplicación del principio de mercado en una economía que, según la visión estereotipada de las sociedades occidentales de mercado, debía permitir en breve una mejora sustancial de los niveles de vida. En 1988, el 80% de los polacos adultos aceptaban el principio de mercado en la economía polaca. Hacia el otoño de 1990 (es decir, al cabo de casi un año de aplicación del programa Balcerowicz) el principio de mercado era aprobado por casi el 80% de la población, pero al mismo tiempo el 67% era favorable a una política de pleno empleo, y el 66% apoyaba la idea de un control estatal de los precios (L. Kolarska-Bobinska, 1991, págs. 63 y 64).

La aplicación del principio de mercado reveló a la sociedad poscomunista una verdad amarga. La libertad de mercado permitió comprobar que la población no quería muchos de los productos fabricados y los servicios ofrecidos, que la capacidad adquisitiva de los hogares era bastante baja, que la productividad de la mano de obra en la industria y la agricultura era deficiente, que la calidad de los productos nacionales era generalmente mucho peor que

la de los productos importados de Occidente en gran escala, que el sistema bancario apenas podía satisfacer las exigencias de la economía del mercado, que los créditos eran demasiado caros para la mayoría de los empresarios nacionales y que el sistema de recaudación de contribuciones parecía extremadamente inefi-

ciente. De resultados de estas deficiencias, todos los países poscomunistas sufrieron una profunda recesión, un brusco aumento del desempleo y una creciente frustración social.

En el Cuadro 2 puede verse el descenso estimado del PIB (producto interior bruto) en el mundo poscomunista:

CUADRO 2. Producto interior bruto, 1989-1992 (estimación)

País	1989	1990	1991	1992
	1988 = 100			
Bulgaria	100	88	68	64
Checoslovaquia	101	101	85	78
Alemania oriental	98	84	58	60
Hungría	98	95	87	82
Polonia	100	89	82	82
Rumanía	92	78	67	60
Ex URSS	102	98	88	70

Fuente: S. Gomulka, 1993.

El desempleo, prácticamente desconocido en su forma abierta con la economía centralizada, ha aumentado en grandes proporciones, paralelamente a la transformación de la economía. En Polonia el desempleo pasó de un 1,5% de la fuerza laboral total a comienzos de 1990 al 13,6% a finales de 1992 (cifra comparable a la tasa de desempleo en la ex RDA); en Hungría el aumento no fue tan pronunciado (1,7% en 1990 y un 10% en 1992), como tampoco en Bulgaria (12%) y en Rumanía (9%) —véase: *Rocznik Statystyczny* (anuario estadístico), 1992, pág. 108, *Wstępna ocena sytuacji społeczno-gospodarczej w 1992 roku* (evaluación provisional de la situación socioeconómica en 1992), 1993, pág. 131, A. Körösenyi, 1992, pág. 4.

La argumentación microeconómica no coincidió con el planteamiento macroeconómico del cambio de la economía. La intervención estatal fue viéndose cada vez más como una necesidad para orientar las transformaciones económicas en la dirección deseada, sobre todo en lo relativo a la privatización del enorme sector estatal.

Después de las primeras experiencias con el principio de mercado, la luna de miel de las sociedades poscomunistas llegó a su fin. El comportamiento político de un sector cada vez mayor de la sociedad estuvo más condicio-

nado por lo «ventajoso» que por lo «bueno», en otras palabras por intereses de grupo más que por valores morales.

La definición de interés puede basarse en el viejo orden económico, pero también en las nuevas normas de mercado. Aquellos que se sienten amenazados por los principios de mercado tienden a definir sus intereses de grupo en relación con los «viejos tiempos seguros», es decir con la economía centralizada. En tal caso, la aceptación de las normas de mercado a un nivel abstracto suele coincidir con la defensa de las secuelas del viejo sistema económico, que ofrecen una sensación de seguridad en la vida cotidiana (política de pleno empleo, control estatal de los precios, etc.), y reducen la incertidumbre que señalaron M. Csanadi y V. Bunce (1992). Para la mayoría de la población el principio del mercado es «bueno» en la medida en que no contradiga al nivel nominal de seguridad social que ofrecía la economía centralizada. No obstante, hay personas que creen firmemente que el principio de mercado es «bueno» independientemente de que bajen sus niveles de consumo. Estas personas están dispuestas a sacrificarse temporalmente en aras de los beneficios futuros (A. Przeworski, 1991, pág. 28). Así pues, podemos observar una tendencia a redefinir los intereses de grupo según la lógica del principio de mercado.

Encuestas sociológicas en Polonia muestran que los temores que suscita la reforma de la economía están negativamente correlacionados con la educación y la situación laboral. Cuanto más elevado es el nivel de educación y la situación laboral, menos se teme al sistema de mercado (I. Bialecki, 1991, pág. 124, L. Kolarska-Bobinska, 1991, pág. 78, W. Morawski, 1991, págs. 72 y 73).

Podríamos aventurar la hipótesis de que cuanto menos se cree en un éxito no demasiado lejano de la reforma, más probable es que los intereses de grupo se definan a corto plazo. Por otra parte, cuanto más firme es la creencia en el éxito final de la reforma, mayor será la disposición a hacer sacrificios temporales en el consumo y más probable será que los intereses de grupo se redefinan a largo plazo. En un régimen democrático estas dependencias mutuas se transmiten a la esfera política y ponen en marcha un mecanismo que genera una resistencia anticapitalista: los altos costos sociales de la transformación hacen que la gente pierda la fe en el éxito de la reforma, lo que a su vez da lugar a la creación de fuerzas políticas opuestas a la transformación del sistema. Mediante técnicas de persuasión de masas (la prensa libre) estas fuerzas políticas adquieren nuevos servidores, con lo que refuerzan la oposición política al mercado y reducen las probabilidades de éxito final de la transformación. Ello a su vez frena el entero proceso de cambio y prolonga el período de inestabilidad política y económica.

Desigualdades, eficiencia y justicia social

La aplicación del principio de mercado no sólo plantea el problema de los cambios de la estructura social *per se*, sino que además induce a redefinir la base normativa de todo el sistema de estratificación social. La base normativa de la estructura social existente es la justicia social. Huelga decir que las definiciones de justicia social de una sociedad determinada están condicionadas por el sistema general de valores prevaeciente, así como por la posición social de un grupo determinado. Ciertas diferencias son calificadas de desigualdades, e incluso de iniquidades, por quienes creen ver en ellas una transgresión de su concepto de justicia social. Varias definiciones de la justicia social guardan referencia implícita o

explícita con uno de los siguientes principios básicos: 1) igualdad de resultados; 2) igualdad de oportunidades; 3) equilibrio entre esfuerzos y resultados.

Desde la perspectiva de la transformación de un sistema social en favor de la economía de mercado, las desigualdades aparecen en dos esferas: la social y la económica.

En la esfera social pueden distinguirse dos mecanismos que generan desigualdades: 1) la posibilidad de mejorar la posición social en un determinado sistema estratificado, y 2) la distribución de los beneficios correspondientes a las diversas posiciones sociales.

Esta distinción tiene sentido si suponemos que la sociedad acepta en general el sistema estratificado global o, en otras palabras, que el sistema está socialmente legitimado. Esto es lo que suele ocurrir, por ejemplo, con muchos sistemas estratificados que se derivan de la economía de mercado, pero los que se derivan de otro tipo de economía suelen tropezar con graves problemas de legitimación por causa de la fuerte injerencia política en la determinación de las posiciones sociales, y en la distribución de los beneficios. Esta intervención política acostumbra a estar en contradicción con el principio de la igualdad de oportunidades. Un modelo de movilidad social basado en este principio es el factor más fuerte de legitimación de todo el sistema de estratificación (B. Mach, 1989, págs. 113 a 115). Cuando se infringe este principio, el propio sistema de estratificación puede ponerse en duda, impugnarse y finalmente rechazarse. Esto fue precisamente lo que ocurrió en Polonia cuando surgió el movimiento Solidaridad.

No obstante, el sistema de estratificación creado por el orden social comunista había obtenido una legitimación suficiente para funcionar. Algunos autores afirman que, no habiendo ninguna alternativa real, lo que existía era un consentimiento social más que una legitimación (A. Raychard, 1987). Pero en la práctica el resultado era el mismo: las personas tenían que vivir en el sistema y observar los principios impuestos desde arriba, y esto bastaba para hacerlo funcionar.

En el proceso de mejora de la posición social (el primer factor causante de las injusticias sociales) o de distribución de beneficios en igualdad de posición social (el segundo factor), algunas características de la desigualdad

cesan de existir cuando la economía no es de mercado (por ejemplo, los efectos de los derechos de propiedad), otras se ven seriamente limitadas, por lo menos en el primer decenio del nuevo orden (por ejemplo, las desigualdades de origen sexual, educativo o social), y otras en cambio resultan reforzadas (por ejemplo, las afiliaciones políticas). Por lo general, la movilidad ascendente aumentó en el primer período de régimen comunista, especialmente para la clase obrera y el campesinado (T. Kolości, E. Wnuk-Lipinski, 1983).

En general, el impacto del régimen comunista en el sistema de desigualdades fue principalmente de carácter nivelador. Pero el precio que hubo que pagar por esta igualdad fue una grave limitación de la libertad. Como ha señalado F. Parkin, «el igualitarismo parece requerir un sistema político en el cual el Estado sea capaz de controlar continuamente a grupos sociales y laborales que, en virtud de sus conocimientos, educación o condiciones personales, puedan tratar de obtener una proporción excesiva de los beneficios de la sociedad. El modo más eficaz de contener a estos grupos es negarles el derecho a organizarse políticamente o, en otras palabras, a socavar la igualdad social» (F. Parkin, 1971, pág. 183).

La política social de esta época, que formaba parte del proyecto más amplio de reconstrucción de la sociedad polaca según los dictados de la ideología comunista, estaba destinada a conseguir una igualdad más de condiciones que de oportunidades. Debido a las dificultades económicas el rasero se puso en general en la parte de abajo. Los bajos salarios servían para comprar productos y servicios de baja calidad (alimentos, viviendas y transportes baratos, educación y cuidados sanitarios gratuitos, etc.). Casi todos los recursos quedaron bajo el control del Estado, y su redistribución se ajustó a las prioridades políticas de la élite dominante: estabilización del sistema, industrialización forzosa, multiplicación de la mano de obra, paz social, política de pleno empleo, seguridad social. Así pues, durante este período la política social fue parte integrante de la política interna general orientada hacia una reconstrucción total de la sociedad. El precio pagado fue la ineficiencia económica del sistema.

Además, esta política social no consiguió eliminar las desigualdades sociales, ni en los

mecanismos para mejorar la posición social ni en los beneficios derivados de estas mismas posiciones sociales. Los estudios sociológicos han determinado que el sistema educativo violaba el principio de igualdad de oportunidades (H. Najduchowska, E. Wnuk-Lipinski, 1987), que había graves desigualdades de origen sexista en la distribución de los beneficios (I. Reszke, 1987) y que en las diversas ramas de la economía nacional tampoco los trabajadores recibían el mismo trato (H. Domanski, 1987). Asimismo, muchos estudios han indicado que la pertenencia al partido comunista guardaba una fuerte correlación con determinadas posiciones de privilegio (M. Pohoski, 1983, E. Wnuk-Lipinski, 1987).

Encuestas sociológicas realizadas en Polonia después de 1990 indican cambios sustanciales en las desigualdades sociales, causados por la aplicación del principio de mercado. En primer lugar, la pertenencia al partido comunista ya no es un factor positivo. No obstante, en la fase inicial de la transición al mercado muchos titulares de altos cargos en la nomenclatura del partido consiguieron aprovechar económicamente su posición política privilegiada. Existe una creciente diferencia en los salarios por trabajo igual, según cual sea el régimen jurídico de propiedad del lugar de trabajo. En la actualidad los empresarios privados ofrecen condiciones mucho más atractivas que el Estado. Asimismo, la mano de obra femenina está más expuesta al desempleo que la masculina (I. Reszke, 1991).

El segundo tipo de desigualdad es de carácter económico. Ante todo, existen desigualdades en los ingresos. En una economía no dependiente del mercado los ingresos son importantes, pero no son el único factor determinante de las desigualdades en el nivel de vida. Ello es debido a que en este tipo de economía el dinero no es sino uno de los medios para obtener acceso a los escasos bienes y servicios. Hay otros medios igualmente importantes: ocupar una posición privilegiada en el mecanismo de la redistribución centralizada, tener acceso a la circulación informal (o «mercado negro») de bienes y servicios, en la que la influencia personal puede intercambiarse por productos, servicios o dinero (ese tipo de intercambio suele llamarse corrupción), tener posibilidades de autosuministro de bienes y servicios (bastante común en las zonas rura-

les), gozar de ingresos en moneda convertible, etc. (E. Wnuk-Lipinski, 1989a).

La devaluación del ingreso personal como principal factor determinante del nivel de vida puede considerarse un resultado de la política social del viejo orden comunista. Esta política social utilizaba los ingresos personales no tanto como un medio de premiar los esfuerzos o iniciativas individuales en el trabajo, sino como un instrumento para nivelar las condiciones de vida de los empleados y sus familias. Es inútil añadir que esta tendencia a la igualdad influyó más en los niveles de pobreza que en los de riqueza. Las desigualdades de ingreso entre los diversos grupos de ocupación se redujeron considerablemente mediante un mecanismo centralizado de redistribución, y se mantuvieron estables. Si fijamos en 100 el ingreso medio por persona de los profesionales en 1988, el nivel de los ingresos de otras categorías de trabajadores fue el siguiente (entre paréntesis en 1982): propietarios privados no agrícolas, 120 (122); agricultores individuales, 98 (100); trabajadores industriales, 75 (87) (E. Wnuk-Lipinski, 1989b).

En el anterior orden social la libertad económica de individuos y grupos estaba gravemente limitada por la tendencia a centralizar el poder y a promover la igualdad de las condiciones de vida. Esta política, en realidad, no promovió la igualdad sino que causó la conocida ineficiencia de la economía de planificación central. La grave crisis, y la caída vertical del nivel general de bienestar de la población pusieron fin a este régimen, que, debido a los efectos secundarios antes mencionados, ni siquiera había sido capaz de acabar con la desigualdad. Los medios informales de progresar en la vida pública para mejorar el nivel de vida, o sacar provecho de las escaseces de mercado, se consideraban contrarios en general a la justicia social y como tal su legitimación social era escasa o nula.

El período poscomunista ha creado un contexto totalmente nuevo introduciendo una economía de mercado regulada, que suscita crecientes desigualdades, especialmente en la esfera económica. Aunque moderado por la intervención estatal, el mercado libre conduce inevitablemente a una mayor diferenciación de los ingresos, y por consiguiente a desigualdades más acentuadas en el nivel de vida. Al propio tiempo, la función de redistribución

del Estado está cada vez más limitada, mientras que el ingreso personal se ha convertido en el factor más determinante del nivel de consumo. La pobreza, ya presente con el comunismo, es ahora más visible, y lo propio ocurre con la riqueza. Además, el desempleo es un elemento permanente de la vida social.

Muchos estudios sociológicos realizados en los años setenta (S. Nowak, 1979) y a comienzos de los ochenta (L. Kolarska, A. Rychard, 1983) revelaron que las ideas igualitarias estaban muy extendidas en la sociedad polaca. Algunos autores interpretaron este fenómeno en función de la adaptación al orden económico y social existente (A. Rychard, 1987), mientras que otros afirmaban que las ideas igualitarias se aplican a la distribución de la riqueza nacional, más que a la redistribución centralizada. Con arreglo a esta interpretación, las ideas igualitarias son, de hecho, un sustituto de los intereses económicos que no pueden satisfacerse con el sistema existente (L. Kolarska-Bobinska, 1985). La gente, se afirma, es favorable a una política social plenamente igualitaria porque en una economía que no sea de mercado no hay margen para plantear y satisfacer libremente los intereses de los diversos grupos.

Incluso si este modo de razonar es correcto, y yo creo que lo es, una interpretación de este tipo sólo es válida para algunas de las personas que sostienen ideas igualitarias. Otros dan por sentados los valores igualitarios y tropezarán probablemente con graves problemas cuando traten de adaptarse a una economía más liberal.

Subsiste la cuestión capital: una sociedad que vivió bajo el comunismo durante más de cuatro décadas, ¿está preparada para vivir en un sistema económico más eficiente, en detrimento de la igualdad? La respuesta general puede inducir a error, ya que se han registrado respuestas muy distintas a la cuestión y, en un futuro próximo, cuando se haya completado la instalación del sistema de mercado, esta diferenciación podría ser aún mayor.

La aplicación del principio de mercado en el mundo poscomunista supone una mayor responsabilidad por la vida propia y una opción más individualizada en lo que ésta deba ser. Para algunos (que carecen de agilidad intelectual, lo que corresponde generalmente a un nivel más bajo de instrucción o a un grupo de

mayor edad) esto puede resultar una carga insoportable, lo que podría sentar las bases sociales del síndrome de «rechazo de la libertad» (E. Fromm, 1971), que quizás se traducirían en algún tipo de movimiento populista, bajo un liderazgo autoritario.

Resumen: ¿Vamos hacia un mercado global?

El colapso del modelo económico de tipo soviético creó un vacío (o un «desorden» según K. Jowitt, 1993) en el orden mundial bipolar. Mediante la transformación de las economías poscomunistas y la cautelosa expansión del capital occidental, este vacío se va llenando gradualmente con dispositivos institucionales que son compatibles con soluciones occidentales que han demostrado su validez. El principio de mercado parece ser la norma general que menos protestas suscita en el proceso de transformación económica de las sociedades poscomunistas. Además, incluso algunos países aún gobernados por partidos comunistas, con sistemas políticos monocéntricos intactos, están adoptando con precaución dispositivos de la economía de mercado, aunque más tarde o más temprano tendrán que hacer frente a la barrera política de la transformación profunda en un sistema de mercado. Un buen ejemplo de este fenómeno es la China actual.

La economía comunista centralizada parece no tener futuro alguno. Sólo ahora es banal decir esto, después de la prolongada lección histórica que ha arrojado a la muerte a millones de personas (especialmente en los campos de concentración de la ex Unión Soviética), y provocado grandes sufrimientos y un mundo sin esperanza. Por el momento, esta horrible lección reduce dramáticamente el atractivo de varias soluciones de «tercera vía». ¿Significa esto que estamos ante la victoria final del sistema de mercado en la economía mundial? Si es así, ¿nos estamos acercando a la era del

mercado mundial? Una respuesta positiva a estas preguntas significa que las revoluciones de 1989 en Europa central y oriental pueden tener consecuencias de largo alcance para el orden económico y político mundial.

Pero una respuesta positiva pronto podría revelarse superficial o demasiado apresurada, porque la aplicación del principio de mercado a las antiguas economías centralizadas se encuentra sólo en sus fases iniciales y ha conocido ya muchas dificultades (S. Gomulka, 1993), que frenan el ritmo de reconstrucción y en el futuro podrían incluso invertir la tendencia, por causa de la reacción popular anticapitalista. Los disturbios políticos que ha provocado la reforma radical de mercado en Rusia son un buen ejemplo de lo que queremos decir.

Sean cuales fueren las turbulencias políticas que nos reserva el futuro, la tendencia general parece bastante clara: 1) aplicación del principio de mercado en la economía, 2) creación de dispositivos institucionales compatibles con los de las economías occidentales de mercado, y 3) integración gradual en el mercado mundial. Como dice uno de los autores mencionados, «existen procesos dinámicos que construyen y tejen redes de interacción e interconexión entre los Estados y las sociedades que constituyen la comunidad mundial» (A.G. McGrew, 1992, pág. 318.).

Esta tendencia parece ofrecer una sólida base para la hipótesis formulada al comienzo de este trabajo, de que el mundo está entrando en una era de mercado mundial, en una aldea mundial, y que la competencia ideológica y militar típica del mundo bipolar está siendo sustituida gradualmente por la competencia de intereses económicos de naciones o grupos de naciones, así como por un incremento sustancial de la influencia de las empresas multinacionales, que no conocen fronteras y son más grandes que muchas entidades políticas.

Traducido del inglés

Referencias

- ADAMSKI, Wladyslaw y otros (1991): *Polacy '90 –konflikty i zmiana* («Los polacos en los 90 –los conflictos y el cambio», Academia Polaca de ciencias, Varsovia.
- BALCEROWICZ, Leszek (1993): «Najpierw demokracja, potem kapitalizm» («Primer Democracia, después Capitalismo»), *Gazeta Wyborcza*, Núm. 24 (1104), 30-31 de enero de 1993.
- BIALECKI, Ireneusz (1991): «Pracownicze interesy i orientacje polityczne» («Los intereses de los trabajadores y sus orientaciones políticas»), en: *Polacy '90* (Los polacos en los 90), ed. W. Adamski, A. Rychard, E. Wnuk-Lipinski, Varsovia, 1991.
- BRENNER, Y.S. (1991): *The Rise and Fall of Capitalism*, Edward Elgar Publishing Limited, Aldershot.
- COMISSO, Ellen (1992): «Political Coalitions, Economic Choices», en: *Democracy and Political Transformation*, ed. Gyorgy Szoboszlai, Asociación Húngara de Ciencias Políticas, Budapest.
- CSANADI, Maria y BUNCE, Valerie (1991): «A Systematic Analysis of a Non-System: Post-Communism in Eastern Europe», *Sisyphus – Social Studies*, Vol. 1 (VIII), Editorial IPS, Varsovia.
- DOMANSKI Henryk (1987): *Wplyw segmentacji rynku pracy na formowanie sie struktury społecznej* (La influencia de la segmentación del mercado de trabajo en la formación de la estructura social), Wrocław.
- DOMANSKI Henryk (1991): «Structural Constraints on the Formation of the Middle Class», en: *Sisyphus – Sociological Studies*, Vol. VII: Challenges to Pluralism in Eastern Europe, Varsovia.
- FROMM, Erich (1971): *Escape from Freedom*, Holt, Rinehart & Winston Inc., Nueva York.
- GOMULKA, Stanislaw (1993): «Economic and Political Constraints During Transition» (mimeografiado).
- HAUSNER, Jerzy (1992): *Populistyczne zagrożenie w procesie transformacji społeczeństwa socjalistycznego* («La amenaza populista en el proceso de transformación de la sociedad socialista»), Fridrich Ebert Stiftung, Varsovia.
- HAYEK, Frederic A. (1979): *The Road to Serfdom*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- JÄNICKE, Martin (1990): *State Failure. The Impotence of Politics in Industrial Society*, Polity Press, Cambridge.
- JAROSZ, Maria (1993): *Prywatyzacja. Szanse i zagrożenia* (Privatización. Oportunidades y amenazas), Instituto de Estudios Políticos, Varsovia.
- JUAN PABLO II (1991): «Centésimus annus», *L'Osservatore Romano*, 1991, Núm. 4/131.
- JOWITT, Ken (1993): «Nowy światowy nieład» («Nuevo desorden mundial»), *Gazeta Wyborcza*, Núm. 49 (1128), 27-28 de febrero de 1993.
- KOLARSKA-BOBINSKA, Lena (1985): «Interesy społeczne i postawy egalitarne a zmiana ładu gospodarczego» (Intereses sociales, actitudes igualitarias y cambio de orden económico), *Studia Socjologiczne*, Núm. 2 (97), Wrocław.
- KOLARSKA-BOBINSKA, Lena (1991): Ustrój ekonomiczny a interesy grupowe (Orden económico e intereses de grupo) en: *Polacy '90* (Los polacos en los 90), ed. W. Adamski, A. Rychard, E. Wnuk-Lipinski, Varsovia, 1991.
- KOLARSKA-BOBINSKA, Lena, (1992): «Social Interests and Their Political Representation: Poland during Transition», Varsovia (mimeografiado).
- KOLARSKA, Lena, RYCHARD, Andrzej (1983): «Interesy polityczne i ekonomiczne» (Intereses políticos y económicos), en: *Demokracja i gospodarka*, ed. W. Morawski, Uniwersytet Warszawski, Varsovia.
- KOŁOSI, Tams, WNUK-LIPINSKI, Edmund, (eds.) (1983): *Equality and Inequality under Socialism. Poland and Hungary Compared*. Sage Books, Londres.
- KORALEWICZ, Jadwiga, ZIÓLKOWSKI, Marek (1991): *Mentalność Polaków* (La mentalidad de los polacos), Instituto de Psicología, Varsovia.
- KÖRÖSENYI, Andras (1992): «Demobilization and Gradualism. The Hungarian transition, 1987-1992, Budapest 1992» (mimeografiado).
- LEWIS, Paul G. (1992): «Superpower Rivalry and the End of the Cold War», en: *Global Politics*, ed. Anthony G. McGrew, Paul G. Lewis et al, Polity Press, Cambridge.
- MACH, Bogdan W. (1989): *Funkcja i działanie – systemowa koncepcja ruchliwosci społecznej* (Función y acción – un concepto sistémico de la movilidad social), PWN, Varsovia.
- MCGREW, Anthony G. (1992): «Global Politics in a Transitional Era», en *Global Politics*, ed. Anthony G. McGrew, Paul G. Lewis et al, Polity Press, Cambridge.
- MOKRZYCKI, Edmund (1991): «Dziedzictwo realnego socjalizmu

a democracia zachodnia» (El legado del socialismo real y la democracia occidental), Varsovia (mimeografiado).

(Cambio económico y sociedad civil), en: *Spoleczenstwo uczestniczace – Gospodarka rynkowa – sprawiedliwosc spoleczna* («Sociedad de participación – Economía de Mercado – Justicia social»), ed. R. Gortat, Universidad de Varsovia e Instituto de Estudios Políticos, Varsovia.

NAJDUCHOWSKA, Halina, WNUK-LIPINSKA, Elzbieta (1987): «Nierównosci spoleczne w dostepie do wykształcenia» («Desigualdades sociales en el acceso a la educación»), en: *VII Ogólnopolski Zjazd Socjologiczny – Materiały*, E. Wnuk-Lipinski (ed.), Polskie Towarzystwo Socjologiczne, Varsovia.

NAROEK, Winicjusz (1985): «Pluralizm polityczny i planowanie» (Pluralismo político y planificación), IFiS PAN, Varsovia (mimeografiado).

NOWAK, Stefan (1979): «System wartosci spoleczenstwa polskiego» («El sistema de valores de la sociedad polaca») en *Studia Socjologiczne*, Núm. 4 (75), Wrocław.

OFFE, Claus (1992): *The Politics of Social Policy in East European Transitions. Antecedents, Agents, and Agenda of Reforms*, Bremen. Zentrum fur Sozialpolitik (mimeografiado).

PARKIN, Frank (1971): *Class Inequality and Political Order*, Nueva York-Washington.

POHOSKI, Michal (1983): «Ruchliwosc spoleczna a nierównosci spoleczne» (Movilidad social y desigualdades sociales), en: *Kultura i Spoleczenstwo*, Núm. 27, Varsovia.

PRZEWORSKI, Adam (1991): «Political Dynamics of Economic Reforms: East and South», en *Democracy and Political Transition*, (ed.) Gyorgy Szoboszlai, Hungarian Political Science Association, Budapest.

RESZKE, Irena (1987): «Zróznicowanie rynku pracy w Polsce jako źródło nierównosci między mężczyznami i kobietami» («Diferenciación del mercado de trabajo en Polonia como fuente de desigualdades entre los dos sexos») en *VII Ogólnopolski Zjazd Socjologiczny – Materiały*; E. Wnuk-Lipinski (ed.), Polskie Towarzystwo Socjologiczne, Varsovia.

RESZKE, Irena (1991): «Problemy bezrobocia kobiet» («Los problemas del desempleo de la mujer»), en *Studia Socjologiczne*, Núm. 3-4 (122-123), Varsovia.

Rocznik Statystyczny 1992 (Statistical Yearbook 1992), Oficina Central de Estadística, Varsovia, 1992.

ROMANOW, Zbigniew (1992): «Rola mechanizmu rynkowego w kształtowaniu procesów gospodarczych w dziejach katolickiej myśli społeczno – ekonomicznej» (El papel del mecanismo de mercado en la configuración de los procesos económicos según la doctrina socioeconómica contemporánea de la Iglesia Católica) en *Ruch Prawniczy, Ekonomiczny i Socjologiczny*, Vol. LIV, Núm. 3, 1992.

RYCHARD, A. (1987): *Wladza i interesy w gospodarce* («Poder e intereses en la economía»), Uniwersytet Warszawski, Varsovia.

STARK, David (1992): «From System Identity to Organizational Diversity: Analysing Social

Change in Eastern Europe» en *Sisyphus – Social Studies*, Vol. 1 (VIII), Editorial IPS, Varsovia.

SZTOMPKA, Piotr (1991): «Dilemmas of the Great Transition» (mimeografiado), Radziejowice.

WELLS, John (1991): «Britain in the 1990s: The legacy of Thatcherism», en *The Capitalist Economies. Prospects for the 1990s*, ed. John Cornwall, Edward Elgar Publishing Limited, Aldershot.

Wstępna ocena sytuacji społeczno – gospodarczej w 1992 roku (Una evaluación provisional de la situación socioeconómica en 1992), Oficina Central de Planificación, Varsovia 1993 (mimeografiado).

WNUK-LIPINSKI, Edmund (ed.) (1987): *Nierównosci i uposledzenia w swiadomosci społecznej* («Desigualdades y privaciones en la conciencia social») IFiS PAN, Varsovia.

WNUK-LIPINSKI, Edmund (1989a): «Inequalities and Social Crisis», en *Sisyphus – Sociological Studies*, Vol. V, PWN, Varsovia.

WNUK-LIPINSKI, Edmund (1989b): «Nierównosci, deprivacje i przywileje jako podloze konfliktów społecznych» («Desigualdades, privaciones y privilegios como fundamento de los conflictos sociales»), en *Polacy '88 – Dynamika konfliktu a szanse reform* (Los polacos en 1988 – La dinámica del conflicto y las oportunidades de reforma), Varsovia.

WNUK-LIPINSKI, Edmund (1990): «Freedom or Equality; an Old Dilemma in a New Context», en *Philosophy of Social Choice*, (ed.) P. Ploszajski, Editorial IFiS, Varsovia.

Trabajo, compromiso y alienación

Dimitrina Dimitrova

Marx, Weber y los principios del capitalismo

El avance de la industrialización en los últimos diez siglos ha cambiado profundamente la naturaleza misma del trabajo. Este proceso ha ido acompañado de cambios no menos profundos en las actitudes con respecto al trabajo. Es importante observar que los conceptos de alienación y compromiso nos retrotraen directamente a los trabajos de los clásicos de la sociología, sobre todo de Karl Marx y Max Weber, cuyas obras sobre las precondiciones y consecuencias del desarrollo del capitalismo han constituido el marco del debate de la mayor parte de estudios sobre los sistemas económicos.

Los temas principales, tanto en Marx como en Weber, son las relaciones entre economía y sociedad, el papel del trabajo en el desarrollo de ésta y el sentido del trabajo para el individuo (Martinelli y Smelser, 1990). Al tratar los principios del capitalismo, Marx y Weber destacan aspectos distintos. Por esta razón, sus enfoques son generalmente considerados como opuestos. Las principales diferencias pueden resumirse así:

En lo concerniente a su objeto de estudio, Marx insiste en las condiciones objetivas del desarrollo del capitalismo, muy especialmente en los conflictos, mientras que Weber analiza el papel de la cultura y, en particular, de los

valores religiosos, en los orígenes del capitalismo. Sin embargo, al examinar la obra respectiva, se observa que ninguno de ellos tenía una explicación única, material o cultural, sino que ambos destacaban la interacción entre las fuerzas económicas y una amplia variedad de factores sociales (Israel, 1971; Furnham, 1990).

Marx se apoya en la tradición positivista de la ciencia social occidental, que insiste en la objetividad de las cosas y en la posibilidad de las leyes científicas, mientras que Weber reconoce el papel necesario y legítimo de las preferencias del investigador y los valores a que se adhiere.

Mientras que el método analítico de Marx era sobre todo el materialismo dialéctico, Weber se apoya en el método de la comprensión (*verstehen*) y en la construcción de tipos ideales partiendo de procesos históricos complejos.

En su visión materialista, Marx consideraba el trabajo como una actividad que permite al individuo revelar su pertenencia a la especie humana, «su ser genérico». A diferencia de los animales, el hombre tiene la capacidad de transformar la naturaleza y someterla a su control. Mediante el trabajo, el hombre puede crear la base material de la vida social y perfeccionar su propia naturaleza (Marx y Engels, 1960). Esta idea se remonta a la concepción renacentista del *homo faber*. En una economía capitalista un pequeño número de propietarios controla los medios

Dimitrina G. Dimitrova es investigadora en el Instituto de Sociología, de la Academia de Ciencias de Bulgaria, Moskovska 13a, 1000 Sofia, Bulgaria. También enseña sociología del trabajo en la Universidad de Sofia. Sus investigaciones se centran en las relaciones laborales y el trabajo en la economía mundial. Es miembro de la Asociación de Sociología de Bulgaria y de la Asociación Internacional de Sociología.

de producción y el trabajo se convierte en un medio de subsistencia. En sus primeras obras, Marx trató el trabajo como una esfera de deshumanización en un régimen capitalista. «El trabajo es algo externo al trabajador y no forma parte de su naturaleza; por consiguiente, el trabajador no se realiza en su trabajo, sino que se niega a sí mismo» (Marx, 1964/1844:124-125). Marx definió cuatro aspectos de la alienación del trabajador, a saber, alienación del productor directo con respecto al producto de su trabajo, con respecto al proceso de trabajo, a los demás y a sí mismo. En sus últimos escritos, Marx sostenía que la emancipación humana se producía al pasar de la esfera de la necesidad a la de la libertad, donde las condiciones objetivas que producen el trabajo alienado han sido suprimidas.

Según Marx, en una sociedad dividida en clases no pueden existir valores compartidos por toda la colectividad. La cultura burguesa y la de la clase trabajadora se caracterizan por diferencias muy profundas debidas a la oposición de sus intereses de clase. La primera se halla sometida a los valores del individualismo, que apuntalan la ideología dominante. La segunda se basa en la formación de la conciencia de clase del proletariado y sobre una solidaridad construida sobre la base de intereses comunes. Por extensión, la desalienación del trabajo sólo es posible mediante un retorno de la especie humana a su ser genérico por la actividad conjunta y colectiva.

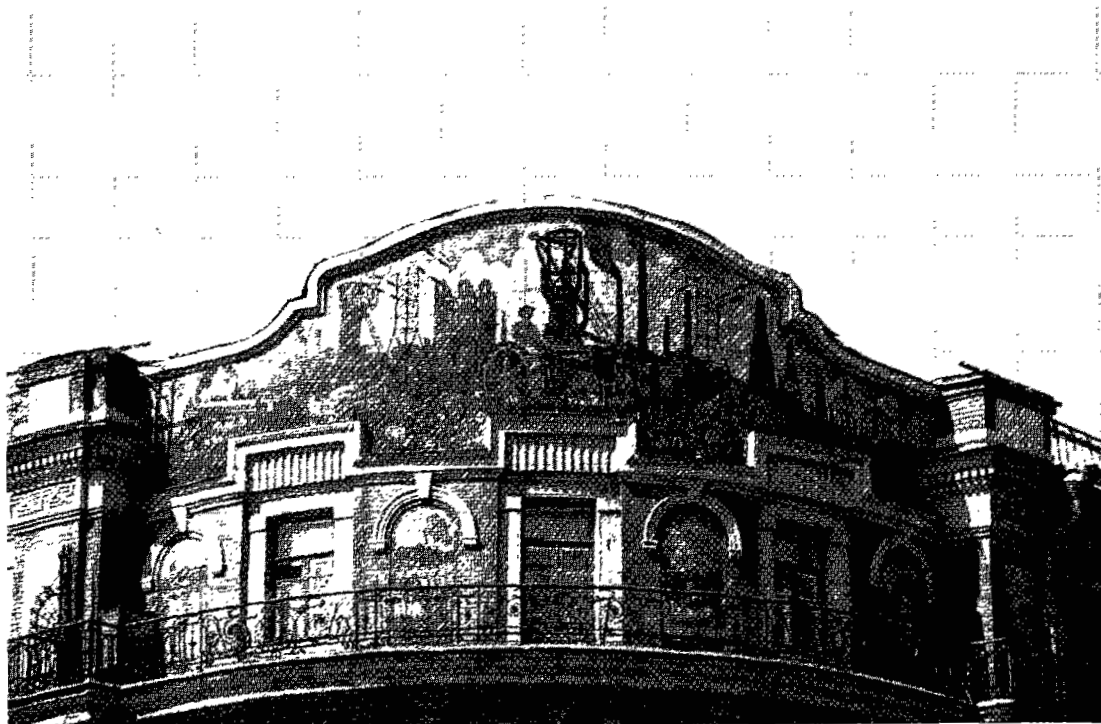
Lo que lógicamente Marx no podía prever en el contexto de las circunstancias del siglo XIX era que en ciertas condiciones la movilización colectiva podía llevar no a la emancipación sino a un mecanismo de esclavización del individuo por imposición de la voluntad colectiva. Los cambios que han tenido lugar en el siglo XX exigen repensar las ideas marxistas sobre la naturaleza del vínculo entre las relaciones de propiedad y las relaciones de distribución. En el «socialismo tal como se dio en la práctica» surgió una nomenclatura que tendió a asumir una situación de poder absoluto (basado en el control por su parte de la distribución) y que creó las condiciones para su propia perpetuación, legitimizando este estado de cosas en nombre de los valores colectivos. En cuanto al occidente capitalista desarrollado, la concepción de Marx de clases definidas basadas en la propiedad también requiere modifi-

caciones. Si bien la clase sigue siendo una importante dimensión de la sociedad contemporánea, el capitalismo del bienestar ha tendido a atenuar los conflictos de clase y a generar nuevos conflictos basados en la distribución de los bienes públicos, y hay pruebas concretas de que existen consideraciones políticas que trascienden las divisiones de clase (Joppke, 1987).

Weber centró su atención en los orígenes del capitalismo occidental y buscó los mecanismos en que se fundaba el proceso de modernización. En este proceso, el papel principal corresponde a la racionalización, es decir, la introducción progresiva del pensamiento y la acción racionales en todos los sectores de la sociedad. Weber afirma que existe una «afinidad electiva» entre los valores y las creencias del protestantismo ascético y la racionalización de la actividad económica (Weber, 1958-1904-05). Weber analizó el papel de la doctrina calvinista de la predestinación que obliga al hombre a buscar signos de haber sido elegido por Dios. Según esta doctrina, el trabajo es un deber moral. El logro del éxito material se interpreta como una manifestación de «gracia». Por consiguiente, la fe religiosa impulsa a los calvinistas a llevar una vida ascética, economizando y reinvertiendo los recursos economizados. Esta ética del trabajo determina, pues, un tipo de comportamiento adecuado a la actividad capitalista y constituye una importante condición para la acumulación de capital y el desarrollo del capitalismo.

El propio Weber identifica varias tendencias que conspiran contra lo esencial de la ética protestante original. Entre ellas figuran la debilitación de la fe religiosa, el excesivo individualismo, un hedonismo creciente, la reducción institucionalizada del riesgo, la desacralización del trabajo, etc. (véase Ditz, 1980).

El curso de la historia ha puesto igualmente en tela de juicio tanto las formulaciones clásicas de Marx como las de Weber. Sin duda el experimento de eliminar la propiedad privada en nombre de los valores del comunismo no eliminó las condiciones deshumanizadoras del trabajo ni llevó a la emancipación del individuo. El reconocimiento de derechos sociales por los regímenes comunistas quedó finalmente desvirtuado por la absoluta incapacidad del sistema de reconocer los derechos políticos. En Occidente por lo menos, según el diagnósti-



Edificio en Budapest, decorado de un mural ensalzando el trabajo y la industria. Djamel/Balhi/Sipa Press.

co de Bell (1976), el desarrollo del empresariado en el capitalismo generó movilidad y produjo una liberación del individuo de las ataduras colectivas.

Sin embargo, el complejo sistema de derechos, títulos y facultades surgido en las últimas etapas del capitalismo constituye un nuevo sistema de ataduras colectivas que coarta la libertad, e incluso la contradice.

En los países capitalistas, Gran Bretaña, los Estados Unidos y Alemania, uno tras otro (véase Kalberg, 1992), la ética del trabajo de los primeros tiempos del capitalismo parece haberse debilitado, conservando su vigencia los temas del compromiso y la alienación.

Finalmente, aunque la validez de los pronósticos y predicciones de Marx y Weber han resultado discutibles desde el punto de vista histórico, las cuestiones siguen siendo intemporales y fundamentales para la organización del trabajo en todas las economías contemporáneas.

Trabajo, compromiso e integración

Actitudes hacia el trabajo en la producción en serie

De acuerdo con una corriente de pensamiento, que podría considerarse según la formulación de Dahrendorf un «enfoque de consenso», lo que produce la alienación no es que los medios de producción sean propiedad de los capitalistas, sino la forma de organización específica del trabajo capitalista denominada producción en serie. La producción en serie produjo cambios profundos en la naturaleza del trabajo. Se afirma que el fin del siglo XIX presenció la decadencia del capitalismo empresarial en los Estados Unidos y la aparición de grandes organizaciones. Este proceso se realizó mediante la integración horizontal y vertical y, después de 1920, la diversificación (Didrichson, 1977). Al engrandecerse, las organizaciones se hicieron más complejas y necesitaron una mejor coordinación y control. Por

otra parte, se redujo la libertad del capataz de contratar y despedir a los trabajadores (Nelson, 1988). La aplicación de los principios de la administración científica fue la respuesta a la necesidad de una mejor organización del proceso de producción. Elementos importantes de este proceso fueron la supresión de la autonomía del trabajador y la racionalización de ciertos factores en la organización de sus tareas (Taylor, 1947). Aplicando los principios del taylorismo, el fordismo dio lugar a cambios radicales en la organización del trabajo. La producción en serie, basada en una estrategia de normalización, reduce los costos de producción (Ford, 1968). Dos requisitos previos importantes para la producción en serie son la estabilidad y la previsibilidad del mercado (Chandler, 1988). Con ello se promovió el papel del Estado como garante de los pactos entre los trabajadores y la dirección. El crecimiento económico sin precedentes logrado en los Estados Unidos durante este período produjo un aumento de los ingresos y una mejora del nivel de vida. Sin embargo, debido a la estandarización y mecanización de la producción propias de las economías de escala, el trabajo empezó a hacerse rutinario y una gran proporción de la fuerza laboral quedó descualificada.

El empleo en grandes organizaciones burocráticas y la tecnología típica de la producción en serie han modificado las actitudes hacia el trabajo. El estudio de Chinoy (1955) sobre los trabajadores de la industria del automóvil hacía hincapié en la importancia de la ética del trabajo y en el cambio de los objetivos de los trabajadores debido a la fragmentación y al sinsentido del trabajo típico de la cadena de montaje. Según Chinoy, existe una contradicción entre las creencias tradicionales en la realización personal del «hombre autónomo» y las realidades del sistema industrial, que opone barreras estructurales intrínsecas al avance profesional. Ante esta situación, los trabajadores no se interesaron más que por la seguridad del empleo, el aumento de sus ingresos y la identificación con las ambiciones de sus hijos, lo que produjo una tendencia general hacia el consumismo y el hedonismo (véase Rodgers, 1978).

La preocupación por la alienación del trabajador alcanzó su punto culminante en 1973 en un informe del Ministerio de Sanidad, Edu-

cación y Bienestar de los Estados Unidos titulado *El trabajo en los Estados Unidos*. El cambio de las actitudes hacia el trabajo se manifiesta en el alto nivel de insatisfacción que producen las tareas repetitivas, monótonas y carentes de sentido. Los trabajadores pugnan por conseguir más autonomía, reconocimiento y oportunidades con el fin de perfeccionar sus competencias.

En el marco de la perspectiva del «consenso», las causas de los cambios en las actitudes respecto del trabajo se buscan principalmente en los fenómenos que acompañan a la industrialización: el crecimiento de las grandes organizaciones, la urbanización, la secularización progresiva, la afluencia y el surgimiento del Estado providencia. Centrándose principalmente en el nivel micro y en la integración de los individuos en la organización, la perspectiva del «consenso» considera a este proceso una amenaza a los valores tradicionales del trabajo.

La atención de los especialistas en ciencias sociales se dirige principalmente a la generación más joven, en que estos cambios son más notables. La aspiración a un trabajo que tenga sentido, a una mayor autonomía y a la autoestima son características muy difundidas entre los miembros de esta generación, nacida en la explosión demográfica del decenio de 1950 y socializada en condiciones de abundancia. La tendencia a dar mayor importancia a la realización personal y la autonomía en el trabajo se explican por el nivel educativo más alto y la mejor situación económica de los jóvenes. La lógica del argumento es que los trabajadores, acostumbrados a un mayor bienestar material y expuestos al materialismo de los medios de comunicación de masas (Gatewood y Carrol, 1979), están menos dispuestos a tolerar un trabajo deshumanizado. En una investigación realizada a principios del decenio de 1970 (Yankelovitch, 1972), las tres cuartas partes de los jóvenes norteamericanos manifestaban todavía un elevado compromiso con respecto al trabajo, aunque se observaba también una debilitación de las actitudes tradicionales con respecto a la autoridad.

El reconocimiento cada vez mayor de la necesidad de humanizar el trabajo y de imponer el cambio correspondiente a la organización y al diseño tradicionales del mismo, dieron lugar a un nuevo enfoque del trabajo



Mujeres provistas de picos camino del trabajo. Plaza de Skanderbeg, Tirana, Albania, 1986. Era obligatorio para los oficinistas hacer cada año dos semanas de "trabajos prácticos". Paolo Koch/Rapho.

conocido como el enfoque de los «recursos humanos». La idea de Taylor del «homo economicus» que hace de la coacción la garantía para imponer la tarea, ha sido reemplazada por la idea del hombre que se realiza autónomamente. Entre las principales contribuciones a este enfoque figuran las obras de A. Maslow (1954), D. McGregor (1957), F. Herzberg (1966). El supuesto básico de la teoría es que el hombre aspira a manifestar plenamente su capacidad en el trabajo y a través de él. En la jerarquía de necesidades construida por Maslow, éstas van desde las de orden inferior, las fisiológicas, a las de orden superior, las de la realización individual. La satisfacción de las necesidades a un nivel inferior hace que aumente la importancia de los valores intrínse-

cos. En vez de la coacción como medio para lograr los objetivos organizacionales, las teorías de la necesidad proponen esquemas humanísticos. Están dirigidas a alcanzar los objetivos organizacionales a través de la realización individual. A este enfoque se le ha llamado «teoría del contenido», en la medida en que se hace hincapié en el propio diseño de la tarea. Como resume Tausky, el elemento central son las necesidades concretas atribuidas a las personas en el lugar del trabajo, por ejemplo, seguridad, reconocimiento, autonomía, logro, desafío, participación. Se supone que si la organización satisface estas necesidades, los individuos responderán contribuyendo al logro de los objetivos de la organización (Tausky, 1984:85).

La idea de una jerarquía universal de las necesidades no pudo ser verificada empíricamente. Un grupo de investigadores que se ocupó de los grandes centros de interés de los trabajadores en su vida (Dubin, Champoix y Lyman, 1975) determinó que los empleados encontraban un mayor nivel de satisfacción en el propio trabajo que los obreros, pero esta conclusión en sí misma no constituye una confirmación directa de que exista una jerarquía de necesidades. Sin embargo, como otros autores han señalado correctamente, las necesidades y expectativas humanas no sólo se determinan objetivamente sino también socialmente (Grint, 1991: 129). La realización de programas de rediseño de los puestos, basados en la teoría de las necesidades, se consideró demasiado costosa desde el punto de vista de la administración. Si bien se ha demostrado que existe una relación entre absentismo, inestabilidad en el empleo e insatisfacción, la relación entre satisfacción y desempeño sigue siendo problemática (Kelly, 1982). Este enfoque instrumental de la humanización del trabajo se reduce a redefinir las estrategias de los patronos y legitimar las necesidades de los empleados de manera que coincidan con los objetivos de la organización. El problema de crear condiciones objetivas en que el individuo pueda realizarse queda fuera de esta perspectiva.

Postindustrialización y cambios en la ética del trabajo

En el último tercio del siglo se inicia una etapa de postindustrialización. En un contexto de competencia internacional creciente, cambio tecnológico acelerado y desarrollo de mercados pequeños y diversificados, el sistema de producción se transforma profundamente y su principal característica es la flexibilidad. Comparando la producción estandarizada con la flexible, Friedman señala que la desespecialización, típica de la producción en serie, carece de sentido (Friedman, 1988:255). La flexibilidad funcional, es decir el hecho de que la mano de obra tenga competencias flexibles y que esté dispuesta a dar prueba de esta flexibilidad pasando libremente de una tarea a otra, es una condición indispensable para el funcionamiento de este sistema (Atkinson, 1985). Este giro de los acontecimientos dio lugar a un debate sobre la disminución de la importancia de la división del trabajo.

En un tiempo de incertidumbre cada vez mayor, es necesario establecer un estilo de relaciones funcional y cooperativo entre el empresario y el personal (Fox, 1985:61). El enfoque de los recursos humanos, acusado de basarse en el principio de que sólo existe una solución, se consideró inadecuado para las nuevas circunstancias. En cuanto a la orientación de los trabajadores en estas nuevas circunstancias de especialización flexible, se aduce que los propios trabajadores deben ser predecibles, confiables y estar dispuestos a esforzarse por aumentar la competitividad de la empresa (Child, 1984:174-175).

La teoría de la motivación que corresponde con la exigencia de adaptación a los cambios es la teoría de la expectativa. A diferencia de la perspectiva de las necesidades, que atribuye necesidades específicas al individuo, ésta es una teoría del proceso según el cual se ofrece al trabajador una recompensa a cambio de sus esfuerzos. En este modelo es importante la forma en que los empleados evalúan los resultados posibles del trabajo (Vroom, 1964; Porter y Lawler, 1968). Esta teoría se basa en una motivación intrínseca y una visión instrumental del ser humano.

En este marco teórico, el principal interés reside en fortalecer el compromiso con la organización y no en aumentar su satisfacción. En este sentido, algunos investigadores centran su atención en la cuestión de las interrelaciones y contradicciones entre el compromiso con la profesión y el compromiso con la organización, tema que sin duda preocupa a los especialistas, miembros de profesiones liberales dentro de las organizaciones (Patchen, 1970, Sheldon, 1971). El problema de la discrepancia entre el compromiso con la ocupación y el compromiso con la organización plantea una importante cuestión respecto a la flexibilidad, sobre todo en el mundo anglosajón, donde se considera que el compromiso profesional representa un obstáculo a la flexibilidad (Child, 1984:181). Pese al alto costo de la educación, los sueldos elevados y las garantías de seguridad de empleo en el seno de la organización, el compromiso flexible con ésta se considera eficaz y favorable a una mayor autonomía y participación en el proceso de toma de decisiones.

Algunos autores tienen una visión optimista del futuro del trabajo en este tipo de situa-

ción postindustrial. A. Toffler (1980), por ejemplo, pinta un cuadro positivo del futuro de los trabajadores. Se trata de hombres que aceptan responsabilidades, pueden realizar tareas cada vez más importantes y adaptarse rápidamente a las circunstancias. Son personas complejas, individualistas y orgullosas de sus diferencias ante los demás. Toffler indica que la flexibilidad no es sólo una característica de los empresarios, que pueden ofrecer una variedad de recompensas para que los empleados elijan. Por su parte, los empleados también tienen múltiples medios de protegerse las espaldas en sus relaciones con la empresa.

Sin embargo, muchos investigadores no comparten ese optimismo. Littler (1985) observa que si bien el examen de los datos empíricos no sugiere un rechazo por el trabajo, surge el problema de la creación de una nueva filosofía que responda a los cambios en la distribución del mismo y en el poder en las economías avanzadas. Hoy se están definiendo nuevas divisiones sociales en torno al trabajo. La división entre empleados y desempleados es la más marcada. Pero dentro del mundo del trabajo también hay nuevas divisiones. Cada vez hay más datos confirmadores de que la subcontratación y el uso de trabajadores eventuales, a jornada parcial están creando un nuevo feudalismo (Littler, 1985:203). Pese a que los empresarios se interesan cada vez más por el personal capacitado, Littler observa la posición de desventaja de los trabajadores periféricos.

Este enfoque plantea el problema de la relación entre el progreso tecnológico y la humanización del trabajo. Kern y Schuman (1990) proporcionan un argumento aún más sólido en favor de esta opinión. Señalan una tendencia a la polarización en el proceso de racionalización capitalista de la producción, que se manifiesta entre los trabajadores que pueden o bien salir beneficiados o bien resultar afectados por ella. Esta racionalización «excluyente» da a una pequeña proporción de los empleados la oportunidad de desarrollar su capacidad, sus conocimientos y la de realizar un trabajo donde encuentran satisfacción personal, pero también tiene como consecuencia el subempleo, la monotonía, el esfuerzo psicológico unilateral y la deshumanización.

La conjetura de que se ha producido un debilitamiento de la ética protestante del tra-

bajo y una falta de afición por él no ha sido comprobada. Se destaca, por ejemplo, que el deseo de conseguir trabajo todavía es grande (Levitan y Johnson, 1983). Algunos han encontrado datos que demostrarían que el compromiso con el trabajo incluso puede aumentar. Ciertos fenómenos sociales generales como la secularización, la movilidad, la disminución de la tasa de nupcialidad y el aumento del divorcio han reducido la importancia de las organizaciones sociales no relacionadas con el trabajo (véase Kerr y Rosow, 1979). Si bien constituye una respuesta interesante al vivo interés suscitado por la alienación registrada en los 70, esta hipótesis tampoco ha sido probada, ya que no tiene en cuenta los cambios económicos ocurridos en el mundo. Otros autores, al hacer diagnósticos similares, no adoptaron una posición definida con respecto al compromiso con el trabajo, pero señalaron con creciente alarma la importancia que se atribuye a la intimidad y a la realización personal. Se aduce que la nueva ética de la realización personal, que ha reemplazado a la anterior, basada en la negación de sí, puede provocar efectos perversos contra los objetivos de las organizaciones e incluso de la sociedad en general (véase Bellah y otros, 1985).

Trabajo, conflicto y alienación

Capitalismo monopolista y alienación

Centrándose en el macro nivel, el enfoque radical del trabajo y de su evolución en el régimen capitalista se interesa principalmente en las limitaciones objetivas a la realización personal y al libre desarrollo del individuo. Según esta opinión, persiste el conflicto de clases, la explotación adquiere nuevas formas y la alienación constituye una de las consecuencias inevitables de la evolución del trabajo en el siglo XX. El estudio de H. Braverman (1974) es una de las contribuciones que más han influido en esta escuela. Braverman, consecuente con la tradición marxista, se centra en los aspectos objetivos del proceso del trabajo y el control administrativo y, partiendo de la noción del trabajo artesanal, que combina conocimientos, habilidades, control y autonomía, expone que el trabajo moderno se ha degradado en la evolución hacia el capitalismo monopolista. Los fenómenos fundamentales han

sido la disociación del proceso de trabajo de la habilidad de los trabajadores y la separación de la ejecución del trabajo y el control de su proceso. Las tecnologías modernas sirven a los intereses de los empresarios; su efecto principal es fragmentar y desespecializar a los trabajadores, lo que ayuda al empresariado a mantener una fuerza de trabajo barata y un alto nivel de productividad, pero priva a los trabajadores del control del proceso alienándolos de su trabajo.

Una de las críticas al enfoque de Braverman es de carácter empírico: el avance de la tecnología ha eliminado muchos trabajos poco calificados reemplazándolos por otros que exigen una mayor capacidad. Otras críticas de ese enfoque neomarxista son teóricas: el trabajo se funda demasiado en las condiciones objetivas, se halla vinculado demasiado estrechamente con presupuestos ideológicos y no tiene en cuenta las interpretaciones subjetivas que las personas dan a su situación laboral. La crítica al análisis del trabajo desde la perspectiva de las clases sociales tienen una profunda deuda con M. Seeman (1959). Sin negar la importancia de las condiciones objetivas, Seeman adopta un enfoque sociopsicológico con el propósito de examinar el fenómeno tal como lo experimenta el individuo. Descompone la alienación en una serie de aspectos: impotencia, falta de significado, anomia, aislamiento y pérdida de contacto consigo mismo. La obra de Seeman ha contribuido considerablemente a disociar la idea de alienación de la tradición marxista y a darle un sentido independiente (Ludz, 1973:31).

La obra capital de Blauner «Alienación y libertad» (1964) ocupa un lugar intermedio entre los enfoques objetivista y psicológico de la alienación. Tratando la alienación como una perspectiva, analiza las relaciones entre tecnología, estructura social y experiencia personal. Por una parte, por el peso que da a la tecnología, hunde su análisis en las condiciones objetivas. Por la otra, considera la alienación como un fenómeno variable que puede medirse psicológicamente, más que como una extrapolación de condiciones o etapas atribuidas al desarrollo capitalista.

Respondiendo a la misma orientación crítica, otros teóricos marxistas han tratado de cerrar la brecha entre teoría e investigación empírica y entre definiciones de carácter obje-

tivo o subjetivo de la alienación. Archibald y otros (1981) han reconocido la superposición de las dos definiciones tratando de superar las dificultades de medición y elaborando una serie de indicadores de las manifestaciones de la alienación en la conducta. Aplicándolos, encontraron distintos niveles de alienación en una muestra comparativa entre los Estados Unidos de América y el Canadá, en que se observaba que los propietarios manifestaban un nivel más bajo de alienación que aquellos que no lo eran.

El conflicto entre los enfoques marxista/objetivista y no marxista/subjetivista de la alienación no ha sido resuelto. Schacht (1981) ha tratado de asignar dos significados distintos al concepto, uno puramente descriptivo y analítico (neutral) y el otro interpretativo y evaluativo que puede servir como base para una crítica moral y humanística de los valores e instituciones dominantes de la sociedad capitalista. Las acusaciones ideológicas van en ambos sentidos. La definición marxista de la alienación está obviamente anclada en el marco moral y político de ese sistema de pensamiento y los marxistas no vacilan en señalar que el énfasis subjetivo refleja una posición ideológica conservadora en el sentido de que no se orienta hacia la eliminación de las condiciones desfavorables sino a la adaptación del individuo a esas condiciones. Braverman (1974) adujo que el enfoque psicológico, en la medida en que se incorporaba al de Blauner, constituía un acuerdo tácito entre sociólogos y empresarios en que el trabajo está efectivamente degradado y en que el proceso de trabajo es necesario e inevitable. De esta manera, según Braverman, a los sociólogos sólo les quedaba el camino de unirse a los empresarios y centrarse no en la naturaleza del trabajo sino en la forma en que los trabajadores pueden ajustarse a él.

Planificación centralizada, alienación y debilitamiento de la ética del trabajo

El fracaso de la industrialización basada en el principio de la planificación centralizada en los países ex socialistas obliga a repensar las relaciones de trabajo en el régimen socialista. Esta tarea es sumamente importante, no sólo para aclarar las causas del fracaso, sino también porque puede revelar las barreras que en

cierta medida imponen al desarrollo de una economía libre de mercado la ética del trabajo y la mentalidad formadas en el socialismo.

El enfoque marxista ortodoxo del trabajo se centra en el macronivel. Según esta perspectiva, con la transformación de las relaciones de producción y la abolición de la propiedad privada, el proletariado se emancipa de la explotación. Se suponía que esto eliminaría casi automáticamente la alienación y crearía las condiciones de un trabajo libre y creativo para todos. La propiedad pública transformaría el trabajo en el socialismo en trabajo social de productores libres y las relaciones sociales de producción contribuirían al desarrollo de la colaboración y la ayuda mutua.

En el marco del marxismo ortodoxo el concepto de alienación carecía de función analítica. Sin embargo, el concepto se mantuvo con fines propagandísticos (Ludz, 1973:21) y constituyó un elemento importante de la ideología dominante, utilizado para poner de manifiesto las deficiencias del capitalismo. Esta ideología sirvió a los intereses de la clase dominante que se formaba mediante la fusión del poder del Estado y el Partido Comunista. la concentración de un enorme poder económico en manos de la élite burocrática, basada en la distribución y no en la propiedad, priva a los productores directos del control sobre su trabajo y su medio. Michael Burawoy (1985) replantea de forma convincente la tesis del carácter no conflictivo de las relaciones laborales en Europa oriental. Siguiendo la tradición marxista analiza el proceso de producción en el socialismo y pone de manifiesto su carácter intrínsecamente conflictivo. «Bajo el socialismo de Estado los procesos de producción y expropiación están separados. El trabajo no remunerado goza de transparencia. Los explotadores y los explotados resultan ser la clase de los redistribuidores y sus agentes, por una parte, y los productores directos, por la otra. Como los trabajadores ya no tienen un interés material claro en el éxito de la empresa, es preciso recurrir a la coacción o al soborno para que se produzca un excedente. El Estado está presente en el lugar de producción como explotador y opresor, apropiándose de la plusvalía y regulando la producción» (Burawoy, 1985:195).

La planificación centralizada parece contener una lógica que conduce a la coacción. El plan es un sistema sumamente complejo que

exige que se sepa en todo momento quién produce qué, quién vende y quién compra y a quién. La previsión es un elemento importante de este proceso. Como todo lo demás, los recursos humanos deben ser dirigidos en el espacio y en el tiempo. La necesidad de controlar a la fuerza de trabajo de acuerdo con los intereses del Estado-patrón llevó a adoptar medidas legislativas draconianas contra el absentismo y el cambio de empleo. La obediencia y la disciplina eran condiciones indispensables para el funcionamiento del sistema. En estas circunstancias, la inmensa cantidad de normas que rigen los cambios de trabajo limita las oportunidades de logro y progreso. Los ascensos dependen considerablemente de la lealtad política y el nepotismo. A causa del sistema centralizado de fijación de salarios, éstos no guardan relación alguna entre el trabajo realizado y la remuneración recibida. La subutilización de la fuerza de trabajo fue otra consecuencia de este sistema de producción. La pérdida de motivación debía compensarse con la coacción. Esta coacción se ejercía con la ayuda de los sindicatos, que se habían convertido en representantes de los intereses del Estado-patrón y de las células del partido establecidas en las empresas.

En estas circunstancias, no es sorprendente que el propio Lenin admirara la consonancia entre el sistema de gestión científica de Taylor y el poder de los soviets. Ambos eran mecanismos destinados expresamente a controlar las condiciones de trabajo y hacerlas predecibles, y por ende a aumentar la productividad. Sin embargo, los métodos específicamente socialistas de control dieron por resultado una división del trabajo fragmentada y descoordinada y una cantidad enorme de trabajo rutinario. El fracaso del progreso tecnológico en los antiguos países socialistas fue resultado de muchos factores, entre los cuales estaban la centralización extrema de los beneficios de las empresas y el mantenimiento de un bajo costo de mano de obra, un mercado garantizado para el producto y quizás, lo que es más importante, una falta casi total de incentivos para la iniciativa individual.

En última instancia un sistema tal no podía menos que generar la oposición de los trabajadores, pese a los enormes esfuerzos por controlar los mecanismos de expresión de la oposición (sobre todo a través de los sindicatos).

Burawoy observa que: «...las luchas en la empresa son inmediatamente luchas contra el Estado, porque los aparatos de la fábrica son también aparatos del Estado y porque el Estado es obviamente quien se apropia de la plusvalía, quien redistribuye los salarios y servicios y quien regula los precios. Además, en la medida en que los productores directos no estén sistemáticamente asociados al interés colectivo de la sociedad, su lucha tiene por único límite las fuerzas de la represión o la distribución de concesiones» (1985:196). ¿En qué consistía entonces la resistencia de los trabajadores en estas condiciones? A causa de la ubicuidad del control del Estado y del constante peligro de represión política, la resistencia tendía a adoptar una forma secreta e indirecta, pero a menudo eficaz, que consistía en el ocultamiento de la propia capacidad de trabajo, bajo rendimiento, huelga de celo, absentismo, cambio de empleo, sabotaje y robo. La eficacia de esa resistencia socavó la productividad en los países socialistas de Europa oriental.

Así, pues, desde la perspectiva de los trabajadores, cabe sugerir que uno de los obstáculos a la reanudación del crecimiento podría residir en el legado de indisciplina y resistencia pasiva que dejaron los años de régimen socialista. El colectivismo cultivó valores incompatibles con los que resultan indispensables para una economía de mercado dinámica, a saber, el espíritu empresarial y la responsabilidad en el trabajo. El paternalismo heredado, la cultura de la dependencia de las instituciones y la desconfianza generalizada producen un tipo de personalidad social caracterizada por la pasividad y la falta de iniciativa.

Así, pues, el triunfo de la pasividad de los trabajadores y la resistencia indirecta pueden haber resultado perjudiciales en un sentido: esta pasividad, combinada con la adopción por los países orientales del consumismo de Occidente puede convertirse en desventaja al tratar de forjar la combinación de compromiso, disciplina y espíritu empresarial que parece ser necesaria para el desarrollo económico de Europa oriental.

Para que tengan éxito las profundas transformaciones sociales que están ocurriendo en los países de Europa oriental es indispensable que se opere un cambio en la cultura económica y en la ética del trabajo. Sin embargo, la transición del colectivismo institucionalizado al individualismo institucionalizado probablemente sea larga y dolorosa.

Traducido del inglés

Referencias

Referencias

- ARCHIBALD, P., OWEN, A., y CARTELL, J. 1981. Propertylessness and Alienation: Reopening a «Shut» Case. En R.F. Geyer y D. Schweitzer (eds.), *Alienation: Problems of Meaning, Theory, and Method*. Londres y Boston: Routledge and Kegan Paul.
- ATKINSON, J. 1985. Flexibility: Planning for an Uncertain Future. *Manpower Policy and Practice*. 1, 26-29.
- BELL, D. 1976. *The Cultural Contradiction of Capitalism*. Nueva York.
- BELLAH, R.N., MADSEN, R., SYLLIVAN, W.M., SWIDLER, A. y TIPTON, S.M. 1985. *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*. Berkeley: University of California Press.
- BLAUNER, R. 1964. *Alienation and Freedom*. Chicago y Londres: Phoenix Books.
- BRAVERMAN, H. 1974. *Labor and Monopoly Capital*. Nueva York: Monthly Review Press.
- BURAWOY, M. 1985. *The Politics of Production*. Londres: Verso.
- DUBIN, R. CHAMPOUX, J., y PORTER, L. 1975. Central Live Interests and Organizational Commitment of Blue-Collar and Clerical Workers, *Administrative Science Quarterly*, 20, 411-21.
- CHANDLER, A., Jr. 1988. The United States: Seedbed of Managerial Capitalism. En: F. Hearn (ed.), *The Transformation of Industrial Organization*. Belmont, California: Wadsworth Publishing Company, 34-45.
- CHILD, J. 1984. *Organization: A Guide to Problems and Practice*. Londres: Paul Chapman Publishing Ltd.

- CHINYOY, E. 1955. *Automobile Workers and the American Dream*. Garden City, N.Y.: Doubleday.
- DAHREDFORF, R. 1972. *Classes et conflits de classes dans la société industrielle*. Paris, Mouton.
- DIDRICHSEN, J. 1977. The Development of Diversified and Conglomerate Firms in the United States, 1920-1970. En: E. Perkins, ed. *Men and Organization*. Nueva York: G. Putnam's Sons, 38-50.
- DITZ, G. 1980. The Protestant Ethic and the Market Economy. *Kyklos*, 33, 623-56.
- FRIEDMAN, D. 1988. Beyond the Age of Ford: Features of Flexible-System Production. En: F. Hearn, ed. *The Transformation of Industrial Organization*. Belmont, California: Wadsworth Publishing Company, 254-65.
- FURNHAM, A. 1990. *The Protestant Work Ethic: The Psychology of Work-related Beliefs and Behaviours*. Londres: Routledge.
- FORD, H. 1968. Mass Production. En: C. Walker, ed. *Technology, Industry, and Man: The Age of Acceleration*. Nueva York: McGraw-Hill Book Company, 51-56.
- FOX, A. 1991. *Man Mismanagement*. Wiltshire: Antony Rowe Ltd.
- GATEWOOD, R. y CARROL, A. 1979. The Interaction of the Social Environment and Task Specialization on Worker Attitudes. En: R. Huseman and A. Carrol (eds.) *Readings in Organizational Behavior: Dimensions of Management Action*. Boston: Allyn and Bacon, Inc., 187-91.
- GRINT, K. 1991. *The Sociology of Work*. Cambridge: Polity Press.
- HERZBERG, F. 1966. *Work and the Nature of Man*. Nueva York: World.
- ISRAEL, J. 1971. *Alienation: From Marx to Modern Sociology*. Boston: Allyn and Bacon, Inc.
- JOPPKE, K. 1987. Collective Consumption and the Rise of New Social Actors. *Berkeley Journal of Sociology*, 32, 237-60.
- KALBERG, S. 1992. Culture and the Locus of Work in Contemporary Western Germany: A Weberian Configuration Analysis. En: Munch R.; Smelser, N.J. (Dr. publ.). *Theory of Culture*. Berkeley, CA, University of California Press. pp. 324-365.
- KELLY, J. 1982. *Scientific Management, Job Redesign and Work Performance*. Academic Press.
- KERN, H. y SCHUMAN, 1990. *¿El fin de la división del trabajo?* (en búlgaro). Sofía: Profizdat.
- KERR, C. y ROSOW, J. ed. 1979. *Work in America: The Decade Ahead*. Nueva York: Van Nostrand.
- LENIN, V. 1962. The immediate Tasks of the Soviet Government. Reimpreso en: *On the Development of Heavy Industry and Electrification*. Moscú: Progress.
- LEVITAN, S. y JOHNSON, C. 1983. The survival of Work. En: J. Barbash, R. Lampman, S. Levitan, and G. Tyler (eds.) *The Work Ethic: A Critical Analysis*. Madison: IRRA.
- LITTLER, C. ed. 1985. *The Experience of Work*. Aldershot: Gover.
- LUDZ, P. 1973. Alienation as a Concept in the Social Sciences. *Current Sociology*. Vol. XXI, Núm. 1.
- MARTINELLI, A., SMELSER, N. 1990. Economic Sociology: Historical Threats and Analytical Issues. En: A. Martinelli and N. Smelser (eds.). *Economy and Society: Overviews in Economic Sociology*. *Current Sociology*. Vol. 38, Núm. 2-3, 1-49.
- MARX, K., ENGELS, F. 1960. *Sochineniya*. Vol. 23. Moskwa, Progress.
- MARX, C. 1964. *Early Writings*. Nueva York: McGraw-Hill.
- MASLOW, A. 1954. *Motivation and Personality*. Nueva York: Harper Brothers.
- MCGREGOR, D. 1957. The Human Side of Enterprise. *The Management Review*, Vol. 46, 22-28, 88-92.
- NELSON, D. 1988. The Foreman's Empire. En: F. Hearn (ed.). *The Transformation of Industrial Organization*. Belmont, California: Wadsworth Publishing Company, 20-33.
- PATCHEN, M. 1970. *Participation, Achievement, and Involvement on the Job*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- PORTER, L. y LAWLER, E. 1968. *Managerial Attitudes and Performance*. Irvin.
- RODGERS, D. 1978. *The Work Ethic in Industrial America 1850-1920*. Chicago: University of Chicago Press.
- SCHACHT, R. 1981. Economic Alienation: With and Without Tears. En: R.F. Geyer and D. Schweitzer (eds.). *Alienation: Problems of Meaning, Theory, and Method*. Londres y Boston: Routledge and Kegan Paul.
- SEEMAN, M. 1959. On the Meaning of Alienation. *American Sociological Review*, 24, 783-91.
- SHELDON, M. 1971. Investments and Involvements as Mechanisms Producing Commitment to the Organization. *Administrative Science Quarterly*, 16, 143-150.

TAYLOR, F. 1947. *Scientific Management*. Nueva York: Harper and Row.

TAUSKY, C. 1984. *Work Organizations*. Itasca, Ill.: F.E. Peacock Publishers, Inc.

TOFFLER, A. 1980. *The Third Wave*. Nueva York: William Morrow and Company, Inc.

VROOM, V. 1964. *Work and Motivation*. Nueva York: Wiley.

WEBER, M. 1958. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Nueva York: Scribner's.

WORK IN AMERICA. 1973. Report of a Special Task Force to the Secretary of Health, Education,

and Welfare. Cambridge-Mass.-Londres.

YANKELOVICH, D. 1973. *The Changing Values on Campus, 1972*. En: *Work in America*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

Tecnología, producción, consumo y medio ambiente

György Széll*

Uno de los legados culturales más perdurables de la tradición judeocristiana es el pensamiento dualista, que impregna aun el discurso ordinario y los principios básicos de las ciencias sociales; es patente la oposición entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, el espíritu y la carne (o el intelecto y el cuerpo), el individuo y la sociedad (Durkheim), el ideal y los intereses materiales (Weber), la comunidad y la sociedad (Toennies) y los opresores y oprimidos (Marx). Sin embargo, no todas las consecuencias del pensamiento dualista son procedentes. Sugieren la existencia de mundos reales y separables, entre los cuales pueden trazarse líneas claras y, en muchos casos, mundos que son fundamentalmente opuestos o contradictorios. En la práctica, sin embargo, cuanto más comprendemos el mundo, más nos damos cuenta de que estas distinciones son relativamente contingentes y que algunos de los ámbitos «separados» se interpenetran. Así, pues, si bien la herencia y el lenguaje nos obligan a emplear esas distinciones, es necesario reconocer que esencialmente son irreales.

La misma observación cabe formular respecto de la distinción entre hombre y naturaleza que es estéril mantener con carácter absoluto. En primer lugar, es evidente que la humanidad es parte integrante de la naturaleza y que contribuye de forma sistemática en su continuidad, evolución y destrucción (incluso

en la suya propia). Es imposible pensar en un mecanismo claramente humano, por ejemplo una institución social como es la escuela, sin pensar simultáneamente en una distribución de los organismos que la componen y la gama de recursos (incluido el espacio físico) que forman parte de su existencia.

La sociología del medio ambiente (el estudio de la sociedad y el medio ambiente) resalta la correlación e interdependencia que existe

entre estas entidades un tanto míticas, que son el hombre y la naturaleza. El tema, relativamente reciente, nos ha sido impuesto en cierto modo por la denuncia ante el despojo, agotamiento y destrucción de la naturaleza a medida que la civilización humana alcanza en el siglo XX un grado de desarrollo sin precedentes. Es comprensible que esta nueva disciplina esté aún tanteando en busca de su propia identidad, pero también es evidente que es intrínsecamente interdisciplinaria y que entraña a la vez el estudio de la ciencia y de la tecnología, la economía, las actitudes culturales, las relaciones de poder y las instituciones sociales, ya que todas guardan íntima relación con el equilibrio ecológico.

Este problema será abordado en estas páginas mediante el estudio de las relaciones entre tecnología, producción y consumo sin perder de vista la incidencia que el conjunto de fuerzas sociales ejerce sobre el entorno humano.

György Széll es Profesor de Sociología en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Osnabrück, P.O.B. 4469, D-49069, Osnabrück, Alemania. Sus ámbitos de investigación incluyen las relaciones laborales, la participación en la democracia, la evaluación y la transferencia de tecnología y el medio ambiente y la sociedad. Es miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Sociológica Internacional y preside su Comité de Investigación 24, «Medio Ambiente y Sociedad». Sus publicaciones más recientes son *Labour Relations in Transition in Eastern Europe* (1992) y *Concise Encyclopedia of Participation and Co-Management* (1992).

Consideraciones históricas

Si nos remontamos a los orígenes de la sociedad humana, vemos que dos de las características más fundamentales que definen su progreso son el lenguaje y la tecnología. El antropólogo Gehlen llegó a calificar a los seres humanos de «animales con herramientas» (1957). Las herramientas son inseparables de la producción y el consumo. Si el trabajo es la interrelación entre el hombre y la naturaleza (como decía Karl Marx), cabe también considerarlo como el conjunto de las actividades complejas de seres humanos asociados (sociedad) que aprovechan su marco natural (medio ambiente) para sobrevivir y prosperar. Estas relaciones se remontan a los principios de la historia y en una reseña de ellas habría que incluir las notables técnicas de las civilizaciones sumerias, egipcias y chinas. A los efectos del presente artículo, en todo caso, nos limitaremos a los acontecimientos de la era moderna, esenciales para comprender el desarrollo de la propia sociología. Para ello, básicamente seguiremos el análisis enunciado en las obras de Mumford (1967), Giedion (1948) y Bernal (1969).

Entre los términos más comunes que se emplean para designar la formación y el carácter de las sociedades modernas se cuentan los de «industrial», «capitalista» y «burguesa». Si bien se superponen, cada uno indica un tipo de sociedad distinto en esencia. Hay que reconocer al mismo tiempo que estos términos son en sí justamente el producto de este tipo de sociedades. Nos encontramos ante cierta forma de dialéctica; a medida que surgen nuevas estructuras económicas, políticas, sociales y culturales, los agentes y teóricos de esas estructuras han tenido que inventar nuevos términos y conceptos para describirlas y, tal vez, para superar o destruir las estructuras más antiguas. El término «revolución» es de esa índole pero hay que tener en cuenta también los de clase, intereses, partido político, industria, libertad, igualdad, fraternidad, solidaridad, salario, máquina y cooperativa, los cuales tienen todos una connotación a la vez descriptiva y directiva.

Las ciencias sociales, y la sociología en particular, forman parte de esta dialéctica entre cambio estructural y conceptualización. El fin de una visión cíclica de la naturaleza y de las actividades humanas guarda estrecha relación

con el fin de ideologías religiosas vinculadas con sistemas feudales y aristocráticos de dominación. Progresivamente han sido elaboradas nuevas formas de comprender y configurar el mundo, ideologías con un marcado carácter «religioso», democracia, nacionalismo, socialismo, anarquismo. Aunque la sociología, se describa a sí misma como ciencia y no como ideología, lo cierto es que ha formado parte integrante de este proceso. La lenta evolución de las ideas también se ha visto marcada por acontecimientos dramáticos y revolucionarios, el más notable de los cuales ha sido la Revolución Francesa.

Circunscribámonos al tema del presente capítulo. Los fisiócratas (especialmente Quesney y von Thunen) fueron los primeros en formular una teoría que vinculaba la actividad económica con la preservación de la naturaleza. Para ellos, la fuente de la riqueza de las naciones no estaba en el trabajo sino en la naturaleza y este tema es el que reaparece en el debate ecológico contemporáneo, donde se afirma que la naturaleza es la única fuente productora de valor (Immler, 1985). Sin embargo, el siglo de las luces se orientaba en otra dirección distinta, siguiendo el postulado de Kant de que la ilustración libera a la humanidad de la coerción autoinfligida. En su mayor parte, este impulso fue dirigido hacia la destrucción de instituciones coercitivas, religiosas, políticas y de clase, heredadas de otras eras. Con respecto a la economía, sin embargo, la ilustración significaba liberarse de restricciones naturales, económicas y sociales. Era necesario, pues, vencer y controlar a la naturaleza. Landes en su obra «The Unbound Prometheus» (1968) captó el espíritu del cambio tecnológico y el desarrollo industrial desde 1750.

El sistema moderno de producción japonés ha sido calificado de «La máquina que cambió el mundo» (Womack y otros, 1990), pero ésta definición constituye una calificación igualmente idónea para la revolución tecnológica que tuvo lugar a fines del siglo XVIII, y que introdujo la máquina hiladora, la máquina de vapor y el ferrocarril. La tecnología revolucionó también el arte de la guerra y el colonialismo; el avance de la navegación, el armamento y los medios de transporte marítimos y terrestres que constituyeron una condición indispensable para el imperialismo europeo.



Siervos recibiendo las instrucciones de su señor. Según una miniatura de *Propriétaire des choses*, manuscrito del s. XV. Edimedia.

Para las sociedades nacionales, el nuevo sistema de tecnología y producción consistía simultáneamente en un motor económico para acumular ganancias y el medio de ejercer la dominación interna (clase) y externa (mundo). Marx, en su crítica del capitalismo, reconocía esta verdad al establecer distinciones entre el «proceso de producción», la «forma de producción» y las «relaciones sociales de la producción» para designar respectivamente las relaciones tecnológicas, las relaciones históricas y las relaciones entre grupos. En la obra de Marx, este complejo multifacético entrañaba además, una dinámica de cambio irreversible y fundamental.

¿Cuáles eran las relaciones entre tecnología, producción, consumo y medio ambiente en este nuevo sistema? Se manifestaban en la división (u organización) del trabajo, que constituye la combinación concreta de trabajo, tecnología y capital en el lugar de trabajo, ya se trate de una fábrica o de una burocracia de servicios. Las sociedades premodernas conocían ya una cierta división del trabajo y de la actividad manufacturera que había comenzado en el siglo XII en Italia, aunque la artesanía predominó hasta los tiempos modernos.

El requisito central para el desarrollo de la mano de obra asalariada consistió en la liberación del trabajo de los vínculos feudales, lo que permitió a su vez elaborar *contratos individuales* para el trabajador. Sin embargo, si bien los contratos de trabajo fueron desde entonces formalmente libres, no eran en la práctica libres e igualitarios. El empresario industrial surgió como fuerza dominante en la ecuación capital-trabajo, desigualdad que subraya la historia del sindicalismo. Durante mucho tiempo, la prohibición y la persecución de los sindicatos a fin de perpetuar la desigualdad en el poder aseguró el predominio de los industriales y el desarrollo de los sindicatos constituyó una manifestación de los intentos de los trabajadores por proteger sus intereses e impedir que los patrones pagaran salarios mínimos de subsistencia. La influencia de los sindicatos, a su vez, se extendió al ámbito político a medida que el movimiento sindical se convertía en el centro del conflicto de clase y los sindicatos en el principal motor en el desarrollo de los partidos laboristas y socialistas en los países occidentales a fines del siglo XIX.

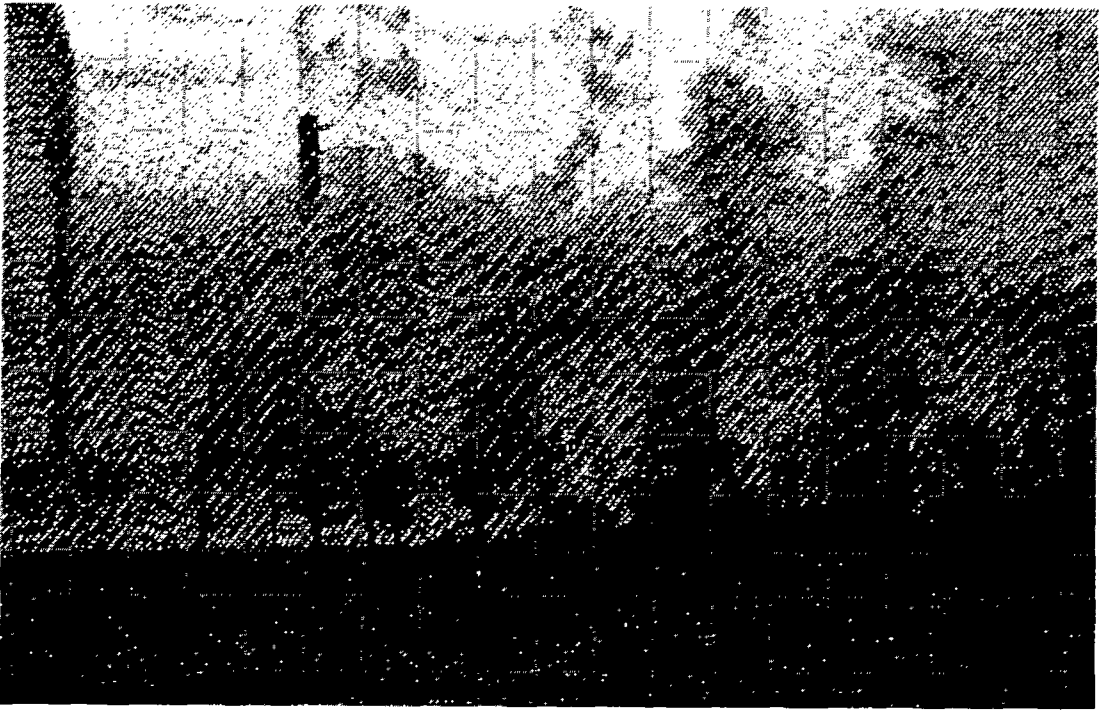
Se ha aducido que el desarrollo de las técnicas de producción en masa a principios del siglo XX constituía al menos en parte una estrategia de la patronal para recuperar el control del proceso de producción, que había puesto en peligro el auge de los sindicatos (Braverman, 1974). Piore y Sabel (1984) califican ese período de «la primera gran línea divisoria» en la historia industrial moderna, pues marcó la división entre la producción artesanal y la producción en masa. Esta última se basaba en las técnicas asociadas a Frederick Winslow Taylor y Henry Ford, con cuyo nombre (taylorismo y fordismo) se conocen ahora los métodos que inventaron. Con el epígrafe «Organización científica del trabajo», Taylor enunciaba los fundamentos del nuevo método y propugnaba cuatro principios del sistema:

- crear una verdadera ciencia de la organización;
- escoger sistemáticamente a los trabajadores;
- enseñarles con un criterio científico y darles una formación permanente;
- establecer relaciones de cooperación entre la dirección y los trabajadores, de manera que los sindicatos fuesen innecesarios (Taylor, 1964 [1911]).

Lo cual redundaría en los siguientes resultados:

- la acumulación de conocimientos por conducto de la organización, que constituye la esencia misma de la gestión moderna;
- la separación entre preparación y ejecución; la planificación de las decisiones, tomadas antes en el taller, sería elaborada en una oficina a parte;
- creación de un nuevo vínculo entre rendimiento e ingreso; los sueldos y salarios aumentaron en un 60% y la producción en algunos casos se triplicó;
- la definición prevista con antelación por parte de la organización del volumen de trabajo de cada obrero.

Henry Ford, inventor de la cadena de montaje, llevó incluso más allá algunas de las ideas de Taylor. En su sistema, la dirección podía controlar el ritmo y la producción de trabajo aumentando o disminuyendo la velocidad de la cadena. Ford duplicó el salario medio de sus



Fábrica de Copshmich Rumanía. Producción industrial con un elevado coste para el medioambiente.

Haley/Sipa Press

obreros logrando así una doble revolución: en primer lugar, redujo la rotación del personal y, en segundo lugar, hizo posible que los obreros compraran sus propios productos, particularmente por el hecho de que el precio de los automóviles bajó a la mitad; así, pues, sus métodos constituyeron no sólo una revolución en la productividad, sino también una revolución en el consumo. La influencia de Taylor y Ford fue enorme, lo que se advierte incluso en las ideas socialistas de Lenin sobre la producción (Szell, 1988) y sigue siendo fundamental en muchos marcos industriales, aunque pueda ser eclipsada, según Piore y Sabel, 1984, por un nuevo giro de la historia industrial («la especialización flexible»).

Sin embargo, con el nuevo sistema de producción en masa surgieron nuevas formas de oposición, incluso de sabotaje, y en las obras teóricas sobre organización y ciencias sociales comenzaron a aparecer nuevos medios de hacerle frente. Mayo y sus asociados (1945) des-

cubrieron la existencia del grupo no estructurado en el proceso de trabajo, observaron la forma en que a veces controlaba el ritmo de la producción y propusieron aplicar un criterio de «relaciones humanas» para superar los problemas de espíritu de trabajo y cooperación de los trabajadores. Desde los años 50 han surgido nuevas formas de organización que, cabe suponer, son menos alienantes, como la rotación en el trabajo, el trabajo más variado, el trabajo menos monótono y los grupos semiautónomos (Heller y otros, 1989-1993). Sin embargo, se mantuvo la oposición a la intensificación del trabajo, expresada en parte por la negativa de trabajadores jóvenes, educados en los años cincuenta a aceptar trabajos que tuvieran componentes sucios, peligrosos o difíciles. La calidad de vida en el lugar de trabajo, la humanización del mismo y la identidad del espacio laboral se han convertido también en destacados problemas en las relaciones industriales. Académicos de Inglaterra y Noruega

han formulado el concepto de sistemas socio-técnicos, que tienen en cuenta el ámbito social del proceso de producción y que han sido puestos en práctica en algunas empresas escandinavas, especialmente la planta de Volvo en Kalmar (Suecia).

Las innovaciones más recientes en materia de control eficaz de la producción corresponden al Japón. La producción en los países occidentales se basaba tradicionalmente en varias operaciones: la puesta a punto de un producto gracias a la investigación y al desarrollo, al diseño de la tecnología apropiada, la producción en el lugar de trabajo y a la comercialización del producto a través de un sistema de mercado. Los japoneses han abandonado el método tradicional de la producción para desarrollar lo que se ha llamado «producción sin desperdicio» (Womack y otros, 1990), llamada también «toyotismo» y «ohnismo» (nombre de su principal postulante, Taiichi Ohno). Tras un examen más detenido, la simplificación de la producción no es tanto un problema de máquinas como de organización del esfuerzo humano. Las consignas del sistema («círculos de calidad», «control total de calidad», «en el momento preciso», «cero defectos» e «identidad con la empresa») indican su dimensión humana. Se ha sugerido además que la «cultura» japonesa, con su insistencia en una jerarquía benigna y en controles sociales no estructurados, constituye un campo de cultivo particularmente fructífero para este tipo de sistema. Al mismo tiempo, estos principios se han trasplantado con buenos resultados a algunas industrias estadounidenses y europeas, y no hay motivo para creer que este nuevo principio de organización no pueda emigrar del Japón, tal como la tecnología y la organización industrial occidentales emigró hacia ese país en una época anterior.

La dimensión ambiental

Lo que antecede es un esbozo de algunos aspectos dinámicos que han permitido a la humanidad el avance sin precedentes en el terreno de la tecnología, la producción y el consumo durante los dos últimos siglos. Estos avances, en su conjunto, han revolucionado la condición humana. Esta revolución, llevada a cabo bajo los epígrafes ideológicos de la cien-

cia y el progreso, ha sido considerada básicamente desde un punto de vista positivo, en la medida en que ha contribuido a un mayor bienestar material de la humanidad. Los aspectos negativos de esa evolución se han descrito hasta ahora básicamente desde el punto de vista de la injusticia social, la explotación de una clase por otra y la sensación de quienes trabajan de estar alienados de los medios de producción, de lo que se fabrica y de sí mismos. Más recientemente ha aparecido otro elemento negativo, que cabría calificar de alejamiento de la humanidad respecto de la naturaleza. Cabe incluso afirmar que esta divergencia cada vez mayor entre la lógica del aspecto económico tecnológico de la existencia humana y la de la supervivencia en el medio humano se convertirá en la principal contradicción del siglo XXI, adelantando a otras en el orden de las prioridades.

Siempre ha habido crisis ambientales en la historia del hombre, desastres naturales, inundaciones, terremotos, tormentas, hambres y plagas o desastres causados por el hombre como la destrucción de bosques, la desviación de ríos, la quema de praderas o el agotamiento de la tierra. Sin embargo, estos fenómenos no son nada en comparación con los peligros actuales para el medio ambiente debido a que éstos son tanto mayores desde el punto de vista del *alcance* y de la *organización sistemática* del proceso de explotación.

En los informes de organismos internacionales figuran datos fehacientes acerca del deterioro del entorno ambiental de la humanidad, imputable a las actividades económicas. En un reciente informe de la OCDE (1991) se describen detalladamente los graves problemas de contaminación atmosférica, desechos, ruido, degradación del suelo, presión sobre los bosques y amenazas sobre la fauna y flora. Se indica al mismo tiempo que «los países miembros de la OCDE han avanzado en la tarea de hacer frente a varios de los problemas más urgentes de los dos últimos decenios» (OCDE, 1991a, 283) mencionando en particular la reducción de la contaminación de la atmósfera urbana, la de los cursos de agua navegables y la de los lagos. Curiosamente, en el informe no se mencionan dos de los problemas más urgentes en torno a los cuales gira actualmente el debate de los peligros para el medio ambiente, a saber, el calentamiento mundial (el efecto

invernadero), que sembraría el caos en las regiones costeras del mundo con el alza del nivel del mar y modificaría radicalmente el régimen pluviométrico y la vegetación mundial; el agotamiento de la capa de ozono, que permitiría la penetración de rayos ultravioletas del sol a la superficie de la Tierra, poniendo en peligro tanto a la vegetación como a la población humana.

Las predicciones que se han hecho en los últimos decenios suscitan bastante inquietud. A principios de los años setenta, el Club de Roma (Meadows y otros, 1972) predijo que para el próximo siglo se habrían agotado recursos de importancia crítica. El Worldwatch Institute de Washington, D.C. es muy pesimista acerca de los efectos futuros del calentamiento de la atmósfera, el agujero de la capa de ozono y la lluvia ácida. Según Goodland y otros (1991) la civilización se acabará dentro de varios decenios porque los desechos y la basura terminarán por ahogar a la humanidad. Según el economista alemán Leipert (1989), las tres cuartas partes del aumento del producto nacional se dedican actualmente a combatir peligros relacionados con el medio ambiente y no a mejorar la calidad de la vida; dentro de cinco a diez años llegaremos a un punto muerto y estaremos destruyendo nuestros medios de sustento en lugar de crear nuevos valores. Norbert Muller (1989-1991) predijo la destrucción de nuestro sistema económico, social, político y cultural para el año 2030 o 2040 a menos que cambiemos radicalmente nuestras pautas de producción, consumo y estilo de vida.

Dejando un margen en algunas de las predicciones para elementos de descuido, inexactitud, histeria o drama, sigue siendo evidente que existe la posibilidad de que el mundo se destruya y es esencial determinar las razones. En el informe de la OCDE se imputaba la crisis a dos causas fundamentales: la ineficacia de la política ambiental y la dependencia recíproca entre el estado de la economía y el estado del medio ambiente. Hasta donde llega, este diagnóstico no deja de estar bien, pero, especialmente en relación con la última causa, las relaciones entre la economía y el medio ambiente no son lineales y la apreciación del factor «economía» de la ecuación debe tener en cuenta que los factores económicos directos son múltiples y están relacionados sistemática-

mente entre sí. Además, «tras» las causas económicas inmediatas sobre el medio ambiente se encuentra toda la diversidad de factores sociales, políticos y culturales que condicionan esas causas. Entre ellos hay que mencionar la organización de gran parte de la vida económica del mundo según el sistema económico capitalista que sólo prospera con el crecimiento; patrones de desigualdad intranacional e internacional que promueven la explotación económica así como patrones diferenciales de desecho y contaminación, y la actitud materialista omnipresente en toda la cultura moderna, tanto de los países desarrollados como en desarrollo. Esta interrelación puede representarse gráficamente en la forma que se observa en el Cuadro 1 (Szell, 1992).

En cuanto a las causas «directas» de la destrucción y despojo del medio ambiente, cabe mencionar cuatro, la tecnología, el aumento de la producción, la población y el consumo.

1. *Tecnología.* Como ya se ha señalado, la tecnología (la aplicación de principios científicos a la producción) constituye probablemente el motor más importante de la reorganización económica y el progreso y, por esa razón, es uno de los principales factores responsables cuando se trata de daños al medio ambiente. Sin embargo, los efectos de la tecnología son sumamente variables. Consideremos la producción de energía únicamente; su generación de fuentes solares, térmicas, eólicas e hídricas es relativamente limpia, mientras que la del carbón y petróleo resulta contaminante y la de la energía nuclear produce un enorme riesgo de radiación y un gran volumen de desechos tóxicos. Dos de las grandes bases tecnológicas de la revolución industrial, a saber, la sustitución de la energía humana por la de combustión interna y los combustibles fósiles por un lado y la descomposición y recombinación químicas de sustancias naturales por el otro, parecen ser las principales responsables de la destrucción del medio natural (Landes, 1968).

En razón de los efectos variables que provoca la tecnología sobre el medio ambiente, es posible considerarla alternativamente como enemiga o como amiga del esfuerzo ecológico. Por una parte, recae sobre las tecnologías nuclear, química y de los combustibles fósiles gran parte de la culpa por los problemas am-

CUADRO 1. Humanidad y naturaleza: algunas relaciones recíprocas

Cultura	Religión	
Necesidades		
<i>Humanidad</i>		
<i>Sociedad</i>		
Derecho		Consumo
Estado	Trabajo	Economía
Mercado		(Dinero)
(Impuestos y gravámenes)		
Política		Circulación
Armada		Distribución
Ciencia	Técnica	Producción
<i>Naturaleza</i>		
	<i>Desechos</i>	
Aire	Agua	Suelo

bientales con que tropieza el mundo hoy. Por la otra, es justamente a través de medios tecnológicos que se puede minimizar gran parte de la contaminación, la toxicidad y el riesgo de radiación. Estos medios incluyen la invención de nuevas tecnologías que puedan contrarrestar sus efectos (dispositivos de control del smog, por ejemplo) y el desarrollo de tecnologías nuevas y más benignas que reemplacen otras más peligrosas (automóviles impulsados por energía solar, por ejemplo).

2. *El crecimiento económico.* El ritmo y el volumen del crecimiento económico, estrechamente atado a la riqueza, multiplica los efectos de la tecnología. Puede ocurrir que el crecimiento económico en el mundo sea tal que simplemente alcance los límites de lo posible, habida cuenta de que los recursos del mundo son finitos. Los que se muestran más optimistas acerca de esta posibilidad indican que los propios límites son variables y que es menos probable alcanzarlos si se procede a encontrar productos sustitutivos, se adoptan nuevas tecnologías y se introducen cambios que modifiquen las actitudes culturales. Por lo tanto, si bien la naturaleza de los límites últimos es incierta, la tasa conocida de crecimiento y la tasa probable de crecimiento en un futuro próximo son conocidas con mayor claridad. Las tasas de crecimiento de las economías de los países occidentales y del Japón entre 1950 y

1973 fueron más altas que en cualquier período anterior de la historia. Para los años setenta, las tasas de crecimiento de los países socialistas y en desarrollo habían superado las de los países occidentales, pero en los años ochenta éstos los habían sobrepasado nuevamente.

Respecto del mundo en general, el Banco Mundial (1992) ha estimado que el producto económico real en el mundo aumentará de unos 20 billones de dólares en 1990 a 69 billones en el año 2030. No se conoce con precisión cuánto aumentarán los efectos de contaminación, toxificación y agotamiento de recursos, porque no se sabe cuál es la combinación tecnológica exacta. También es cierto que los países que tienen el más alto nivel de desarrollo económico producen los niveles más altos de contaminación (por ejemplo, las emisiones de bióxido de carbono son aproximadamente tres veces más altas que las de los países de ingresos bajos y medios –Banco Mundial, 1992–) y un aumento absoluto necesariamente tendrá como consecuencia algún tipo de aumento concomitante en los perjuicios causados al entorno.

3. *Población.* En 1650, la población de la Tierra era de unos 500 millones de habitantes; en 1850 la cifra superaba los 1.000 millones y, en la actualidad, es de unos 5.300 millones y aumenta a razón de 100 millones por año. El Banco Mundial (1992) estima que entre 1990

y 2030 la población mundial aumentará otros 3.700 millones para llegar a un total de 8.000 millones de habitantes, índice de crecimiento superior al correspondiente a cualquier generación anterior. Más de las nueve décimas partes de este aumento tendrá lugar en los países en vías de desarrollo que, con toda probabilidad, seguirán siendo los más pobres. La experiencia europea indica que un mayor crecimiento económico hace bajar los índices del nivel de aumento de la población, mientras que el constante índice de aumento en los países en vías de desarrollo indica que el principio de Malthus sigue siendo aplicable. Es difícil optar entre estos dos principios en el debate en curso sobre la materia pero, desde el punto de vista del medio ambiente, es evidente que cada persona que nace y sobrevive en el mundo consume recursos, productos y energía y, por esa razón, su presencia sobre la Tierra guarda relación directa con la cuestión ambiental.

4. *El crecimiento de la economía* (la producción de riqueza) y el aumento de la población, en su conjunto, hacen inevitable que los dos procesos se extiendan al de consumo. El consumo, además, guarda relación directa con el agotamiento de los recursos del mundo y con el daño al medio ambiente. Por más que las pautas de consumo en general se estén desplazando más hacia los servicios, el consumo absoluto de productos contaminantes (automóviles y ciertos tipos de plásticos) también sigue en aumento. En última instancia, cualquiera que sea la contribución relativa que aporten productores y consumidores al daño ecológico, los países en que ambas sean altas seguirán teniendo también un grado más alto de daño al medio ambiente. «Los países de la OCDE representan únicamente el 16% de la población del mundo.... pero también les corresponde el 72% del producto bruto mundial, un 78% de todos los vehículos de carretera y un 50% de la utilización de energía en todo el mundo» (OCDE, 1991, 13). Se estima también que el 80% de las emisiones mundiales de bióxido de sulfuro, óxido de nitrógeno, monóxido de carbono e hidrocarburos, que constituyen la causa de la lluvia ácida y el smog oxidante, corresponden a Europa y América del Norte (Bhalla, 1992). Además, los países desarrollados aspiran a seguir mejorando su nivel

de vida y los países en desarrollo aspiran (por lo menos) a alcanzar el nivel de los occidentales.

Los efectos de la tecnología, el crecimiento económico, la población y el consumo tienen efectos distintos, pero, en su conjunto, ponen de manifiesto que incluso esos cuatro factores están relacionados entre sí. Son todos parte de un *sistema* económico, cada una de cuyas partes ha dependido de manera compleja de la otra. Una segunda característica del sistema consiste en que las economías (los lazos más directos con el medio ambiente) están incorporadas sistemáticamente en las *sociedades*, que les dan un sello de legitimidad cultural y les proporcionan una subestructura institucional. En virtud de esas relaciones, los factores sociales son tan importantes como los económicos para la comprensión de los problemas del medio ambiente, por más que las consecuencias sociales suelen ser más indirectas. Pasemos ahora a referirnos a diversas cuestiones que tienen importancia central en la sociología del medio ambiente.

Dimensiones sociológicas del ecologismo

La primera observación que cabe formular ya se ha hecho en realidad al principio del presente artículo; la sociología del medio ambiente es una disciplina en busca de su propia identidad. Existen algunas subdisciplinas de la sociología que están arraigadas en la realidad ecológica de la humanidad: demografía, geografía social, ecología social, sociología urbana (véase el Capítulo 1), pero que en muchos casos han estado fuera de la sociología en su sentido convencional y, en todo caso, no sirven de mayor orientación para comprender la naturaleza y la magnitud actuales de los problemas ambientales a que hace frente el mundo.

El hecho de que la sociología haya desestimado los problemas ambientales se explica en parte por razones históricas. El diálogo negativo de la sociología con economías individualistas y utilitarias ha constituido uno de los principales aspectos en su auge y consolidación. La sociología ha representado la reafirmación de la dimensión *colectiva* de la vida en sociedad y, más en particular, ha criticado la

actividad económica no regulada en razón de las injusticias sociales que crea (desigualdad, opresión, pobreza), los problemas sociales generados en una sociedad industrial-urbana no regulada y el empobrecimiento de los valores culturales en una sociedad basada en el materialismo individualista. En una palabra, el legado sociológico se ha ocupado del costo *social*, más que del costo *natural*, de la sociedad capitalista-industrial. El interés de los economistas en los factores externos que dañan el entorno es relativamente reciente (véase Hardin, 1968) y también lo ha sido el de los sociólogos respecto a los problemas de los residuos y por los daños causados al entorno. Ambos, incluso al adoptar una postura crítica, han sido atrapados por la visión individualista y material del mundo que hizo presa de la sociedad occidental en su conjunto a fines del siglo XVIII y en el siglo XIX.

¿En qué aspectos se ha interesado la sociología del entorno? En un estudio de 1989 relativo a 359 proyectos europeos y 13 proyectos por país, Gabrovska y otros (1989) indicaron que los ámbitos de la investigación eran los siguientes:

- ética, conceptos y métodos de investigación ambiental;
- descripción de los problemas ambientales; efectos de la contaminación del medio ambiente;
- derecho y legislación del medio ambiente;
- política ambiental;
- ordenación del medio ambiente;
- conciencia ambiental, comportamiento ambiental, movimientos ecologistas y delitos contra el medio ambiente;
- educación medioambiental;
- medio ambiente e información.

Széll, al evaluar este estudio, observó que revelaba cierta continuidad en el número de temas centrales pero que, al mismo tiempo, ponía de manifiesto una «falta de imaginación» (Széll, 1992). De ser así, habría que imputarla básicamente al estado de una disciplina que busca su propia orientación y suele manifestar profunda preocupación por la ética, la metodología y las aplicaciones prácticas, todo lo cual es signo, además, de que el interés en las relaciones entre el medio ambiente y la sociedad como tarea académica no se diferen-

cia en gran parte del «movimiento» ecologista propiamente dicho. A pesar de la nebulosa analítica del estudio del ambiente y la sociedad, observamos que están surgiendo una serie de centros de interés sociológico.

La estratificación y los problemas ambientales

El primer problema para una sociología de la estratificación consiste en extraer conocimientos del análisis de las jerarquías y clases en la sociedad y su relación con el medio ambiente. En ese contexto, la primera tarea consiste en analizar las dimensiones de clase del consumo. Es evidente que en las capas más altas de las sociedades occidentales (y probablemente de todas las sociedades) el consumo de energía es proporcionalmente más elevado, como se manifiesta en la utilización de automóviles grandes, la tenencia de más de un automóvil por familia, las casas de veraneo y los viajes de esparcimiento por el mundo. Este consumo disminuye a medida en que uno baja en la escala de ingresos, básicamente porque los estratos siguientes no pueden darse el gusto de hacerlo, pero la dimensión fatal para el medio ambiente consiste en que los individuos y los grupos que se encuentran más abajo en la escala de ingresos *aspiran*, por la dinámica de la moda y del prestigio, a participar en esas formas de gasto relativamente inútiles y contaminantes. También procede estudiar y analizar minuciosamente las repercusiones ambientales de otros productos, distintos de la energía.

El sistema de estratificación revela también interesantes diferencias con respecto a la conciencia ambiental. Si bien ésta se encuentra en todos los estratos de la sociedad, tiende a estar más presente en las clases media y más altas. Esta constante ha sido observada por estudiosos de los «nuevos movimientos sociales» (Eyerman, 1992) que incluirían los movimientos antinucleares, en pro de los derechos de los animales y en pro de la protección del medio ambiente. La hostilidad a las cuestiones ambientales se concentra en grupos rurales y de más bajos ingresos (el grupo «Pick-up Truck and Rifle»). Las razones de ello no son claras pero el análisis de clases podría arrojar por lo menos una explicación. La protección del medio ambiente entraña, ante todo, que se dediquen fondos (que suelen sufragarse con

impuestos) y que aumente el coste de la producción industrial (que en la mayoría de los casos se concreta en el aumento del precio del producto). Así, pues, para algunos, el interés por el medio ambiente puede ser considerado como un lujo (al igual que la moralidad burguesa según Bernard Shaw) reservado a las clases más acomodadas de la comunidad.

La estratificación constituye también una dimensión pertinente en el plano internacional, como se puso de manifiesto en la Cumbre para la Tierra, reunión internacional de jefes de gobierno celebrada en Río de Janeiro en el verano de 1992. Esta reunión, si bien fue importante a efectos de toma de conciencia por el mundo entero, en cierto sentido constituyó un fracaso: puso de relieve las divergencias entre los países que defendían cada uno sus propios intereses nacionales y por las acusaciones recíprocas (el Sur denunciaba al Norte y viceversa). El Presidente de los Estados Unidos, George Bush, dio la nota discordante en esta situación cuando primero prácticamente se negó a asistir y luego defendió en público los intereses de los trabajadores estadounidenses, pero, de hecho, todo el ambiente de la reunión fue un tanto acre. Daba la impresión de que a pesar de la gravedad, la situación del medio ambiente en el mundo hubiese quedado relegada a un segundo plano sacrificada por los intereses estrechos de las naciones.

La situación real en el mundo es tan compleja que uno no puede contentarse con condenar o señalar con el dedo a los responsables.

Como ya se ha indicado, los países de economía más avanzada causan, evidentemente, una proporción más alta de daños al medio ambiente, aunque no sea más que en razón del volumen de su consumo de recursos y el consiguiente derroche. Al mismo tiempo, y por buenas razones, los movimientos en pro de la protección del medio ambiente y la imposición de normas en la materia se hallan más avanzados en el Occidente desarrollado. Por otro lado, es en los nuevos países en vías de desarrollo y los menos avanzados, así como en los antiguos países comunistas y socialistas —ex-Unión Soviética y Europa del Este— que se dan las técnicas polucionadoras más funestas.

Sin embargo, también en este caso buena parte de la contaminación y toxicidad de los países menos desarrollados puede ser imputada a la presencia del capitalismo internacional

por conducto de las empresas multinacionales, cuyas sedes se encuentran en las sociedades desarrolladas de Occidente. Pero, por decirlo así, los gobiernos de las sociedades en desarrollo suelen cooperar con el capital internacional al no preocuparse demasiado de controlar los efectos de contaminación y toxicidad de las empresas que operan en sus países. En suma, el problema del medio ambiente es un problema mundial y no sirve de mucho limitarse a imputar responsabilidades.

Cabría aplicar también en el plano internacional el tipo de análisis de clases que se ha mencionado en relación con la acción ambiental *dentro* de cada país. El escenario económico internacional constituye ante todo una pugna, en la cual los países desarrollados están interesados en mantener su hegemonía económica y los menos desarrollados procuran la supervivencia a corto plazo y la paridad a largo plazo. Habida cuenta de esta competencia, ni unos ni otros desean hacerse cargo del coste adicional que entraña la limpieza y la protección del medio ambiente. En todo caso, las sociedades occidentales, que son al mismo tiempo las más ricas y las que causan mayores daños al medio ambiente, están en mejores condiciones para sufragar el costo de la política más clara que se aplica en ellas.

El complejo Estado-economía en la cultura de la modernidad

Eisenstadt (1992) ha propugnado insistentemente que la cultura de la «modernidad» está tan generalizada en nuestros días que constituye una «nueva civilización». Ello no significa simplemente que se han propagado las ideas occidentales y que todas las sociedades en desarrollo aspiren a parecerse a Occidente (como decían algunas ramas de la teoría de la modernización en los años cincuenta y sesenta). La cultura de la modernidad se adapta siempre a las tradiciones y circunstancias de los distintos países. Incluye, sin embargo, un impulso en pos del crecimiento económico y una mejora del nivel de vida, el empeño en movilizar, a esos efectos, a los sectores correspondientes de su población y el intento de erigir una infraestructura institucional para alcanzar los dos objetivos. Como ya se ha indicado, esto debe hacerse en el contexto de la economía internacional, por lo cual siempre existe una di-

mención de competencia en la cultura de la modernidad.

Los gobiernos y las élites de prácticamente todos los países del mundo están empeñados en imponer esta cultura de la modernidad, lo que no constituye un buen augurio para el futuro del medio ambiente mundial. Tres son las razones: en primer lugar, todo el mundo se halla envuelto en la espiral de la modernización económica, lo cual constituye, en términos generales, un factor sistémico muy importante en el deterioro del medio ambiente mundial. En segundo lugar, la mayor parte de los problemas ambientales no se pueden resolver individualmente sino más bien en el ámbito nacional o mediante sistemas (o factores externos públicos para emplear el término preferido de los economistas) y el Estado, como materialización de «el público», es el candidato mejor emplazado para asumir un papel de vanguardia en la reforma ambiental. Sin embargo, el afán en la cultura de la modernidad empuja a los Estados en la dirección opuesta a la de los caminos más efectivos y competitivos hacia el crecimiento económico. En tercer lugar, habida cuenta de que la mayoría de los problemas ambientales son de índole mundial, la situación de competencia internacional en que se encuentran la mayoría de los países, en razón de su empeño en la cultura de la modernidad, significa que cada uno de ellos no está predispuesto a cooperar con otros en una acción colectiva para resolver los problemas ambientales. Este razonamiento apunta al hecho evidente de que las soluciones a largo plazo de los problemas ambientales dependen de cambios culturales fundamentales y en todo el mundo.

El factor riesgo

Se han hecho otros trabajos con miras a esclarecer las características dominantes de las sociedades desarrolladas y sus consecuencias para el medio ambiente. Constituye un ejemplo la labor relativa al factor riesgo en la sociedad. En el plano teórico, Luhmann (1991) afirma que la sociedad moderna se caracteriza por el paso del peligro al riesgo. Las sociedades premodernas hacían frente a peligros (inundaciones, hambres, tormentas, etc.) que fundamentalmente escapaban a su control. Las sociedades modernas han podido controlar este

tipo de peligro en un grado considerable (aunque no del todo) gracias al desarrollo de sistemas de transporte, instalaciones de almacenamiento y a la medicina moderna. Al mismo tiempo, estas sociedades modernas han construido un orden técnico e institucional en el cual el riesgo, incluido el mortal, forma parte integrante de la vida social. En un sentido similar, Perrow (1984) ha preparado un análisis de los sistemas de alto riesgo (de los cuales la energía nuclear constituye el mejor ejemplo, pero no el único) que se caracterizan por la gran complejidad tecnológica y por el hecho de que un fallo técnico se propaga rápidamente a otros ámbitos. A pesar de todas las precauciones, en los sistemas de alto riesgo es inevitable una cierta proporción de accidentes. En un contexto parecido, Beck (1986), estima que los conflictos de clase en la sociedad industrial han quedado superados por las características distintivas de la distribución del riesgo en ella (incluido el riesgo de daño al medio ambiente). Si bien el riesgo institucionalizado puede en cierto grado medirse y controlarse por medios científicos, dicho control no es absoluto y siempre subsiste un cierto grado de incertidumbre.

En consecuencia, se encuentran muchos conflictos en la sociedad moderna entre el personal experto (que suele «controlar» las situaciones de riesgo y tiende a subestimarlos) y las posibles víctimas del riesgo (que se sienten impotentes y tienden a sobreestimarlos). En todo caso, el fenómeno del riesgo y sus consecuencias para la sociedad constituyen un ámbito promisorio de investigación en la sociología del medio ambiente.

Los movimientos sociales

Una de las facetas de la sociología del medio ambiente consiste en que el interés ecológico suele en gran parte revestir la forma de movimientos sociales organizados, en su mayor parte de índole nacional, que tienen por misión la lucha contra todo lo que amenace al entorno. A veces se trata de movimientos que apuntan a actos menos concretos, como los contrarios a la utilización de la energía nuclear o los partidarios de los derechos de los animales, o de movimientos específicos contra la contaminación del agua, la contaminación del aire, el tabaco (especialmente los efectos se-

cundarios), etc. Los partidos «verdes» también se basan en última instancia en los intereses ecológicos, pero su radio de acción se ha diversificado y tienden a participar más dentro del escenario político como partidos y no como movimientos sociales o grupos de presión. Hay muchos otros movimientos, como el feminista o el pacifista, cuyos objetivos no son primordialmente de índole ecológica pero que la incluyen (como los peligros para el medio ambiente que dimanar de los arsenales nucleares radiactivos). Además, puede ocurrir que los movimientos ecologistas generen hostilidad pública, lo que, a veces, reviste la forma de contramovimientos organizados. El pequeño partido del Automóvil en Suiza, por ejemplo, surgió como una especie de movimiento antiverde, si bien, en el curso de su desarrollo, fue acumulando otros elementos, como una ideología contraria a la inmigración.

Hay que entender en primer lugar que los movimientos sociales ecologistas constituyen una fuerza social que lucha contra los peligros de la degradación del medio ambiente. Además, son iguales a todos los demás movimientos sociales en el sentido de que exigen una explicación de su origen estructural, su composición, su ideología, sus estrategias y sus tácticas y de su suerte ante los contramovimientos y los gobiernos u otros organismos hacia los cuales normalmente dirigen su actuación. Los sociólogos se encuentran en una posición singular para realizar análisis de estos aspectos de los movimientos sociales. Széll [1992], en un estudio sobre la investigación en materia de medio ambiente, determinó que en su mayor parte ésta era interdisciplinaria y que «fuera de los movimientos ecologistas no hay mucho que ver para realizar verdaderos estudios sociológicos». Es fascinante preguntarse por qué, habida cuenta de cuán profundas son las diversas amenazas al medio ambiente mundial, los movimientos sociales son relativamente tan débiles en todo el mundo. No hay muchas respuestas a esa pregunta, pero tal vez la gravedad misma del problema pueda sugerir una razón: la destrucción, el agotamiento y el despojo del medio ambiente son fenómenos amplios que escapan a las posibilidades de control personal e incluso de movilización colectiva. Ello puede crear un efecto de no participación, dimanado de la sensación generalizada de impotencia, efecto que debilita las

posibilidades de movilización y eficacia de los movimientos sociales ecologistas.

El análisis comparativo hecho por Joppke (1993) de los movimientos contra la utilización de energía nuclear con fines pacíficos en los Estados Unidos y Alemania occidental constituye un interesante estudio relativamente reciente del movimiento social. Una de las conclusiones de Joppke se refería a la asimilación de las ideologías y estrategias de los dos movimientos con los estilos políticos de los dos países; el movimiento en los Estados Unidos era de carácter más local, específico y con objetivos concretos, mientras que en Alemania era más filosófico y estaba más orientado hacia el Estado. Ambos movimientos habían registrado divisiones internas, pero distintas; en el caso de los Estados Unidos se había dividido en brazos de acción directa y de interés público y, en Alemania, entre iniciativas moderadas de los ciudadanos y grupos radicales antiestatales. Así, la nación y la cultura ejercen su influencia en el contexto de los movimientos ecologistas de la misma manera que lo hacen en los conflictos internacionales respecto de la responsabilidad por los daños al medio ambiente y su prevención y control.

Observación final

Es muy posible que la situación del medio ambiente en el mundo, su comprensión y control estén a punto de obtener el dudoso honor de convertirse, junto a la inestabilidad interna y la guerra internacional, en una amenaza grave para la situación humana. Esta situación, por su origen reciente y lo complejo de sus causas y ramificaciones, se presta mucho menos a una comprensión y un control sistemáticos que las demás amenazas y, como tal, plantea una dificultad especial al estudio del medio ambiente en la sociedad, que no sólo es reciente sino que además ha sido secundario en la historia de las ciencias sociales. La tarea consiste en reorientar los instrumentos del análisis sociológico para comprender las ramificaciones especiales de las distintas organizaciones sociales y sociedades a fin de resolver las ecuaciones que aclaren el doble problema de la destrucción del medio ambiente y su control.

Traducido del inglés

*El autor desea expresar su reconocimiento al Profesor Neil J. Smelser por sus contribuciones al presente artículo y por la inestimable asistencia que le prestó para darle la forma definitiva.

Referencias

- BANCO MUNDIAL. 1992. Informe sobre el desarrollo en el mundo. Desarrollo y entorno. Banco Mundial, Washington.
- BECK, U. 1986. *Risikogesellschaft. Auf dem Weg eine ander Moderne*. Frankfurt: Suhrkamp.
- BERGER, J. 1994. «The Economy and the Environment.» Por aparecer en Smelser, N.J. y Swedberg, R. (eds.), *Handbook of Economic Sociology*. Princeton: Princeton University Press y Russell Sage Foundation.
- BERNAL, J.D. 1969. *Science in History*. Fourth edition. Londres: C.A. Watts.
- BRAVERMAN, H. 1974. *Labor and Monopoly Capital*. Nueva York: Monthly Review Press.
- EISENSTADT, S.N. 1992. «A Reappraisal of Theories of Social Change and Modernization», en Haferkamp, H., y Smelser, N.J. (eds.), *Social Change and Modernity*. Berkeley, CA: University of California Press, págs. 412 a 429.
- EYERMAN, R. 1992. «Modernity and Social Movements», en Haferkamp, H. y Smelser, N.J. (eds.), *Social Change and Modernity*. Berkeley, CA: University of California Press, págs. 37 a 54.
- GABROVSKA, S. SCHWEFEL, E., y MARKS, A. 1989. *Environment and Society. A Documentation of Current Research 1986-1988*. Viena: Centro Europeo de Coordinación de la Investigación y la Documentación en Ciencias Sociales, y Sofía: Centro de Información Científica de la Academia Búlgara de Ciencias.
- GEHLEN, A. 1957. *Die Seele im technischen Zeitalter. Sozialpsychologische Probleme in der industriellen Gesellschaft*. Reinbek: Rowohlt.
- GIEDION, S. 1948. *Mechanization Takes Command*. Oxford: Oxford University Press.
- GOODLAND, R. y otros (eds.). 1991. *Environmentally Sustainable Economic Development: Building on Brundtland*. París, UNESCO.
- HARDIN, G. 1968. «The Tragedy of the Commons.» *Science*. 162: 1-243-47.
- HELLER, F., PUSIC, E., REYNAUD, J.-D., STRAUSS, G. y WILPERT, B. (eds.). 1989-1993. *International Handbook of Participation in Organizations. For the Study of Organizational Cooperation, and Self-management*. Oxford: Oxford University Press. 3 volúmenes.
- IMMLER, H. 1985. *Natur in der ökonomischen Theorie*. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- JOPPKE, C. 1993. *Mobilizing against Nuclear Energy: A Comparison of Germany and the United States*. Berkeley, CA: University of California Press.
- LANDES, D. 1968. *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to Present*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LEIPERT, C. 1989. *Die heimlichen Kosten des Fortschritts*. Frankfurt: S. Fischer.
- LUHMANN, N. 1991. *Soziologi des Risikos*. Berlin: de Gruyter.
- MAYO, E. 1945. *The Social Problems of an Industrial Civilization*. Cambridge: Harvard University Press.
- MEADOWS, D., ZAHN, E, y MILLING, P. 1972. *The Limits to Growth*. Nueva York: Universe Books.
- MULLER, N. 1989, 1991. *Civilization Dynamics*. Avebury: Aldershot. 2 volúmenes.
- MUMFORD, L. 1967. *The Myth of the Machine*. Nueva York: Harcourt, Brace Jovanovich.
- PERROW, C. 1984. *Normal Accidents: Living with High-risk Technologies*. Nueva York: Basic Books.
- PIORE, M.J. y SABEL, C.F. 1984. *The Second Industrial Divide*. Nueva York: Basic Books.
- SZÉLL, G. 1991. «Environment and Society» or «Environmental Sociology? In Search for a Paradigm». Presentación al Grupo encargado del tema «Medio Ambiente y Sociedad» de la Asociación Sociológica Internacional. Osnabrück: Universität Osnabrück.
- SZÉLL, G. 1988. *Participation, Worker's Control and Self-Management*. Londres: Sage. (*Current Sociology*. Vol. 36).
- SZÉLL, G. (ed.). 1992. *Concise Encyclopaedia of Participation and Co-Management*. Berlín y Nueva York; de Gruyter.
- TAYLOR, F.W. 1964 (1911). *Principles of Scientific Management*. Nueva York: Harper and Row.
- WOMACK, P., JONES, D.T. y ROOS, D. 1990. *The Machine that Changed the World*. Nueva York: Rawson Associates.

Las vicisitudes del desarrollo

Heinz R. Sonntag

Introducción

En estos tiempos de crisis, que lo son también de incertidumbre, la noción de desarrollo ha sufrido profundos cambios. Ello se manifiesta no solamente en la reflexión teórica que se ha hecho y se hace sobre el desarrollo, sino también y sobre todo en las imaginaciones y representaciones sociales de los actores colectivos.

El concepto de *desarrollo*, en el sentido entendido hasta hace poco y que ilustra la solemne declaración de las cuatro *décadas sucesivas del desarrollo* por parte de las Naciones Unidas, es una noción relativamente reciente. Cobró importancia en los años finales y posteriores de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en las discusiones mantenidas entre los aliados que desembocaron en la constitución de la *Organización de las Naciones Unidas* (Córdova/H. Silva Michelena, 1967; Menzel, 1992), es decir, en el marco de la descolonización —en curso y previsible— de vastas áreas de lo que posteriormente se llamaría el *Tercer Mundo*, y de los intentos de establecer un orden mundial capaz, en lo político, de resolver los conflictos en paz y, en lo económico-social, de garantizar a los diferentes países integrantes condiciones de mayor igualdad en cuanto al bienestar y progreso materiales de sus pueblos¹. Iniciada la Guerra Fría, se añadió otro motivo, al menos para los EE.UU.: se

Heinz R. Sonntag es Profesor de Sociología de la Universidad Central de Venezuela y Director de su Centro de Estudios del Desarrollo, CENDES. Es Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología, ALAS. Ha publicado en diferentes idiomas sobre la problemática del desarrollo y subdesarrollo, especialmente en sociopolítica. Dirección: Apartado Postal 51.927, Caracas 1050 A, Venezuela.

sentía la necesidad de «contraponer al creciente atractivo del modelo soviético, que reclamaba su vigencia también para las ex-colonias, una teoría social de la que podrían derivarse consecuencias para la política del desarrollo» (Menzel, 1992, 98; Moreno C., 1971).

En este sentido, la reflexión sobre el desarrollo empezó a articularse a partir de ese momento y a percibirse el propio proceso en el sentido contemporáneo. Enterrado en el olvido durante la *década perdida* de los años ochenta pero en vías de ser redescubierto con matices distintos en los críticos momentos actuales que requieren una decisión.

Desde el punto de vista de la historia de las ideas sociales, económicas y políticas, es interesante señalar que hasta la gran crisis de finales de los años veinte y comienzos de los treinta, la visión predominante de la economía política

clásica, cuyas tesis extremas se dan en el neoclasicismo, y de la sociología positivista, presentaba al capitalismo mundial como un sistema que evolucionaba o se desarrollaba por sí mismo, en base a sus mecanismos de autorregulación². Las sociedades externas o sólo marginalmente incorporadas a él eran objeto de estudios antropológicos que afirmaban el dualismo entre el *sistema económico rural* y el *sistema urbano* como polos opuestos, aunque conectados mediante un proceso de *modernización*, característico de la continua evolución

sociocultural de la humanidad, cuya civilización burguesa constituía el espejo en el que todas las naciones habrían de reconocerse tarde o temprano. La célebre sentencia de Max Weber sobre *la racionalidad occidental* como destino inexorable de la humanidad entera expresó, en atención a una cierta filosofía de la historia, este punto de vista (Weber, 1964).

En este trabajo, a) se examina la doctrina más importante que se haya producido sobre el desarrollo, a saber, la latinoamericana, con las críticas de que ha sido objeto; b) se analizan sintéticamente los resultados más relevantes, negativos y positivos, de la aplicación de las políticas inspiradas por dicha doctrina; c) se discuten las implicaciones de la *crisis y de la crisis de las teorías del desarrollo* enunciadas desde hace más de 15 años y, finalmente, d) se adelantan, más que hipótesis, algunas preguntas en torno a si se pueden elaborar de nuevo y poner en práctica modelos de desarrollo acordes con los momentos que viven el sistema mundial y las sociedades en «vías de desarrollo», y cuáles deberían ser las cuestiones especialmente sensibles en tal sentido.

El desarrollo endógeno (y autocentrado) y las críticas de que ha sido objeto

La primera teoría global del desarrollo empezó a formularse en el segundo lustro de los años cuarenta en el marco institucional de la *Comisión Económica para América Latina*³. A raíz de la proclamación y adopción de la *Carta Magna* de las Naciones Unidas por parte de los aliados («grandes» y «pequeños»), se constituyeron el Consejo de Seguridad (con la finalidad de intentar resolver pacíficamente los conflictos políticos entre países) y el Consejo Económico-Social (con el propósito de coordinar la labor en el otro campo de la Organización, a saber, el fomento al desarrollo de los pueblos); para el cabal cumplimiento de las funciones de este último organismo se crearon las comisiones económicas de los cinco continentes.

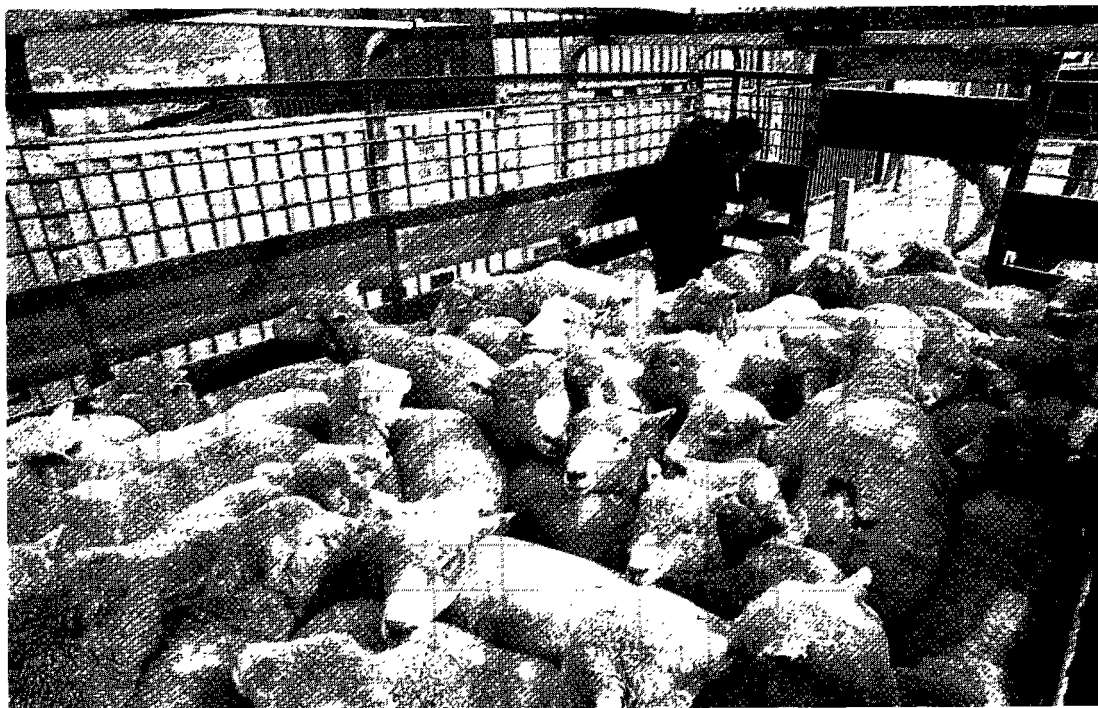
El primer documento de la CEPAL le fue encargado, en 1948, a Raúl Prebisch, un economista argentino que había dirigido, como presidente del Banco Central y en otros cargos, la política económica de su país entre 1935 y

1943 y tenía la reputación de ser un representante del neoclasicismo⁴. Una vez aceptado este estudio por el Secretario General de la ONU, Prebisch asumió la Secretaría Ejecutiva de la Comisión, rodeándose de jóvenes economistas de la región, ansiosos de «comprender cuál era la realidad de sus países: “Mi gran desafío, desde la universidad, era comprender al Brasil” (Furtado)» (Sonntag, 1988a, 24). Al inicio, la CEPAL encontró resistencia política por parte de los EE.UU., que veían en los primeros documentos rasgos de «comunismo»; dicha resistencia fue vencida en 1951 por la insistencia de Brasil y México.

Los antecedentes de la doctrina de la CEPAL sobre el desarrollo son dos. Por un lado, abarcan estudios como los de Harrod, Domar y Arthur Lewis, quienes aportaron, bajo la influencia directa o indirecta de J.M. Keynes, importantes contribuciones a una *teoría dinámica de la economía* (Cardoso, 1977; O. Rodríguez, 1980; Menzel, 1992), seguidas por las de investigadores como Gunnar Myrdal y Albert Hirschman. Por el otro, se nutren con las experiencias de países latinoamericanos que, o bien habían alcanzado un relativo nivel de desarrollo capitalista a finales del siglo XIX gracias a la expansión del sistema mundial (los de «industrialización precoz»), o bien habían iniciado el proceso de industrialización durante y después de la crisis de los treinta (Sonntag, 1988a)⁵. Por lo demás, los estudios sobre el desarrollo cobraron un significativo auge en la opinión pública a raíz de la publicación de libros sobre los graves problemas del mundo subdesarrollado —el más famoso ejemplo lo constituye la obra de Josué de Castro (1948-1952).

Pese al primer antecedente, sería una simplificación injustificada afirmar que las teorías del desarrollo (y especialmente la de la CEPAL) hayan sido simples copias importadas (o impuestas) desde el centro del sistema mundial. Como se verá de inmediato hay suficientes particularidades en las formulaciones como para entender y aceptar su carácter heterodoxo, también en su vinculación con los contextos en que fueron elaboradas.

La teoría de la CEPAL⁶ parte del diagnóstico que ubica primero el problema del subdesarrollo latinoamericano en la perspectiva del sistema mundial y lo relaciona en segundo lugar con las deformaciones internas deriva-



Embarque de corderos hacia Italia. Puerto de Ushuaia, Tierra del Fuego, Argentina, 1988. Annebicque/Sygma.

das de la condición monoprodutora de las economías, lo que habría impedido una suficiente tasa de ahorro, la formación de capital y el empleo racional de la mano de obra.

Según dicho análisis, se argumenta que los países de la región estaban incorporados como *periferia* a un sistema mundial cuya dinámica se hallaba dominada por el *centro*. Este sistema les había impuesto la función *estructural* de producción y exportación de bienes primarios (agrarios o mineros), mientras que en los países del centro se concentraba la producción de manufacturas. Como tal situación estaba legitimada por la teoría clásica del comercio exterior, la de *las ventajas comparativas*, Prebisch y la CEPAL formularon una severa crítica de la misma, intentando demostrar que no cumplía con sus dos principales postulados: el comercio mundial *no* procuraba mecanismos para mantener el equilibrio entre los precios de los bienes primarios y los de los manufacturados, abriéndose una tizera cada vez más amplia entre ambos en detrimento de los primeros, tampoco lograba repartir equitativamente

los frutos del progreso técnico, que tendía a concentrarse en los países productores de bienes manufacturados.

Las consecuencias de esta situación se manifestaron en la deformación de las estructuras productivas de las economías. Salvo en tiempos de expansión del sistema mundial y el subsiguiente crecimiento de la demanda de los bienes primarios (como ocurrió en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y parcialmente México a finales del pasado siglo) o de desacoplamiento forzoso del comercio internacional (caso de la crisis de los 30), la fijación en la producción primaria había impedido la industrialización, la incorporación de tecnología moderna en el sistema productivo, la transformación en capitalistas de las formas de organización social del trabajo, en breve: la *modernización*.

El objetivo emblemático que ha inspirado a la CEPAL desde el primer momento ha sido el de alcanzar el estado de desarrollo logrado por los países industrializados, en última instancia el del «líder»: EE.UU. (Wallerstein, 1991b, 27)⁷. Subyace a esta visión la idea de

una evolución socioeconómica (y de paso sociocultural), lineal y ascendente del capitalismo, heredada de la concepción de *progreso* nacida en el siglo de las luces.

Para promover el desarrollo, la CEPAL propuso unas políticas económicas destinadas a:

- diversificar la estructura productiva existente, mediante la ruptura de la condición monoprodutora;
- modernizar dicha estructura mediante la incorporación de tecnologías modernas y la transformación de las formas de organización social del trabajo;
- estimular la industrialización a través de la sustitución de importaciones de bienes manufacturados, utilizando para ello el mercado interno ya formado y potencialmente ampliable (Hirschman, 1968/85, 85 ss.)⁸.

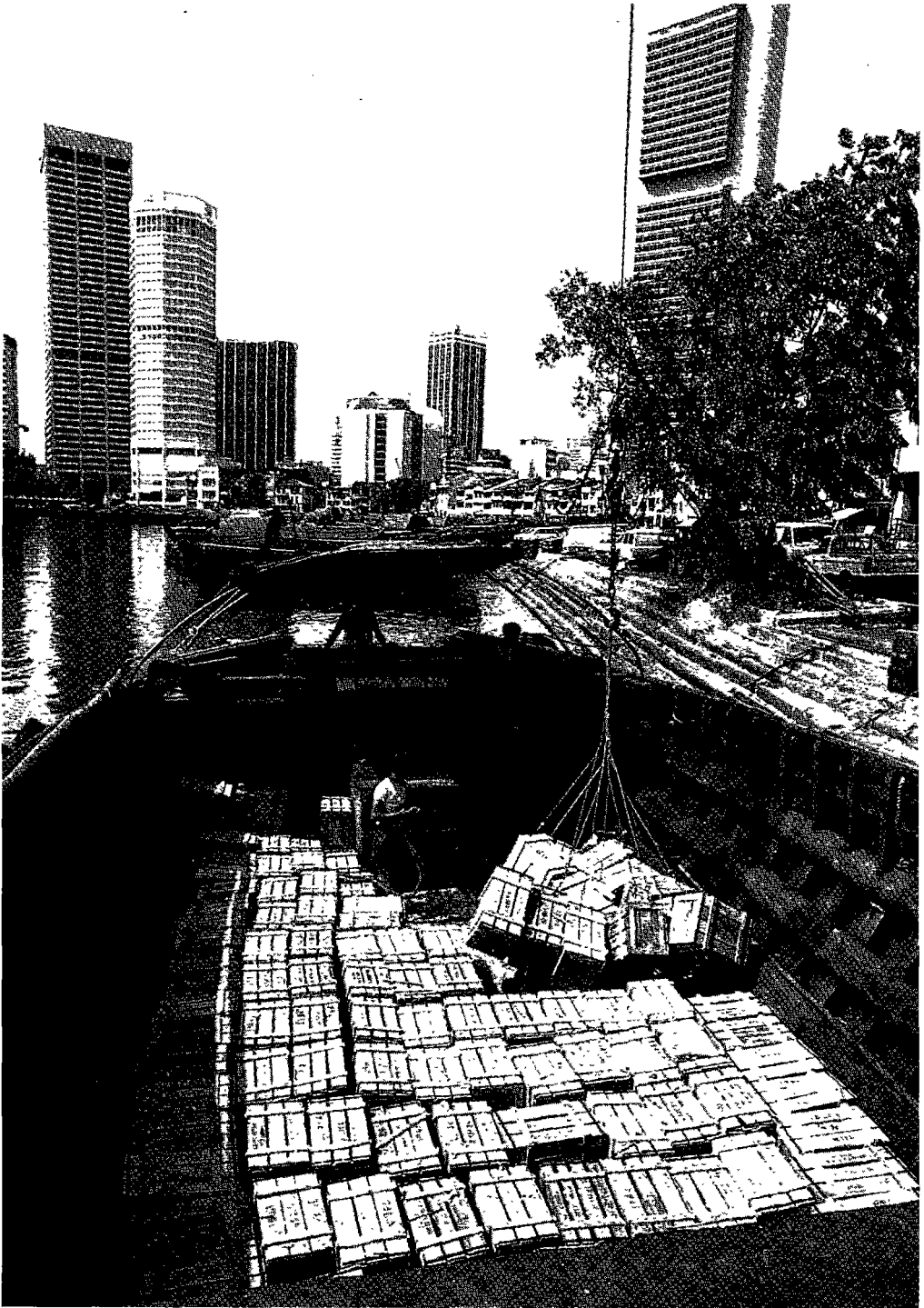
Las dos primeras medidas estaban orientadas a activar el papel de la región en el comercio internacional, ya que de él dependía el ingreso de divisas necesarias para la compra de tecnología y competencia en materia de gestión en los países desarrollados, y a contribuir a la formación del mercado interno. Un efecto secundario iba a ser el aumento de la productividad del trabajo en el sector primario, lo cual traería una mayor tasa de ahorro y por ende de formación de capital. La tercera medida se refería especialmente a estimular la acumulación interna e incluía tres fases sucesivas: 1) la sustitución de bienes de consumo masivo, antes importados, por producción local, 2) la de bienes intermedios y de consumo duradero y 3) la de bienes de equipo; cada una de las fases iba a engendrar las condiciones para que pudiera surgir la siguiente (Hirschman, 1968/1985, 91 ss.). Todo ello tenía que darse en el marco de una redistribución del ingreso, con miras a evitar que el nivel de consumo popular, tradicionalmente bajísimo, se fuera deteriorando aún más. Este conjunto de proposiciones se enmarcan en el concepto de *desarrollo endógeno y autocentrado*.

Cabe destacar tres elementos adicionales que formaban parte de la estrategia. Uno es el papel del Estado. Se argumentaba que un proceso de desarrollo tenía que fundamentarse en una fuerte intervención estatal, más decidida que la propuesta por Keynes, que se manifes-

taría en la *programación* de los procesos económicos⁹ y en la protección del mercado interno para estimular la producción industrial local. El segundo elemento es la necesidad de recurrir al capital foráneo, al menos en la etapa inicial del proceso de desarrollo, dada la escasez interna de este factor productivo en las economías. El tercero es la integración regional, vista como un vehículo de la industrialización a través de la ampliación de los mercados nacionales, pero también como un mecanismo para reforzar la *identidad sociocultural* latinoamericana con miras a fortalecer el proceso de desarrollo.

La preocupación por los problemas, condiciones y consecuencias sociales del proceso de desarrollo puesto en marcha, se hizo tempranamente manifiesta. En efecto, a partir de mediados de la década de los 50, un grupo de sociólogos y otros investigadores en ciencias sociales (encabezados por José Medina Echavarría) enriquecieron el debate en torno al desarrollo al llamar la atención sobre procesos como la urbanización (rápida y hasta violenta en aquellos tiempos), la educación y la marginación de ciertas capas de la población que no fueron incorporadas a la economía moderna en proceso de desarrollo acelerado. El resultado fue la incorporación de políticas sociales en la estrategia.

Esta preocupación se hizo sistemática a partir de comienzos de los 60, cuando la propia Comisión se preguntó «dónde están las fallas» cuando «en un determinado país se ha llevado a cabo por algún tiempo una política sostenida de desarrollo, orientada en todos sus aspectos por un programa bien estudiado y a pesar del esfuerzo, el ritmo de crecimiento conseguido, no responde a las metas propuestas» (CEPAL, 1969, 236-237; Sonntag, 1988a, 28 ss.). Al poco tiempo la doctrina fue reformulada, el acento recaía sobre la naturaleza global o estructural del desarrollo¹⁰. Se incorporó a la doctrina de la CEPAL la teoría de la modernización, que postulaba que la transición de sociedades «tradicionales» a «modernas» «constituye un conjunto de pasos continuos, a través de los cuales se superan de forma creciente los sistemas de valores, las actitudes, las formas de conducta y de estratificación social “tradicionales” ...en favor de las sociedades “modernas”, es decir: caracterizadas por la racionalidad en el sentido de Max



Puerto de Singapur. Los "pequeños dragones" de Asia se han desarrollado de forma sorprendente a pesar de lo limitado de sus recursos. Brent Bear/Cosmos.

Weber» (Sonntag, 1988a, 30). La CEPAL habló desde entonces de sociedades «duales» o de «heterogeneidad estructural» (en razón de la coexistencia de elementos «tradicionales» y «modernos» en su seno). Partía del supuesto que la transición podía darse de una manera planificada, mediante un conjunto de reformas «estructurales» destinadas a la modernización: la agraria, la educativa, la de la administración pública¹¹.

La teoría de la CEPAL, más que «una especie de marca registrada del pensamiento económico latinoamericano» (Cardoso, 1977, 9), constituye la doctrina más influyente del desarrollo que hasta la fecha se haya producido. Para ponderarla es necesario considerar dos elementos. En primer lugar, la gran repercusión que tuvo en otras partes del mundo subdesarrollado, especialmente en Asia y África¹². Segundo, entre esta teoría y los grupos, clases y sectores sociales de los países latinoamericanos y caribeños, en búsqueda de un modelo de desarrollo, se estableció, al menos durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, una simbiosis. De esta manera, la teoría influyó e inspiró la imaginación y las representaciones colectivas, orientando las prácticas sociales. También fue la causa del fenómeno de la *euforia del desarrollo* que se pudo observar en muchos países durante este período y que hacía posibles cohesiones y solidaridades sociales que desembocaban en alianzas entre los grupos, clases y sectores en torno a la promoción y a las políticas del desarrollo. Los actores habían encontrado en la doctrina de la CEPAL el norte de su orientación, y no sólo aquellos que se beneficiaban más abiertamente del desarrollo sino todos, penetrando en la conciencia colectiva cual apertura hacia «una nueva era».

Las críticas que se formularon a la teoría de la CEPAL (y estrategias similares) vinieron de dos ángulos (si excluimos la resistencia, ya mencionada, de los políticos y estudiosos de los países centrales, en defensa de sus propias versiones de la economía mundial y también por temores imaginados de elementos «izquierdistas» y hasta comunistas).

El marxismo ortodoxo, establecido en la región poco antes y después de la Revolución Bolchevique desde la fundación de los partidos comunistas, incorporados todos en la III Internacional (COMINTERN), veía en la doc-

trina de la CEPAL (y la denunciada como) la formulación de una nueva estrategia del imperialismo en su afán de mantener el dominio y explotación de los países latinoamericanos y caribeños. Las tesis de este marxismo se remontan a los planteamientos de Lenin en 1921, mantenidos con modificaciones durante la vida de la COMINTERN¹³. Según ellas, había un «dualismo» en las sociedades de la región, por la coexistencia de relaciones de producción feudales (que serían las más difundidas) y capitalistas (que estarían dominadas por el imperialismo), lo cual implicaba para la estrategia la lucha simultánea contra las primeras y contra el imperialismo, llevándose a término mediante una alianza de clases que incluía al campesinado, al incipiente proletariado, a la pequeña burguesía e incluso a la propia burguesía. Los resultados de tal lucha serían la «revolución democrático-burguesa», el desarrollo del capitalismo local, el fortalecimiento del proletariado y la posterior «revolución socialista» —una fiel reproducción de la marcha por etapas características de la forma en que se manifestaba el concepto de progreso¹⁴.

Como puede apreciarse las proposiciones del marxismo ortodoxo no diferían en lo fundamental de las de la CEPAL, salvo en su objetivo emblemático a largo plazo y por la importancia dada a la revolución política. Es por ello que algunos autores lo han caracterizado como una «versión de izquierda de la doctrina de la CEPAL» (Pedro Paz). La crítica del marxismo ortodoxo no se dirigía ni contra el objetivo emblemático a mediano plazo (capitalismo pleno) ni contra las medidas destinadas a alcanzarlo (políticas de modernización y campañas de industrialización) —sólo a largo plazo (nunca definido en su duración) se ubica el discurso de la revolución socialista y se establece una *diferencia específica*. La permanente denuncia contra la CEPAL, sin embargo, fue mantenida.

La segunda crítica vino del seno mismo de la Comisión. A partir de mediados del decenio de los 60 se hicieron de nuevo un conjunto de reflexiones en torno a las razones por las cuales el proceso de desarrollo, pese a elevadas tasas de crecimiento, no había logrado corregir distorsiones en el sistema productivo, ni distribuir el ingreso más equitativamente ni mejorar las condiciones de vida de las grandes

mayorías. El resultado fue la propuesta de un nuevo enfoque metodológico en el abordaje del subdesarrollo¹⁵. Cardoso y Faletto propusieron un «análisis integrado del desarrollo» (1969, 11 ss. y 17 ss.), donde se combina el estudio de los procesos de cambio social, a nivel económico, con el análisis de las transformaciones de la estructura de clases, sectores y grupos sociales y el estudio de las modificaciones en el seno del sistema de dominación. Aquí adquiere nuevo sentido la noción de *dependencia*, implícita en los análisis de la CEPAL, que remitía a la dependencia económica de la reproducción de las sociedades del sistema mundial. Para Cardoso y Faletto, la dependencia «alude directamente a las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político, mostrando las vinculaciones entre ambos, tanto en lo que se refiere al plano interno de los países como al externo», lo que equivale a decir que el énfasis en la dependencia «pretende poner de manifiesto ... que el modo de integración de las economías nacionales al mercado internacional supone formas definidas y distintas de interrelación de los grupos sociales de cada país, entre sí y con los grupos externos» (Cardoso/Faletto, 1969, 24 y 28).

Los partidarios de la noción de dependencia se escindieron a comienzos de los 70 en dos corrientes: la que se mantuvo a nivel del enfoque y la que pretendía estar estableciendo una «teoría de la dependencia» (Sonntag, 1988a, 66 ss). Sin entrar en los detalles de la controversia que se desató, puede decirse que ambas corrientes cuestionaron el concepto de la CEPAL sobre el desarrollo: lo veían más vinculado a la evolución del sistema mundial y expresaban dudas acerca de la posibilidad de un proceso de desarrollo en el sentido de un *continuum* entre lo «tradicional» y lo «moderno», de dirección lineal y ascendente. Además, no presentaron proposiciones estratégicas comunes sino que sostuvieron que cada sociedad debe recorrer su propio camino, condicionada por su herencia histórica y su ubicación en el sistema mundial¹⁶.

Éxitos y fracasos: el desarrollo en entredicho

Indudablemente, la aplicación de la estrategia de la CEPAL, más o menos fiel en los diferen-

tes países, cambió la fisonomía de América Latina y el Caribe. En los años 40 habían albergado sociedades predominantemente agrarias o mineras con economías monoproductoras, con sólo incipientes enclaves de industrialización (más significativos en los países de industrialización temprana). A finales de los sesenta, los sectores primarios estaban más desarrollados y eran menos dependientes de un solo producto, los sectores industriales habían crecido, se hallaban más diversificados y contaban con sectores terciarios ampliados, incluso más allá de lo necesario en atención al grado de industrialización. Durante las dos décadas habían conseguido tasas notorias de crecimiento económico, impulsadas por el desarrollo industrial, incluso a veces más altas que en los países desarrollados. Su inserción en el sistema mundial era menos desfavorable, en base a la diversificación y modernización del sector primario, lo cual había contribuido a su participación en el comercio internacional, por lo demás en rápida expansión, a un 12%, aproximadamente.

En este contexto cabe mencionar que las transformaciones del sistema mundial, operadas después de la Segunda Guerra Mundial, eran particularmente favorables para que la estrategia tuviera éxito. La salida de la Gran Crisis, con su momento culminante en los primeros años de los treinta, la propia Guerra y la renovación del capitalismo a nivel mundial hacían posibles los avances en la industrialización del Tercer Mundo, perfectamente compatibles con los intereses de los países del centro que tenían además el propósito de hacer menos atractiva la solución de los problemas del subdesarrollo por la vía del establecimiento de regímenes «socialistas», postura vista favorablemente por parte de las *intelligentsias* de muchos países, y no solamente de los recién descolonizados.

En lo social se habían experimentado cambios profundos. A través de un proceso de urbanización a veces violento se había invertido la relación entre población rural y urbana. La educación se había hecho masiva, incluso en los niveles secundario y universitario. Las políticas sociales asociadas a la estrategia de la CEPAL habían logrado relevantes avances en el estado de salud de las grandes mayorías, expresados en un decrecimiento de la mortalidad infantil, la disminución de las enfermeda-

des endémicas, el aumento de la expectativa de vida, etc. Los servicios públicos (agua potable, eliminación de aguas residuales, sistemas de comunicación, etc.) habían mejorado considerablemente.

La estructura de la estratificación social se había modificado. El peso del campesinado se había reducido y el del proletariado industrial, y en menor medida del agrario, había aumentado. Los sectores medios habían crecido y jugaban un papel importante en la vida política y social. La burguesía local se había expandido, asumiendo parcialmente el rol modernizador que, al igual que a los sectores medios, le asignaba la estrategia de desarrollo.

En lo sociocultural se habían transformado algunos valores, normas y patrones de conducta. Si bien persistía la *heterogeneidad estructural* (entendida como la coexistencia de formas antiguas de organización social del trabajo, valores heredados y modos de comportamiento típicos de épocas anteriores), se estaba en vías de lograr una mayor homogeneización. Particularmente los patrones de consumo de los sectores medios y de la burguesía, así como de los trabajadores del sector moderno, se habían transformado en típicamente capitalistas, con las variaciones de cada segmento de acuerdo a su respectivo poder adquisitivo.

En lo sociopolítico, los vaivenes del proceso de desarrollo no se habían traducido en una democratización generalizada de las sociedades de la región. En este sentido se hicieron notar varios elementos. Por un lado, hubo algunas sociedades cuyos sistemas políticos lograron un grado elevado de estabilidad democrática: Chile, Colombia, Costa Rica, México (con una democracia *sui generis*), Uruguay y Venezuela. Estas sociedades fueron también las que experimentaron procesos prolongados de crecimiento económico y de modernización e intentos más o menos decididos de construcción de instituciones políticas (especialmente Colombia, Costa Rica y Venezuela —Chile y Uruguay tenían una trayectoria democrática de más de medio siglo). En estos países fue posible constituir de un modo emblemático los *Estados de compromiso nacional-popular* (Portantiero), cuya presencia fuera percibida a la postre como un hecho indisolublemente atado al desarrollismo de la CEPAL.

Por otro lado, las dificultades propias del proceso de industrialización engendraron nue-

vos autoritarismos, empezando por Brasil en 1964, pasando por Perú y Panamá en 1968 y llegando a Ecuador a comienzos de los 70.

Tercero, persistían regímenes autoritarios de tipo patrimonial (Paraguay, Nicaragua, Haití; más disfrazados en El Salvador, Guatemala y Honduras), sociedades que vivieron el proceso de modernización de forma tardía. Y estaba el caso de Argentina donde el sistema político vivió, después del derrocamiento de la dictadura populista de Juan Domingo Perón en 1955, en una crisis política permanente que hacía a cada régimen establecido altamente vulnerable a los más ligeros cambios en la correlación de fuerzas sociales y en las alianzas.

En resumen, ésta ha sido la modernización del sistema político más oscilante e inestable, lo cual ha tenido fuertes repercusiones en la década de los 70.

Estos procesos de modernización, incluyendo la inestabilidad del sistema político, tuvieron lugar también en otras regiones del Tercer Mundo, aunque no siempre de forma tan notoria como en América Latina y el Caribe; incluso sociedades que buscaban vías propias de desarrollo (como algunas africanas y árabes después de la descolonización) marcharon por senderos similares. Parecía en aquel entonces, pese a los obstáculos y dificultades, que había posibilidades y potencialidades de un desarrollo a imagen y semejanza de los países y pueblos del centro, si bien con grandes esfuerzos colectivos¹⁷.

Ahora bien, ¿cuáles han sido los fracasos de la doctrina de la CEPAL, entendida —repetámoslo— como paradigma de otras teorías del desarrollo? Sin entrar en la discusión de los casos nacionales y de los fracasos que pueden ser debidos a una deficiente aplicación de las estrategias, cabe señalar algunos elementos que hacían la teoría potencialmente débil desde sus inicios y que fueron desvelándose en la medida en que el proceso avanzaba, no sólo para los pequeños círculos de intelectuales sino, sobre todo, a nivel de las conciencias y las prácticas colectivas, inaugurando así el lento declive de la influencia del desarrollismo sobre las representaciones e imaginaciones colectivas.

Un primer elemento se refiere a la falta de una definición clara del concepto mismo de desarrollo. Para la teoría de la CEPAL y estra-

tegas similares, lo que se buscaba era —como ya se apuntó— alcanzar a las sociedades occidentales desarrolladas, en cuanto a la construcción de sistemas productivos modernos, la autorregulación de las economías (si bien con intervención del Estado) y la satisfacción de las necesidades de los respectivos pueblos; aquí se nota la íntima vinculación del concepto de desarrollo con la noción de progreso («material») de los siglos XVIII y XIX. Muy poco espacio ocupaba la discusión en torno a si ello era posible y deseable: posible desde el punto de vista del lugar estructural de estos países en el sistema mundial (de división internacional del trabajo) y deseable en los parámetros de lo que eran las trayectorias históricas y las identidades socioculturales de los pueblos. De ahí que se apostara por una modernización sobre cuyo carácter, implicaciones y consecuencias se reflexionaba poco.

Muchos críticos compartían esta deficiencia, especialmente los marxistas ortodoxos que, siguiendo el modelo soviético, impulsaban esta modernización muchas veces en términos más forzados todavía (Menzel, 1992, 50), aunque con la utopía de la revolución socialista en mente. Los partidarios de la noción de dependencia, especialmente los del enfoque, tenían, en cambio, una aproximación mucho más cuidadosa en cuanto al carácter del desarrollo posible y deseable y por ende una visión más histórica del desarrollo, precisamente porque insistían en las particularidades de la relación entre los factores externos e internos en el sistema de dominación, la estructura de clases y el sistema de valores, normas y patrones de conducta en cada sociedad.

Un segundo elemento es el mecanicismo de la teoría. Efectivamente, en los escritos de la CEPAL del primer momento (Sonntag, 1988a), predominaban el economicismo y en consecuencia la creencia de que la modernización del sistema productivo iba a implicar una mayor movilidad social, la constitución de actores capaces de liderar el proceso de desarrollo y por lo tanto la democratización. Si bien esta creencia fue amortiguada en un segundo momento (a partir de la introducción de la teoría de la modernización en el cuerpo doctrinario de la CEPAL), seguía existiendo y ejerciendo considerable influencia. Pero fue desmentida por los hechos mismos: la modernización de las instituciones sociales y políticas,

por no hablar de los sistemas de valores y normas, quedó truncada y no alcanzó jamás la tan anhelada modernidad, cualquiera que fuera su definición.

El tercer elemento que implicaba la posibilidad de fracasos fue la tardía consideración por la teoría del desarrollo de la importancia de las innovaciones científico-tecnológicas en el proceso. De hecho, los que la diseñaron y los que la aplicaron aceptaban la tecnología de los países centrales y pensaban que el desarrollo se iba a dar en base a esta aceptación. Ello creó una dependencia (en el sentido análogo de la simple dependencia económica, arriba indicado) del modelo industrial del centro y cerró por largo tiempo la reflexión en torno a la necesidad de crear una base científico-tecnológica propia de los países del Tercer Mundo, aunque fuera solamente en términos de asimilación y adaptación creativas de las tecnologías importadas. Si bien se intentó, especialmente a finales de los sesenta, remediar esta falta, ya era muy tarde, pues ya estaba creado el círculo vicioso de la dependencia en este campo y se había acentuado el oligopolio científico-tecnológico de los países centrales en el sistema mundial, esto es: el *tecnonacionalismo*.

Pero la teoría fracasó también en sus propios postulados. Por un lado, la industrialización sustitutiva de las importaciones no llegó a cumplir, prácticamente en ninguna sociedad, las tres fases previstas en la estrategia, porque resultó imposible que cada una de ellas engendrara en lo fundamental las condiciones de «despegue» de la próxima: el paso de la primera a la segunda todavía se dio, a veces incluso con alguna «facilidad», pero el paso siguiente fracasó (Hirschman, 1968/1985, 100 ss.). Por el otro lado, la redistribución del ingreso, un objetivo fundamental desde las primeras formulaciones, nunca se logró. En América Latina y el Caribe, por ejemplo, se dio durante dos décadas un crecimiento económico rápido con una marcada desigualdad en la distribución del ingreso, bastante peor que en otras regiones del Tercer Mundo: en los 70 y 80, el ingreso *per capita* de la quinta parte de la población con mayores ingresos era, en 13 países del sureste asiático, 8,5 veces más elevado que el de la quinta parte con ingresos menores, mientras que en 14 países de América Latina lo era 16,7 veces (Menzel, 1992, 162 ss.). Ello llevó a

autores de la propia CEPAL a reconocer *el carácter concentrador y excluyente* del crecimiento económico (A. Pinto), al registrar las grandes diferencias entre los ingresos de los sectores privilegiados (incluyendo una parte de los medios) y los de los trabajadores, más especialmente de los marginados.

En quinto lugar, ha habido siempre una cierta ingenuidad en cuanto a la percepción del modo de funcionamiento del sistema mundial. Sea en sus primeros documentos, donde se insiste en la necesidad de atraer capitales extranjeros, o en los últimos trabajos relativos a la *transformación productiva con equidad* (CEPAL, 1990), donde afirma la necesidad de una nueva inserción del mundo subdesarrollado en el sistema «globalizado», haciendo gala de un voluntarismo con respecto al papel que juegan y que puedan jugar los países desarrollados: se supone implícita y a veces explícitamente que estos colaborarán, bien sea a través de inversiones o de ayuda al desarrollo, bien sea mediante la renuncia al proteccionismo, aceptando las importaciones provenientes de los países del Tercer Mundo. La realidad ha demostrado que ello no es así. Independientemente de la fase en la que se encontraba el sistema mundial (de reconstrucción en el decenio después de la Segunda Posguerra; de consolidación en los 60; de crisis en los 70 y 80; de transformación hoy en día), los países desarrollados «colaboran» con los subdesarrollados en la medida en que esta cooperación corresponda a sus intereses, lo cual vale incluso para la célebre «ayuda al desarrollo».

Uno de los síntomas de este hecho es el estrepitoso fracaso de los intentos promovidos por muchos países del Tercer Mundo y apoyados por organismos internacionales, en el decenio de los años setenta, de construir un *Nuevo Orden Económico Internacional* conjuntamente con los países del norte¹⁸, y la forma en que (las compañías transnacionales de) éstos países intervinieron, desde finales de la década de los años 70, en la industrialización, contribuyendo a su parcial desnacionalización.

Un sexto problema atañe a la cuestión de los actores sociales del desarrollo. Siguiendo a su objetivo emblemático, es decir, al capitalismo de los países centrales, la CEPAL había supuesto en su estrategia que el desarrollo tendría un carácter *nacional*, dicho de otro modo: que el Estado-nación iba a ser el principal

actor de este proceso, pese a que el diagnóstico reconocía el carácter mundial del sistema e incluía la primera formulación argumentada en torno a la problemática de *centro y periferia* (más allá de las «profesiones de fe» en el «imperialismo»). Ello suponía que los diferentes grupos, sectores y clases sociales supeditaran sus intereses particulares a los de la nación, independientemente de sus lugares diferenciados en las estructuras productiva, distributiva y de estratificación social, independientemente también de su lugar en la cultura del respectivo pueblo (alcanzada por las contradicciones entre *homogeneización geocultural* —como diría Wallerstein— y la afirmación de las *identidades culturales* propias, entre la posible identidad grupal o de clase, incluso de sector, y la identidad nacional, etc.), independientemente por fin de su lugar en el sistema de poder, esto es: de su capacidad de influir sobre las decisiones públicas. Se partía del principio de que todos los actores estaban *igualmente* interesados en el desarrollo ya que éste les iba a beneficiar a todos. De ahí que el desarrollo fuese percibido como *único* por todos los actores. La adhesión de los actores colectivos a la causa del desarrollo permaneció a lo largo de buena parte de los años 50 y 60: esto fue la «euforia del desarrollo».

Pero el propio proceso engendró transformaciones importantes en los diferentes actores: las burguesías locales, cada vez más atadas a las compañías transnacionales, empezaron a abandonar las coaliciones creadas; los sectores medios, en la medida en que la *fase fácil* del proceso se agotaba, buscaban más la satisfacción de sus propios intereses y el mantenimiento de sus privilegios, sobre todo en materia de consumo; en las clases trabajadoras se produjeron diferencias y polarizaciones consecutivas atendiendo a la diversificación del sistema productivo, especialmente respecto a la emergencia de lo que, a la postre, se llamaría *sector informal*. Adicionalmente, el corporativismo, tradicional y nuevo, de los actores dificultaba el mantenimiento de las prácticas colectivas compartidas en función del logro del desarrollo. Como si ello fuera poco el rol del Estado-nación experimentó, a partir del inicio de los 70, drásticas modificaciones, disminuyendo su capacidad de intervención en el proceso de desarrollo.

Hay una última cuestión que merece nuestro interés. El modelo de desarrollo había supuesto, como ya se señaló, que el sector primario-exportador iba a procurar las divisas para las importaciones de maquinaria y capacitación gestora necesarias en el proceso de industrialización. Sin embargo, la entrada de divisas por parte de dicho sector nunca fueron suficientes para satisfacer los deseos de los países de monedas fuertes, ni aumentaron significativamente las entradas de éstas provenientes de exportaciones no tradicionales. Recurrir entonces a la ayuda para el desarrollo (en los años 50), a los préstamos de organismos multilaterales (en los 60) y a la banca privada comercial (en los 70) para obtener divisas constituía una práctica necesaria. Se reforzó de esta manera un círculo vicioso de endeudamiento externo cuyas consecuencias pudieron mantenerse bajo control durante bastante tiempo hasta que explotaron a comienzos de los 80.

En fin, el estilo de desarrollo de los países industrializados, modelo casi universalmente aceptado durante los decenios de los 50, 60 y comienzos de los 70, que había inspirado las estrategias de la época, había puesto al descubierto sus numerosos fallos, llegando de esta forma a una situación límite en cuanto a sus capacidades movilizadora y orientadora.

El «desarrollo» en tiempos de crisis

A partir de los inicios del decenio de los 70, el sistema mundial entró en una de sus fases cíclicas de crisis que marca un prolongado período de transición (sin que nadie sepa a ciencia cierta hacia dónde se dirige). Al comienzo la crisis sólo fue percibida por los economistas, particularmente por los de tendencia marxista, y por algunos políticos con una visión más clarividente que la mayoría. Empezaban a preocuparse ante indicadores estadísticos de que las cosas habían dejado de marchar «sobre ruedas» o que éstas ya no trazaban un camino recto, y a inquietarse y a buscar los medios para «corregir la marcha» y recuperar la tasa de expansión conseguida durante los 20 años anteriores. Pero según avanzaba la crisis, «llegó a convertirse en tema de conversación cada vez más corriente»: «pocos son los que parecen dudar de que, en comparación con los

espléndidos años de la expansión económica mundial de las décadas de la posguerra —que muchos proclamaron como eterna—, hoy en día un gran número de personas vive peor que antes y, lo que es más importante aún, vive aterrorizada de que su futuro inmediato presagie todavía algo peor» (Amin et al, 1983, 9).

No es éste el lugar para discutir largamente las distintas manifestaciones de la crisis: entre muchas el lento descenso y la ulterior desaparición de la estabilidad del sistema monetario internacional; la baja de las tasas de crecimiento económico; el estancamiento de las inversiones productivas y el auge de la acumulación especulativa o «ficticia»; el aumento de las tasas de desempleo permanente; y la tendencia a invertir preferentemente en la sustitución de equipos y máquinas, en la racionalización de los procesos productivos y no en la expansión de la capacidad productiva. Agréguese el proceso de transformación del sistema productivo, en particular las formas de organización social del trabajo, como consecuencia de la incorporación de nuevas tecnologías (informática, biotecnología, nuevos materiales), lo cual ha llevado a muchos autores a hablar del fin del *fordismo* como modo de regulación y acumulación, así como la creciente transnacionalización o «globalización» del sistema mundial con un papel cada vez más destacado para las compañías transnacionales.

Nació y se intensificó una nueva competencia entre los tres grandes bloques económicos del sistema mundial: EE.UU. con Canadá; el Mercado Común Europeo; y Japón con los países de reciente industrialización (NIC) en el sureste asiático, en circunstancias en las que el comercio internacional fue concentrándose en el intercambio entre ellos. Si bien los «siete grandes» han intentado, desde 1977 en adelante, mediante conferencias anuales en la cumbre, concertar sus políticas económicas, combatir la crisis y equilibrar los flujos comerciales entre ellos, se presentaron y se presentan siempre graves diferencias que, a veces, llegan hasta el límite de «guerras comerciales». De modo que el sistema mundial que se presenta a comienzos de la década de los 90 difícilmente puede describirse como un «orden».

El período de transición es a su vez cíclico. En su marcha se siguen lapsos de expansión y otros de contracción. Pero lo significativo es que las tendencias señaladas (y otras que pu-

dieran agregarse) ya están en marcha desde hace más de 20 años y que no está claro (aún), ni a nivel económico ni a nivel político, hacia qué nuevas configuraciones del sistema mundial conducirán.

También han surgido en este período de transición otras preocupaciones como la ambiental, que agregaba aún más elementos a la incertidumbre y que se combinó con otras inquietudes. Desde el primer informe de la Organización No Gubernamental (ONG) más influyente del mundo: el Club de Roma, hasta hoy en día se ha venido ampliando y profundizando la conciencia acerca de que la actual forma de producción y distribución de bienes y servicios con su despilfarro de energía y de recursos naturales no renovables y la creación cada vez de problemas más graves en el equilibrio ecológico no puede seguir sin poner en peligro el futuro mismo de la humanidad. A esta preocupación se agregan las causadas por una taxa de desempleo que crece sin cesar¹⁹, la propagación de un sistema de valores basado en un individualismo a ultranza y el peligro inherente de un estado de anomia, es decir, de la virtual ausencia de un sistema de valores aceptado y compartido. El modelo de acumulación del capitalismo occidental (que también implica un modo de vida) está siendo cuestionado cada vez más en las dos últimas décadas. Curiosamente, este modelo aparece al final como el gran vencedor, puesto que el modelo que se le oponía (aunque ambos compartían la tendencia a preconizar la progresión en la misma vía, así como la fe en la razón técnico-instrumental) ha desaparecido.

Pero el sistema mundial ha confrontado todavía mayores cambios. Después de 1988, los países del bloque soviético vivieron «la revolución de terciopelo», desapareciendo en el este de Europa los regímenes sociales y políticos llamados socialistas; la Unión Soviética sucumbió a las contradicciones generadas por la combinación de una economía planificada centralmente, de un sistema político unipartista y autoritario y de una ideología petrificada y ritualizada. Las sociedades que emergieron de este derrumbe como Estados-nación independientes y los países del este de Europa buscan ahora nuevos modelos de convivencia, aunque se hayan orientado actualmente hacia la apertura total a la «economía de mercado».

Samir Amin ha resumido la situación en los siguientes términos:

«El sistema mundial está en crisis. Se trata de una crisis general del modelo de acumulación, en el sentido de que la mayoría de las formaciones sociales del este (ex-“socialistas”) y del sur (tercer y cuarto mundos) son incapaces de asegurar una reproducción ampliada e incluso una reproducción simple (éste es el caso del “cuarto mundo” africano). En el plano de las apariencias económicas, hay déficit de capital. En los centros desarrollados, la crisis de la acumulación asume la forma complementaria inversa, es decir, en términos económicos clásicos, la apariencia de un excedente en la oferta del ahorro sobre la demanda ocasionada por la inversión productiva. Este excedente se invierte entonces en una fuga hacia adelante en la especulación financiera, lo cual crea una situación sin precedentes.» (Amin, 1991, 6)

Ahora bien, ¿qué pasó en los países en vías de desarrollo en semejantes circunstancias?

Durante la década de los 70 comenzó el proceso de diferenciación y polarización de las diferentes regiones y los diferentes países del Tercer Mundo. En América Latina y el Caribe, la mayoría de las sociedades siguió su marcha, aunque en el segundo lustro bajaron considerablemente las tasas de crecimiento económico, por la desaceleración del proceso industrial. Las compañías transnacionales se inmiscuyeron más todavía en la industrialización, o bien asociándose con el capital local o estableciendo sus propias filiales. Se acentuó la marginación de buena parte de la población porque el sector industrial había agotado su capacidad de absorción de mano de obra, razón por la cual el sector terciario creció todavía más rápidamente, sobre todo en su aspecto informal. Las coaliciones en torno al objetivo y a las políticas de desarrollo se disolvieron privando de sus bases sociales a un número creciente de democracias de la región: Bolivia en 1971, Uruguay en 1973, Argentina en 1976, Honduras, Guatemala y El Salvador en esos mismos años, etc.²⁰. Adicionalmente, los Estados se endeudaron más y más porque la disponibilidad de divisas, por exportaciones tradicionales o no tradicionales, fue disminuyendo progresivamente y porque la banca privada internacional tuvo la «generosidad» de otorgar préstamos a los gobiernos (tanto dictato-

riales como democráticos) incluso en condiciones dudosas y para proyectos aleatorios, pues disponían de ingentes depósitos en dólares provenientes del primer aumento de los precios de exportación del petróleo a finales de 1973.

No obstante a pesar de las nubes oscuras que se avecinaban, no hubo una toma de conciencia generalizada, ni entre los líderes (militares y civiles) ni entre los partidos y movimientos sociales, de que el modelo de desarrollo estaba definitivamente en vías de agotarse y que había que buscar otro nuevo. Es más, se prestó muy poca atención a lo que estaba ocurriendo en Europa Occidental y EE.UU. con el modelo de acumulación, del cual era heredero directo el modelo de desarrollo. La «euforia del desarrollo» había desaparecido, las sociedades (que no estaban atadas por la camisa de fuerza de los autoritarismos) funcionaban más por inercia que por un proyecto legítimo compartido; bajo el efecto de las deficiencias materiales, la diferenciación y polarización se ejercieron también en el interior de las sociedades.

En otras partes del Tercer Mundo se observaron procesos de evolución análogos, pero incluso más dramáticos. Las sociedades del África Subsahariana fueron convirtiéndose en el Cuarto Mundo del que habla Samir Amin, careciendo cada vez más de una perspectiva de desarrollo, en circunstancias en las que el *Fondo Monetario Internacional (FMI)* obligaba a algunas de ellas a someterse al recetario que en adelante iba a tener una difusión cada vez más amplia. También en Asia, algunas sociedades perdieron su débil dinamismo económico y tomaron los mismos caminos de sus homólogos en África.

Sin embargo, un pequeño grupo de países logró alcanzar un rápido proceso de modernización capitalista. Fueron ellos los que a la postre se llamarían *los países de reciente industrialización (NIC)*, a saber, Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hongkong. Aprovechando su cercanía y vínculos especiales con Japón (y también con EE.UU.) y la disponibilidad de capitales locales (por un violento proceso de acumulación originaria, sobre todo en Corea y Taiwan, o por la previa acumulación de capital comercial, en los casos de Singapur y Hongkong) y extranjeros (japoneses y norteamericanos), orientaron la marcha de sus procesos de industrialización hacia afuera (el mercado

mundial), mediante la exportación de bienes industriales. Fueron ayudados en un primer momento por la estrategia de los países centrales de reubicación de la producción industrial, pero adquirieron en poco tiempo suficiente dinamismo como para mantener tasas elevadas de crecimiento económico y de participación en el comercio internacional. Los cambios se operaron, en todos los casos, gracias a los bajos salarios (en comparación con los de los países centrales), en condiciones políticas de autoritarismos más o menos rígidos (que garantizaban la disciplina de la fuerza de trabajo) y con la activa intervención de los Estados (al estilo del desarrollo japonés en el último cuarto del siglo XIX y los dos primeros decenios del presente)²¹.

Nadie sabría decir si la aparición de estos países cambia significativamente la división internacional del trabajo. De hecho, producen (y exportan) mercancías características de las industrias punta del período anterior de la evolución del capitalismo (textiles, automóviles, acero, productos electrónicos, etc.), mientras que los países centrales se concentran en las de la «nueva era»: biotecnología, microprocesadores, formas avanzadas de producción de energía. En vista de ello, muchos autores han expresado sus dudas acerca del posible desarrollo de estos países debido al fenómeno del intercambio desigual en el sistema mundial.

En todo caso, los éxitos de estos países hace que hayan sido presentados durante esos años e incluso hoy en día como «modelos» para las demás sociedades del Tercer Mundo, sin que se hagan las preguntas pertinentes, entre ellas:

- ¿Cuáles han sido las condiciones económicas, sociales y políticas internas del «despegue»?
- ¿Cuál fue el costo social del rápido desarrollo de la industria?
- ¿Se pueden repetir, en los actuales momentos, las mismas condiciones del sistema mundial que hacían posibles los «milagros»?
- ¿Es factible y, sobre todo, deseable una modernización material de esta naturaleza sin un desarrollo global? Dicho en otros términos: ¿han habido realmente mejoras sustanciales en las condiciones de vida (materiales e inmateriales) de las grandes mayorías?

La década de los 80, bautizada por el *Banco Mundial (BM)* como *la década perdida* para América Latina, acentuó todavía más los procesos antes reseñados. La crisis que venían sufriendo los países en vías de desarrollo se entrelazó, a partir de 1982, con la del endeudamiento externo (Sonntag, 1988b) y condujo a una marcada pérdida de dinamismo: entre 1981 y 1992, de la región latinoamericana y caribeña se transfirieron 287,2 mil millones de dólares por el «servicio de la deuda» a la banca privada de los países del centro mientras que la deuda crecía (de 367 mil millones de dólares en 1984 a 416 mil millones en 1989 y 451 mil millones en 1992, sin nuevos préstamos); el producto interno promedio del salario mínimo urbano cayó, si se toma como base 100 en 1980, a 78,4 en 1989 (CEPAL, 1989, 25, 19 y 21; CEPAL, 1992, 57 y 59). Datos similares existen para la gran mayoría de los demás países en vías de desarrollo.

La realidad que revelan estas cifras se refleja en las sociedades de múltiples maneras. En general, la pobreza se incrementó abarcando, según los países, del 50 al 75% de la población. Los ingresos de muchos hogares no alcanzan para sufragar las necesidades mínimas alimentarias. El desempleo urbano declarado aumentó, aunque paralelamente se haya estabilizado, el incremento notorio del mercado de trabajo informal, esto es: el espacio que ocupan los eufemísticamente llamados «trabajadores por cuenta propia», que alberga entre un 40 y 50% de la fuerza de trabajo. Para muchos trabajadores del sector moderno, la caída del salario real ha significado la búsqueda de otro empleo en el sector informal y la necesidad de que los cónyuges e hijos deban contribuir también al ingreso del hogar, experiencia compartida por todos los que se vieron empujados hacia la informalidad. Grandes segmentos de los sectores medios también se han empobrecido. Los problemas sociales se han agravado una vez más: los índices de salud, educación, vivienda y acceso a los servicios urbanos mínimos muestran un deterioro que, en muchos países, resulta alarmante.

Las políticas sociales de los Estados sufren reducciones presupuestarias a veces considerables, aunque frecuentemente escondidas por las estadísticas oficiales. En especial, la eliminación de subsidios directos ha afectado a amplios grupos sociales.

El sector privado local ha experimentado un cambio significativo, puesto en marcha desde hace tiempo. Una gran parte de las burguesías otrora nacionales se ha aliado definitivamente con el capital internacional, especialmente con sus segmentos financieros y especulativos. En la mayoría de los países ha habido una permanente fuga de capitales hacia los países centrales, en la cual han participado políticos y burócratas contaminados por un mal endémico de Estados del Tercer Mundo (y no sólo de él): la corrupción. La burguesía productiva, en especial las pequeñas y medianas empresas tropiezan con serias dificultades pues el consumo privado se ha reducido.

Se sabe cómo, en semejante situación, las *políticas de ajuste* recomendadas por el FMI y el BM y adoptadas por numerosos gobiernos han significado un agravamiento de la crisis, particularmente en su aspecto social, a pesar de las políticas sociales compensatorias y otras medidas de urgencia adoptadas.

En semejantes condiciones, los pueblos del Tercer Mundo no ven qué perspectivas de desarrollo se les puede ofrecer. Numerosas sociedades sufren procesos de desintegración interna, la diferenciación y la polarización implican una fragmentación creciente y la pérdida de cohesión social, el peligro de un nuevo «apartheid social» (Sonntag, 1988b) se encuentra latente, la construcción de nuevas solidaridades en torno al objetivo del desarrollo se hace casi imposible. Rebeliones populares contra las condiciones cada vez más precarias de vida se suceden con frecuencia en diferentes partes del Tercer Mundo. Ello ocurre a pesar de que se han dado, en muchas sociedades, procesos de re-democratización y, en otras, intentos de profundización de la democracia, no solamente en América Latina y el Caribe sino también en África y Asia. La «euforia de la democracia» sustituyó durante poco tiempo a la del desarrollo, pero está perdiendo rápidamente fuerza y consistencia, lo cual no excluye la posibilidad de aparición de nuevos autoritarismos.

En el sistema mundial, también se han acentuado y profundizado, por un lado, la competencia entre los tres grandes bloques y, por el otro, la diferenciación y polarización entre los países en vías de desarrollo, sólo que el número de candidatos a integrar el Cuarto Mundo ha aumentado. Un síntoma del primer

hecho es la concentración creciente del comercio internacional en el intercambio entre EE.UU./Canadá, Japón/NIC y Comunidad Económica Europea, con la subsiguiente pérdida de las posiciones antes mantenidas por el Tercer Mundo. Y una manifestación del segundo es que el abismo entre periferia y semi-periferia, entre los países que habían logrado algún grado de desarrollo capitalista y los que «fracasaron», asume formas casi tan dramáticas como las que existían, hace más de 35 años, entre los países centrales y los periféricos.

A estos graves problemas se agrega uno de carácter teórico e ideológico. Como se señaló antes el modelo de acumulación está siendo fuertemente cuestionado en los países centrales (incluso ante su «victoria» sobre su rival: el modelo soviético), en base a su ya larga crisis y a su incapacidad de garantizar sin problemas la continuidad de la propia evolución del capitalismo. Como es el padre del modelo de desarrollo vigente y eficaz durante los 50, 60 e inicios de los 70, aunque venido a menos en los años restantes del decenio de los 70, este último ha perdido definitivamente su capacidad movilizadora y orientadora. Es más, el colapso del bloque soviético, entre otros factores internos, ha implicado la destrucción, a nivel de conciencia colectiva, de la posibilidad de una alternativa, intentada algunas veces en África y Asia y menos en América Latina (con la excepción de Cuba) y por ello visualizada como tal.

Podría decirse que, actualmente, no hay un concepto de desarrollo, ni como objetivo emblemático ni como estrategia ni como conjunto de políticas, que pueda reclamar validez y vigencia, salvo el que está presentando «la utopía (neo)liberal que resulta ser el viejo cuento según el cual hay que resistir para triunfar, desmentido hoy por la evolución del capitalismo como sistema mundial y el desarrollo moldeado según sus pautas en los países en vías de desarrollo» (Wallerstein, 1991b, 29 ss.).

Preguntas abiertas sobre la posibilidad del desarrollo

No es que durante ese largo período de crisis no se hayan formulado proposiciones estratégicas de desarrollo del centro y del relativo (y

absoluto) estancamiento y regresión de la periferia (con las excepciones anotadas). Como bien anota Menzel (1982, 165 ss.) ha habido varios intentos de elaborar diagnósticos y de presentar soluciones, por parte de organismos internacionales como el BM, la *Oficina Internacional del Trabajo (OIT)* y otras agencias de las Naciones Unidas (UNESCO en el campo de la educación, UNICEF en el área de los niños y la familia, FAO y OMS en cuanto a nutrición y salud). Un papel importante lo han jugado las estrategias que propusieron políticas de satisfacción de las necesidades básicas, de lucha contra la pobreza y de incentivos para el empleo moderno. Sin embargo, ninguna de las soluciones propuestas logró frenar los perniciosos procesos para el Tercer Mundo ni mucho menos reactivar un proceso global de desarrollo.

En todo caso, semejantes intentos tuvieron relevancia en el sentido de sentar las bases sobre las cuales debe reactivarse hoy en día la discusión en torno al desarrollo.

Una proposición difundida en los setenta y ochenta, uno de cuyos portavoces es Samir Amin (1974), ha sido la del *desacoplamiento* de los países del Tercer Mundo respecto del sistema mundial. Su contrapartida es la estrategia del *desarrollo autónomo o aut centrado*. El supuesto se deduce de la teoría de la dependencia: si la imbricación entre factores externos e internos (es decir, la dependencia) es la causa del subdesarrollo, un retiro completo o mayoritario de las economías del sistema de división internacional del trabajo permite su reestructuración, explotando sus propios recursos (por muy incompletos que sean), favoreciendo la creatividad del pueblo (en lugar de la imitación) y utilizando las propias tecnologías (tradicionales o autogeneradas). Esto presupone una transformación radical de las sociedades, especialmente la conquista del poder político excluyendo a los que se benefician de su incorporación al sistema. Esto exige la cooperación Sur-Sur, también llamada cooperación entre economías del Tercer Mundo.

El concepto de *autosuficiencia* colectiva es una importante derivación de este propósito, particularmente relevante en el debate para establecer los mecanismos necesarios para esa cooperación.

Ahora bien, una de las «estrategias de desarrollo» más ampliamente difundidas durante

los 80 ha sido la vuelta al economicismo de la «orientación para el crecimiento» (Menzel, 1991, 170). En efecto, los recetarios del FMI y en menor grado del BM (cuyas proposiciones siguen dando alguna importancia a la redistribución del ingreso y a la lucha contra la pobreza) plantean que los países en vías de desarrollo tienen que incorporarse plenamente al comercio internacional, a través de exportaciones no tradicionales y de la apertura de sus mercados a los bienes producidos en los países centrales y semiperiféricos, para lo cual deben establecer tasas de cambio «realistas», orientar sus economías internas hacia el mercado, proceder a una desreglamentación, aumentar la productividad, congelar los salarios y recortar los gastos de los Estados. Claro está que esta vuelta al neoclasicismo ha estado vinculada a la ofensiva ideológica del neoliberalismo de las épocas de Thatcher en Inglaterra y Reagan en EE.UU. y que ve el futuro de los países en vías de desarrollo como una «reproducción simple» de la imagen de los países del Norte. Tal ofensiva se intensificó en la medida en que el modelo soviético se resquebrajó. Pero, como bien dice Sachs, «la economía del *laissez-faire*, tal como está descrita en las obras de la Escuela de Chicago, no existe en este planeta, es una utopía en el sentido estricto de esta palabra» (Sachs, 1993, 1).

En este sentido, hay una serie de interrogantes que hacen que las proposiciones neoliberales sean de dudosa aplicabilidad. Una primera se refiere al sistema mundial. En las condiciones actuales, los mercados de bienes y servicios y también los de capital (este último con una creciente autonomía) son internacionalizados y altamente monopolizados, dominados por un grupo reducido de compañías transnacionales que operan bajo la protección de los gobiernos de sus países de origen. Igualmente, las tecnologías punta y de resultas las industrias basadas en ellas se concentran en los países industrializados. ¿Es posible que los países en vías de desarrollo puedan romper con este grave condicionamiento?

¿La «mano invisible» del mercado es realmente capaz de promover un proceso de desarrollo interno? La evolución histórica del capitalismo y su funcionamiento como sistema mundial muestran, por un lado, la «falacia» (Polanyi, 1977) que consiste en creer que el mercado fue o es realmente el mejor mecanis-

mo de distribución de recursos y, por el otro, que mercados verdaderamente competitivos son altamente disfuncionales para la tasa de ganancia y, en consecuencia, para la acumulación de capital (Wallerstein, 1990). Sin contar con los argumentos histórico-teóricos que se podrían presentar al respecto, la experiencia de los propios países desarrollados parece dar una respuesta negativa a la pregunta —aún independientemente de los graves problemas ambientales— sobre el desempleo y subempleo y la exclusión social que ha causado la economía de mercado supuesta, si bien no realmente irrestricta. Aunque las políticas económicas inspiradas por la teoría de Keynes no lograron superar la crisis, no es menos cierto que las políticas de inspiración neoliberal se han saldado con estrepitosos fracasos, Inglaterra después de la partida de M. Thatcher y los EE.UU. después del Presidente Reagan son dos claros ejemplos: el primer país se encuentra en una crisis muy profunda que lo hace acercarse a una posición semiperiférica en el sistema mundial y el segundo necesita, según sus nuevos líderes de la administración Clinton²², una total reorientación, con la activa intervención del Estado, con miras a devolver a la economía estadounidense el dinamismo de antaño.

El FMI insiste en que los graves problemas sociales de los países subdesarrollados se resolverán en la medida en que la aplicación del recetario logre éxitos en esta «nueva modernización». Esto parece altamente dudoso si se toma como parámetro lo ocurrido en los países desarrollados donde fueron practicadas las políticas neoliberales. Los índices de pobreza (relativa y absoluta), de distribución regresiva del ingreso, de desempleo y empleo informal son elocuentes al respecto, por no hablar de los problemas causados por el individualismo atomista implícito en este tipo de recetas y por la fragmentación interna de las sociedades que implica el peligro de la anomia.

La CEPAL (1990) ha presentado recientemente una propuesta que parece inscribirse en su vieja heterodoxia. Si bien acepta algunas de las estrategias de los neoliberales (orientación de las economías hacia la exportación de mercancías no tradicionales, disminución de la intervención del Estado en la economía, etc.), plantea la necesidad de que este proceso de desarrollo se de en circunstancias de equidad.

Para ello es imprescindible que surja un nuevo consenso entre los actores sociales para promover el desarrollo y que se redefinan las relaciones entre Estado y sociedad civil, sometiendo al primero a una reforma profunda (sobre todo en cuanto a su descentralización) y a la segunda a una movilización masiva.

Ante esta propuesta podrían formularse algunas de las observaciones críticas que se hicieron a la estrategia inicial de la Comisión: la ingenuidad con la que mira el funcionalismo del sistema mundial, la renuncia a una discusión acerca de si este desarrollo es posible y viable, la concepción relativamente mecanicista de la relación entre modernización económica, social y política, etc. Pero la pregunta clave es la de cómo se perfila la equidad y cómo alcanzarla. ¿Será posible volver a un concepto de *desarrollo integral*?

La noción de evolución histórica del sistema capitalista mundial y el concepto de desarrollo aplicado a sus zonas periféricas están, en estos momentos, en una importante encrucijada. Para los países del Norte es crucial el resto de su futura evolución: ¿será posible la reconstrucción ecológica de la economía cuya necesidad está a la vista, tal y como plantean los movimientos y partidos ecologistas y algunos socialdemócratas? ¿Será viable reformar las formas de convivencia, de modo tal que puedan enfrentarse al reto de las sociedades «de los dos tercios»? ¿Cómo han de construirse las nuevas formas de convivencia política, ante los numerosos problemas que afrontan las distintas formas de democracia representativa, en casi todas estas sociedades? ¿Se podrá construir una nueva ética que implique asumir compromisos solidarios con los débiles, los marginados, los viejos en sus propias sociedades? ¿Se extenderá esta ética hacia las sociedades en vías de desarrollo (cuya pertenencia a la universalidad moderna ha sido una de las constantes prédicas de Occidente)?

Una pista para tratar de responder a este tipo de preguntas nos la ofrece Wallerstein: «El sistema mundial se halla en plena mutación. Lo que vivimos no es la conjunción de fases descendentes de diversos ciclos y tendencias; 1989 es probablemente una puerta cerrada hacia el pasado. Tal vez hemos llegado al punto máximo de incertidumbre. El sistema mundial continuará funcionando desde luego, e incluso funcionando "bien". Pero precisa-

mente porque sigue funcionando como lo ha hecho durante 500 años, en la búsqueda de la acumulación incesante de capital, pronto no será capaz de funcionar de esta forma. El capitalismo histórico, como todos los sistemas históricos, muere por sus éxitos, no por sus fracasos» (Wallerstein, 1991a, 15). Esta incertidumbre se da ante el hecho de que las respuestas a las preguntas dependerán en gran medida de las decisiones que puedan tomar los diversos actores sociales en el futuro, ya que nadie ni nada garantiza que el mañana va a ser mejor porque es el mañana: la fe en el progreso se ha evaporado.

Los países de la ex-Unión Soviética y de su bloque han adoptado de momento la economía de mercado²³, con la creencia de que es una panacea para la solución de todos sus problemas. Es de suponer que este sea un período de transición y que, una vez confrontados con los problemas que este tipo de capitalismo crea, empezarán la búsqueda de nuevos caminos. También aquí reina la incertidumbre.

Los países del Tercer Mundo se enfrentan a diferentes situaciones, de acuerdo con las posiciones que ocupan dentro de la diferenciación y polarización. Antes que nada hay que recordar que «la interpenetración tripolar no margina a la periferia, tal y como lo pretende el discurso rápido y superficial de los economistas de moda. Los políticos —mucho más realistas— se encargan diariamente de desmentir esta conclusión: la Guerra del Golfo lo ilustra con claridad. Al concentrar las cuatro quintas partes de la población del globo, lo esencial de las reservas del ejército del trabajo, recursos mineros y naturales indispensables —según lo reconocen esos mismos políticos—, la periferia debe ser mantenida en el sistema y sometida a la lógica de la expansión del capitalismo, incluso polarizándola» (Amin, 1991, 4-5). Efectivamente, este aspecto es de fundamental importancia. Si no se presta la atención requerida es imposible mantener la distancia analítica (aunque no el compromiso ético) que el estudio científico de los procesos exige²⁴.

Para los países de África, Asia y el Caribe que han venido conformando el Cuarto Mundo, se tratará en los próximos años de entender que su proceso de desarrollo debe reposar ante todo en la acción a favor de sus masas, en el sentido de desplegar amplias políticas socia-

les, para que los efectos del hambre, la pobreza y las condiciones de vida miserables en general puedan ser por lo menos amortiguados.

En cuanto a los países que habían logrado, en los decenios precedentes, algún grado de desarrollo capitalista y por ende de industrialización, es indispensable que ellos mismos definan su propio concepto de desarrollo atendiendo al siguiente conjunto de preguntas (más o menos aplicables al conjunto de países en vías de desarrollo, incluidos los que nacieron del derrumbe de los sistemas verdaderamente socialistas):

- ¿Puede seguir siendo la célebre civilización industrial el objetivo emblemático de su propia evolución?
- En vista de la crisis de los valores sociales de Occidente, ¿no será, pues, necesario elaborar de nuevo sistemas de valores, de normas, comunicativos e interactivos que contribuyan a la liberación social e individual?
- ¿Cuáles son los mecanismos para lograr que el impacto de las nuevas tecnologías no conlleve otra «modernización» a imagen de la precedente (Ribeiro) sino una nueva creatividad (Furtado)?
- ¿Cómo pueden movilizarse los nuevos sujetos de la historia para desarrollar prácticas colectivas que impidan el reinado de la injusticia y de la alienación sociocultural? (Sonntag, 1988a, 150-151)?

Para los movimientos progresistas y heterodoxos de todos los países del Tercer Mundo llegará la hora (salvo que uno crea en la inevitabilidad de su sumisión definitiva a la lógica del capitalismo) de enfrentarse a las siguientes incógnitas:

- ¿Qué Estado y qué mercado para qué desarrollo?
- ¿Qué rol debe jugar el Estado para atender a las finalidades sociales del desarrollo, velando por la protección del entorno y la eficacia económica.
- ¿Cuál debe ser el modo selectivo de inserción de cada sociedad en la economía internacional para asegurar el adecuado equilibrio entre apertura y protección? (Sachs, 1993, 1-2).

En este largo proceso de transición –es bueno recordarlo siempre–, la humanidad no está condenada a sufrir los vaivenes del progreso, sino que es libre de escoger. Dicho de otro modo, depende enteramente de nosotros mismos que logremos superar los retos que nos aguardan.

Traducido del inglés

Notas

1. Lo cual, precisamente, se vio por aquel entonces como uno de los prerequisites de dicha paz.

2. Hasta en Marx estuvo presente esta visión, profundamente arraigada en el movimiento intelectual que acompañó al capitalismo desde los siglos XVI y XVII, si bien con un enfoque crítico que enfatizaba las contradicciones entre las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la inevitabilidad de que de ellas surgiera una nueva forma de ordenamiento social.

3. Transcurrido el tiempo reflejó su verdadero ámbito geográfico

también en su denominación, al llamarse *Comisión Económica para América Latina y el Caribe*.

4. Prebisch (1963) cuenta en un esbozo autobiográfico que, pese a tal reputación, había abandonado paulatinamente las posiciones de esa corriente a raíz de la experiencia vivida en Argentina después de la Gran Crisis, la cual le había inspirado a escribir algunos artículos sobre el sistema de centro-periferia (O. Rodríguez, 1980). Vivía por aquel entonces exiliado en Santiago de Chile, acérrimo enemigo del populismo militar del General Juan Domingo Perón.

5. Nótese que las experiencias fueron muy distintas: en el primer caso, el desarrollo capitalista fue una consecuencia directa de la expansión del sistema mundial, en el segundo del hecho de que el sistema mundial funcionaba deficientemente obligando a los países a desarrollarse desde y hacia adentro.

6. En lo que sigue uso ampliamente los textos secundarios ya señalados e igualmente los escritos de la época de la propia CEPAL (CEPAL, 1969).

7. Cabe recordar que la Unión Soviética también se proponía alcanzar este objetivo a través del «socialismo»; Wallerstein (1991b) llama la atención sobre «la predicción de Kruchev de que su país le saldría al paso a los Estados Unidos para el año 2.000» (ibid.). Por lo demás, vale la pena recordar y no olvidarse que «desarrollo con frecuencia significa ... simplemente "más". En este caso estamos haciendo una analogía ... fundada sobre una proyección lineal o por lo menos uniforme. Y, por supuesto, las proyecciones lineales van al infinito. Ahora bien, el infinito está lejos. Pero está ahí, y siempre es posible concebir un "plus", el "más" de algo. Claramente, esto resulta muy alentador como posibilidad social. Sea cual fuere nuestra posesión hoy, quizás podríamos tener un poco más mañana» (ibid.).

8. Esta parte de la estrategia es tal vez la más conocida de las proposiciones de la CEPAL y ha tenido una amplia repercusión en otras partes del Tercer Mundo.

9. Este término eufemístico para sustituir al de *planificación* fue usado, Prebisch *dixit*, ante los miedos de «infiltración comunista» que existían en círculos de EE.UU. (y tal vez en las clases dominantes de los países latinoamericanos y caribeños). Esta programación iba a ser indicativa para el sector privado y obligatoria para el sector público.

10. Es a partir de aquí que se puede hablar del *estructuralismo de la CEPAL*.

11. El hecho de que la *Alianza para el Progreso* bajo la presidencia de J.F. Kennedy en EE.UU. adoptara una visión similar a la de la CEPAL, remite a la capacidad de asimilación de sus creadores, quienes, como Walt W. Rostow (1960), nutrieron parcialmente sus planteamientos de los de los teóricos de la CEPAL.

12. A título de ejemplo dos acotaciones: Hans-Dieter Evers,

un sociólogo alemán especialista en Asia, señaló en una conversación reciente en Caracas/Venezuela que, en los sesenta y setenta, la teoría de la CEPAL era de obligatoria consideración y discusión en las universidades y oficinas de planificación de esa región: Raymond M. Lee (1992) muestra en el caso de Malasia cómo el paradigma de la CEPAL ha influido sobre las estrategias de desarrollo de ese país.

13. Se quiere significar con ello las sucesivas interpretaciones, de «izquierda» y de «derecha», que fueron impuestas en el curso de las luchas internas del partido comunista de la URSS hasta que Stalin lo dominó totalmente. En adelante, no habría sino una sola interpretación.

14. Cabe destacar que pensadores como J.C. Mariátegui, Sergio Bagú, Caio Prado Jr. y otros hicieron interpretaciones bastante menos esquemáticas y mucho más renovadoras, las cuales sin embargo nunca llegaron a cristalizarse en un proyecto sociopolítico de desarrollo o de lucha de fuerzas sociales significativas.

15. También en el marxismo hubo intentos parecidos de renovación de la visión del desarrollo (Córdova/H. Silva Michelena, 1967, para mencionar tan sólo uno), los cuales confluyeron después con el cuerpo teórico que expondré de inmediato.

16. Los representantes de la «teoría de la dependencia» sostenían incluso que un desarrollo de los países subdesarrollados no era posible sin romper con los moldes capitalistas de sus sociedades a través de una revolución socialista.

17. Cabe recordar aquí que, según las predicciones de los 60, los países subdesarrollados o «en vías de desarrollo» debían alcanzar a finales de siglo el *nivel* de vida y el estadio de

«modernidad» que en ese momento tenían los países desarrollados.

18. Señalemos que dichos intentos fueron apoyados, a través de sus discursos, por estadistas y políticos del Primer Mundo —recuérdese a la Comisión Brandt. Su informe parte de las suposiciones (a) que los intereses de los países del Norte coinciden con los del Sur y (b) que, si los líderes y estadistas del Norte muestran la voluntad política de imponer más justicia y equidad en el sistema mundial, las relaciones entre el Norte y el Sur podrán ser más armoniosas y mutuamente beneficiosas. Ambos supuestos pueden ser correctos, pero es altamente improbable que el funcionamiento del sistema mundial se rija por ellos.

19. Es en este contexto que ha nacido la fórmula de «las sociedades de los dos tercios»: las dos terceras partes de la población estarían participando de los beneficios de la modernidad mientras que la última parte viviría en permanente peligro de ser marginada.

20. Muy diferente es el caso de Chile: el golpe militar del 11 de septiembre de 1973 fue el resultado del intento del gobierno de la Unidad Popular bajo la presidencia de Salvador Allende, de enfrentarse a la crisis del modelo de desarrollo a través de la construcción pacífica de un modelo socialista-democrático, lo cual fue inadmisibles tanto para la burguesía local como para las transnacionales y el Departamento de Estado de EE.UU.

21. Otros países de la región, como Tailandia, Malasia e Indonesia, están intentando seguir los pasos de «los cuatro tigres», mas con considerables dificultades (cf. por ejemplo Lee, 1992, para el caso de Malasia).

22. Al parecer también por parte de los que han votado por el hoy

Presidente: sólo el 38%, aproximadamente, se expresó en favor de la continuidad de las políticas neoliberales con un nuevo mandato para Bush, mientras que los votos sumados para Clinton y Perrot querían un cambio sustancial en el manejo de la economía.

23. Por razones de espacio no puedo entrar en la discusión de los procesos políticos de estos países ni de su futuro lugar en el sistema inter-Estados.

24. No me ocuparé en este ensayo de problemas como la explosión demográfica, el

agotamiento de los recursos naturales no renovables, el armamentismo, etc., porque excedería con creces el marco de las reflexiones que me había propuesto y porque existe una amplia literatura sobre cada uno de esos aspectos conocida por los especialistas.

Referencias

AMIN, Samir. 1974. «Accumulation and Development: A Theoretical Model», en *Review of African Political Economy*, N.º 1.

AMIN, Samir et al (G. Arrighi, A.G. Frank, I. Wallerstein). 1983. *Dinámica de la crisis global*. México (Siglo XXI Ed.).

AMIN, Samir. 1991. *La nouvelle mondialisation capitaliste. L'Empire du chaos*. Dakar/Senegal (Third World Forum).

CARDOSO, Fernando Henrique. 1977. «La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea del desarrollo», en *Revista de la CEPAL*. Segundo Semestre.

CARDOSO, Fernando Henrique/Enzo Faletto. 1969. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México (Siglo XXI Ed.).

CEPAL. 1969. *El pensamiento de la CEPAL*. Santiago de Chile (Ed. Universitaria).

CEPAL. 1989. *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile (Naciones Unidas).

CEPAL. 1990. *Transformación productiva con equidad*. Santiago de Chile.

CEPAL. 1992. *Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile (Naciones Unidas).

CÓRDOVA, Armando/Héctor Silva Michelena. 1967. *Aspectos teóricos*

del subdesarrollo. Caracas (ed. Biblioteca UCV).

DE CASTRO, Josué. 1952. *Géopolitique de la Faim*. Paris (Economie et Humanisme. Les Éditions Ouvrières). El original se publicó en brasileño en 1948.

HIRSCHMAN, Albert O. 1985. *A Bias for Hope. Essays on Development and Latin America*. Boulder and London (Westview Press).

LEE, Raymond M. 1992. «Modernity, Anti-Modernity and Post-Modernity in Malaysia», en *International Sociology*. Vol. 7, N.º 2 (junio).

MENZEL, Ulrich. 1992. *Das Ende der Dritten Welt und das Scheitern der grossen Theorie*. Frankfurt (Suhrkamp Verl.).

MORENO COLMENARES, José. 1971. *CEPAL: reformismo e imperialismo*. Caracas (Ediciones Bárbara).

POLANYI, Karl. 1977. «The Economistic Fallacy», en *Review*. Vol. 1, N.º 1 (verano).

PREBISCH, Raúl. 1963. *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*. México (Fondo de Cultura Económica).

RODRÍGUEZ, Octavio. 1980. *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. México (Siglo XXI Ed.).

ROSTOW, Walt Whitman. 1960. *The Stages of Economic Growth*. Cambridge/Mass. (MIT Press).

SACHS, Ignacy. 1993. *The Challenges Facing the Countries*

in Transition and the Experience of Late Peripheral Capitalism. Paris (Maison des Sciences de l'Homme, mimeo).

SONNTAG, Heinz R. 1988a. *Duda-certeza-crisis: La evolución de las ciencias sociales de América Latina*. Caracas (Ed. Nueva Sociedad-UNESCO; 2a. edición en 1989).

SONNTAG, Heinz R. 1988b. «Las consecuencias sociales y políticas de la deuda: ¿Hacia un nuevo "apartheid"»?», en *Capítulos SELA*. N.º 19.

SONNTAG, Heinz R./Lourdes Yero. 1992. *Procesos sociales en marcha: la nueva utopía necesaria*. Caracas (Ed. Nueva Sociedad - UNESCO).

WALLERSTEIN, Immanuel. 1990. «Capitalist markets: Theory and Reality», paper for the *Xth International Congress of Economic History*. Leuven (mimeographed).

WALLERSTEIN, Immanuel. 1991a. *Geopolitics and Geoculture: Essays on the changing World-System*. Cambridge/Paris (Cambridge University Press/Ed. Maison des Sciences de l'Homme).

WALLERSTEIN, Immanuel. 1991b. «Desarrollo: ¿cinosura o ilusión?», en *Estudios del Desarrollo*. Vol. 1.

WEBER, Max. 1964. *Wirtschaft und Gesellschaft*. 2 tomos, Colonia-Berlín (Kiepenheuer & Witsch).

Los sistemas africanos de bienestar social, una mirada en perspectiva

Olayiwola Erinsho

En las obras clásicas de la teoría sociológica abundan construcciones tipológicas aplicables a las sociedades humanas. Los primeros teóricos sociales consideraban que las sociedades humanas evolucionaban de lo sencillo a lo complejo, del *gemeinschaft* al *gesellschaft*¹ y de un estado de solidaridad mecánica a uno de solidaridad orgánica². Lo característico de estas construcciones tipológicas es que, en alguna medida, sientan una base para comprender la evolución de los sistemas de bienestar social³ en todas las sociedades humanas.

El tipo de protección que una sociedad ofrece a sus miembros más débiles y necesitados depende del grado de desarrollo alcanzado. Por ello, los sistemas llamados de bienestar social o seguridad social básicamente siguen las tendencias del desarrollo social. Cuando la sociedad humana se encontraba en una etapa rudimentaria de su desarrollo, como en las épocas clásica y medieval en Europa o en África precolonial y colonial, la familia ampliada y la comunidad en su conjunto, a través de las formas de intercambio, se ocupaban del bienestar de los más pobres y de los que no podían ganarse su propio sustento. Por lo tanto, las sociedades tradicionales siempre han encontrado un medio de ocuparse de sus miembros menos afortunados y menos dotados a través de las formas redistributivas de intercambio⁴.

Olayiwola Erinsho estudió Sociología en las Universidades de Ibadán y de Toronto, especializándose en Sociología de la Salud. Ha sido Decano Fundador de la Escuela de Ciencias Sociales y de la Administración de la Universidad Estatal de Ogun y Presidente del Consejo de Ciencias Sociales de Nigeria. Actualmente es Profesor y Jefe del Departamento de Sociología en la Universidad Estatal de Ogun, PMB 2002, Ago-Iwoye, Nigeria.

El ámbito y el alcance del bienestar social suelen ajustarse a las modalidades del desarrollo socioeconómico del país de que se trate. Además de esta relación con las pautas de cambio económico, los sistemas de seguridad social son especialmente sensibles a los cambios sociodemográficos tanto si se trata de una variación en la estructura del empleo o de la modificación de la pirámide de las edades en la población. La tendencia más clara consiste en que el ámbito y el alcance de los sistemas de bienestar crecen a medida que la economía se desarrolla y que los países más industrializados y más desarrollados cuentan generalmente con programas de bienestar social más completos que los países en vías de desarrollo⁵.

El ámbito de un sistema de bienestar social típico de un país muy desarrollado⁶ comprende los riesgos físicos y los riesgos macro y microeconómicos. Entre los primeros se cuentan la vejez, la invalidez, la enfermedad, los accidentes y la muerte. El desempleo queda incluido en el riesgo macroeconómico y las cargas familiares constituyen el riesgo microeconómico. Estos riesgos sirven de base para la elaboración de distintos programas de bienestar social. Para el caso de riesgo físico existen en la mayoría de los países del mundo, en diverso grado, programas de vejez, invalidez, viudez o indemnización por accidentes de trabajo, así como programas de seguro médico y

de enfermedad. Para el caso de riesgos económicos existen también programas de prestaciones familiares y de asistencia pública, si bien éstos, como se indicará en el curso del presente artículo, son menores y están menos presentes en el mundo, especialmente en los países en vías de desarrollo.

En el presente artículo figura un panorama general de los sistemas de bienestar social en África, en que se indican los diversos estratos de los sistemas, sus objetivos, sus logros y sus deficiencias.

Evolución de los sistemas de bienestar social en África

La evolución de los sistemas de bienestar social en África es, en cierta medida, similar a la que tuvo lugar en Europa hace varios siglos. Tras los cambios ocurridos en los medios y las formas de producción, así como en la organización política, el bienestar social, que tradicionalmente estaba a cargo de la red familiar, quedó luego a cargo de otros agentes o fue complementado por éstos. Mientras en Europa⁷ las órdenes religiosas, las fraternidades, los gremios y otras entidades, por ejemplo, se encargaban de los más débiles y necesitados durante las épocas clásica y medieval, en África⁸ ciertas asociaciones étnicas y de voluntarios empezaron a desempeñar esa función central en las ciudades a partir de la época colonial.

Las potencias coloniales, sin embargo, empezaron a ampliar sus programas de bienestar social a los territorios de ultramar durante la era colonial. Esos programas obedecían inicialmente al propósito de atender a los trabajadores europeos en las colonias. Los programas de bienestar estaban restringidos a esos trabajadores y a los funcionarios del Estado, en gran medida por el hecho de que vivían en el extranjero sin contar con los beneficios del sistema autóctono de apoyo cultural que tenía entonces la población local⁹.

Posteriormente, los programas de bienestar social se ampliaron para abarcar a la población autóctona, muy particularmente a los trabajadores africanos que trabajaban en las ciudades a los cuales la industrialización había sacado de su entorno natural y que se encontraban totalmente desprotegidos ante los riesgos de la vida¹⁰. La iniciativa de ampliar esas

medidas a la población africana obedecía a la necesidad de estabilizar la mano de obra autóctona de que disponían las autoridades coloniales y, también se debía en parte a la lucha de los sindicatos que, en la época colonial, «procuraban la igualdad de derechos con los trabajadores del país colonizador, que eran a la sazón los únicos comprendidos en el sistema de seguridad social»¹¹.

El ámbito y el alcance del bienestar social se ampliaron en el decenio de 1960, cuando una gran mayoría de países africanos alcanzó la independencia. Ello ocurrió no sólo porque la promesa de un sistema generalizado de bienestar social constituía uno de los principales medios de movilización para la descolonización, legitimando, además, la base misma del Estado poscolonial, sino también porque las burocracias de los nuevos Estados crecieron de forma impresionante, multiplicándose el número de asalariados que necesitaban directamente bienestar social de una u otra forma¹². El bienestar social en África cobró tal impulso que la Organización Internacional del Trabajo señaló, en su informe de 1977, que «en los 20 últimos años, el avance de la seguridad social en muchos países africanos ha sido notable y, a menudo, impresionante. En algunos casos, sin embargo, este espíritu indudablemente vigoroso ha arrojado algunos resultados poco equilibrados»¹³. En el Estudio mundial de los programas de bienestar social realizado por las Naciones Unidas entre 1968 y 1988 quedó confirmada también esta tendencia en África¹⁴. Sin embargo, a pesar de los logros que habían alcanzado, los programas de bienestar social en ese continente se hallan lejos de responder a la demanda. Los programas de bienestar social para los necesitados en África siguen siendo un complemento insuficiente de las formas tradicionales de apoyo que, a pesar de la industrialización y la urbanización, siguen predominando. Es fácil llegar a comprender esto si se tiene en cuenta la hipótesis básica del presente artículo, en el sentido de que la naturaleza y el ámbito de los programas de bienestar social en una sociedad dependen de su etapa de desarrollo.

Cabe señalar en general que los sistemas de bienestar social en África reflejan en cierta medida los antecedentes históricos del grado de desarrollo socioeconómico de los Estados a que pertenecen. Estos programas, además, tie-



Enfermera controlando la salud de un bebé. Nigeria 1985. Las autoridades sanitarias del país han hecho esfuerzos para reorientar sus programas de formación y acercar a las enfermeras a las realidades cotidianas de las comunidades.

nen un ámbito y un alcance indudablemente limitados en comparación con los que se ofrecen en las sociedades desarrolladas de Europa y América. Tampoco es posible en un artículo tan breve como éste proceder a un completo análisis de la seguridad social en todo el continente africano, pero en todo caso sería útil dar un vistazo general a las tendencias refiriéndonos, también, al caso de algunos países de los que existen datos precisos.

El ámbito y el alcance de los sistemas de bienestar social en África

El ámbito y el alcance de los programas de bienestar social pueden evaluarse sin dificultades en el contexto de la estructura social de

África. Algunos observadores, como los de la OIT, han sugerido que, en cierto sentido, en cada uno de los países de África había dos subgrupos principales, los que disponían de empleo temporal y los que disponían de empleo permanente (o estable). Esta clasificación, evidentemente sencilla, no permite en absoluto realizar una evaluación seria de la amplitud que presenta la cobertura social en África. En todo caso, antes de seguir hablando de ello es preciso señalar a la atención del lector el hecho de que, si bien los países independientes de África han profesado diversas ideologías desde que alcanzaran la independencia, ello no ha modificado necesariamente el alcance, la orientación y el ámbito de los programas de bienestar social y la situación sigue siendo básicamente la misma en todo el continente.

En el Cuadro 1 se presenta una clasificación más detallada de las estructuras sociales de África señalando dos sectores generales, el estructurado y el no estructurado. El primero está subdividido entre quienes tienen empleo temporal o permanente en los subsectores público o privado de la economía mientras que el sector no estructurado, que es privado, consiste básicamente en una vasta proporción de artesanos que trabajan por cuenta propia, trabajadores agrícolas o pequeñas empresas a menudo no declaradas. El cuadro incluye ejemplos de cada uno de los tres subsectores. Así, pues, prácticamente en casi la totalidad de los Estados africanos independientes, la estructura social se caracteriza por la presencia, por un lado, de un sector informal, poco reglamentado y, por el otro, de un sector público fuerte, organizado y muy reglamentado. El sector no estructurado de la economía es el de mayor volumen, seguido por el sector público estructurado y por el sector privado estructurado, representados por el número de cruces que figuran en el cuadro. En todo caso, en orden de importancia, es el sector estructurado quien despierta el mayor interés.

Una rápida mirada al cuadro indica que el conjunto de planes de seguridad social en África está limitado al sector estructurado y los principales beneficiarios son los que tienen empleo permanente en los subsectores público o privado. Los principales aspectos de la seguridad social de que disponen estos trabajadores incluyen prestaciones de maternidad en efectivo, pensión de jubilación, indemnización por accidentes del trabajo, seguro médico y enfermedad. Los programas de invalidez y viudez forman parte de los planes de pensión para la vejez mientras que las prestaciones familiares y la asistencia pública no existen en varios países de África, salvo como parte de las prestaciones a que tienen derecho los trabajadores con arreglo al Fondo Nacional de Beneficencia. En muy pocos países existe una prestación de desempleo basada en un sistema de seguros.

Otro ámbito que merece algunas observaciones es el del seguro médico y de enfermedad. En primer lugar, en pocos países de África (Nigeria, Tanzania, Ghana y regiones de África del Norte) existe la posibilidad de indemnizar al trabajador que deja de percibir ingresos en razón de una enfermedad. En se-

gundo lugar, sólo se garantiza atención médica a empleados de los sectores público o privado que tengan trabajo permanente y a sus personas a cargo, a diferencia de la vasta proporción de trabajadores en el sector no estructurado que nunca tienen este tipo de atención. En todo caso, a fin de salvaguardar la salud de éstos, tras la Declaración de Alma Ata de 1978, los países africanos han tratado de promover la atención preventiva a través de los programas de atención de salud primaria. Si bien los países de África han alcanzado notables resultados en cuanto al suministro de servicios de salud por conducto de esta estrategia, el hambre generalizada, los conflictos, la violencia y el programa de ajuste estructural patrocinado por el FMI, que se está poniendo en práctica en el continente, redundan ahora en desmedro de los positivos resultados obtenidos con los programas de atención primaria de la salud. No sólo se ha registrado un marcado deterioro del estado de salud de muchos africanos sino que, además, quienes deberían beneficiarse de programas de atención primaria se encuentran ahora expuestos a graves peligros para su salud.

Pasando revista a los países de los cuales es posible citar ejemplos concretos, encontramos que Zimbabwe representa a los países en vías de desarrollo que tienen un sistema de seguridad social de ámbito y alcance limitados. Antes de 1976, la única forma de pensión de vejez que se pagaba en el país consistía en una pensión sin aportaciones que el gobierno colonial de Rhodesia pagaba a los no africanos mayores de 60 años de edad. El programa, en lugar de ser ampliado a la población autóctona cuando el país alcanzó la independencia en 1980, fue suprimido en abril de ese año con la salvedad de que los extranjeros y los nacionales de origen no africano, que ya cobraban prestaciones con arreglo a él, seguirían percibiéndolas¹⁵. La otra forma de pensión de vejez es la Occupational Pension Scheme destinada a los trabajadores viejos e implantada en 1976. Tanto empleados como empresarios aportan fondos para este plan a razón del 5 y el 7%, respectivamente, de la remuneración mensual del trabajador. El gobierno no aporta contribuciones complementarias. Las prestaciones se calculan sobre la base de la contribución, incluidos los intereses devengados en el período de aportación. Sin embargo, los traba-

CUADRO 1. Ambito y alcance de los sistemas de Seguridad Social en África

	Número de países donde se aplica la medida considerada	Sector estructurado				Sector no estructurado
		Temporal		Permanente		Pequeñas empresas no declaradas, trabajadores independientes, obreros agrícolas, etc.
		Sector público, sobre todo función pública y empleos parapúblicos, etc.	Sector privado, especialmente sociedades multinacionales, sociedades anónimas, etc.	Sector público, sobre todo, función pública y empleos parapúblicos, etc.	Sector privado, sobre todo, sociedades multinacionales, sociedades anónimas, etc.	
1. Volumen de la población	Todos los países	++	++	+++	+++	++++
2. Prestaciones de la Seguridad Social	30 países por lo menos	?	?	-	-	Ninguno
(a) Prestaciones por maternidad						
(b) Indemnización por accidentes de trabajo	-	-	-	:	-	Ninguno
(c) Pensión de vejez, invalidez y viudedad	40 países por lo menos					
Planes de jubilación obligatoria sin aportaciones		Ninguno	Ninguno	-	-	Ninguno
Planes privados		Ninguno	?	Ninguno	-	Ninguno
(d) Prestaciones familiares	Más de la mitad de los países de África	?	?	-	-	Ninguno
(e) Seguro de enfermedad	Varios países	?	?	-	-	Ninguno
(f) Seguro de desempleo	Menos de 10 países	Ninguno	Ninguno	Ninguno	?	Ninguno

*Significa que las prestaciones existen sólo en ciertos países.

jadores que cambian de empleo pueden perder gran parte de sus prestaciones, ya que se aplica el principio de no transferibilidad. Quienes cambian de trabajo se exponen a ver recortada su pensión en virtud del principio de no transferencia de los derechos adquiridos. Los jubilados que se hallan en esta situación perciben por regla general un capital correspondiente a la suma de sus propias cotizaciones, perdiendo así el beneficio de las de sus empresarios que les habría correspondido si hubieran seguido trabajando en el lugar.

Las pensiones de invalidez y viudez en Zimbabwe quedan comprendidas en el sistema de indemnización por accidentes de traba-

jo y por las víctimas de guerra. En el caso de la indemnización por accidentes de trabajo, quedan incluidos los trabajadores (con la salvedad de los domésticos y los jornaleros) que sufren heridas o incapacidad permanente como consecuencia de accidentes o enfermedad laboral. En caso de fallecimiento, las personas a cargo del trabajador perciben también una indemnización. Los fondos para el plan son aportados exclusivamente por los empresarios y quedan comprendidos los trabajadores cuyo ingreso mensual no excede de 1.333,33 dólares. Las prestaciones tienen un total máximo de 2.000 dólares para cubrir los gastos médicos, el 75% de la última remuneración en caso de incapa-

cidad permanente y el 12% y el 5% de las prestaciones pasan, respectivamente, al primero y a cada uno de los cinco hijos menores del trabajador. El costo del funeral está cubierto hasta un máximo de 800 dólares y el viudo o la viuda a cargo perciben las dos terceras partes de la suma que habría percibido el trabajador si hubiese sufrido una incapacidad absoluta¹⁶.

En Zimbabwé, además de la indemnización por accidente de trabajo, existe la Ley de 1980 sobre indemnización a las víctimas de guerra, donde quedan comprendidos quienes sufrieron lesiones o perdieron el sostén de la familia durante la guerra que precedió a la independencia en 1980. El plan está financiado enteramente por el Estado. Las prestaciones fluctúan entre el 50% y el 90% de los ingresos que percibían antes de la lesión quienes no pueden trabajar en razón de las heridas de guerra, y entre un 30 y un 45% de los ingresos que percibían antes de la lesión quienes pueden aún obtener empleo. Para el viudo o la viuda a cargo, la prestación consiste generalmente en una pensión del 60% de los ingresos que percibía el difunto inmediatamente antes de su muerte.

Aparte de Zimbabwé, otros 41 países de África habían prolongado en 1977 leyes relativas a la pensión de vejez. Según el informe de la OIT¹⁷ antes citado, el plan «se limita a los asalariados o a ciertas categorías de ellos, pero de todas maneras deja sin protección alguna a la gran mayoría de la población». Por lo general, las contribuciones al plan son aportadas por empleados y empresarios, y el Estado no aporta contribución alguna. El período de antigüedad para tener derecho a las prestaciones es de ocho años en Liberia, 10 en Túnez y Argelia y 15 en Egipto y Burkina Faso. En Benin, Mauritania, Togo y otros países, se incluyen también «20 años de afiliación a la Caja y 60 meses de contribuciones en los 10 últimos años». El plan abarca a las jubilaciones voluntarias y obligatorias. Existen por lo general ciertas edades a partir de las cuales el jubilado puede empezar a recibir prestaciones en el caso de la jubilación voluntaria mientras que, en el de la jubilación obligatoria, la edad fluctúa entre 55 y 65 años. Las prestaciones se calculan normalmente sobre la base del promedio de los salarios percibidos antes de la jubilación y del número de años de afiliación.

En 36 de 40 países de África existen planes de invalidez y viudedad. En su mayoría guardan relación con el plan de pensiones de vejez y las características son básicamente las mismas. Según el informe de la OIT:

«Al igual que en el caso de las pensiones de vejez, las prestaciones están subordinadas por lo general al pago previo de aportaciones al plan, a menos que la invalidez haya sido causada por un accidente, en cuyo caso el período es mucho más breve. Salvo en los ocho países que han implantado un fondo nacional de beneficencia, los beneficiarios perciben prestaciones periódicas, generalmente una proporción del salario percibido, que a veces incluye un suplemento cuando el inválido necesita la asistencia de un tercero.»¹⁸

En lo relativo a los sobrevivientes:

«En el caso de cónyuges con hijos a su cargo, en 30 países se paga al cónyuge superviviente (y a la única viuda) y en 29 países a los huérfanos, prestaciones periódicas, que se calculan generalmente sobre la base de la pensión a que tenía derecho o a que habría podido tener derecho el difunto. En otros países, los supervivientes perciben una suma elevada.»¹⁹

Como resultado de estas observaciones se destaca que aún no se ha implantado en varios países de África un sistema completo de seguridad social que abarque a todos los ciudadanos en el marco de los sectores y subsectores estructurados y no estructurados de la economía. Una de las principales causas de ello consiste en la etapa de desarrollo alcanzada por esos países. Si bien quienes tienen empleo permanente están protegidos por el sistema, por lo general no lo están los que trabajan en el sector no estructurado, de los cuales se ocupan las asociaciones étnicas y las redes de la familia ampliada.

Aspectos positivos y negativos

Al evaluar los aspectos positivos y negativos de los sistemas de seguridad social en África, hay que tener en cuenta su ámbito y alcance, si



Peluquero ambulante y vendedores en el mercado, Dakar 1986. ¿Qué seguridad social tienen ante la enfermedad, los accidentes y la vejez?. François Perri/Cosmos.

favorecen la justicia social y si han servido o no para mitigar la pobreza de las masas.

No cabe duda de que los países africanos han avanzado mucho desde que las autoridades coloniales implantaron por primera vez sistemas de bienestar social. El rápido proceso de modernización en África trae consigo una notable transición de un sistema de seguridad social, cuyo fundamento básico era la red de la familia ampliada, a un sistema organizado y patrocinado por el Estado. Si bien no faltan quienes se lamentan de la función cada vez menor que cabe a la familia ampliada en esas sociedades, es evidente que la familia africana ya no puede atender las necesidades de los débiles y los necesitados en el contexto de una economía en proceso de modernización. Así, pues, uno de los principales logros de los sistemas de seguridad social en el África poscolonial es la consolidación y ampliación de los planes establecidos por las antiguas autoridades coloniales. Los países de África en nuestros días no sólo han firmado numerosas de-

claraciones de la OIT sobre seguridad social sino que han procurado asimismo modernizar y poner en práctica diversos planes innovadores dentro de los límites de su capacidad y recursos. También han implantado leyes donde se prevén diversos planes de esa índole.

Tras estos aspectos positivos, sin embargo, se ocultan diversos aspectos negativos. Como se ha puesto de manifiesto en la reseña que antecede, el ámbito y el alcance de los sistemas de seguridad social son limitados. Algunos aspectos de bienestar social que existen en el contexto de países tecnológicamente desarrollados no han sido bien estructurados ni se ha tratado realmente de llevar a la práctica algunos de ellos.

Los sistemas de bienestar social que existen en África revelan una preferencia por la élite y por la población urbana, mientras se deja de lado a los habitantes de las zonas rurales y a los analfabetos que constituyen la mayoría de la población de los países de ese continente. Es más fácil corroborar esta afirmación si se tiene

en cuenta la interacción que existe entre el sistema de seguridad social y las agrupaciones regionales o sociales.

Las sociedades subdesarrolladas en vías de transición como las que se encuentran en África se caracterizan por un desarrollo desigual entre los subgrupos sociales y etnolingüísticos y entre las distintas regiones del país. Por ello, suele haber una disparidad evidente. Algunas regiones o subgrupos tienen una vasta dotación de recursos, mientras otras se encuentran descuidadas o empobrecidas. La misma situación se refleja en el ámbito del bienestar social. Cabe mencionar como ejemplo la atención médica, calificada de «cimiento del sistema de seguridad en cualquier sociedad». Prácticamente todas las grandes instalaciones de atención médica avanzadas o bien equipadas, y los recursos humanos de salud altamente cualificados, se encuentran en los centros urbanos donde reside la élite. Por ello, los centros urbanos se encuentran en mejor situación y sus habitantes, particularmente la élite, cuentan con mejores servicios que la vasta mayoría de los analfabetos en las zonas rurales y urbanas.

Incluso en los casos en que se han adoptado medidas concretas para implantar leyes progresistas que garanticen la protección contra los riesgos que sufren los habitantes de zonas rurales o las personas analfabetas, que en su mayor parte son los componentes del sector no estructurado de la economía, esas leyes no cuentan con un sistema de control eficaz ni se llevan realmente a la práctica sus disposiciones. Cabe mencionar la terrible situación de muchos artesanos que trabajan por cuenta propia, de trabajadores agrícolas y de otros trabajadores en el sector no estructurado, que no cuentan con protección alguna contra ciertos riesgos. Los países de África carecen de los mecanismos necesarios para organizar el sector no estructurado y no han podido obtener los recursos necesarios para poner en práctica planes que garanticen la atención hacia las necesidades básicas de esta categoría de seres humanos.

El cuadro que por lo tanto se forma uno de la situación en África indica que las autoridades nacionales competentes han fracasado absolutamente en la tarea de resolver la cuestión de la justicia social, consagrada en las Constituciones de la mayoría de los países del conti-

nente y en las numerosas Cartas y Declaraciones (la OIT, por ejemplo) de que son signatarios.

Hay que reconocer que, en razón de sus circunstancias socioeconómicas especiales, los países africanos tienen posibilidades sumamente limitadas de promover la causa de la justicia social en el contexto de la seguridad social. Si bien las autoridades de esos países reconocen de buen grado la necesidad de justicia social, este reconocimiento no se ha concretado en la práctica en razón de la escasez de recursos. En otras circunstancias en que hay recursos disponibles, los países africanos no parecen estar en condiciones de orientarlos a fin de proteger a toda su población débil y necesitada.

Esta tendencia surte ya graves efectos, ya que en África empiezan a aparecer casos de pobreza masiva en las zonas urbanas y rurales, incluida la pobreza absoluta entre ancianos y jóvenes. El número cada vez mayor de indigentes, como consecuencia de la desaparición gradual de las redes de la familia ampliada en el contexto de una economía en proceso de modernización, y la circunstancia de que las autoridades nacionales no hayan podido organizar un sistema completo de seguridad social constituyen un grave problema a que hace frente el continente en nuestros días. Por lo tanto, el fracaso en la tarea de redistribuir el ingreso y mitigar la pobreza de las masas por conducto de un sistema de seguridad social adecuado y completo constituye un grave aspecto negativo.

Observaciones finales

El mundo se encuentra en un proceso continuo de cambio. La situación actual, sin embargo, se ha visto agravada por los acontecimientos en Europa oriental. El derrumbe del bloque soviético ha transformado las relaciones entre los Estados y está dando lugar a un desplazamiento gradual hacia un orden mundial unipolar. En términos más concretos, como consecuencia de los cambios se están reconfigurando la política socioeconómica y las estructuras políticas. Las economías que antes eran centralizadas, especialmente en Europa oriental y en África, ceden hoy el paso a economías de mercado y a programas económicos liberales. De esta forma, el escenario político y

socioeconómico de África está siendo configurado por acontecimientos en el plano geopolítico.

Esta tendencia tiene (o necesariamente tendrá) consecuencias tanto positivas como negativas para estas sociedades. Si bien se prevé que la aplicación de una política económica liberal estimulará el crecimiento, existen datos en el sentido de que, como resultado, un número mucho mayor de personas quedarán expuestas en los países de África a mayores incertidumbres y riesgos respecto de los cuales necesitan protección adicional.

A juicio del autor, para contener algunas de las consecuencias negativas de la política económica liberal que se está poniendo en práctica en países de África, es preciso que éstos modifiquen radicalmente sus sistemas de seguridad social a fin de hacerlos completos y eficaces. Para salvaguardar los beneficios del pasado y para que no se socave el orden social, éste constituirá el problema más importante que deben superar las autoridades de los países de África en el próximo decenio.

Traducido del inglés

Notas

1. Toentis, F. 1957. *Community and Society*, traducido y publicado por Charles Loomis. East Lansing, Michigan State University.

2. Durkheim, E. 1947. *The Division of Labour in Society*, traducido por G. Simpson y con una introducción de éste, Nueva York, Macmillan.

3. El bienestar social puede ser definido como «la política que concibe y pone en práctica el Estado a fin de garantizar un mínimo vital prefijado para algunos miembros o subgrupos de su sociedad expuestos a riesgos e incertidumbres y que, a menudo, no pueden superar sin asistencia. Lo menos que puede decirse es que la protección en situaciones difíciles debe constituir el objetivo del Estado en el establecimiento de la estructura de prestaciones de un sistema nacional de seguridad social». Cabe mencionar dos elementos de la seguridad social que en el presente artículo se emplean en forma intercambiable como seguridad social, seguro social y asistencia social. El primero consiste en prestaciones financieras destinadas a garantizar al asalariado y las personas a su cargo un ingreso mínimo durante los períodos en que, por razones totalmente

ajenas a su voluntad, no perciben ingresos o éstos son considerablemente menores. El segundo se refiere a las prestaciones financieras para los ciudadanos cuyos ingresos son insuficientes. Los riesgos comprendidos en el seguro social incluyen la vejez, el accidente, la enfermedad, la invalidez y el desempleo, y la carga recae sobre el empresario y el gobierno, mientras que la asistencia social reviste la forma de prestaciones suficientes. Los riesgos comprendidos en el seguro social incluyen la vejez, el accidente, la enfermedad, la invalidez y el desempleo, y la carga recae sobre el empresario y el gobierno, mientras que la asistencia social reviste la forma de prestaciones suficientes para atender un grado de necesidad de los beneficiarios. Véase Epstein, A. 1948. «Social Security Through Social Insurance», en W. Haber y E.W. Cohen (eds.) *Readings in Social Security*, Nueva York, Prentice-Hall.

4. Smelser, N.J. 1957. «A Comparative View of Exchange Systems», *Economic Development and Cultural Change*. Vol. VII, N.º 2, págs. 173 a 182.

5. Existen sin duda factores tales como la ideología política y las pautas culturales de un país que

moderan la relación, generalmente directa, entre el grado de desarrollo económico y el ámbito del bienestar social. En algunos países, las consideraciones ideológicas tienen una función más determinante en cuanto al ámbito y el alcance del bienestar social que los factores económicos o la capacidad económica. Cabe mencionar como ejemplo la Cuba socialista que, a pesar de su limitado desarrollo económico, tiene un afinado plan de bienestar social que sobrepasa a los que se encuentran en países altamente desarrollados.

6. Hemos tomado como fuente principal de los programas concretos en los países desarrollados *The New Encyclopedia Britannica*, 1978 y Dilnot, A. y Walker, I. (eds.) 1989, *The Economics of Social Security*. Nueva York, Oxford.

7. Girvets, H.K. 1968. «Welfare State». En David L. Shills (ed.). *International Encyclopedia of the Social Sciences*. Nueva York, Macmillan, págs. 512 a 520.

8. Respecto del papel que cabe a las asociaciones urbanas de voluntarios, étnicas o de otra índole, en regiones de África, véase Little, K., 1965. *West African Urbanization*. Cambridge: University Press Imaogene, S.O.

-
- 1967 «Mechanism for Immigrant Adjustment in a West African Urban Community». *Nigerian Journal of Economic and Social Studies*. Vol. 9, págs. 51 a 66.
9. Organización Internacional del Trabajo, 1977. *Improvement and Harmonization of Social Security Systems in Africa*. Ginebra, OIT.
10. *Ibíd.*
11. *Ibíd.*
12. Ayoade, J.A. 1988. «State Without Citizens: An Emerging African Phenomenon». En Rotchild, D. y Chezan, N. (eds.). *The Precarious Balance: State and Society in Africa*. Boulder y Londres, Westview.
13. *Op. cit.*
14. Naciones Unidas, 1986. *Developmental Social Welfare: A Global Survey of Issues and Priorities Since 1968*. Nueva York, Naciones Unidas, págs. 3 a 10.
15. Keseke, E. 1988. «Social Security in Zimbabwe». *Journal of Social Development in Africa*. Vol. 3, N.º 1, 5-19.
16. *Ibíd.*
17. OIT, *op. cit.*
18. OIT, *op. cit.*
19. OIT, *op. cit.*
-

La población en su contexto social

Sudha Shreeniwas

Introducción

Si se entiende que la población es el vehículo humano de la sociedad, hay que suponer que el análisis de uno de estos conceptos requiere la comprensión del otro. No obstante, de ordinario no se considera que los estudios demográficos sean un sector central de la investigación sociológica, aunque la propia demografía es un campo interdisciplinario que comprende distintos elementos, desde la antropología hasta las matemáticas. Con todo, esta separación se origina en gran parte en los aspectos políticos del desarrollo de la disciplina, y en los últimos años ha habido un cambio. La sociología se ocupa cada vez más de cuestiones relativas al volumen, crecimiento y movilidad de las poblaciones, que son los temas definitivos de la demografía. Por su parte, los demógrafos han llegado a la conclusión de que los planteamientos sociológicos son indispensables para su labor.

En el presente artículo se describen algunas cuestiones centrales relativas a la población que guardan relación con la sociología. Se examina el volumen y la composición de la población (pautas de fecundidad y mortalidad), con especial atención a las cuestiones relacionadas con el matrimonio y la familia, a fin de demostrar que estas instituciones son capitales en los procesos y comportamientos demográficos.

También se consideran los movimientos de población, o sea las migraciones.

El reciente interés de la sociología por las cuestiones relacionadas con la población es en gran parte un fenómeno de nuestro siglo, debido al aumento sin precedentes del número de habitantes del planeta. La sociología centró inicialmente sus trabajos en las cuestiones relacionadas con la estructura social, las instituciones y las relaciones, y no en el volumen, la

composición o los desplazamientos de la población. No obstante, las cuestiones administrativas y de comportamiento relacionadas con la actual explosión demográfica han hecho que los sociólogos se interesen más en los asuntos relativos a la población.

Aunque hace relativamente poco que la sociología se interesa en cuestiones de población, se considera en general que la ciencia demográfica tiene su

origen en los trabajos de John Graunt, en el siglo XVII, y que las consecuencias socioeconómicas del crecimiento de la población fueron estudiadas por primera vez por Malthus, en el siglo XVIII. No obstante, en anteriores épocas históricas ya se observa un interés administrativo por la población. Por ejemplo, en la Roma imperial de comienzos de la era cristiana se hacían censos de la población y lo propio ocurría en China durante el mismo período, aproximadamente. En el Gráfico 1 pueden verse las tendencias del crecimiento de

Sudha Shreeniwas obtuvo en 1992 el título de Dr. en Sociología, en la especialidad de Estudios Demográficos, por la Universidad de Michigan. En su tesis se estudian los efectos relativos a la pertenencia a una determinada etnia, el volumen y estructura por sexo de la familia y las acciones ejercidas por el Estado a través del tiempo sobre los niveles de instrucción en la Malasia peninsular. En la actualidad es titular de una Beca Posdoctoral Mellon en el Departamento de Demografía de la Universidad de California Berkeley. Su dirección es: 2232 Piedmont Ave., Berkeley, CA 94720, Estados Unidos de América.

la población humana a lo largo de la historia. Coale (1974) divide la historia de la población humana en dos períodos:

- I) Un largo período de crecimiento muy lento que abarca desde el primer año de la era cristiana, hasta 1750, aproximadamente; el tiempo requerido por la población mundial para doblar su número se calcula en unos 1.200 años. Si bien no existe documentación sobre el volumen de la población antes de la era cristiana, es probable que sus características fueran las mismas.
- II) Un breve período de rápido crecimiento, desde 1750, aproximadamente, hasta nuestros días. En la actualidad, la población mundial se duplica cada 35 años aproximadamente. Esta explosión demográfica, consecuencia, en parte, del escaso crecimiento en los albores de la historia, ilustra el potencial de crecimiento de la población por progresión geométrica.

La tasa media anual de crecimiento de la población en el primer período fue aproximadamente de un 0,35 por 1.000, y en la actualidad es de alrededor del 20 por 1.000. Esta última tasa no tiene precedentes en la historia y, de mantenerse, dentro de 700 años habrá un ser humano por cada metro cuadrado de la superficie de la tierra. Según la tesis de Malthus, la vida humana habrá desaparecido mucho antes.

Fecundidad

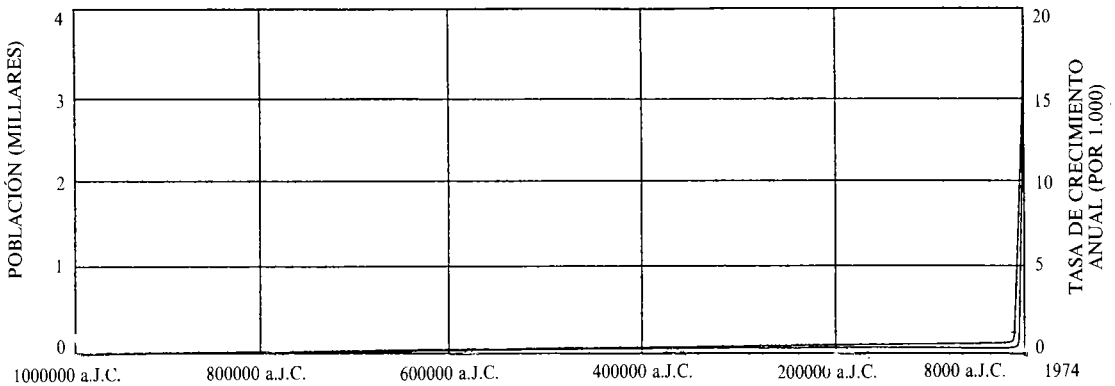
La rápida tasa actual de crecimiento de la población mundial se debe a la conjunción de una elevada y persistente tasa de fecundidad en algunas regiones en vías de desarrollo, y de las tasas de fecundidad bajas, o incluso negativas, registradas recientemente en algunas de las sociedades más desarrolladas. La importante obra de Ehrlich: «The Population Bomb» (La bomba demográfica) (1975), destacaba el problema de la persistencia de un alto nivel de fecundidad, pero una fecundidad inferior a la tasa de sustitución también puede ser problemática.

Estas dos pautas distintas de la fecundidad ilustran el progreso a escala mundial de la transición demográfica, que es la idea central de las teorías de la población. Al parecer, las

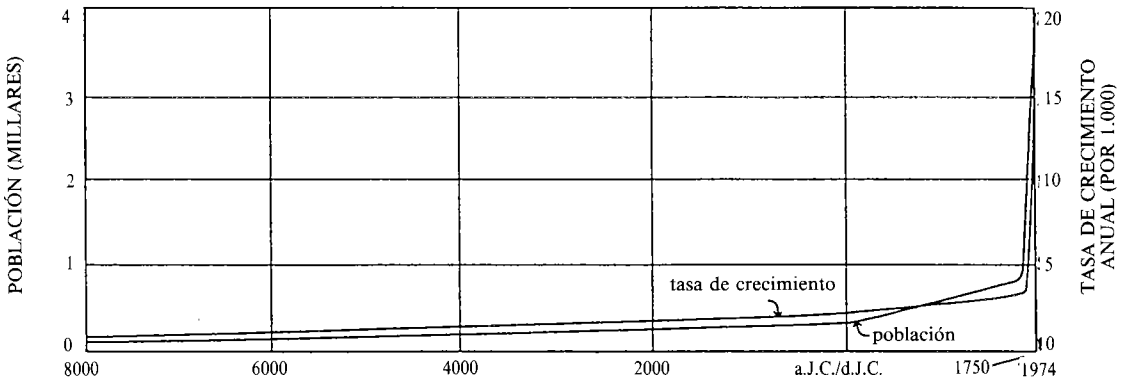
regiones más desarrolladas han completado dicha transición, mientras que otras zonas se encuentran en distintos puntos del recorrido. La idea de transición demográfica, que formularon por primera vez a mediados de los años cuarenta Kingsley Davis, Frank Notestein, etc., describe el paso de una situación de altas tasas de nacimiento y de mortalidad (y por consiguiente bajas tasas de crecimiento de la población) a otra caracterizada por las bajas tasas de nacimiento y de mortalidad (con el mismo resultado para las tasas de crecimiento). Entre tanto, las tasas de mortalidad disminuyen gracias a la mejora de los regímenes alimenticios, la higiene y la medicina. La fecundidad disminuye después de un período de estancamiento debido a procesos que aún no entendemos bien. Así pues, en el período intermedio entre ambos se registra una elevada tasa de crecimiento de la población.

La teoría de la transición demográfica explica por qué la fecundidad disminuye junto con la mortalidad, basándose en argumentos relativos a la acción de fuerzas sociales y económicas, en particular de la industrialización y la modernización. Esto entraña la transformación de una sociedad en gran parte rural, agraria, desmonetizada y estática a otra urbana, industrial, económicamente compleja y en rápida transformación. Los cambios en la organización económica hacen cada vez más difícil criar a un número elevado de hijos (la mayoría de los cuales sobreviven debido al descenso de la tasa de mortalidad), sobre todo porque ya no son esenciales para la unidad de producción familiar, y porque hay que enviarlos a la escuela para que puedan incorporarse a la fuerza de trabajo. El lugar de trabajo, así como la escuela y otras instituciones, se sitúan cada vez más fuera del ámbito familiar. Asimismo, las mayores oportunidades de trabajo para las mujeres fuera del hogar reducen su propensión a dedicar largos períodos de tiempo a los trabajos domésticos, entre los que figura, naturalmente, la cría y el cuidado de los niños. Así pues, todos esos factores se combinan para reducir la fecundidad.

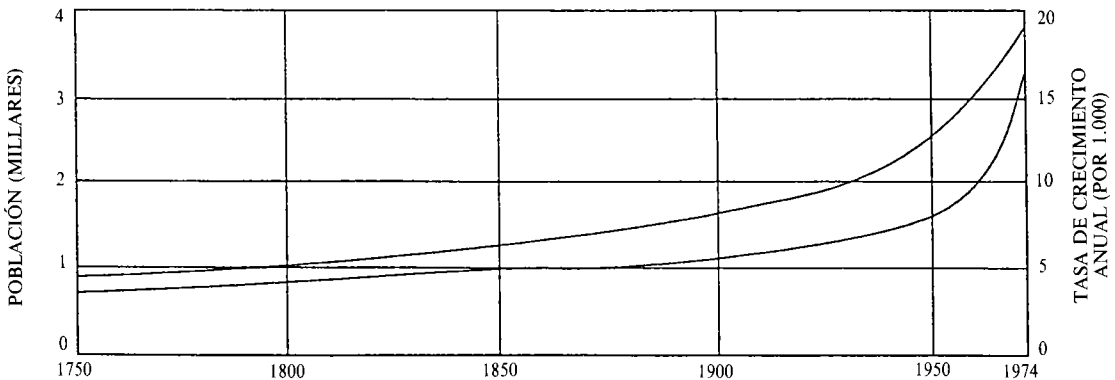
Si bien la teoría de la transición demográfica ofrece una buena explicación de los procesos de población que se han registrado en algunas regiones, no es suficiente para predecir o explicar otras muchas cuestiones. Gran parte de esta teoría se basa en un paradigma de la



Cálculo aproximado de la población humana después de la aparición del hombre, cerca de un millón de años hasta nuestros días, lo que hace resurgir la dicotomía propia de la historia de la humanidad. En este nivel de detalle, la curva de crecimiento corresponde, más o menos, a una tasa y a un incremento anual que permanecen constantes durante todo el período, para alcanzar finalmente la vertical en los últimos años.



La aparición de la agricultura, hace cerca de 10.000 años, marca el inicio de un período que representa un 1% aproximado de la duración considerada en la ilustración anterior. Sin embargo, incluso en este lapso de tiempo mucho más corto, la tasa de crecimiento de la población resulta moderada en casi todo el período, y el crecimiento de los últimos siglos se traduce por las curvas que casi llegan a la verticalidad.



El período transcurrido después de 1750 se caracteriza por una rápida expansión que va acelerándose cada vez más hasta alcanzar el volumen de la población mundial. Este período no representa más que el 0,002% aproximado de la historia de la humanidad y, sin embargo, concentra el 80% del aumento del número de seres humanos. Por añadidura, también se ha vivido en una fase muy reciente una elevación espectacular de la tasa de crecimiento demográfico que se ha visto duplicada en los últimos veinticinco años.

modernización en lo que respecta al desarrollo socioeconómico y en una visión funcionalista de los procesos sociales, prescindiendo de la diversidad de las experiencias culturales y de desarrollo en las diversas sociedades. La transición demográfica en los países más desarrollados, registrada en gran parte a finales del siglo XIX, no coincidió uniformemente con el desarrollo económico (en algunos casos lo precedió). De modo análogo, en algunos países actualmente en desarrollo, como Tailandia o Sri Lanka, se han registrado cambios demográficos no precedidos del desarrollo económico. Algunas naciones más desarrolladas han ido tan lejos en el proceso de la transición demográfica que sus tareas de fecundidad han quedado por debajo del nivel de sustitución, posibilidad que no tuvieron en cuenta las teorías de la transición demográfica, centradas sobre todo en la respuesta social funcionalista al desarrollo económico. Así pues, se están abriendo camino otras perspectivas de la fecundidad o el comportamiento reproductor, entre ellas la consideración de los factores culturales (Hammel, 1990) o de los procesos económicos y políticos (Greenhalgh, 1991).

La persistencia de una alta tasa de fecundidad en las regiones en desarrollo

En muchas regiones del mundo, especialmente de Asia y del África subsahariana, subsiste una elevada tasa de fecundidad, como se refleja en las Tasas Totales de Fecundidad (TTF: número de niños nacidos de una mujer normal durante su vida reproductora) en esas regiones. Por ejemplo, la TTF de la India, que lleva camino de superar el número de habitantes de China, es en la actualidad de 4,0 con una tasa anual de crecimiento del 2,1% y una población de base de más de 850 millones de habitantes. Si bien en los últimos 30 años ha disminuido ligeramente (en los años sesenta la TTF era de más de 6), la fecundidad en la India todavía es muy elevada. El Pakistán, Bangladesh y Nepal se encuentran en una situación similar. Asimismo, en muchos países africanos la TTF actual es de 4 a 6. Las proyecciones (medias) demográficas establecidas por las Naciones Unidas en 1984, prevén aumentos de más de 800 millones de personas por decenio entre 1985 y el año 2025. Más del 90% de este aumento se registrará en las regiones menos

desarrolladas, especialmente en África y Asia. Las razones de la persistencia de un alto nivel de fecundidad en esas regiones, mientras que en otras sociedades en desarrollo como las de Tailandia o Sri Lanka disminuyen, son un enigma demográfico y sociológico.

China, que es el gigante demográfico del mundo, ha registrado un considerable descenso de la fecundidad. La TTF disminuyó a un 1,3 aproximado en 1984, y actualmente fluctúa en torno a ese nivel, lo que supone una tasa de fecundidad apenas superior al nivel de sustitución (el nivel de fecundidad que una población necesita para mantenerse, es aproximadamente 2,1 nacimientos por cada mujer). Sin embargo, debido al impulso demográfico (la alta fecundidad anterior da lugar a una elevada proporción de la población en edad de procrear, mientras que la proporción de personas mayores, en edad de riesgo de fallecimiento, es menor), en China siguen naciendo muchos niños, en proporción superior al número de fallecimientos, y la población aumentará pasando de la cifra actual aproximada de 1.100 millones de personas, a 1.570 millones de personas, antes de estabilizarse a mediados o finales del siglo XXI.

Estos sostenidos aumentos de la población en regiones del mundo empeñadas ya en una difícil lucha por superar la pobreza y mejorar los niveles de vida de sus poblaciones, suponen un importante desafío para los políticos y los estudiosos. Una opinión optimista sostiene que estas presiones demográficas promoverán novedades tecnológicas, como ocurrió en la Revolución Industrial y en el siglo XX. Los pesimistas (que son mayoría) sostienen que el crecimiento mundial de la población está dejando atrás rápidamente toda posible evolución tecnológica y movilización de recursos disponibles lo cual, junto con la intensificación del proceso de consumo, tiene ya efectos gravemente negativos en el medio ambiente y en la calidad de la vida.

Así pues, los sociólogos y los demógrafos tratan de entender por qué la gente, en determinadas situaciones, sigue teniendo varios hijos, mientras que en ciertos países la descendencia es mucho menor. Los estudios muestran que la gente tiene hijos por motivos distintos, según las diversas culturas y clases económicas, que van desde las ventajas a escala económica como por ejemplo el sostén de la



Barrio popular. Hong Kong. Silvester/Rapho.

ancianidad, hasta las satisfacciones psicológicas o espirituales, a tenor de las características de las propias sociedades.

Como quiera que las explicaciones de la teoría de la transición demográfica para dar cuenta de los procesos de control de la fecundidad se consideraron insatisfactorias, los estudiosos tienden cada vez más a abordar el problema con criterios de orden sociológico y microeconómico. Algunos criterios sociológicos sostienen que la transición a una fecundidad controlada no se produjo paralelamente a la industrialización o la modernización, sino que ocurrió en regiones de cultura o idioma compartidos. Como la transición requiere innovaciones en los comportamientos, su difusión es más rápida entre grupos culturalmente similares, cuyos valores sociales no resisten a esta evolución (Cleland y Wilson, 1985).

Las explicaciones microeconómicas se basan más en los costos y las ventajas que subya-

cen al comportamiento reproductor del individuo o de la familia, que en el cambio social. Los costos y ventajas de los hijos para los padres determinan su demanda, mientras que la oferta está regulada a la vez por la capacidad biológica de procrear y por las prácticas que pueden afectarla (Bulatao y Lee, 1987). Antes de decidirse a tener un hijo, los padres sopesan las ventajas y los inconvenientes de controlar o no la fecundidad.

Caldwell (1982) sostiene que mientras los niños rindan a sus padres más servicios y ventajas de los que reciben de ellos, las familias mantendrán niveles elevados de fecundidad. Las situaciones de desarrollo que pueden llevar a esta conclusión son muy variadas. Sin embargo, cuando la corriente intergeneracional neta de recursos es favorable a los hijos, los padres tienden a considerar beneficioso un menor número de ellos. La necesidad de la escolarización formal y la carga de la crianza

de los hijos, que recae cada vez más en los padres y no en un círculo más amplio de parientes, contribuye en gran medida a este proceso.

El mantenimiento de la alta tasa de fecundidad en diversas regiones de África y Asia meridional depende de factores culturales y socioeconómicos; la unidad familiar es importante para la organización socioeconómica, cultural y política, y una familia numerosa presenta diversas ventajas. Además, estas culturas atribuyen un alto valor a la maternidad, y la autonomía de la mujer para adoptar decisiones innovadoras en esos y otros terrenos es típicamente escasa. La mayoría de los miembros de esas sociedades son decididamente opuestos a reducir el número de hijos. Además, en muchas sociedades africanas el coste de criar a los hijos es menor gracias a prácticas tales como el cuidado de los hijos ajenos (Beldsoe, 1990). Los estudiosos afirman que en el Asia meridional el deseo de las parejas de tener varios hijos que les sobrevivan para perpetuar el nombre familiar y proporcionarles apoyo económico es una de las causas de que aún persista una alta fecundidad. Las hijas necesitan una cuantiosa dote para casarse, y por consiguiente representan una carga. La condición inferior en que se mantiene a la mujer y la preferencia por los hijos varones son dos elementos estrechamente interrelacionados. Dada la incertidumbre de que los hijos vayan a sobrevivir, especialmente en las zonas rurales o en las clases más humildes, el deseo de tener hijos supervivientes aumenta naturalmente el número de embarazos. Así pues, si bien estas sociedades disponen cada vez de más medios de control de la fecundidad, su uso es escaso debido a que esta novedad se considera desventajosa.

La fecundidad inferior al nivel de sustitución en las naciones industrializadas

Mientras que algunas regiones tratan de poner freno al crecimiento demográfico, muchas naciones industrializadas del norte y el oeste de Europa, los Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Japón y Singapur, han registrado en los dos o tres últimos decenios niveles más bajos que nunca de fecundidad, muchos de ellos inferiores a la tasa de sustitución. En el Cuadro 1 pueden verse las tendencias de la

TTF en 34 países cuyas tasas de fecundidad fueron en descenso durante los tres últimos decenios. En 1965, sólo en Alemania oriental y en Rumanía las tasas de fecundidad fueron inferiores a la de sustitución (TTF de menos de 2,1). En 1988, sólo en Rumanía, Irlanda y la URSS las tasas de fecundidad eran superiores al nivel de sustitución. El aumento de la fecundidad en Rumanía puede haberse debido a la enérgica política natalista del Gobierno. En otros países la tendencia general fue a la baja. Según Bourgeois-Pichat (1986), en la región del norte-centro de Italia la TTF en 1983 fue de 1,28, la más baja que se haya registrado nunca para una concentración humana tan numerosa.

A pesar de las preocupaciones que suscita la explosión demográfica mundial, la «implosión demográfica» en estas regiones es causa de ansiedad para quienes temen que algunos grupos nacionales puedan verse en peligro de extinción, o ser desplazados por emigrantes procedentes de regiones muy fecundadas con culturas distintas, máxime teniendo en cuenta los conflictos étnicos actuales, cada vez más difíciles. Además, el envejecimiento de las sociedades de baja fecundidad (en las cuales una mayor proporción de la población corresponde a los grupos de mayor edad) hace que se altere la relación de dependencia, lo que plantea problemas para los planificadores, ya que la base fiscal modificada que representa una sociedad que envejece no es óptima para un sistema de seguridad social basado en las cotizaciones de los asegurados. Mientras que los que acaban de incorporarse al mercado del trabajo pueden beneficiarse de la menor proporción de la población en los grupos más jóvenes de edad, la promoción o el progreso profesional son cada vez más difíciles a medida que aumenta la media de edad.

Kingsley Davis (1986) afirma que, si bien una fecundidad inferior al nivel de sustitución no tiene hoy precedentes, el fenómeno mismo de una baja fecundidad no es desconocido en la historia humana. Se observa, por ejemplo, en algunas poblaciones que viven de la caza y los frutos silvestres (como los «dobe kung» o algunos grupos aborígenes australianos), en las cuales la presencia y el cuidado de muchos niños pequeños plantearía un grave problema para el grupo, ya que las mujeres, que son las que se ocupan principalmente de los niños,

CUADRO 1. Niveles y tendencias, tasas totales de fecundidad, 1965-1989

Región y país o área	1965	1970	1975	1980	1985	1986	1987	1988	1989
Asia									
Hong Kong	4,93	3,31	2,75	2,06	1,47	1,35	1,29	1,36	—
Japón	2,15	2,10	1,93	1,74	1,74	1,69	1,67	1,64	1,57
República de Corea	4,67	4,07	3,23	2,70	1,68	1,55	—	—	—
Singapur	4,62	3,10	2,11	1,74	1,62	1,48	1,65	1,98	—
Europa									
Europa oriental									
Bulgaria	2,08	2,18	2,24	2,06	1,98	2,02	1,95	—	—
Checoslovaquia	2,37	2,07	2,46	2,15	2,06	2,02	1,98	2,02	1,95
República Democrática Alemana	2,45	2,17	1,55	1,97	1,76	1,72	1,75	1,67	—
Hungría	1,81	1,97	2,38	1,93	1,83	1,83	1,81	1,79	1,80
Polonia	2,52	2,23	2,27	2,28	2,33	2,22	2,15	—	—
Rumania	1,91	2,85	2,62	2,45	2,26	2,40	2,39	2,31	2,20
Europa septentrional									
Dinamarca	2,61	1,95	1,92	1,54	1,45	1,48	1,50	1,56	1,62
Finlandia	2,47	1,83	1,69	1,63	1,64	1,60	1,59	1,59	—
Irlanda	4,03	3,87	3,40	3,23	2,50	2,44	2,32	2,17	2,11
Noruega	2,93	2,51	1,99	1,73	1,68	1,71	1,74	1,84	—
Suecia	2,41	1,94	1,78	1,68	1,73	1,79	1,84	1,96	2,02
Reino Unido	2,84	2,41	1,78	1,87	1,79	1,77	1,82	1,84	1,85
Europa meridional									
Grecia	2,25	2,40	2,32	2,23	1,68	1,62	1,52	1,52	1,50
Italia	2,60	2,38	2,17	1,64	1,41	1,34	1,32	1,34	1,29
Portugal	3,07	2,62	2,59	2,06	1,70	1,63	1,56	1,53	—
España	2,96	2,85	2,79	2,18	1,63	1,54	—	1,38	1,30
Yugoslavia	2,70	2,29	2,28	2,14	2,04	2,01	2,00	1,98	—
Europa occidental									
Austria	2,70	2,29	1,82	1,65	1,48	1,46	1,44	1,46	1,46
Bélgica	2,60	2,25	1,74	1,69	1,51	1,55	1,55	1,56	1,58
Francia	2,81	2,47	1,94	1,95	1,83	1,84	1,82	1,83	1,81
Alemania, República Federal	2,51	1,99	1,45	1,45	1,29	1,35	1,38	1,40	1,39
Luxemburgo	2,43	1,96	1,52	1,50	1,40	1,44	1,41	1,54	1,52
Países Bajos	3,03	2,58	1,67	1,60	1,51	1,55	1,56	1,55	1,55
Suiza	2,61	2,12	1,62	1,55	1,52	1,53	1,52	1,58	—
América septentrional									
Canadá	3,07	2,26	1,82	1,71	1,63	1,63	1,62	—	—
EE.UU.	2,91	2,47	1,77	1,83	1,84	1,83	1,86	1,93	—
Oceania									
Australia	2,96	2,86	2,22	1,92	1,89	1,87	1,85	1,84	—
Nueva Zelanda	3,56	3,16	2,33	2,05	1,93	2,02	2,03	2,09	2,10
URSS	2,46b	2,39c	2,39d	2,25e	2,46f	2,53	2,53	2,45	—

Fuente: Patterns of Fertility in Low-Fertility Settings; Cuadro 1, pág. 7; Naciones Unidas, Nueva York, 1992.

Fuente. Anexo I.

a) Se refiere a 1984.

b) Se refiere a 1965/1966.

c) Se refiere a 1969/1970.

d) Se refiere a 1975/1976.

e) Se refiere a 1980/1981.

f) Se refiere a 1985/1986.

g) Se refiere a 1986/1987.

están dedicadas a la recolección de frutos silvestres. Según este autor, el desarrollo de la agricultura sedentaria permitió un alto nivel de fecundidad al mejorar el suministro de alimentos, y también porque hacía falta más gente para trabajar en el campo. Las poblaciones campesinas actuales tienen algunas de las TTF más elevadas que se conocen. En otros términos, los cambios de organización sociocultural, tecnológica y económica preceden a los cambios de la fecundidad.

Otros estudiosos se han ocupado de las transformaciones sociales que han conducido a un bajo nivel de fecundidad en las sociedades industrializadas, incluidos los comportamientos que influyen directamente en la fecundidad (los «determinantes próximos», Bongaarts, 1984), así como los cambios sociales más amplios que condicionan también esos comportamientos. Así pues, los factores que causan un bajo nivel de fecundidad son los siguientes: el descubrimiento de técnicas efica-

ces de contracepción; los cambios en la institución del matrimonio, incluidos la mayor edad del primer matrimonio, la creciente proporción de mujeres que no se casan y los índices de divorcios, todo lo cual afecta a las probabilidades de embarazo; la industrialización; los cambios en la organización de la familia y los costos y ventajas de tener hijos; los cambios en la función y condición de la mujer, y los cambios en los valores sociales, como la creciente tendencia al individualismo y la alteración del ideal de una paternidad responsable.

Se dice que las tendencias actuales por lo que respecta al matrimonio son la causa de los bajos niveles de fecundidad. Si bien la actividad sexual no matrimonial está muy extendida y la proporción de hijos naturales va en aumento, las cifras propiamente dichas de fecundidad total disminuyen sin cesar. Es decir, aunque el matrimonio está perdiendo su monopolio con respecto a los nacimientos y muchos niños nacen como consecuencia de otras relaciones sexuales menos formales, este cambio va acompañado de un descenso de la fecundidad, ya que, al parecer, si bien la gente no está dispuesta a contraer matrimonio, tampoco lo estará para asumir las responsabilidades de la paternidad. Por ejemplo, en 1965 (el año en que se registró la cifra más alta de fecundidad no matrimonial) la TTF de las mujeres solteras en los Estados Unidos fue sólo de 0,71 (Westoff, 1986). Así pues, los especialistas centran su estudio en las características y tendencias de la institución del matrimonio en las regiones de baja fecundidad, especialmente teniendo en cuenta que en sociedades no europeas ni norteamericanas de bajos niveles de fecundidad, como el Japón, Hong Kong, Singapur o Corea, hay proporciones muy bajas de adultos no casados, y una escasa frecuencia de nacimientos de hijos naturales.

Si el matrimonio es la institución primordial en lo que se refiere al cuidado y educación de los hijos, el tiempo que se le dedique será un importante elemento determinante de la fecundidad. El período en que se produjo un mayor descenso de la fecundidad coincidió con un constante aumento de la edad del primer matrimonio y mayores índices de divorcio. Entre 1960 y 1985, la proporción de mujeres que seguían siendo solteras entre los 20 y los 29 años de edad (los años en que se produ-

ce el mayor número de primeros matrimonios) aumentaron en los Estados Unidos y en diversos países europeos del 30 al 50% (de 20 a 24 años de edad) y del 10 al 20% (de 25 a 29 años de edad) (Westoff, 1986). En varias sociedades del sudeste y el oeste de Asia se registró también un aumento de la edad del primer matrimonio. Si bien en Europa y América del Norte los índices de nupcialidad y fecundidad han sido históricamente bajos, a mediados del siglo XX se registró un «baby boom» (auge de nacimientos) en los Estados Unidos, de resultas del descenso en la edad del primer matrimonio, la mayor proporción de personas casadas y la elevación del nivel de fecundidad matrimonial. El descenso subsiguiente de los indicadores de nupcialidad fue acompañado de un aumento de los índices de divorcio, convivencia y actividad sexual extra matrimoniales. Desde 1968 hasta 1991, el número de divorcios, por 1.000 parejas casadas en los Estados Unidos, aumentó de 11 a 23, y en Dinamarca de 5 a 12. Además, el 50% de todos los primeros matrimonios en los Estados Unidos tienen probabilidades de acabar en divorcio. Así pues, el tiempo transcurrido en el matrimonio es menor que nunca, con el consiguiente impacto negativo sobre la fecundidad.

La fecundidad matrimonial ha disminuido también, y ahora se tarda más en tener el primer hijo. Algunos sostienen que el descenso de la fecundidad y los cambios en la institución de la familia son consecuencia de la industrialización y el desarrollo económico, por las importantes repercusiones que tienen estos fenómenos en la utilización de los niños por los padres. En todas las sociedades industriales modernas los niños necesitan años de costosa educación, cuidados médicos y otros servicios, que son necesidades socioeconómicas con frecuencia impuestas por la ley. Además, en la mayoría de estas sociedades el cuidado de los ancianos se está institucionalizando cada vez más, mediante sistemas de seguridad social u otras prácticas similares: los niños ya no son necesarios para esta función. Si bien es posible que los cuidados familiares se necesiten y se proporcionen con frecuencia, los padres casi nunca alegan estos motivos para tener hijos. Economistas tales como Becker, en 1981, han estudiado el concepto del «altruismo» de los padres, que dedican grandes cantidades de tiempo y dinero a criar «hijos de alta calidad»



Niño en el trabajo cosiendo balones de fútbol, Sialkot, Pakistán. Hombres, mujeres y sobre todo niños producen cada año en esta ciudad, de 350.000 almas, 40 millones de balones de fútbol, lo que representa un 85% de la producción mundial. Piero Guerrini/Cosmos.

sin esperar ningún beneficio material para ellos mismos. La causa primera que induce a tener hijos es la satisfacción psicosocial de tener descendencia, que puede conseguirse con un solo hijo. Las ideas actuales relativas a la psicología y la socialización de los «hijos únicos» mueven a tener más hijos, pero no en proporciones suficientes para sustituir a la población.

Otro cambio crucial es el que se ha producido en la situación de las mujeres. Por primera vez en la historia, las mujeres tienen alternativas viables a su función de madres y esposas, y una cierta autonomía aceptada social y jurídicamente. Las mujeres se han incorporado a la fuerza organizada de trabajo extrafamiliar en proporciones sin precedentes. Entre 1960 y 1985 el porcentaje de mujeres de 15 a 49 años de edad (los años reproductivos) en la fuerza laboral pasó del 45% al 80% en Dinamarca, del 40 al 60% en los Estados Unidos y del 36 al 56% en los Países Bajos. El empleo

remunerado fuera del hogar ofrece oportunidades económicas y una nueva identidad a las mujeres, lo que eleva el costo de oportunidad de tener hijos, y es incompatible con el tiempo necesario para cuidar de ellos, lo que todavía se considera, en gran medida, trabajo de la mujer. En Melbourne, en 1967, el 78% de las mujeres casadas de 18 a 34 años de edad estaban de acuerdo con la afirmación «sea cual fuere la carrera de la mujer, su función más importante en la vida es la de ser madre». En 1982, sólo el 46% de mujeres se declararon de acuerdo con este principio. En los Estados Unidos en 1962, el 84% de una cohorte de madres de Detroit convinieron en que «casi todas las mujeres casadas que puedan tener hijos, deben tenerlos», mientras que el porcentaje correspondiente de 1983 fue sólo del 43% (Preston, 1986a).

Como señala Presser (1986), la difícil tarea de cuidar a un hijo sigue siendo, en gran parte, responsabilidad de la madre, sobre todo en los

Estados Unidos, donde los servicios institucionalizados de cuidado de niños son escasos y caros. Los sustitutos extrafamiliares son así específicos, costosos y poco fiables. Los cuidados a cargo de familiares femeninos, que es la alternativa más popular a la atención infantil institucionalizada, son cada vez más problemáticos porque un número creciente de mujeres trabajan. En 1984, el 46% de las mujeres estadounidenses con hijos de menos de 1 año de edad trabajaban. Cada vez es más frecuente la combinación de turnos de trabajo entre parejas que trabajan. Estos factores influyen en la decisión de tener menos hijos.

La creación y el uso creciente de contraceptivos eficaces han contribuido decisivamente a este proceso. La «píldora» se introdujo en los años sesenta, y en el decenio siguiente muchos países legalizaron el aborto. La mayoría de los países con bajos índices de fecundidad tienen tasas más elevadas de uso de contraceptivos, y emplean métodos más eficaces.

Preston (1986 b) niega que el desarrollo económico, la condición de la mujer o la tecnología de la contracepción sean suficientes para explicar el descenso general de la fecundidad. Según este autor, históricamente los niveles de fecundidad han disminuido en muchas regiones independientemente del desarrollo económico, y de modo simultáneo en todas las capas socioeconómicas. Por ejemplo, en los Estados Unidos y en el Japón la tendencia fue uniforme en todas las categorías étnicas, de educación y de ingresos. Así pues, paralelamente a las transformaciones estructurales se han registrado cambios fundamentales en los ideales de la sociedad, que se difunden rápidamente en diversas regiones con características culturales comunes. Entre ellos figuran el mayor individualismo, que cada vez se considera más incompatible con una dedicación frecuente a la paternidad, y el propio concepto de «paternidad responsable». En la actualidad se da más importancia a la producción de hijos «de alta calidad», física y emocionalmente sanos y bien educados, y la gente tiene menos hijos para poder cumplir mejor sus obligaciones de padres.

Estas características son comunes de Australia, Nueva Zelanda, Europa y América del Norte. En cambio, el Japón merece un examen aparte (Kono, 1986). En este país el descenso de fecundidad fue más pronunciado, y tuvo

lugar en un nivel económico más bajo. Factores importantes en otros lugares, como la difusión de las ideologías feministas o individualistas, no intervinieron en el descenso de la fecundidad en el Japón. Por el contrario, la participación de las mujeres japonesas en la fuerza laboral ha sido siempre escasa, y a lo largo de su vida varía según las necesidades del cuidado de los hijos. La conciencia de la grave escasez de recursos, especialmente de tierra y de vivienda, y la naturaleza intensamente competitiva de la sociedad a que da lugar, con la mayor importancia atribuida a la educación formal, han hecho que en el Japón tener hijos sea una experiencia costosa y creadora de fuertes tensiones. Además, la naturaleza conformista de la sociedad japonesa ha facilitado una rápida adopción de la norma de la familia «nuclear» en todas las clases.

Mortalidad

Hemos definido la transición demográfica como el paso de una situación de altos índices de nacimiento y mortalidad, a otra de índices bajos. En la mayoría de las sociedades occidentales la mortalidad empezó a disminuir en el siglo XIX, debido en gran parte a los progresos de la higiene, la sanidad y la medicina, que en el siglo XX se difundieron a las regiones en desarrollo. El descenso de la mortalidad representó asimismo una «transición epidemiológica» (Omran, 1978), consistente en el paso de una situación caracterizada por la presencia de enfermedades infecciosas que condicionaban la morbilidad, a otra cuyo rasgo principal es la presencia de enfermedades degenerativas que afectan principalmente a los ancianos. Paradójicamente, a medida que disminuye la mortalidad aumenta la morbilidad, porque los individuos sobreviven a las enfermedades infecciosas, pero las enfermedades degenerativas hacen que estén enfermos durante períodos más prolongados.

En ningún lugar es más evidente la característica primordial de la demografía —la medición extremadamente preciosa y detallada de los fenómenos empíricos que se están investigando— que en los análisis de la mortalidad. Los estudiosos recurren a las teorías de las ciencias sociales para explicar las diferencias en la morbilidad y la mortalidad, ya que estos

fenómenos no dependen sólo de factores biológicos sino también de circunstancias socioeconómicas y de comportamiento. Las percepciones de la enfermedad, la muerte y las características socioeconómicas de la persona afectada son pertinentes para la naturaleza de las intervenciones médicas deseadas o proporcionadas, o para la búsqueda de un culpable. Por ejemplo, en el caso del síndrome de muerte repentina de los niños pequeños (SIDS), se ha demostrado que en los Estados Unidos la atribución de la causa del fallecimiento al SIDS o a cualquier otra causa que se preste a confusión y conlleve un elemento de culpa (como la asfixia del niño), varía sistemáticamente en función de la pertenencia étnica o socioeconómica de los padres del niño muerto, y la atribución de culpa se produce con más frecuencia cuanto más baja es la clase socioeconómica (Rutrough, 1991).

El contexto social del SIDA

De modo análogo, la identificación científica y popular del SIDA se ha centrado más en ciertos *grupos* estigmatizados, como los homosexuales o los drogados, que en *comportamientos* peligrosos, que son la verdadera causa de la epidemia. Asimismo, para los programas de intervención sanitaria resultó más fácil concentrar su acción en los grupos, que difundir un mensaje generalizado para toda la población. Esto obstaculizó los esfuerzos por detener la difusión de la infección, ya que la mayoría de las personas no creen estar en peligro, por cuanto no pertenecen a estas categorías. En consecuencia, no se modifica el comportamiento peligroso, como puede verse en el hecho de que los índices más elevados de nuevas infecciones se registren entre las mujeres casadas heterosexuales. En la Conferencia Mundial sobre el SIDA, celebrada en Berlín en junio de 1993, se presentaron estimaciones de la prevalencia actual de la infección de HIV: 14 millones de casos en todo el mundo, y la cifra va en aumento. En los países más desarrollados el público considera esta enfermedad como se consideraba a la peste en la Europa medieval, por cuanto afecta principalmente a los jóvenes y pone en entredicho la idea de que la tecnología moderna puede vencer a la enfermedad infecciosa; a ello se añade el sufrimiento de las personas infectadas y la vergüenza de

padecer una enfermedad transmitida sexualmente.

Dos de los problemas de comportamiento más importantes relacionados con la propagación del SIDA son la decisión de utilizar un preservativo, y el peligro de multiplicar los contactos sexuales. La decisión de utilizar preservativos supone el reconocimiento no sólo de los peligros de una enfermedad que se transmite sexualmente, sino también del riesgo que corre la pareja. En las regiones en vías de desarrollo, los preservativos se ven en general como un instrumento de control de la natalidad, y no como un medio de prevención de la enfermedad; por ello, muchas parejas consideran impropio su uso. Existe asimismo una dinámica del poder entre las parejas, que se deriva de la desigualdad de los sexos, cuando uno de los dos es renuente a utilizar este procedimiento. Las prostitutas se ven a menudo en la imposibilidad de insistir para que sus clientes utilicen preservativos. En muchas regiones las mujeres casadas tampoco pueden pedir a sus maridos que utilicen este medio.

En cuanto a la multiplicidad de contactos sexuales, recientemente se ha estudiado con mayor detenimiento el caso del África subsahariana, donde se dan con mayor frecuencia casos de SIDA, atribuidos en parte a las instituciones sociales que facilitan la propagación de la enfermedad. Entre ellas figuran el matrimonio y la familia, que favorecen una multiplicidad de contactos sexuales debido principalmente a la poligamia. A diferencia de lo que ocurre en América del Norte o en Europa, en África el SIDA se transmite principalmente por contactos heterosexuales, influidos por las estructuras familiares y de parentesco. Según algunas estimaciones, en 1991 casi el 75% de las personas seropositivas en el mundo vivían en el África subsahariana, donde habitan también cinco de cada seis mujeres y niños seropositivos. Sólo el 9% de la población mundial reside en esta zona (Caldwell et al 1993). Como la difusión del SIDA está condicionada por las instituciones sociales, las campañas de concienciación para combatir la propagación de la enfermedad hacen frente a un dilema, a saber, persuadir a la gente para que no multiplique sus contactos sexuales, lo que supone presionar a los sistemas tradicionales africanos de parentesco para que se transformen en tipos de familia más nucleares y occidentaliza-

dos, lo que podría verse como un caso de etnocentrismo.

Los sistemas familiares de muchas regiones del África occidental y meridional están articulados en torno a grupos que descienden de un mismo linaje, e implican la poligamia. Su fuerza económica y social depende de un alto nivel de fecundidad, y la condición de la mujer se basa en la maternidad. El control de la fecundidad se considera insano y antisocial. La unidad decisoria abarca un amplio círculo de familiares, del cual los cónyuges pueden o no formar parte. La propiedad de la tierra es común y la organización agrícola se basa en la utilización intensiva de mano de obra. Típicamente, las mujeres que forman parte de familias polígamas son responsables del bienestar económico de ellas y de sus hijos, principalmente mediante la explotación agrícola, el comercio de pequeñas mercaderías y algunas veces la prostitución. Si bien la sexualidad de la mujer no está tan rígidamente controlada como en las regiones donde la propiedad de la tierra es individual, y las normas sociales privan de valor a la virginidad y apoyan una iniciación temprana en la actividad sexual, las prácticas sexuales reflejan aún una relativa desigualdad de los sexos. Las mujeres no pueden opinar sobre las actividades sexuales de sus maridos (Awusabo-Asare et al, 1993). Si un marido toma otra mujer o frecuenta prostitutas, se supone que a la mujer no le concierne ni debe hacer preguntas, lo que da lugar a una falta de comunicación entre los cónyuges y una baja capacidad de imposición del uso de preservativos y, por consiguiente, una mayor facilidad de transmisión del virus. La tradición exige largos períodos de abstinencia sexual después del parto, lo que se considera en general responsabilidad de la mujer. Se estima que los hombres pueden mantener justificadamente otras relaciones durante este período. Los hombres, al igual que las mujeres, tienen «derecho» a mantener relaciones sexuales múltiples, máxime teniendo en cuenta que, a diferencia de lo que ocurre en el Asia meridional (donde se considera una actividad «debilitadora»), en gran parte de África se estima que la actividad sexual es sana y necesaria, especialmente para los hombres.

Los sistemas económicos influyen también en la multiplicidad de relaciones sexuales, tanto para los hombres como para las mujeres. En el África occidental, los modelos de urbaniza-

ción comportan la migración de los hombres a las ciudades para encontrar trabajo, mientras que las mujeres permanecen en el campo. Ciudades como Dakar y Abidján tienen una proporción muy elevada de población masculina. Los hombres que viven en estas ciudades están separados de sus mujeres y a menudo forman pareja con prostitutas, las cuales, naturalmente, son muy promiscuas y sirven de vehículo de infección. Los hombres emigran a la ciudad y regresan a sus aldeas nativas de modo estacional o cíclico, infectando a sus esposas.

Las mujeres suelen tener múltiples relaciones sexuales, de las que obtienen apoyo económico. Las jóvenes acostumbran a iniciarse sexualmente muy pronto, a veces formando parejas con hombres de mayor edad que las ayudan a costear la escuela u otros gastos. Las familias esperan que las hijas contribuyan de este modo a su sustento. Las mujeres suelen casarse con hombres mucho mayores que ellas. Por consiguiente, los índices de viudez y de nuevos matrimonios son elevados. Las mujeres casadas entablan relaciones con otros hombres y reciben ayuda económica, especialmente si sus maridos están ausentes durante períodos prolongados. Según Caldwell et al (1993, pág. 2) «si la epidemia del SIDA pone fin a la mayoría de las relaciones sexuales no matrimoniales, se registrará un empeoramiento relativo de la situación económica de muchas mujeres, que tendrán que buscar otras fuentes de sustento o de ingresos»; esto es especialmente cierto en las condiciones actuales de reestructuración económica, que han dado lugar a la reducción de los presupuestos para la salud y la educación.

De una muestra de escolares adolescentes en Lagos, la mitad eran sexualmente activos, y la mayoría de ellos tenían más de una pareja (Oloko y Omoboye, 1993). De otra muestra de adultos casados, efectuada en Calabar (Nigeria), el 53% de los hombres y el 23% de las mujeres tenían otra relación sexual. El 34% de los hombres y el 49% de las mujeres habían tenido de 1 a 5 parejas durante su curso vital (la categoría modal del número de parejas) (Ogbuagu y Charles, 1993).

Las «mujeres ausentes» de Asia

La proporción anormalmente alta de la población masculina en muchas regiones de Asia,

incluida China, la India y partes del Asia del sudoeste, revela el peligro cada vez mayor que corren las mujeres de morir simplemente por causa de su sexo. En una sociedad con una distribución igualitaria de los alimentos y los cuidados sanitarios entre los dos sexos, la mortalidad masculina es habitualmente mayor que la femenina en cada grupo de edad, con la consiguiente presencia de un mayor número de hembras en la población. Existe una tendencia global al predominio del sexo masculino en el nacimiento (aproximadamente 106 varones por cada 100 hembras) ya que, de modo natural, nacen más hombres que mujeres. Esta proporción disminuye con la edad porque la mortalidad infantil masculina es naturalmente superior a la femenina, y llega un momento en que la proporción dominante es femenina. La proporción general de sexos de la población depende de la edad en que se produzca la alteración de la tendencia, y de la proporción de la población por encima y por debajo de esta edad (Coale, 1991). Aunque también debe tenerse en cuenta la migración de los dos sexos, la proporción anormalmente elevada de habitantes de sexo masculino supone que muchas mujeres están «ausentes» de la población, debido a una elevada tasa de mortalidad o a un recuento censal defectuoso. Si bien las mujeres corren un mayor peligro de muerte durante los años en que son fértiles, la mortalidad femenina excedentaria por razón de su sexo se produce en general en los primeros años de la vida.

Para ilustrar la excesiva mortalidad de las niñas en edad infantil, se ha estudiado la tasa de masculinidad de 0 a 1 y de 1 a 5 años de edad. Si bien la mortalidad está relacionada con las características socioeconómicas, la mortalidad relativa de los niños de ambos sexos (que se refleja en la proporción de la masculinidad) debería ser independiente de los correlatos socioeconómicos y tender hacia un predominio femenino al aumentar la edad, a menos que exista un factor sexista. Así pues, las diferencias socioeconómicas sistemáticas en la proporción de sexos entre los niños podrían revelar ciertas discriminaciones sociales entre los sexos.

En China, la proporción masculina de nacimientos es aproximadamente de 106 por 100 (muestra de un 10% del censo de 1990). Entre los niños de 0 a 4 años de edad, la proporción

masculina aumenta hasta 110,4 por 100. Johansson y Nygren (1991) demostraron que el índice de muertes entre los niños pequeños en China refleja un *exceso* de mortalidad femenina (de unas cuatro muertes por cada 1.000 niñas nacidas vivas, mientras que la norma mundial es de aproximadamente 130 muertes de niños por cada 100 de niñas antes de un año de edad, y que va en aumento con el tiempo). Arnold y Liu (1986) muestran que en China la proporción entre los sexos durante la etapa infantil es normal sólo en casos de fecundidad alta. En el caso de niños cuyas madres han tenido escasa descendencia el índice de masculinidad es alto. Esto ha inducido a los estudiosos a centrar su examen en las «niñas ausentes de China», cuyas estimaciones varían de 60 (Coale, 1991) a 100 millones (Sen, 1989), lo que pone de relieve la importancia de este problema tanto por la magnitud de las cifras como por la composición de la población y la estratificación de los sexos. Alrededor de la mitad de las niñas «ausentes» podrían haber sido adoptadas por otras familias, y el resto corresponde probablemente a errores censales y al exceso de mortalidad femenina (Johnsson y Nygren, 1991).

La cultura china da mayor valor a los hijos, que son necesarios para perpetuar el nombre de la familia. Las hijas se casan y pasan a formar parte de la familia de sus maridos. De los hijos se espera que cuiden de sus padres cuando éstos lleguen a la vejez. Así pues, la preferencia por los hijos varones es una característica tradicional muy persistente, que ha sobrevivido a diversas revoluciones sociales y culturales. En condiciones de baja fecundidad es cada vez más importante, para la estrategia familiar, dar preferencia al nacimiento y supervivencia de los hijos varones.

Se sostiene que el descenso de la fecundidad en China se ha debido más a las políticas oficiales que a las fuerzas seculares de la modernización o industrialización (Bongaarts y Greenhalgh, 1985; Wolf, 1986). Los programas oficiales de planificación familiar empezaron a aplicarse a mediados de los años cincuenta. En los años setenta se lanzó la campaña «más tarde, con menor frecuencia y menos», encaminada a retardar la edad del matrimonio, promover intervalos más espaciados entre los nacimientos y limitar el número de hijos a un total de dos por cada mujer. En

1979 se implantó la norma de un solo hijo. En 1984, el «Documento 7» permitía a ciertas categorías de la población tener un segundo hijo —como por ejemplo, los residentes rurales después de un espaciamiento de algunos años— por la necesidad de mano de obra familiar, y también a veces cuando el primer hijo fuera de sexo femenino. Así pues, la preferencia por los hijos varones se incorporó, en cierto modo, a la política oficial, si bien la posición del Gobierno era contraria a esta idea. La TTF disminuyó en este período de 5,7 a 2,3 aproximadamente. Dada la relativa persistencia de la preferencia por los hijos varones, Johanson y Nygren (1991) atribuyen directamente estas tendencias de la proporción de los sexos a la rigurosa política de control de la fecundidad.

En la India se observan muchas similitudes con la China, en cuanto a las bases culturales de la preferencia por los hijos varones. Los hijos son necesarios para perpetuar el nombre de la familia, y para llevar a cabo los ritos funerarios de los padres. Las hijas se casan y se van del hogar, a menudo con dotes abundantes. Todos los grupos recurren más a los hijos que a las hijas para la mano de obra familiar y el sostén de la vejez. Sin embargo, las variaciones regionales son sorprendentes: en el sur de la India la proporción de los sexos es mucho más equitativa que en el norte. El estado meridional de Kerala, que es el modelo demográfico de la India, es el único en el que se observa una proporción equitativa de los sexos. Los sistemas de parentesco en el norte de la India hacen hincapié en la exogamia, y el matrimonio se basa en la subordinación ritual y social de la familia de la novia a la del novio. En cambio, en el sur de la India se prefiere la endogamia, y la fortuna de la familia de la novia es más importante que la dote. En el norte las mujeres se consideran más depositarias del honor familiar, y se las protege y aísla en consecuencia.

La importancia de las mujeres para la organización económica es otro hecho relevante (Dyson y Moore, 1986; Miller, 1982). En el norte de la India el cultivo principal es el trigo y las mujeres no participan tanto en el proceso de producción del mismo. En el sur predomina el cultivo del arroz, que requiere una mayor densidad de mano de obra y en el que participan más las mujeres. El nacimiento y supervi-

vencia de los hijos es más importante pues para la estrategia familiar en el norte. A las hijas se las ve más como un factor negativo, y las tasas de mortalidad femenina son más altas.

Si bien los programas de planificación familiar han tenido menos impacto sobre la fecundidad que en China, las transformaciones debidas al desarrollo van acompañadas de una mayor desigualdad de los sexos, y por consiguiente de un aumento de la proporción del sexo masculino. La proporción de sexos en la población global de la India en el siglo actual ha sido la siguiente: 104,8 en 1901; 105,8 en 1921; 105,7 en 1947; 106,2 en 1961; 106,9 en 1981 y 107,2 en 1991. Con la transformación de la economía india, los hombres han gozado de mayores oportunidades de participación que las mujeres, gracias principalmente a haber recibido más educación. En algunas regiones las tasas de analfabetismo de las jóvenes duplican con creces a las de los hombres (Kerala ha conseguido oficialmente la alfabetización total de su población). Las ideas favorables al aislamiento de la mujer, y su papel tradicional en el hogar, hacen que los padres no envíen a las hijas a la escuela ni las preparen para participar más plenamente en una economía de desarrollo. Esto refuerza la percepción de que las hijas son un factor más negativo que los hijos.

Las tasas más elevadas de mortalidad infantil se observan en regiones con niveles superiores de desarrollo, con arreglo a los indicadores convencionales. DasGupta (1987) muestra que en el Punjab, Estado relativamente próspero e industrializado, un aumento relativo a la educación materna y un descenso de la fecundidad se traducen en una mayor mortalidad de las hijas, especialmente las nacidas más tarde. Madres que tienen una cierta educación y que desean reducir el número de hijos en sociedades que dan preferencia a los varones, aún consideran necesario tener hijos en vez de hijas, insistiendo en el hecho de que las estrategias familiares en el Asia meridional prevén el cálculo del número de hijos e hijas que se desea tener. En Bangladesh, por ejemplo, las hijas nacidas más tarde tienen mayores posibilidades de morir que sus hermanas mayores, mientras que las niñas en general corren más peligro que los niños (Muhuri y Menken, 1993).

Migración

Los estudios sobre las migraciones se centran en cuestiones empíricas y en paradigmas económicos de la decisión individual de migrar o no migrar, con el cálculo de los costos y beneficios de diversos lugares y del propio desplazamiento. Zelinsky (1980) considera que la mayoría de las teorías sobre la migración tienen un enfoque inductivo basado en el resumen de las conclusiones empíricas, como los trabajos de Ravenstein (1989), que codificó una vasta serie de conclusiones empíricas en forma de «leyes», estudiando la intensidad y la dirección de los flujos de migración en función de los atributos positivos y negativos de los orígenes y los destinos, y el efecto de los obstáculos surgidos. Davis (1963) propuso una hipótesis de «respuesta multifásica» de una población a las presiones demográficas derivadas de un alto nivel de fecundidad, prediciendo reacciones que iban desde la reorganización de los sistemas productivos y reproductivos hasta la emigración. Los planteamientos de otros estudiosos (Zelinsky, 1971, 1983) combinan las teorías de respuesta multifásicas con conceptos de transición demográfica, vinculando la transformación histórica y socioeconómica a las diversas formas de movilidad, con una forma específica para cada fase de desarrollo.

Los planteamientos basados en la ecología humana (Duncan, 1959, 1961; Hawley, 1950), proponen cuatro series de estructuras interconectadas en la sociedad: organización (en el núcleo); población; tecnología, y medio ambiente. La migración se considera una respuesta de organización a los cambios en los otros factores. Sin embargo, la relación entre los factores no se comprende demasiado bien, y no está claro cuál es el tamaño óptimo de la unidad que debe considerarse. Otros enfoques sociológicos consideran la selectividad de los migrantes junto con las características de los orígenes y los destinos. Se presta atención a las redes sociales y familiares de los migrantes, especialmente durante el curso vital. Goldscheider (1987) insiste en que la migración está profundamente relacionada con las macroestructuras y las microestructuras sociales, que varían con el tiempo, el curso vital y los estratos socioeconómicos, en relación con el desarrollo socioeconómico y con sujeción al control político. Algunos análisis aplican la teoría

de la dependencia a la movilidad entre los sectores agrarios y capitalistas de la economía, o entre las regiones centrales y la periferia (McGee, 1976). Estudios de las pautas de movilidad circular en regiones tales como África (Mabogunje, 1972) o Asia del sudeste (Hugo, 1981), determinan si estos movimientos son prácticas tradicionales o síntomas de subdesarrollo.

La migración es un fenómeno difícil de conceptualizar y de medir. Si nos centramos exclusivamente en los movimientos «permanentes», pasaremos por alto otros tipos de movilidad que pueden tener importancia desde el punto de vista social y económico, y pondremos en tela de juicio la definición de «permanencia». Por ejemplo, los análisis de las migraciones pasadas no predijeron ni explicaron fenómenos que tienen importancia actual, como la «inversión de la tendencia» (de la ciudad al campo) registrada en los años sesenta y setenta en los Estados Unidos y en algunos países europeos. El progreso al parecer inexorable de la urbanización, reflejado en los flujos de migrantes de las zonas rurales hacia las ciudades, cambió de orientación para dirigirse hacia los suburbios y las zonas periféricas, proceso que se atribuyó a los cambios en los estilos de vida y al desarrollo de los medios de comunicación. Por otra parte, la migración circular entre las zonas rurales y urbanas, estacionalmente o a lo largo del curso vital, no es un fenómeno tan estudiado. Zelinski (1980) propone una tipología que abarque todos los tipos posibles de pautas de movilidad, desde el desplazamiento diario o estacional hasta los cambios de residencia a largo plazo.

Movimientos de población hacia Europa occidental

Los actuales estudios de la migración en Europa se concentran más en la medición precisa y la indicación de los niveles, tendencias y previsiones de los movimientos transfronterizos de población en gran escala, que en la teoría de las ciencias sociales. La migración internacional legal o ilegal, especialmente de los países menos desarrollados a las regiones más desarrolladas, es una cuestión de importancia fundamental para las regiones de origen, que se ven ante un problema de «fuga de cerebros» o de «fuga de músculos», y también para las

naciones receptoras, que hacen frente a problemas de asimilación y ajuste de los emigrantes, de antecedentes culturales y étnicos muy distintos a los de las poblaciones locales, y al temor de éstas a perder puestos de trabajo. Actualmente, la reestructuración política radical de Europa oriental alimenta los flujos migratorios de Europa oriental a Europa occidental (la llamada migración «Este-Oeste»), en proporciones sin precedentes. Al desplazamiento de África o Asia hacia Europa occidental se le llama la migración Norte-Sur.

La experiencia europea de la inmigración es muy distinta de la de los países que han recibido tradicionalmente inmigrantes, como Australia o los Estados Unidos. En los 20 últimos años Europa occidental, que era una región de emigración, se ha convertido en una región de inmigrantes. Por ejemplo, Italia fue una nación de emigrantes durante más de un siglo, pero en la actualidad recibe inmigraciones de África y Europa oriental (Pacini, 1991). En el Gráfico 2 puede verse el número de inmigrantes y solicitantes de asilo de diversos países europeos, Australia, Canadá y los EE.UU.

La migración Norte-Sur de las antiguas colonias a la metrópolis es un fenómeno que aparece en gran parte en la era poscolonial, y en el que se yuxtaponen grupos que antes habían estado espacialmente separados. Como las regiones de Europa occidental adolecen de un bajo nivel de fecundidad y de una escasez de trabajadores nativos, algunos países han organizado programas legales de inmigración. Se calcula que la migración ilegal se sigue produciendo a gran escala. Se prevé que la fuerza laboral de la CE disminuirá en un 5,5% en los tres decenios próximos (Ghosh, 1991). Los factores de atracción del Norte se ven intensificados por la repulsión hacia el Sur, donde existen excedentes de población en edad laboral, y la gran diferencia de los niveles de vida entre las dos regiones agudiza el proceso. Teniendo en cuenta las diversas categorías de trabajadores, puede decirse que en los años ochenta en muchos países de la OCDE aumentó considerablemente el número de trabajadores extranjeros. En Suiza se registró un aumento del 33%, en el Reino Unido del 25%, en Francia y los Países Bajos de un 10% aproximadamente, y en Bélgica y Suecia de alrededor del 6,5% (Garson, 1992). En Alemania, en

cambio, el número de trabajadores extranjeros era ligeramente inferior al final del decenio. No obstante, en Austria, Alemania, los Países Bajos y Suecia se registró una aceleración de los flujos de inmigrantes, debida en gran parte a la llegada de las familias de los trabajadores y a los solicitantes de asilo, así como al crecimiento endógeno de las poblaciones extranjeras. «Trabajadores extranjeros» son los que han entrado recientemente en el país para trabajar. «Extranjeras» son las personas que carecen de antepasados nativos, ya que el lugar de nacimiento no define la ciudadanía. Así, es posible que en algunas de estas sociedades haya «extranjeros» de tercera generación. En Suiza, Luxemburgo, Bélgica y Francia, el aumento del número de trabajadores extranjeros fue superior al de la población extranjera total, debido a la renovada inmigración de trabajadores extranjeros, a la naturalización de los extranjeros jóvenes y al regreso al país de origen de algunos extranjeros.

La intensificación de los conflictos políticos mundiales, los históricos cambios políticos registrados después de 1989, con el final de la guerra fría, las nuevas relaciones entre el Este y el Oeste y el fin de las restricciones a la emigración en los países que habían sido del Bloque Oriental, dieron lugar a grandes flujos de refugiados o de asilados políticos, por lo que la corriente de inmigrantes del Sur se vio sustituida por otra procedente del Este (Manfrass, 1992). El destino de la mayoría de los refugiados y asilados es Alemania, como puede verse en el Gráfico 2 (obsérvese que la escala vertical para todos los gráficos no es la misma: así pues, en 1992 había en Alemania unos 200.000 solicitantes de asilo), y sus procedencias principales son Polonia, los Balcanes y Rumanía. Los alemanes étnicos de la que fue Unión Soviética, Polonia y Rumanía constituyen otra corriente cada vez mayor de inmigrantes (397.000 en 1990 y 377.000 en 1989) (Manfrass, 1992). La corriente migratoria Sur-Norte no se ha agotado en Alemania con el aumento de la corriente Este-Oeste. Mientras que Italia y Grecia absorben la mayoría de los refugiados de Albania, la reunificación familiar de residentes turcos en Alemania da lugar a un flujo considerable. La situación alemana ha empeorado con las redistribuciones internas que siguieron a la reunificación, y en la actualidad hay un debate nacional sobre las

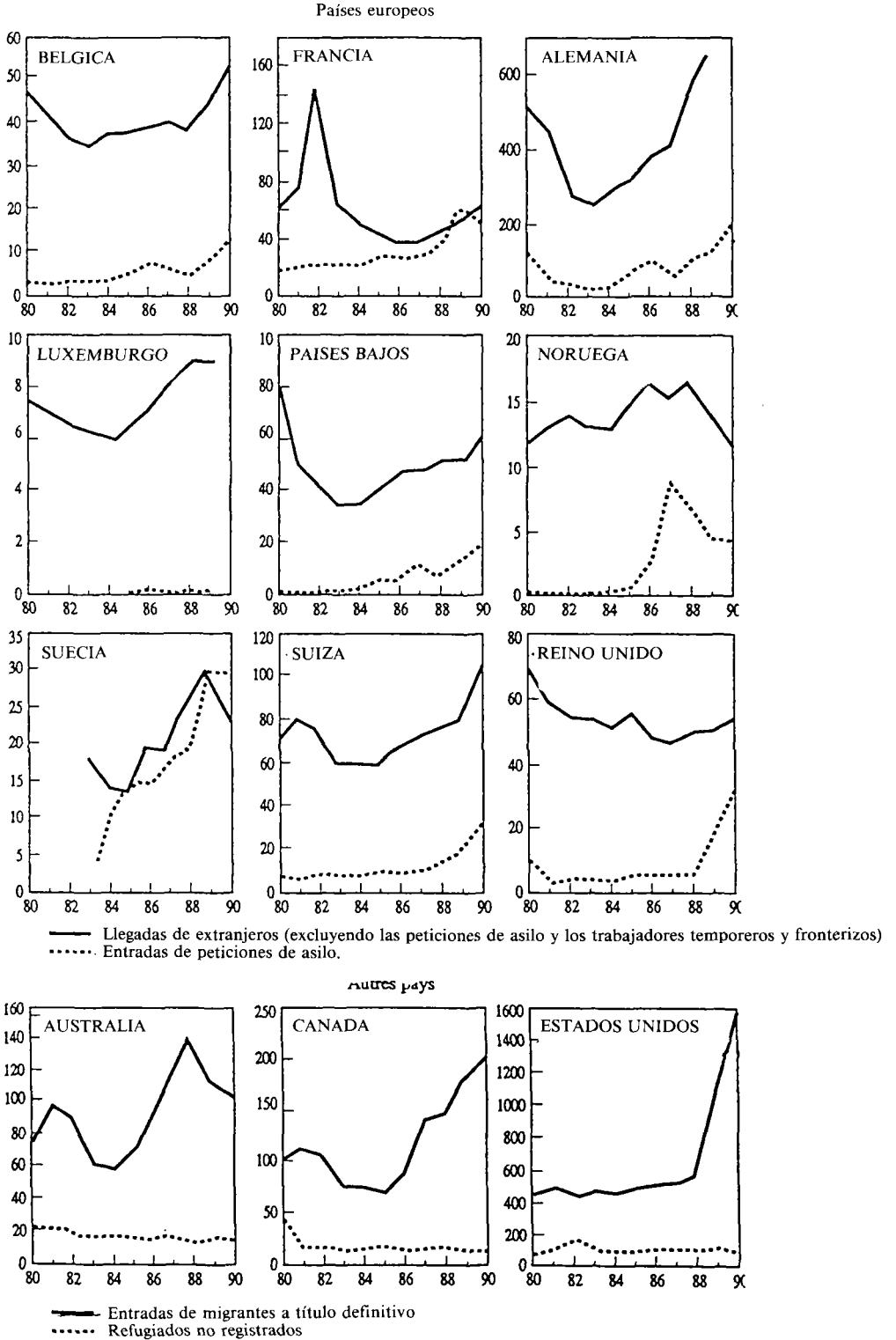


FIG. 2. Inmigrantes y peticiones de asilo o refugiados en 12 países de la OCDE, 1980-1990 (en millares).

restricciones que conviene imponer a las hasta ahora generosas leyes de asilo.

En Francia se viene tratando también desde 1990 de consolidar las políticas relativas a los inmigrantes y los refugiados, por estimar que se ha llegado al límite de la capacidad de absorción. Además de los flujos procedentes de Europa oriental, Francia recibió inmigrantes, a raíz de la guerra del Golfo, de regiones tales como el Líbano, África mediterránea, Argelia y Túnez, víctimas de la pujanza del islamismo fundamentalista militante y del nivel generalmente bajo de desarrollo económico. La mayoría de los planificadores son pesimistas respecto de las posibilidades de aplicar un programa de ayuda parecido al Plan Marshall, que estimule el desarrollo económico de estas regiones y permita contener el flujo de emigrantes.

El mundo pasa por ciclos periódicos de recesión, y muchos gobiernos sienten la presión sobre sus recursos que se deriva del problema de los migrantes y del resentimiento de las poblaciones nativas que creen no se presta suficiente atención a su situación. Las naciones receptoras se ven actualmente frente a índices muy altos de desempleo que son de origen estructural y que quizá no puedan resolverse limitando la inmigración. No obstante, los movimientos de extrema derecha, cada vez más numerosos y presentes, no creen que esto sea así, como evidencia la proliferación de actitudes y operaciones xenóforas. La inquietud social se extiende en los guetos de inmigrantes de las ciudades francesas y la aparición de partidos de extrema derecha como el Frente Nacional supone una fuente potencial de conflictos que existen también en Alemania, donde han aparecido grupos juveniles neonazis en el este del país.

Los problemas derivados de la absorción y la asimilación de los inmigrantes van mucho más allá de lo económico. La diversidad de las características étnicas entraña un desafío para las poblaciones antes relativamente homogéneas de esos países. El concepto de una sociedad multicultural, que se viene debatiendo en los países de América del Norte desde hace más tiempo, parece ser cada vez más pertinente para Europa. No obstante, existe un dualismo en los países receptores entre los inmigrantes de origen europeo y los de origen no europeo (Manfrass, 1992). A los gitanos se les

considera pertenecientes a esta última categoría, de resultas de prejuicios seculares. Los inmigrantes europeos se asimilan más fácilmente a la sociedad, y por consiguiente los no europeos quedan socialmente aislados y los conflictos se multiplican, como ocurre con los trabajadores turcos y africanos en Alemania y Francia; todo ello plantea un grave problema para los gobiernos y las poblaciones de Europa occidental.

Conclusión

En este artículo hemos resumido algunos de los principales problemas que estudian los demógrafos sociales, divididos en general en las categorías de fecundidad, mortalidad y migración. Se ha hecho hincapié en el carácter empírico de la demografía, y se han descrito someramente las principales teorías sociológicas y demográficas. La disciplina de la demografía se derivó de la interfase entre los análisis académicos de la población como fenómeno social, y la necesidad de los políticos y administradores de disponer de datos y cálculos precisos para el proceso de planificación. Así pues, se atribuye la máxima importancia a las mediciones cuidadosas y ello ha hecho que la demografía se perfeccione en alto grado en su vertiente empírica.

La sociología, en general, no ha empezado a ocuparse de los problemas de la población hasta hace poco, debido a la preocupación disciplinaria por los problemas macroestructurales de la sociedad. A su vez, la demografía se centró inicialmente en hipótesis positivistas y en teorías funcionalistas o de modernización, dejando atrás la evolución de la teoría sociológica. Esta situación está cambiando. A medida que los enfoques interdisciplinarios ganan terreno, la demografía interactúa últimamente con la antropología, la economía y la sociología general mediante el análisis de instituciones tales como el Estado, la familia o los problemas de la igualdad de los sexos. Los cambios mundiales que se están produciendo en la sociedad, la cultura, la economía y la política hacen que distintos problemas sean importantes en épocas diferentes, para promover el desarrollo disciplinario mediante un impulso externo.

Traducido del inglés

*El autor desea dar las gracias a los Profesores Blair Cohen y Neil Smelser, y al Departamento de Demografía de la Universidad de California, Berkeley, por los valiosos consejos y los recursos que se pusieron a su alcance durante la investigación.

Referencias

- ARNOLD y L. ZHAOXIANG. 1986. «Sex preference and fertility in China». *Population and Development Review*. 12:2, 221-266.
- AWUSABO-ASARE, K., ANARFI, J.K., y AGYEMAN, D.K. 1993. «Women's control over their sexuality and the spread of STD's and HIV/AIDS in Ghana», en *Sexual Networking and HIV/AIDS in West Africa*. Supplement to Vol. 3 of the Health Transition Review (eds.) Caldwell et al.
- BLEDSE, C. 1990. «The politics of children: Fosterage and the social management of fertility among the Mende of Sierra Leone», en W. Penn Handwerker (ed): *Births and Power: Social Change and the Politics of Reproduction*. Boulder, Westview Press.
- BONGAARTS, J. 1982. «Fertility determinants: Proximate determinants», en John Ross (ed): *International Encyclopedia of Population*. 1, 275-279.
- BONGAARTS, J., GREENHALGH, S. 1985. «An alternative to the one-child policy in China». *Population and Development Review*. 1985 4, 585-618.
- BOURGEAIS-PICHAT, J. 1986. «The unprecedented shortage of births in Europe», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- CALDWELL, J.C., CALDWELL, P., ANKRAH, E.M., ANARFI, J.K., AGYEMAN, D.K., AWUSABO-ASARE, K., y ORUBOLOYE, I.O. 1993. «African families and AIDS: context, reactions and potential interventions», en *Sexual Networking and HIV/AIDS in West Africa*. Supplement to vol 3 of the Health Transition Review (eds). Caldwell et al.
- CALDWELL, J.C. 1982. *Theory of Fertility Decline*. Londres, Academic Press.
- CLELAND, J. y WILSON, C. 1987. «Demand theories of the fertility transition: An iconoclastic view». *Population Studies*. 41, 5-30.
- COALE, A. 1974. «The history of the human population», en *Scientific American*. 16-25.
- COALE, A. 1991. «Excess female mortality and the balance of the sexes in the population: an estimate of the number of "missing females"». *Population and Development Review*. 17: 3, 517-523.
- DASGUPTA, M. 1987. «Selective discrimination against female children in rural Punjab, India». *Population and Development Review*. 13: 1, 77-100.
- DAVIS, K. 1986. «Low Fertility in Evolutionary Perspective», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- DAVIS, K. 1963. «The theory of change and response in modern demographic history». *Population Index*. 29, 345-366.
- DUNCAN, O.D. 1961. «From social systems to ecosystems». *Social Inquiry*. 31, 140-149.
- DUNCAN, O.D. 1959. «Human ecology and population studies», en *The study of population: An inventory and an appraisal*. (eds) P.M. Hauser y O.D. Duncan University of Chicago Press.
- DYSON, T. y MOORE, M. 1983. «On Kinship Structure, Female Autonomy, and Demographic Behavior in India», en *Population and Development Review*. 9: 1, 35-59.
- EHRlich, P. 1975. *The population bomb*. River City Press. Rivercity, Mass.
- GARSON, J.-P. 1992. «International Migration: Facts, Figures and Policies», en *OECD Observer*. Vol. 176, Junio/Julio 1992.
- GHOSH, B. 1991. «The Immigrant Tide», en *European Affairs*. Amsterdam, 5: 6.
- GOLDSCHIEDER, C. 1987. «Migration and Social Structure: Analytical Issues and Comparative Perspectives in Developing Nations», en *Sociological Forum*. Número especial de otoño de 1987, pp. 674-696.
- GREENHALGH, S. 1990. «Towards a Political Economy of Fertility», en *Population and Development Review*. 16: 3, 455-486.
- GREENHALGH, S. 1986. «Shifts in China's population policy 1984-1986: views from central, provincial and local levels». *Population and Development Review*. 12:3, 491-516.
- HAMMEL, E. 1990. «A theory of culture for Demography», en *Population and Development Review*. 16: 3, 85-106.

- HAWLEY, A.H. 1950. *Human ecology: A theory of community structure*. Ronald Press, Nueva York.
- HUGO, G. 1981. «Village-community ties, village norms and ethnic and social networks: A review of the evidence from the Third World», en Gordon de Jong and R. Gardner (eds): *Migration Decision Making*. Nueva York, Pergamon Press.
- JOHANSSON, S. y NYGREN, O. 1991. «The Missing Girls of China». *Population and Development Review*. 17: 1, 35-52.
- KEYFITZ, N. 1986. «The family that does not reproduce itself», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- KNODEL, J., HAVANON, N. y PRAMUALRATANA, A. 1984. «Fertility transition in Thailand: A qualitative analysis». *Population and Development Review*. 10: 2, 297-328.
- KONO, S. 1986. «Comment», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- LESTHAEGE, R. 1989. *Reproduction and social organization in Subsaharan Africa*. University of California-Berkeley Press.
- MCGEE, T.G. 1976. «Rural-urban mobility in South and South-East Asia. Different formulations, different answers?». Presentado en el Seminario sobre las Migraciones Humanas patrocinado por el Midwest Council de la American Academy of the Arts and Sciences.
- MABOGUNJE, A.L. 1972. *Regional mobility and resource development in West Africa*. McGill University Press Montreal.
- MANFRASS, K. 1992. «Europe: North-South or East-West Migration?», en *International Migration Review*. XXVI: 2, 389-399.
- MILLER, B. 1981. *The endangered sex*. Cornell University Press, Ithaca, NY.
- OGBUABU, S.C. y CHARLES, J.O. 1993. «Survey of Sexual Networking in Calabar», en *Sexual Networking and HIV/AIDS in West Africa*. Supplement to vol. 3 of the Health Transition Review, (eds) Caldwell et al.
- OLOKO, B.A. y OMOBOLOYE, A.O. 1993. «Sexual networking among some Lagos State adolescent Yoruba students», en *Sexual Networking and HIV/AIDS in West Africa*. Supplement to vol. 3 of the Health Transition Review, (eds) Caldwell et al.
- OMRAN, A. 1982. «Epidemiological transition», en John Ross (ed): *International Encyclopedia of Population*. Vol. 1. pp. 172-175.
- PACINI, M. 1991. «Introduction» al número especial de *International Migration Review*. XXVI: 2.
- PRESSER, H.B. 1986. «Comment», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- PRESTON, S. 1986a. «The Decline of fertility in North European Industrialized Countries», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- PRESTON, S. 1986b. «Changing Values and Falling Birthrates», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- RAVENSTEIN, E.G. 1889. «The laws of migration». *Journal of the Statistical Society*. 52: 241-301.
- RUTROUGH, T.S. 1991. «Real and Artifactual Trends in Sudden Infant Death Syndrome: 1975-1986», tesis de doctorado en sociología, Universidad de Michigan.
- SEN, A. 1989. «More than a 100 million women are missing», en *New York Review of Books*. Dec. pp. 61-66.
- WESTOFF, C. 1986. «Perspectives on nuptiality and fertility», en Kingsley Davis Mikhail S. Bernstam, Rita Ricardo-Campbell (eds): *Below Replacement Fertility in Industrial Societies: Causes, Consequences and Policies*. Population and Development Review supplement to vol. 12, Population Council, Nueva York.
- WOLF, A. 1986. «The pre-eminent role of government intervention in China's family revolution». *Population and Development Review*. 12: 1, 101-116.
- ZELINSKY, W. 1971. «The hypothesis of the mobility transition». *Geographical Review*. 61, 219-249.
- ZELINSKY, W. 1980. «The impasse in migration theories: A sketch map for potential escapees», en *Population Movements: Their forms and Functions in Urbanization and Development*. (ed) Peter A. Morrison for the IUSSP, Ordina Editions, Bélgica.

Religiosidad, secularismo religioso y religiones seculares

Roberto Cipriani

Introducción

Hace 30 años, la secularización apareció como un nuevo concepto fundamental en la sociología de la religión, y todavía hoy se debate acerca de la crisis, o el retorno, de lo sagrado.

Muchos creen, desde luego, que la secularización está todavía viva, y que produce efectos negativos sobre todo en las llamadas religiones eclesiales.

En este contexto se ha adelantado la hipótesis —objeto de agitadas discusiones— de que cabe prever el final de lo sagrado (o de lo religioso, según otros) o, más exactamente, su «eclipse»¹. Y sin embargo, es precisamente este último término el que ha creado la confusión, ya que los eclipses pueden ser parciales o totales. En el caso que nos ocupa, no parece que se haya producido una desaparición total de las religiones constituidas en iglesias de resultas de una sobreimposición de otros elementos, de tipo religioso, o secular.

De la religión a la secularización, y viceversa

Es un hecho que la religión, que en realidad nunca dejó de desempeñar su papel en la sociedad, ha reaparecido bajo la superficie de lo secular. Aun si admitimos que su ocultamiento fue considerable, se trataba sólo de aspectos

secundarios, externos y formales, especialmente en el plano del ritual. El descenso de la participación de los fieles en las ceremonias litúrgicas no ha significado que se hallen de vuelta de lo sagrado. La religiosidad no está en vías de una extinción definitiva.

Simultáneamente, los impulsos seculares parecen haberse agotado también. Actualmente su eficacia afecta sólo a los aspectos menos

fundamentales de la fe, que en lo esencial permanece más o menos tan viva como antes.

Parece casi como si hubiese un compromiso tácito entre religiosidad y secularización. Ambas se refuerzan y se debilitan a un tiempo. Aspectos profundamente incorporados a la religión siguen manifestándose (o lo hacen de nuevo) en la realidad secular, mientras que en la realidad de la iglesia y de la cultura

religiosa vemos una capitulación global ante demandas que son menos ortodoxas desde el punto de vista del modelo oficial.

Asimismo, la vitalidad de la religión tropieza con el problema del fundamentalismo, que no abarca exclusivamente formas no occidentales de la religión (de las cuales la principal es el Islam, al parecer), sino que se encuentra también en los ambientes cristianos.

Los cambios registrados recientemente, desde la URSS hasta Albania, desde Sudamérica hasta los países africanos, desde las religiones chinas a las religiones indígenas de

Roberto Cipriani es Profesor de Sociología del Conocimiento y Sociología de las Religiones en la Universidad «La Sapienza» de Roma, Via Salaria 113, Roma 00198, Italia. Asimismo es Presidente del Comité de Investigación I.S.A. para la Sociología de la Religión. Entre sus trabajos publicados figuran *Sociology of Legitimation* (1987), *Lévi-Strauss* (1988), *La religione diffusa* (1988), *La religione dei valori* (1992). Ha escrito artículos para muchas revistas italianas e internacionales. En la actualidad lleva a cabo investigaciones en México y Grecia.

Oceanía, han tenido repercusiones difíciles de imaginar hace sólo unos pocos años. En algunos casos se han redescubierto viejas formas religiosas ya casi olvidadas y en otros el recurso de utilizar la religión como alternativa al poder ejercido por sistemas dictatoriales se ha reapropiado espacios y símbolos seculares.

Así pues, mientras que en algunas regiones de Albania están reapareciendo ritos católicos prohibidos hace mucho tiempo, la caída del comunismo en Polonia casi ha vaciado las iglesias, ya que ahora no hace falta un «pretexto» religioso para las demostraciones de masas.

Por lo demás, no faltan otras presencias como las de las religiones seculares de nuestro siglo, desde el individualismo a la competitividad encarnizada, desde el «carrerismo» social hasta el consumismo, desde la riqueza ostentosa hasta la dictadura de las apariencias.

La profunda crisis del marxismo –religió secular por excelencia– favorece el retorno a las «certidumbres» básicas de la fe, al mismo tiempo que estimula, en un movimiento periódicamente interrumpido por encontrar un sentido a la existencia, nuevas investigaciones, vías y experiencias que a menudo desembocan en una solución parareligiosa o muy religiosa que puede adherirse a viejas o nuevas «filosofías laicas» o bien abandonarse a religiones o creencias exóticas.

Se observa un fenómeno peculiar de «secularización religiosa» en la profusa difusión de las prácticas culturales asiáticas en Europa y América, y de las costumbres religiosas occidentales en Asia. Es más, por una parte observamos el auge de movimientos religiosos de origen oriental en el «viejo» y «nuevo» continente, y por la otra, un aumento considerable y sin precedentes de conversos al cristianismo en zonas antes dominadas por el taoísmo, el confucianismo, el budismo y el hinduismo. En ambos casos, la emancipación-secularización con respecto a la anterior confesión religiosa coincide con la conversión a una nueva confesión: dicho de otro modo, se abandona el viejo cauce del gran río de la religiosidad para echarse en el de sus afluentes.

Algo parecido ocurre con el Islam europeo, que tiende a distanciarse del fundamentalismo de los países de origen y de las formas «revivalistas», tratando así de darle un aspecto más moderno, más relacionado con las otras reli-

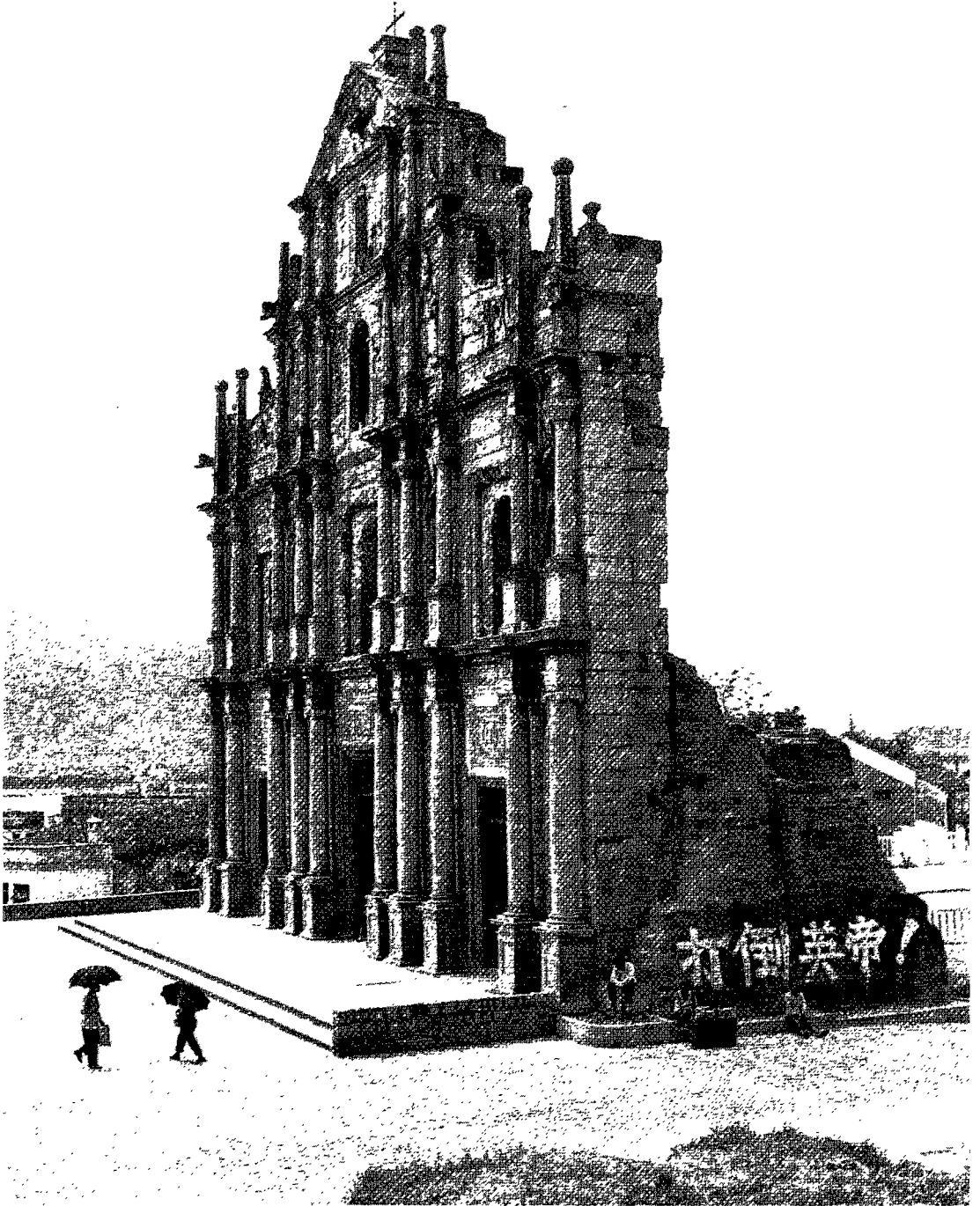
giones y con las sociedades occidentales. Se recurre, quizá por primera vez, a la opción de la secularización para integrarse mejor en un ámbito donde el Islam no ocupa una posición de hegemonía. Aunque con características distintas, lo mismo puede decirse de la presencia cada vez más visible del Islam en África.

Según otra interpretación de la relación entre Islam y secularismo, la percepción occidental del fundamentalismo musulmán ignora totalmente la existencia de una fuerte tradición de crítica secular de la religión en el Oriente Medio². Por consiguiente, «el fundamentalismo islámico debe verse como un resultado de la cultura de masas, una faceta oriental de la imagen de la “espiritualidad religiosa” proyectada por occidente»³. Algunos autores señalan la posibilidad de que haya ocurrido algo parecido en ciertos movimientos del sudeste asiático. Básicamente parece ser que los orientalistas de Occidente crearon una imagen deformada del Medio y Lejano Oriente, atribuyéndoles fenómenos religiosos que no corresponden verdaderamente a su naturaleza. Abaza y Stauth señalan justamente que «hemos de reconocer que vivimos en un mundo global, que ha configurado y transformado ya las estructuras y los valores “tradicionales”. La paradoja del secularismo occidental, esto es, que su origen se encuentra en el fundamentalismo religioso, no debe inducirnos a suponer una universalidad de connotaciones cristianas profundamente enraizadas»⁴.

Asimismo, los importantes cambios producidos en el mundo budista afectan al protagonismo de los celebrantes de los ritos, que antes eran una exclusividad de los sacerdotes y que ahora corren a cargo de laicos: de aquí una forma de secularización encubierta.

La reciente disputa entre el movimiento japonés Soka Gakkai, más decididamente laico, y la jerarquía budista ortodoxa es también muy significativa dada la hostilidad de ésta a toda novedad y a toda propuesta sincrética y ecuménica.

El budismo reconquista en parte el terreno perdido en las regiones que lo habían adoptado en su origen, expandiéndose en lugares de Asia muy alejados de aquéllas, donde la creencia en la reencarnación, por ejemplo, está empezando a afincarse sólidamente. Quizás se trate también de un fenómeno de globalización como recalcó Roland Robertson⁵.



Fachada de la iglesia de Saõ Paulo, de Macao. En segundo plano, la frontera china. Silvester/Rapho.

Dada la imposibilidad de considerar todos los casos de religiosidad en el proceso de secularización, y en la transformación de ésta en una nueva religiosidad, nos limitaremos a examinar unos pocos ejemplos concretos. Veamos, por ejemplo, la situación prevaleciente en Europa, respecto de la cual hay abundantes datos y de fácil interpretación.

El caso de Europa

Siete investigadores han considerado el caso de seis países europeos (Francia, Italia, España, Gran Bretaña, Alemania y Hungría) para examinar la relación existente entre religión y modernidad⁶, y por ende entre religión y secularización. En la práctica no es fácil hacer un análisis comparado de las diferentes situaciones planteadas. La complejidad de los diversos contextos nacionales es tal que no permite generalizaciones fáciles. Debemos limitarnos pues a evaluar cada contribución dentro de los confines del país que se considere: ir más allá significaría añadir contradicciones a otras contradicciones. Ciertamente, tanto Danièle Hervieu-Léger como James Arthur Beckford hicieron todo lo posible por sacar conclusiones de las seis contribuciones nacionales, pero su labor no es más que un esbozo de una operación que preferiblemente ha de permanecer en el terreno de lo general y lo especulativo.

No obstante, hay que hacer algunas advertencias para evitar los errores de interpretación. Por ejemplo, Hervieu-Léger da excesiva importancia a la crisis de la parroquia (conclusión que posiblemente refleja el caso francés y algunos estudios recientes) hasta el punto de afirmar, sin sombra alguna de duda, que las comunidades tradicionales —aldeas, familias extensas en el sentido lato de la palabra, parroquias— han dejado de existir. Si bien es cierto que la estructura de la comunidad en sus diversas expresiones refleja el impacto de la modernidad y la secularización, también lo es que algunos modelos tradicionales no han desaparecido del todo, sino que ni siquiera han roto con el pasado salvo en grado insignificante.

De hecho, tal como lo señala la socióloga francesa, el pluralismo (sea religioso o de otro tipo) se halla repleto de ambigüedades y ambivalencias, lo que da pie a toda clase de malentendidos.

Por otra parte, la secularización derivada del impacto de la modernidad es innegable, aunque el planteamiento de Beckford en sus conclusiones sea muy cauteloso y poco didáctico. En términos diacrónicos, los datos disponibles no nos permiten identificar tendencias concretas. En el mejor de los casos podemos pensar que las creencias básicas tienden a subsistir, pero en una situación de desorganización de la práctica religiosa y devocional.

Esta conjunción, en la que intervienen la continuidad y el cambio, hace de la religión una especie de telón de fondo de una sociedad compleja en sus valores éticos, pero también le permite librarse de toda injerencia externa. El resultado de todo ello es un vasto descenso de las prácticas culturales, que no siempre va acompañado de una crisis de fe. El modelo de «creer sin practicar» (ya puesto a prueba en el contexto británico), se ha convertido pues en una constante de alcance más amplio.

Sin embargo, en todas partes se produce un redescubrimiento de la religión y un aumento del prestigio de las iglesias: Hungría es un caso típico al respecto.

En cuanto a la religiosidad de los franceses, los cambios no significan que se haya sustituido por completo la vieja «civilización parroquial».

En Italia en particular, la vitalidad de las estructuras religiosas parece un factor determinante, ya que existe todavía una poderosa red parroquial. Por último, la posición de Alemania es peculiar, ya que la religión aparece regularmente en la sociedad civil en períodos de festividades y en las leyes que regulan el descanso dominical y la enseñanza religiosa en las escuelas del Estado.

Vemos que la religión y la secularización coexisten en un Estado de adaptación mutua. Es más, parecen estimularse recíprocamente por contraposición y diferenciación. Básicamente podríamos proponer una hipótesis insólita, en el sentido de que, de hecho, la ola de secularización ha legitimado aún más el bagaje de valores y símbolos de las religiones históricamente organizadas, capaces de encontrar las soluciones más adecuadas para superar el *impasse* de la modernidad, trascendiéndola mediante su reorientación hacia las exigencias más típicas de la reflexión religiosa. Se dice que sus profundas y viejas raíces, ancladas en siglos de historia, permiten resistir firmemente



Sacerdote Shinto purificando los coches. Altar de Samokawa, Japón 1990. Jhon Nordell/Cosmos.

a los mecanismos institucionales de las religiones (especialmente de la cristiana), a pesar de los vientos y mareas de innovación y secularismo.

Italia, España, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Hungría

Según Franco Garelli, el caso italiano es a la vez singular y simbólico, por cuanto muestra que la supuesta muerte de la religión no se refleja en la realidad empírica. La Italia católica, sede del papado, tradicional y religiosa en sentido mayoritario, parece estar sometida a una secularización insidiosa y por lo tanto controvertida, más compleja aún por la multiplicidad de manifestaciones en las que se ramifica. El resultado de ello es una doble religión, una mayoritaria y otra minoritaria, que se explica también por la presencia histórica de la iglesia católica en Italia en el siglo pasa-

do, y especialmente desde la Segunda Guerra Mundial.

La religión minoritaria italiana es la de quienes se identifican bastante estrechamente con la Iglesia y participan con frecuencia en las prácticas rituales. La religión mayoritaria, en cambio, carece de estas características. Podría definirse como «difusa» (Cipriani), «un escenario» (Garelli) o «implícita» (Nesti), cuya base es la fe en Dios, pero que no va acompañada de un fuerte sentimiento de afiliación religiosa. Como observa Garelli, no debemos subestimar, con todo, el importante aparato estructural, orgánico y humano de la religión.

Vemos pues invertida la perspectiva de Danièle Hervieu-Léger sobre el fin del papel social de las estructuras parroquiales. En Italia estas estructuras están presentes en sus últimas manifestaciones sobre el terreno, por no hablar del vasto tejido de asociaciones religioso-eclesiásticas (en los cuatro modelos: los de

mediación o elección religiosa, intransigencia, fundamentalismo e intimidad, y diáspora).

En lo que se refiere a España, Salvador Giner y Sebastián Sarasa demuestran la secularización de la educación, que cada vez se confía menos a las escuelas católicas. Lo propio ocurre, según ellos, con el sector de la caridad-servicios sociales, ya que el Gobierno socialista español tiende a favorecer los órganos seculares, de donde el conflicto con «Caritas», la principal organización católica de servicios sociales.

A nivel práctico, el declive es evidente: un número cada vez mayor de personas se aparta de la Iglesia, adoptando en lo general una actitud de indiferencia.

Mientras que en Italia y en España la religión católica no tiene contrincantes, en Francia hay importantes minorías religiosas, como el judaísmo (500-700.000 miembros), el protestantismo (más de 900.000) y el islamismo (la segunda religión del país, con unos 3 millones de fieles).

En 1989, los católicos practicantes o «semipracicantes», representaban alrededor del 12% de la población, aunque sólo tres años antes había sido del 20%. Los matrimonios religiosos y los bautizos van en disminución. Existe una acusada crisis de vocaciones, con menos de 100 ordenaciones al año.

Hervieu-Léger añade que el proceso de secularización es, en realidad, un complejo proceso de recomposición en la esfera de la fe.

Puede deducirse pues que el fin de la civilización parroquial no conlleva la pérdida de la fe: es más, esta última debería expresarse en términos distintos, capaces de trascender a la vez tanto la idea de que la familia es un factor de estabilidad y continuidad como la de la vida basada en una recompensa eterna, así como la idea de un mundo en el que existe un orden preconcebido.

Entretanto los militantes, protagonistas de una «cultura católica vivida» parecen también «perderse», mientras que aparecen los «miembros festivos», cercanos a los «practicantes de temporada» (término utilizado no hace mucho por Boulard), caracterizados por su modo de experimentar la relación de la religión con su existencia propia, puesto que ellos no practican por deber sino por una opción personal.

La principal novedad es la eclosión de las «comunidades religiosas afectivas», volunta-

rias y experimentales, antiintelectuales, pragmáticas y dedicadas a la realización personal de los participantes.

Por último, a pesar de su alto nivel de laicización, observamos en Francia un regreso de la religión, que vuelve a desempeñar papeles importantes a nivel social, en el momento mismo en que ha perdido su capacidad de influir en los individuos y en la sociedad. Esta paradoja ha sido posible por el proceso de secularización que resolvió el conflicto entre República Francesa e Iglesia Católica. Es más, las instituciones religiosas, desprovistas de todo poder, se han convertido en un punto de referencia en el orden moral.

Cuando cambiamos de contexto aparecen, desde luego, modificaciones. Por ejemplo, en el Reino Unido lo más sorprendente de la religión moderna es la combinación de continuidad y cambio. Numéricamente hay más católicos practicantes que anglicanos practicantes (poco más del 30%). Asimismo ha aumentado el número de mormones, adventistas del séptimo día y testigos de Jehová. Hay menos metodistas, baptistas y presbiterianos. Hay una notable presencia de musulmanes, hindúes y sikhs, que va en aumento.

Beckford cree que el concepto de secularización no basta para explicar los cambios, mientras que el de modernidad establece una mejor conexión entre el cambio religioso y otros aspectos de la sociedad. Otros conceptos útiles son el de «religión implícita» (Bailey), «religión común» (Towler) y «religión consuetudinaria» (Hornsby-Smith), que pueden agruparse bajo el epígrafe de «religiones no oficiales».

Su conclusión es que la secularización incide no sólo en el fenómeno religioso, sino también en otras esferas. Además, algunas formas de la religión no se contentan con salir simplemente de la esfera pública: de hecho, contribuyen a redefinir la frontera entre lo público y lo privado.

El trabajo de Karl-Fritz Daiber sobre Alemania es amplio, bien documentado y actualizado (incluso figura una referencia a la reunificación alemana). La doble confesionalidad, católica y protestante, es un fenómeno nacional, pero en el protestantismo debemos distinguir entre las iglesias regionales de viejo cuño y las iglesias independientes que aparecieron el siglo pasado. Hay también representantes de

la iglesia ortodoxa, el judaísmo, el islamismo, el budismo y el hinduismo. Hay que añadir un elevado número de personas no pertenecientes a ninguna confesión, que ascienden al 8% de la población (según el estudio de Allbus de 1988). Abandonar la iglesia es fácil, ya que la no pertenencia a una de las principales iglesias no es objeto ya de sanción.

El resultado es un «pluralismo limitado» (en algunas regiones, Sajonia por ejemplo, el número de miembros de la iglesia evangélica es constante, como ocurre con el catolicismo en otras regiones) que se manifiesta en el seno de cada iglesia y atañe a las actitudes respecto de las normas oficiales de carácter doctrinal y/o del comportamiento.

En los casos de apostasía, la separación no alcanza un punto de rechazo total de toda referencia religiosa. De hecho, todos los que abandonan la iglesia evangélica o católica pueden seguir considerándose evangelistas o católicos. Esto explica también por qué en Alemania la religión cristiana está aún sólidamente asentada. Sin embargo, no hay una tendencia clara a reintegrarse en algo que se asemeje a una iglesia.

El caso húngaro parece bastante singular, ya que permite interpretaciones y ofrece datos insólitos, difíciles de entender. Básicamente podríamos decir que el hundimiento del muro de silencio e ignorancia que rodeaba a la religión en Hungría constituye un caso sin precedentes, con la consiguiente sensación de novedad. Como señala correctamente el autor, Miklón Tomka, estamos en presencia de una «mina de oro para los sociólogos».

Después de una introducción a los diversos períodos de la historia húngara desde 1948 (totalitarismo puro y duro, comunismo-goulash, distanciamiento del comunismo) Tomka observa justamente, respecto de la secularización, que las premisas teóricas son ambiguas y confusas y no pueden demostrarse empíricamente.

En todo caso, el pluriconfesionalismo de Hungría sigue siendo un hecho, con una mayoría católica y una minoría protestante (en este caso, como en el de Alemania, ésta no es homogénea, sino que se divide en calvinistas y luteranos, estos últimos en menor número). Los no creyentes van en disminución, mientras que las iglesias ven aumentar el número de sus fieles. Se ha seguido pues una evolución opuesta a la de la España posfranquista.

No obstante, debe quedar claro que sólo una parte de la sociedad va a la iglesia el domingo. Lo que se quiere es una religiosidad que no conlleve un compromiso.

En los diversos ensayos que hemos considerado, lo que parece más importante es la confirmación de la tendencia general a no cortar toda referencia con la religión, aunque con énfasis distintos en los diferentes países, con una estratificación abierta y/o latente que una vez más nos lleva a considerar el fenómeno religioso como un contexto complicadísimo para la investigación.

Conclusión

En último término, la relación entre el secularismo y la religión tiende a la continuidad. El secularismo reviste formas religiosas e influye así en los hábitos confesionales, mientras que las religiones se someten a los modelos seculares, o los aceptan. Históricamente, no puede negarse que las diversas confesiones, occidentales y orientales, han recibido y absorbido algunos elementos no específicamente religiosos de carácter estructural, ceremonial, de valores y de comportamientos.

En lo que se refiere a los nuevos movimientos religiosos, la estrategia es la misma: la sociedad laica es rechazada por principio, pero se aprovechan todas las posibilidades que ella ofrece para hacer prosélitos y ganar aceptación. Las actividades de la Sociedad Internacional para la Conciencia de Krishna son un buen ejemplo de lo que decimos. Esta organización se construye a partir de la sociedad misma que repudia. Es un ejemplo de la afirmación de A.S. Parson, de que encontramos elementos de la sociedad secular en el corazón mismo de los movimientos innovadores⁷.

Así pues, el mundo secular se rechaza y se aprovecha a un mismo tiempo. De modo análogo, las religiones negadas pueden recuperar parte de su fuerza, tomando un nuevo aspecto. Bellah menciona la situación creada cuando el Emperador del Japón anunció, el 1 de enero de 1946, que era erróneo creer que su naturaleza fuera divina. El shinto, religión del Estado, sufrió una profunda desestabilización y los santuarios quedaron abandonados a su suerte⁸. Así, pues, todo un universo caracterizado por la perfecta identificación entre política y

religión se derrumbó. Y sin embargo, casi enseguida, lo sagrado reapareció bajo otra forma sustituyendo a la anterior legitimidad. De este modo la «santa alianza» del capital, los sindicatos, y la burocracia sentaron las bases de la «administración social», la *kanri sakai*; la política, pues, se privatizó y secularizó en medida considerable.

La secularización surte un efecto extraño: su origen y su desarrollo tienen por finalidad la desacralización, pero sin embargo ha nutrido a las religiones históricas o a otras religiones más recientes que se resisten activamente a su impacto. Estas religiones evitan la ruina, y reanudan su anterior trayectoria, con sus valores, orientaciones y símbolos rituales apenas sacudidos por la ola de secularización.

Los nuevos temas de análisis sociológico relativos al sexo y a la muerte confirman de

nuevo que la transición de la secularización a la postsecularización no elimina la dimensión religiosa⁹. Si bien algunas de las posiciones ideológicas de las iglesias tradicionales suscitan críticas, observamos una reaparición de la sensibilidad ética que había sido producto de la protosociología de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En lugar del Ser Supremo tenemos ahora la nueva entidad del Otro, concebido como el ser humano que se convierte en una fuente de significado (moral y religioso).

Básicamente, lo secular y lo religioso consiguen coexistir bastante bien, gracias a su equilibrio continuamente inestable, que les permite seguir los impulsos del momento sin correr un grave peligro de desintegración.

Traducido del inglés

Notas

1. Véase S.S. Acquaviva, *The decline of the sacred in industrial society*. Oxford, Basil Blackwell, 1979.

2. M. Abaza, G. Stauth, «Occidental reason, Orientalism, Islamic fundamentalism: a critique», en M. Albrow, E. King, eds., *Globalization, knowledge and society*. Londres, Sage, p. 221.

3. *Ibid.*, p. 213.

4. *Ibid.*, p. 226.

5. Véase R. Robertson, J. Chirico, «Humanity, globalization, and worldwide religious resurgence: a theoretical exploration», *Sociological*

Analysis, 46, 3, 1985, pp. 219-42; R. Robertson, «Globalization and societal modernization: a note on Japan and Japanese religion», *Sociological Analysis*, 47, 5, 1987, pp. 35-42; W.R. Garrett, «Thinking religion in the global circumstance: a critique of Roland Robertson's globalization theory», *Journal for the Scientific Study of Religion*, 31, 3, 1992, pp. 297-303.

6. Véase D. Hervieu-Léger, F. Garelli, S. Giner, S. Sarasa, J.A. Beckford, K.-F. Daiber, M. Tomka, *La religione degli europei. Fede, cultura religiosa e modernità in Francia, Italia, Spagna, Gran Bretagna, Germania e Ungheria*, Turin, Ed.

della Fondazione Giovanni Agnelli, 1992.

7. Véase A.S. Parsons, «The secular contribution to religious innovation: a case study of the Unification Church», *Sociological Analysis*, 50, 3, 1989, p. 212.

8. R.N. Bellah, «Legitimation processes in politics and religion», *Current Sociology*, 35, 2, 1987, p. 90.

9. Véase J.M. Larouche, «Au nom du sens et de l'altérité. la post-secularisation», *Revue Internationale d'Action Communautaire*, 26 (66), 1991, pp. 79-87.

El sentido del sentido en la era postsignificante

Michael Bruner, Allen Ketcham, Jim Norwine, Michael Preda

Introducción

Uno de los problemas que mayor perplejidad despiertan en los estudiantes de cualquier institución terciaria de enseñanza del mundo actual es el de hallar sentido en una era postsignificante. Lo difícil es responder personalmente a la ambigüedad de una «condición posmoderna», caracterizada por la «incredulidad hacia las metanarrativas» (Lyotard, 1984) y por la convicción de que un conocimiento sistemático es imposible (Culler, 1984). Si el posmodernismo representa una ruptura con la larga tradición occidental «de acuerdo categórico con el ser» (Kundera, 1984), o sea, una ruptura con la *razón*, al igual que con la religión, es seguro que se dejarán sentir efectos importantes en todas nuestras sociedades. Por ejemplo, aunque pocos negarían el atractivo de la apertura y la aceptación de la postmodernidad, o incluso de su aspecto lúdico, hemos de tener en cuenta también la posibilidad de que esas mismas cualidades contribuyan a crear unas *Weltanschauung* insólitamente —incluso radicalmente— cínicas, nihilistas y solipsistas en los estudiantes que no sólo piensan que «ellos son el mundo» sino que muy en breve lo serán realmente.

En una encuesta efectuada en 1991 entre 1.600 estudiantes de tres universidades de Texas (denominada en adelante la «encuesta de

Texas»), el 69% de los que respondieron al cuestionario se declararon de acuerdo con la afirmación «felicidad es todo lo que me hace sentir bien». Una mayoría de los encuestados aceptaron también las afirmaciones, «mi opinión es tan válida como la de una persona con más conocimientos» (68%) y «todas las ideas valen lo mismo» (56%). Si bien podría aducirse por lo menos que estas opiniones son *posmodernas*, los resultados de las encuestas indican que muchos valores

tradicionales y *modernos*, como la religión o el individualismo, tienen también una considerable aceptación. Todo da que pensar que la visión del mundo de los estudiantes de Texas aunque no haya cambiado tanto, sí está cambiando ahora en una dirección posmoderna (Norwine, Preda, Ketcham y Bruner, 1992).

La finalidad de nuestro trabajo (que en adelante

llamaremos «la encuesta internacional») consiste en ampliar las investigaciones anteriores para incluir a estudiantes de una muestra más diversa de universidades e instituciones de enseñanza superior. Unos 1.000 estudiantes participaron en esta encuesta en abril-mayo de 1992 en seis universidades e instituciones de enseñanza superior de los Estados Unidos y en ocho instituciones de enseñanza superior de Australia, Canadá, Chile, Gaza (Palestina/Israel), Corea del Sur y Gales (Cuadro 1). Lo que se trataba de demostrar básicamente era

Michael Bruner es profesor adjunto de Estudios de la Comunicación en la Universidad de North Texas, P.O. Box 5266, Denton, Texas, Estados Unidos de América 76203-5266. Entre otras cosas, ha investigado la retórica de los movimientos sociales. Allen Ketcham es profesor adjunto de Comercio y Jim Norwine, autor de *A Postmodern Tao*, es profesor de Geociencias en la Texas A&I University, Kingsville, Texas, Estados Unidos de América 78363. Michael Preda es profesor de Ciencias Políticas en la Midwestern State University, Wichita Falls, Texas, Estados Unidos de América 76308.

lo mismo: en qué medida, en su caso, reflejan los valores personales de los estudiantes contemporáneos el tránsito de los paradigmas tradicionales y modernos –muy bien podríamos decir, de los valores de la Ilustración y de los principios judeo-cristiano-islámicos– a una visión mundial posmoderna en un contexto-de-no-contexto (Trow, 1978). Esa pregunta condujo inevitablemente a la siguiente: si los valores de los estudiantes se orientan hacia un paradigma posmoderno, ¿es el posmodernismo un «abandono del proyecto moderno de emancipación gracias a la razón crítica» (Habermas, 1981, citado por Crook et al., 1992), basado en el criterio de que «todo da igual» (Feyerabend, 1975), posmodernismo que fue llamado peyorativamente «posmodernismo» (Norwine, 1993), o bien se orienta hacia una nueva «Gestalt» de apertura posmodernista en la que, por ejemplo, se considera que la aplicación de la lógica no es más que una de las muchas vías válidas hacia la conciencia (Graham, 1992)? Tratemos pues de responder a tan ambiciosa pregunta, conscientes de que el trabajo actual no es más que el inicio de un debate de mayor alcance.

El instrumento de la encuesta internacional fue casi idéntico al de la encuesta de Texas y reflejaba los mismos fundamentos teóricos, pero fue más breve, en un 20% aproximadamente, para reducir los gastos y las exigencias administrativas de la encuesta. Tanto en la encuesta de Texas como en la encuesta internacional, los valores se identificaron en cuatro paradigmas: tradicional (T), no tradicional (N), moderno (M) y posmoderno (P). Se pidió a los participantes que respondieran a preguntas sobre cada uno de esos paradigmas, utilizando una escala de respuestas de Likert (totalmente de acuerdo, relativamente de acuerdo, no se pronuncia, relativamente en desacuerdo, y totalmente en desacuerdo). Las respuestas se analizaron principalmente en términos de frecuencias de respuesta.

Examen

Se prestó especial atención a las respuestas a ciertas preguntas «de referencia», afirmaciones que se consideraron particularmente representativas de una de las cuatro visiones del mundo. Los investigadores se dieron cuenta de

que, sobre ciertos puntos de la encuesta de Texas, las respuestas de los estudiantes se aproximaban a la unanimidad, un porcentaje superior al 80% de encuestados dijeron estar 1) totalmente de acuerdo o relativamente de acuerdo, 2) totalmente en desacuerdo o relativamente en desacuerdo. Estos resultados, que indican una profunda adhesión a las ideas de felicidad, honor, deber, familia, tecnología y otros valores principalmente tradicionales y modernos, se presentan en el Cuadro 2.

La diferencia más vistosa en el Cuadro 2 es el abismo que separa a los estudiantes de Texas de los participantes en la encuesta internacional con respecto a la afirmación de referencia no tradicional (N): «cada uno debería mirar ante todo por sus intereses». El 81% de estudiantes de Texas se declararon de acuerdo en que todos debían mirar por sus intereses, mientras que sólo el 55% de los participantes internacionales fueron de esta opinión. Esta diferencia del 26% supera con mucho a la diferencia entre los dos grupos con respecto a cualquier otra de las ocho preguntas del Cuadro 2. El hecho de que los encuestados en el Instituto Núm. 14 fueran los más unánimes en su oposición a la conveniencia de mirar ante todo por los propios intereses indica que la muestra internacional representaba una variedad de visiones del mundo más amplia que la muestra de Texas.

Es interesante observar, no obstante, que con respecto a la afirmación tradicional: «el entrenador es quien debe decidir las reglas, y no los jugadores», tanto las respuestas de los estudiantes de Texas como las de los estudiantes internacionales muestran una total dicotomía. En Texas, el 42% se declaró de acuerdo con esta afirmación y el 41% en desacuerdo. Entre los encuestados internacionales, un 41% estuvo de acuerdo y otro 41% en desacuerdo. Esta distribución bimodal, perfecta en ambos grupos, en respuesta a un valor tradicional, abona la tesis de que los valores tradicionales quizá se estén desplazando hacia un igualitarismo radical, asociado con una visión posmoderna del mundo.

La encuesta internacional reveló un decidido apoyo a otros tres valores. Casi todos los encuestados (96%) se declararon de acuerdo en que la amistad era importante para ellos. Un 82% de los encuestados dijo compartir la afirmación: «es indispensable tener sentido del

CUADRO 1. Instituciones participantes*. Encuesta internacional de 1992 sobre la opinión de los estudiantes

Código**	Localidad	País
1	Luisiana	Estados Unidos
2	Nueva Gales del Sur	Australia
3	Ontario	Canadá
4	Gales	Reino Unido
5	Illinois	Estados Unidos
6	Carolina del Norte	Estados Unidos
7	Kansas	Estados Unidos
8	Texas	Estados Unidos
9	Colorado	Estados Unidos
10	Valparaíso/Este	Chile
11	Valparaíso/Oeste	Chile
12	Franja de Gaza	Israel
13	Gales	Reino Unido
14	Seúl/Oeste	República de Corea
15	Seúl/Este	República de Corea

*Basado en una muestra de disponibilidad

**Códigos asignados por selección aleatoria estratificada.

humor». Un porcentaje ligeramente superior (83%) se declaró de acuerdo en que «el perfeccionamiento espiritual es esencial para todos». Los datos de las diversas instituciones de enseñanza indican que el 98% de los encuestados en la institución Núm. 15, y el 100% en la institución Núm. 9, se declararon de acuerdo con la necesidad de un perfeccionamiento espiritual personal.

La ambigüedad con respecto a la nación-Estado y a un valor moderno, el nacionalismo, fue evidente en las respuestas a la afirmación: «Estoy dispuesto a morir por mi país». De un total de 967 respuestas, 366 (38%) estaban conformes con esta afirmación y 340 (35%) no lo estaban. Un análisis más detenido de esos datos reveló que 191 (20%) estaban totalmente de acuerdo con la afirmación, 224 (23%) totalmente en desacuerdo, y muchos estudiantes (226, o el 27%) no tenían opinión al respecto. Esta respuesta dual, y una incertidumbre y/o indecisión más pronunciada en varios casos particulares (por ejemplo, el 46% de los estudiantes de la institución Núm. 14 no opinaron) respecto a este valor capital de la modernidad da crédito a la hipótesis de que existe una ambigüedad posmoderna. Los datos institución por institución revelaron que el 66% de los encuestados en la institución Núm. 10 esta-

ban de acuerdo en morir por su país, que el 98% de los encuestados de la institución Núm. 12 estaban totalmente de acuerdo en lo mismo, y que en cambio, en la institución Núm. 1 sólo el 7% de los encuestados habían respondido afirmativamente, mientras que el 57% se declararon en total desacuerdo.

Los datos denotan también una cierta ambigüedad respecto del «progreso» y sus ventajas. Por ejemplo, los participantes en la encuesta internacional eran ligeramente menos optimistas acerca de la tecnología que sus homólogos de Texas (84% y 92%, respectivamente). Dignos de mención entre los encuestados internacionales fueron los estudiantes de la institución Núm. 12, de los cuales el 81% se declaró completamente convencido de que la tecnología es buena. Sin embargo, en lo que respecta a la afirmación «la vida es cada vez mejor para la mayoría de las personas», el 39% de los participantes en la encuesta internacional se declararon de acuerdo, mientras que el 43% disentía. Entre los encuestados internacionales, los más optimistas respecto del progreso fueron los estudiantes de la institución Núm. 15; el 85% de ellos se declaró de acuerdo en que la vida es cada vez mejor para la mayoría de las personas. Con respecto al valor moderno conexo de la «esperanza», los encuesta-

CUADRO 2. Afirmaciones «de referencia» – Respuestas que se aproximaron a la unanimidad: comparación entre los resultados de la encuesta de Texas y de la encuesta Internacional

Afirmación	Visión del mundo*	Porcentaje de acuerdo: Texas	Porcentaje de acuerdo: Internacional
1. La felicidad es importante para mí	M	95	99
2. El honor es importante para mí	T	93	89
3. La tecnología es buena	M	92	84
4. En último término cada persona es responsable de sí misma	M	92	84
5. La familia es lo más importante para mí	T	84	83
6. El futuro me inspira más esperanza que desesperanza	M	82	82
7. Estoy seguro de que hay una realidad fuera de mí	T/M	81	75
8. Cada uno debería mirar ante todo por sus intereses	N	81	55
9. El deber es importante para mí	T	81	83

*T = tradicional; N = no tradicional; M = moderno; P = posmoderno.

Fuente: Encuesta de Texas de 1991 y encuesta internacional sobre la opinión de los estudiantes, de 1992.

dos de la institución Núm. 15 superaron la media de acuerdo en esta afirmación (87% y 82% respectivamente), mientras que los estudiantes de la institución Núm. 10 (un 81% estaban totalmente de acuerdo) aún se mostraron más esperanzados.

En la encuesta de Texas, un 45% de los encuestados (porcentaje algo sorprendente) se declararon de acuerdo con la afirmación, «Estoy preocupado la mayor parte del tiempo». Los encuestados internacionales no estaban tan preocupados: sólo el 35% se pronunció en este sentido. Los estudiantes de la institución Núm. 2 eran los menos preocupados (el 61% se declaró en desacuerdo), mientras que los de la institución Núm. 10 eran los más preocupados (el 61% se declaró de acuerdo con la afirmación).

En cuanto a las afirmaciones de referencia «posmodernas», las respuestas de los estudiantes de Texas fueron más o menos bimodales, lo que corrobora el concepto de la ambigüedad posmoderna. En el Cuadro 3 se comparan los resultados de la encuesta internacional con los

de la encuesta de Texas. Se eligieron cuatro afirmaciones de referencia por creer que representaban o reflejaban dos actitudes importantes de la posmodernidad: a) la percepción de que existe una igualdad radical de las ideas; y b) la autonomía o libertad personal como valor «espiritual» muy importante (¿el último?).

Si bien las respuestas de los dos grupos son similares, una diferencia que quizás valga la pena señalar es que los estudiantes internacionales se opusieron más decididamente a los límites sobre la opción personal que sus homólogos de Texas (27% y 19% respectivamente). Las respuestas de ambos grupos a esta afirmación, y a la que podría considerarse la quintaesencia de la postura «todo está bien» («la libertad significa hacer lo que quiera»), fueron de carácter marcadamente tradicional y moderno. Por otra parte, una mayoría de participantes en las dos encuestas se declaró de acuerdo con las afirmaciones que proponían una igualdad radical de las ideas. Aquí también las respuestas parecen reflejar no tanto un cambio de paradigma *a posteriori*, como una

CUADRO 3. Cuatro afirmaciones posmodernas «de referencia»: Encuesta de Texas y encuesta Internacional

Afirmación	Visión del mundo	Porcentaje de acuerdo: Texas	Porcentaje de acuerdo: Internacional
1. La libertad significa hacer todo lo que quiera	P	36	34
2. Todos los límites a las elecciones personales son anticuados e injustos	P	19	27
3. Mis ideas son tan buenas como las de una autoridad	P	68	69
4. Todas las ideas valen lo mismo	P	57	52

*P = visión posmoderna del mundo.

Fuente: Encuesta de Texas de 1991 y encuesta internacional sobre la opinión de los estudiantes, de 1992.

evolución hacia una perspectiva posmoderna.

Un examen más detenido de los resultados de las distintas instituciones con respecto a esas cuatro afirmaciones posmodernas de referencia reveló varias diferencias muy notables. A la afirmación, «la libertad significa hacer todo lo que quiera», el 66% de los encuestados de la institución Núm. 1 y el 63% de los de la institución Núm. 3, respondieron afirmativamente. Estos porcentajes suponen casi el doble del porcentaje afirmativo para toda la muestra, y contrastan acusadamente con las respuestas en la institución Núm. 12 (un 8% de acuerdo), en la Núm. 15 (un 11% de acuerdo), en la Núm. 7 (un 18% de acuerdo) y en la Núm. 14 (un 4% de acuerdo). El 56% de los participantes de la institución Núm. 12 se declararon totalmente en desacuerdo con esta afirmación de autonomía personal absoluta. En cuanto a la naturaleza de la libertad personal, las respuestas variaron geográfica o institucionalmente desde una posición extremadamente tradicional/moderna a un rechazo casi igualmente categórico de esos conceptos.

En cuanto a las dos afirmaciones posmodernas que reflejan una igualdad radical de las ideas, el 80% de los interrogados de la institución Núm. 8, el 82% de los de la institución Núm. 1, el 93% de los de la institución Núm. 11 y el 97% de los de la institución Núm. 10 se declararon de acuerdo con la afirmación «mis ideas son tan buenas como las de una autoridad». El 69% de la muestra se declaró de acuerdo con esta afirmación. Esta cifra,

junto con los niveles de acuerdo considerablemente más elevados en las cuatro instituciones antes mencionadas, corrobora en parte la tesis de que el igualitarismo radical de las ideas es parte importante del sistema de valores de los estudiantes encuestados, o está en vías de serlo.

Esta conclusión viene confirmada también por las respuestas a la cuarta afirmación posmoderna de referencia: «todas las ideas valen lo mismo», con la cual se declaró de acuerdo una mayoría absoluta (52%) de los 967 interrogados. En lo que se refiere a las diversas instituciones, el 70% de los participantes de la institución Núm. 8 y el 82% de los de la institución Núm. 10 se declararon de acuerdo. Estos resultados tienden también a confirmar, aunque con menos claridad, la tesis de una nivelación del panorama de las ideas.

Las respuestas a la quinta afirmación posmoderna merecen un estudio más detenido, porque guardan relación con una posible «kitschificación» de los valores. En la encuesta de Texas, el 57% de los encuestados declararon aceptar la afirmación, «un estudiante que hace todo lo que puede debe aprobar sea cual fuere la calidad de su trabajo». Una mayoría similar de estudiantes internacionales (52%) se declaró de acuerdo con esta afirmación. En la institución Núm. 7, el 59% estaba de acuerdo; en la Núm. 14, el 61%, y en la Núm. 15 el 67%. En cambio, el 55% de participantes de la institución Núm. 12, y el 60% de los de la institución Núm. 2, se declararon en desacuerdo.

CUADRO 4. Igualitarismo radical o afirmaciones «kitsch»: comparación entre la encuesta Internacional y la encuesta de Texas

Afirmación	Visión del mundo*	Porcentaje de acuerdo: Texas	Porcentaje de acuerdo: Internacional
Felicidad es todo lo que me hace sentir bien	P	69	68
Es mejor callarse que hablar para no decir nada	T	42	58
Mi opinión es tan válida como la de una autoridad	P	68	69
Una persona de 65 años es de mediana edad	P	37	39

*El desacuerdo es «kitsch».

Fuentes: Encuesta de Texas de 1991 y encuesta internacional sobre la opinión de los estudiantes, de 1992.

Las tasas de respuesta de la encuesta de Texas y de la encuesta internacional fueron notablemente similares para otras cuatro afirmaciones «kitsch» (Cuadro 4). Del 37 al 69% de los estudiantes se declararon conformes con las afirmaciones favorables a la igualdad radical y la supremacía del sentimiento. Una posible excepción a la correspondencia general entre los dos grupos puede ser la afirmación de que es mejor callarse que hablar para no decir nada.

La encuesta internacional ofreció la oportunidad de comparar las respuestas de estudiantes de instituciones más caracterizadas desde el punto de vista de la situación, especialidad y/o cuerpo de estudiantes que las tres universidades estatales que figuraban en la encuesta de Texas de 1991. En el Cuadro 5 pueden verse las respuestas en cinco de esas instituciones, tres de las cuales no están en los Estados Unidos.

De esos datos comparados relativamente limitados se desprenden algunas de las características más interesantes que ha revelado el estudio. De las 15 afirmaciones de referencia que se presentan en el Cuadro 5, la mayoría de los estudiantes de la institución Núm. 1 sólo se declararon de acuerdo con dos afirmaciones tradicionales (T) («el sacrificio personal es esencial para la felicidad» y «la amistad es importante para mí») y con una afirmación moderna (M) («el futuro me inspira más espe-

ranza que desesperanza»), y rechazaron categóricamente la afirmación tradicional «estaré dispuesto a vivir en la pobreza, si me sintiera contento» y valores modernos tales como «el mérito debería ser el canon para determinar el estatus social» y «estoy dispuesto a morir por mi país».

En la institución Núm. 12, la mayoría de los estudiantes aceptaron todas las afirmaciones tradicionales y modernas y rechazaron abrumadoramente las afirmaciones posmodernas tales como «mis ideas son tan buenas como las de una autoridad» y «todas las ideas valen lo mismo». La única afirmación del Cuadro 5 que podría considerarse indicativa de un cierto grado de aceptación de un paradigma posmoderno, con la cual los estudiantes de la institución Núm. 12 se declararon de acuerdo, fue «habría que prohibir el tabaco».

Otro punto destacado de los resultados que se exponen en el Cuadro 5 es la extrema *variedad* de las opiniones expresadas respecto de todas estas afirmaciones, con excepción de dos o tres. Independientemente del lugar o de la institución, la mayoría de los estudiantes se declararon más esperanzados que desesperanzados, y casi todos estuvieron de acuerdo en que la amistad es importante. Se registró también una cierta coincidencia de opiniones favorables a la prohibición de fumar, pero el nivel de acuerdo a este respecto fue mucho más bajo.

CUADRO 5. Respuestas comparadas en cinco instituciones características

Afirmación	Institución				
	1	9	10	12	14
	Porcentaje de acuerdo*				
«Vivir libre o morir» es un lema que acepto	42	33	85	100	54
El mérito debe ser el canon para determinar el estatus social	31	18	74	82	62
Habría que prohibir el tabaco	62	55	55	70	50
A veces la violencia es necesaria	57	72	45	80	41
El sacrificio personal es esencial para la felicidad	64	58	93	90	33
Un blanco puede entender a un negro	40	94	97	94	28
Un hombre puede entender a una mujer	47	62	92	65	56
La amistad es importante para mí	88	98	97	92	96
Mis ideas son tan buenas como las de una autoridad	82	71	98	16	38
El futuro me inspira más esperanza que desesperanza	80	80	91	82	80
Estaría dispuesto a vivir en la pobreza si me sintiera contento	14	68	56	94	75
Hay que tener hijos... para vivir una vida feliz	4	8	87	81	18
El sexo antes del matrimonio ... es ... moralmente erróneo	39	88	37	84	40
Todas las ideas valen lo mismo	67	36	82	18	10
Estoy dispuesto a morir por mi país	7	58	56	100	27

*De acuerdo = totalmente de acuerdo + relativamente de acuerdo hasta el próximo número entero.

Por lo demás, los estudiantes de estas cinco instituciones se mostraron divididos en sus respuestas. De hecho, con cierta frecuencia los estudiantes se declararon en desacuerdo en proporciones difíciles de prever. Por ejemplo, la proporción de acuerdo y desacuerdo con la afirmación «todas las ideas valen lo mismo» fue del 10 y el 82%; respecto de «hay que tener hijos para vivir una vida feliz», del 4 y el 87%; en cuanto a la afirmación «el mérito debe ser el canon para determinar el estatus social», del 18 y el 82%; respecto de «estoy dispuesto a morir por mi país», del 7 y el 100%; y para «estaría dispuesto a vivir en la pobreza si me sintiera contento», del 14 y el 94%. La gama de opiniones fue igualmente amplia para las

afirmaciones tradicionales como para las modernas.

Resumen y conclusiones

La encuesta de Texas de 1991 y la encuesta internacional de 1992 investigaron para detectar una posible «orientación hacia un paradigma posmoderno» en el sistema de valores de los estudiantes. Los resultados de la primera encuesta parecen abonar dos conclusiones: a) los valores tradicionales y modernos, como la religión, el deber y el individualismo, eran muy importantes; y b) al propio tiempo, se estaba registrando una cierta transformación

de los valores, es decir, que el cambio no se había producido, pero se estaba produciendo. Las indicaciones del cambio de orientación de los valores aparecieron en el estudio de Texas de 1991 en dos sectores principales. En primer lugar, los estudiantes de Texas estaban profundamente divididos, y sumidos incluso en la incertidumbre, respecto de afirmaciones tradicionales tales como «las ceremonias son esenciales». En segundo lugar, los estudiantes de Texas se declararon conformes con varias afirmaciones que implicaban el igualitarismo radical *de facto* del kitsch, como por ejemplo, «la felicidad es todo lo que me hace sentir bien».

Los resultados de la encuesta internacional de 1992 indican que los valores tradicionales y modernos son, en cualquier caso, aún más importantes para los estudiantes de esta muestra, y que esos estudiantes aceptan menos los valores correspondientes a una visión posmoderna del mundo, en comparación con los estudiantes de Texas encuestados en 1991. No obstante, en determinados puntos críticos se observó un apoyo abierto a los valores posmodernos. Por ejemplo, una mayoría de los estudiantes internacionales se declaró de acuerdo con que «mis ideas son tan buenas como las de una autoridad» (69%) y «todas las ideas valen lo mismo» (52%), o sea, que creían en la igualdad radical de las ideas. Además, el concepto de calidad absoluta —y no de calidad estrictamente relativa— fue rechazado por una mayoría de los participantes que se declaró de acuerdo, por ejemplo, en que los estudiantes deberían aprobar en función únicamente de su esfuerzo (52%).

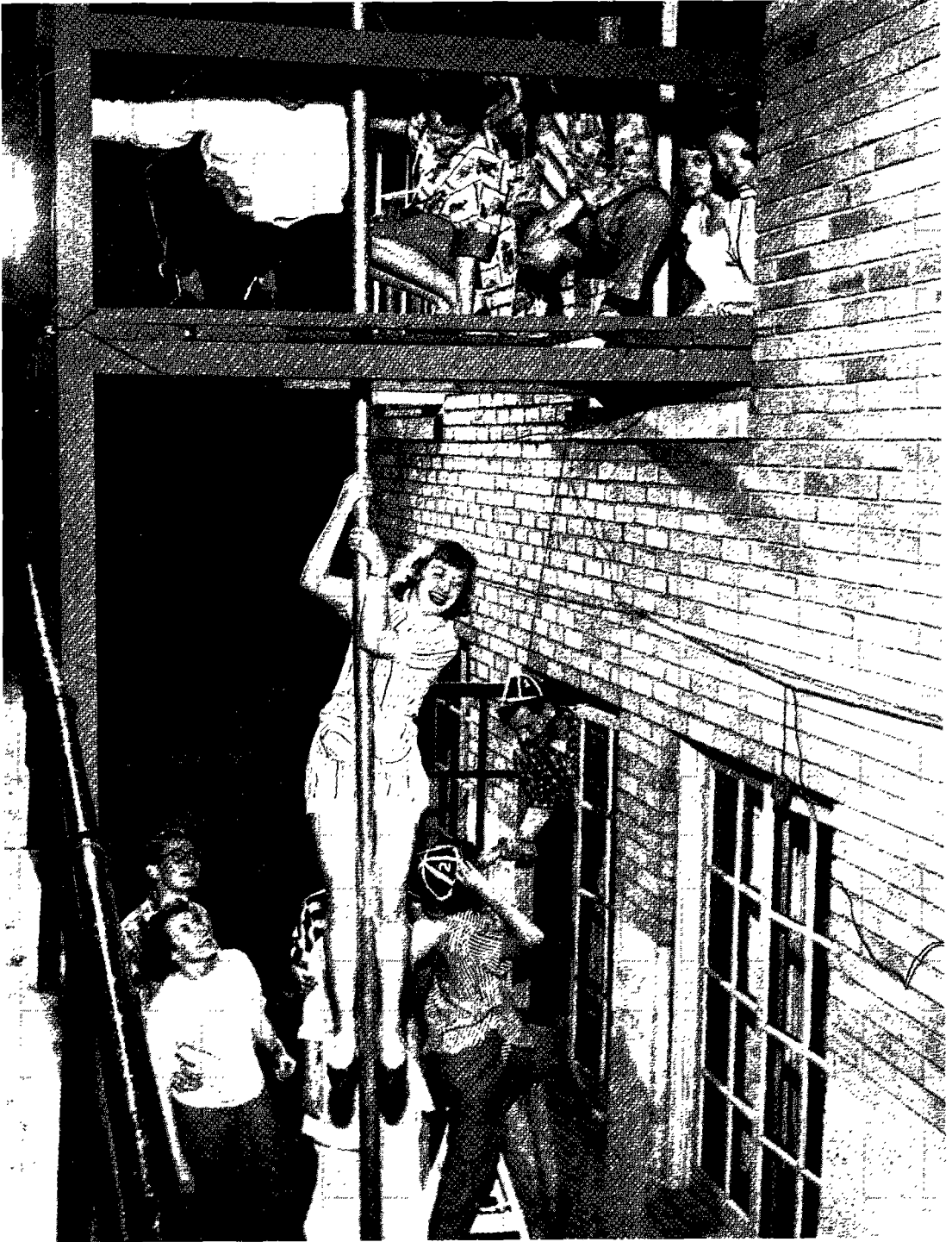
En otros resultados se observó un apoyo implícito a los valores posmodernos. Por ejemplo, los interrogados se mostraron divididos con respecto a la idea tradicional de que el entrenador debe fijar las reglas de juego (41%-41%). Si bien en general su actitud no puede considerarse cínica, los estudiantes internacionales se mostraron profundamente divididos en cuanto a si «la vida es cada vez mejor para un mayor número de personas» (39%-43%) y respecto de sus deberes hacia el país: el 38% estaba dispuesto a morir por su país, y el 35% no.

La comparación entre los datos de las diversas instituciones revela acusadas diferencias que suscitan varias cuestiones sumamente importantes de naturaleza sociosófica y geosó-

fica, que no podemos tratar en el presente artículo. Especial mención merecen los estudiantes de la institución Núm. 12, que se declararon completamente conformes con las visiones del mundo tradicionales/modernas, y los de la institución Núm. 1, que parecen los más posmodernos (Cuadro 5). ¿Indica el «conservadurismo» de los estudiantes de la institución Núm. 12 un rechazo duradero, más o menos parcial, del Occidente posmoderno en favor de una «alternativa islámica», o bien es un fenómeno temporal debido a factores tales como la opresión nacional y religiosa? ¿Se deriva el rechazo aparente de los valores tradicionales y modernos por parte de los estudiantes de la institución Núm. 1 de una actitud cínica y nihilista que se origina en una profunda alienación creada por un racismo real y percibido? ¿Se trata por consiguiente de un caso aislado, propio de los estudiantes de instituciones tales como la Núm. 1, o estamos empezando a ver la «punta del iceberg» de una nueva *Weltanschauung* cuya razón definitoria no es la reacción sino la opción personal?

Un examen de los datos correspondientes a los estudiantes de la institución Núm. 10 sugiere otras posibilidades. Los estudiantes de esta institución se declararon en favor de muchos valores tradicionales (por ejemplo, «honor» = 93% e «hijos» = 87%), pero una mayoría de ellos dijeron estar preocupados la mayor parte del tiempo (61%), una considerable mayoría se declaró de acuerdo en que «todas las ideas valen lo mismo» (82%) y un asombroso 97% dijo creer que «mis ideas son tan buenas como las de una autoridad». El hecho de que puedan coexistir los valores tradicionales y los valores posmodernos hace pensar que los valores pueden incorporarse como un conjunto en el cual el principio de no contradicción no se aplica. Diríase que se está registrando una *reconciliación intuitiva*, o por lo menos una *aceptación de elementos antinómicos*, completamente al margen de las sensibilidades occidentales tradicionales y modernas.

Los estudiantes que participaron pueden considerarse poseedores de múltiples identidades, más que «individuos con una identidad central o nuclear, a la cual todas las demás están subordinadas» (Hage y Powers, 1992). En ciertos aspectos, la aceptación de lo paradójico evoca las filosofías orientales de la unidad en la totalidad. Esta conclusión tiende a



Fiesta de colegio en la Universidad de Indiana, Estados Unidos, 1955. Las preguntas sobre el sentido de la vida tendrán importancia para estos estudiantes? Wadelton/BSNY Rapho.

confirmar la utilidad de las bases teóricas del presente estudio, esto es, que los valores pueden estudiarse con un modelo que refleje la topografía de una mezcla de visiones del mundo.

Por consiguiente, además de proporcionar algunas ideas interesantes respecto de las visiones del mundo, actuales y en evolución, de los estudiantes universitarios, este estudio indica la necesidad de un nuevo modo de describir, comparar y evaluar el conjunto de los valores. En ocasiones se han presentado las visiones del mundo como puntos situados en los dos extremos de un eje horizontal. Sin embargo, en lo que respecta a las dos muestras examinadas en nuestro trabajo podríamos llegar a la conclusión de que dos visiones del mundo aparentemente conflictivas pueden verse más bien como diferentes ubicaciones en el paisaje mental.

Si bien en cierto modo es probablemente correcto concebir un desplazamiento de los valores de los estudiantes de hoy a través de la topografía de los paisajes mentales, de lo moderno a lo posmoderno, hay otras tres interesantes posibilidades que precisan investigación. En primer lugar, si bien este «desplazamiento» desde lo tradicional y moderno hasta lo posmoderno, puede producirse con frecuencia, o incluso en la mayoría de las veces, de modo gradual y paulatino, también podría producirse a saltos, a modo de un «equilibrio puntuado» en el que los cambios de los valores fundamentales se lleven a cabo con gran rapidez. En segundo lugar, por rápida o desigual que sea la manera en que los valores de la mayoría de los estudiantes tienden hacia lo que hemos llamado posmodernismo (por ejemplo, la libertad como autonomía personal

y una igualdad radical de las ideas), y que es lo que nosotros creemos que está ocurriendo claramente, también reconocemos que los paisajes mentales de los universitarios de nuestros días se parecen cada vez más a territorios de valores múltiples, ocupados no por necesidad sino por elección. Por último, existe la posibilidad de que esta incipiente unidad en la totalidad refleje no tanto una nueva multiplicidad de identidades como un cambio de la *Gestalt* a una visión mundial en la cual el pensamiento «prelógico», «correlativo» (Graham, 1992; Hall, 1992; Granet, 1934; Levi-Strauss, 1966) o analógico se valore de modo adicional a la «lógica», es decir, el conocimiento estrictamente proposicional del análisis (Graham, 1992).

Nada más podemos decir al respecto. El sentido del «sentido» en los aún incipientes contextos del no contexto (Trow) siguen siendo extremadamente opacos. Por el momento no podemos ni siquiera empezar a especular sobre si la faz dominante del paradigma posmoderno de los estudiantes contemporáneos se convertirá (por ejemplo) en un posmodernismo del «todo está bien», y no en la apertura posmodernista, y mucho menos los efectos que ello tendrá en las estructuras sociales, culturales o personales. No obstante, podemos llegar a la conclusión de que se está produciendo un considerable cambio paradigmático con respecto a los valores de muchos estudiantes universitarios, y no sería honrado negar que las respuestas de los estudiantes —suficientemente ambiguas para ofrecer algo a cada uno— han dado razones tanto para desesperar como para sentirnos esperanzados.

Traducido del inglés

Referencias

CORNELL, G.W. 1993. «Moral Consensus Endangered in U.S.» *Corpus Christi Caller*. Marzo 20, 1993.

CROOK, S, PAKULSKI, J. y WATERS, M. 1992. *Postmodernization: Change in Advanced Society*. Newburn Park, CA: Sage.

FEYERABEND, P. 1975. *Against Method*. Nueva York: Verso.

FLINT, A. 1993. «Survey: Social Activism on the Rise. *Boston Globe*. Feb. 26, 1993.

GEYER, G.A. 1993. «Demoralized Russia Now Finds Itself at a

Crossroads.» *Corpus Christi Caller*. Feb. 26, 1993.

GRAHAM, A.C. 1992. *Unreason Within Reason*. La Salle, Illinois: Open Court Press.

GRANET, M. *La Pensee Chinoise*. París: Albin Michel.

- HABERMAS, J. 1975. *Legitimation Crisis*. Boston: Beacon Press.
- HABERMAS, J. 1981. «Modernity versus Postmodernity.» *New German Critique* 22 (invierno): 3-14.
- HAGE, J. y POWERS, C.H. 1992. *Post-Industrial Lives*. Newbury Park, CA: Sage.
- HALL, D.L. 1992. Foreword to *Unreason Within Reason*, por A.C. Graham. La Salle, Illinois: Open Court.
- HARRIS, J.F. 1992. *Against Relativism*. La Salle, Ill.: Open Court Press.
- HARVEY, D. 1989. *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Nueva York: Blackwell.
- HAYLES, N.K. Sin fecha. «Materiality of Informatics» and «Virtual Bodies and Flickering Signifiers». Department of English, University of Iowa, Iowa City, IA.
- HEBDIGE, D. 1988. *Hiding in the Light*. Londres y Nueva York: Routledge.
- KUHN, T. 1970. *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- KUNDERA, M. 1984. *The Unbearable Lightness of Being*. Nueva York: Harper Colophon Books.
- LEVI-STRAUSS, C. 1966. *The Savage Mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- LUKACS, J. 1993. «Order and History». *The Intercollegiate Review* 28, N.º 2. Primavera, 1993.
- NORMAN, E.R. 1993. «Freedom in an Age of Selfishness.» *The Intercollegiate Review* 28, N.º 2. Primavera, 1993.
- NORWINE, J., PREDÁ, M., KETCHAM, A., BRUNER, M. 1992. «Postmodern University Students' Values.» *Educational Research Quarterly*. 16, Núm. 2. Diciembre, 1992.
- NORWINE, J. 1993. *A Postmodern Tao*. Lanham, MD: University Press of America.
- PORTY, R. 1979. *Philosophy and the Mirror of Nature*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- ROSE, M.A. 1991. *The Post-Modern and the Post-Industrial*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- TROW, G.W.S. 1978. *Within the Context of No Context*. Boston: Little Brown.

Servicios profesionales y documentales

Calendario de reuniones internacionales

La redacción de la Revista no puede ofrecer ninguna información complementaria sobre estas reuniones.

1994

- | | | |
|-------------|-------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 11-14 abril | <i>Birmingham</i> | Center for Urban and Regional Studies; European Network for Housing Research: 2.º Coloquio: Hábitat urbano para los pobres - El hábitat, la pobreza y los países en vías de desarrollo.
<i>Rick Groves, Centre for Urban and Regional Studies, The University of Birmingham, Edgbaston, Birmingham B15. 2TT (Reino Unido)</i> |
| 25 abril | <i>San José</i> | Life zone ecology course
<i>Dr. H. Jiménez, Tropical Science Center, P.O. Box 8-3870-10000, San José (Costa Rica)</i> |
| 5-7 mayo | <i>Miami
(Estados Unidos)</i> | <i>Population Association of America: Reunión.
PAA, 1722 N. Street NW, Washington, DC 20036 (Estados Unidos)</i> |
| 23-27 mayo | <i>Changsha
(China)</i> | Chinese Higher Education Society; Ontario Institute for Studies in Education: Conferencia internacional sobre la sabiduría indígena y el intercambio cultural. |
| 8-11 junio | <i>Chicago
(Estados Unidos)</i> | Association for the Advancement on Baltic Studies: 14 Conferencia de Estudios Bálticos (Tema: Independencia e identidad).
<i>AABS, 111 Knob Road, Hackettstown, N.J. 07840 (Estados Unidos)</i> |
| 19-22 junio | <i>Ottawa</i> | Office of Continuing Education; University of Guelph: I Coloquio internacional (Tema: Salud, ecosistema y medicina).
<i>Mr. R. Petrolongo, Office of Continuing Education, 159 Johnston Hall, University of Guelph, Ontario, N1G 2W1 (Canadá)</i> |
| 27-30 junio | <i>Lublin
(Polonia)</i> | Polish Sociological Association: 9 Congreso (Tema: Ciudadanos e instituciones - advenimiento de un nuevo orden social) <i>Polish Sociological Association, Nowy Swiat 72, 00-330 (Polonia)</i>
<i>Polish Sociological Association, Nowy Swiat 72, 00-330 (Polonia)</i> |
| 3-7 julio | <i>Helsinki
(Finlandia)</i> | Consejo Internacional de Acción Social: 26 Conferencia internacional. <i>Global Welfare 94, Conference Secretariat, P.O. Box 63, Sf-00501 Helsinki (Finlandia)</i> |
-

18-23 julio	<i>Bielfeld</i> (Alemania)	Asociación internacional de sociología: 13 Congreso mundial. <i>ISA. Faculty of Political Sciences and Sociology. University Complutense, 28223 Madrid (España)</i>
19-21 julio	<i>Boulder</i> (Estados Unidos)	University Corporation for atmospheric Research: Por un equilibrio de la economía y del entorno –Coloquio sobre el desarrollo sostenible. <i>UCAR. Orr Roberts Institute, P.O. Box 3000, Boulder, CO 80387-3000 (Estados Unidos)</i>
20-26 agosto	<i>Manchester</i> (Reino Unido)	6 Congreso internacional de Ecología. <i>The Secretary, 6th Internat. Congress of Ecology, Dept. of Environmental Biology, The University, Manchester, M14 9PL (Reino Unido)</i>
21-25 de agosto	<i>Berlín</i> (Alemania)	Asociación Internacional de ciencia política: 16 Congreso mundial – La democratización. <i>Secretariado AISP, Universidad de Oslo, P.O. Box 1097, 0317 Oslo (Noruega)</i>
22-26 de agosto	<i>Praga</i>	Unión Geográfica Internacional: Conferencia regional sobre el entorno y la calidad de vida en Europa Central. <i>Dr. T. Kucera, Secr. of the Organizing Committee, IGC, Albertov 6. 128 43 Praga 2 (República Checa)</i>
5-13 septiembre	<i>El Cairo</i>	Fondo de las Naciones Unidas para las actividades de población: Conferencia Internacional «Población y desarrollo». <i>Population 94, ICPD Secretariat c/o UNFPA, 220 E. 42nd Street, New York, NY 10017 (Estados Unidos)</i>
2-9 octubre	<i>Tsukuba</i> (Japón)	Federación internacional para la información y la documentación: 47 Asamblea General, conferencia y congreso. <i>Prof Y. Fujiwara, University of Tsukuba, Institute of Electronics and Inform. Science, Tsukuba, Ibaraki, 3055 (Japón)</i>
5-9 diciembre	<i>Cotonou</i>	Asociación internacional de desarrollo y acción comunitarios: coloquio internacional «La acción comunitaria en la instauración de un desarrollo estable y la consolidación de un proceso de democratización». <i>AIDAC. 179 rue du Débarcadère, 6001 Marcienne (Bélgica)</i>
1995		
	<i>Cuba</i>	Unión geográfica internacional: Conferencia regional. <i>IGU Secretariat, Dept. of Geography, University of Alberta, Edmonton, Alberta T6G 2H4 (Canadá)</i>
6-9 febrero	<i>Nueva Delhi</i>	Asociación internacional de universidades: 10 Conferencia general (Tema: Civilización global y raíces culturales - llenar el vacío). <i>aiu, 1 Rue Miolkis, 75732 Paris-Cedex 15 (Francia)</i>
30 marzo-1 abril		<i>Population Association of America: Reunión.</i> <i>PAA, 1722 N Street NW, Washington, DC 20036 (Estados Unidos)</i>
Abril	<i>Copenhague</i>	Naciones Unidas. Cumbre mundial del desarrollo. <i>Naciones Unidas, New York, N.Y. 10017 (Estados Unidos)</i>

13-18 agosto *Dublín* Federación mundial para la salud mental: Congreso mundial.
*M.J. O'Mahony, Mental Health Assoc. of Ireland, 6 Adelaide Street. Dun
Laoghaire, County Dublin (Irlanda)*

Setiembre *Pekín* Naciones Unidas: 4 Conferencia mundial sobre las mujeres: igualdad,
desarrollo y paz.
*Mme. Meslem, Dir. Division for the Advancement of Women, Vienna
International Center, P.O.B. 500, A-Viena (Austria)*

1996

4-10 agosto *La Haya* Unión Geográfica Internacional: 28 Congreso Internacional.
*Dr. J. Vries, President, 28th IGC Org. Committee, Faculty of Spatial
Sciences, University of Groningen, P.O. Box 800, 9700 AV Groningen
(Países Bajos)*

1997

6-11 julio *Lathi*
(Finlandia) Federación mundial para la salud mental: Congreso mundial.
*Pirkko Lahti, Finnish Assoc. for Mental Health, Lauttaasarentie 28-30,
00200 Helsinki (Finlandia)*

Libros recibidos

Generalidades, documentación

Centre National de la Recherche Scientifique. *Répertoire des équipes et des chercheurs en sciences cognitives, 1993: Région parisienne.* Paris, CNRS, 1993. 134 p.

Fonds National de la Recherche Scientifique. *Liste des bénéficiaires d'une subvention du FNRS ou d'uns des trois associés avec indication des recherches poursuivies et de l'institution d'accueil, 1992.* Bruxelles, FNRS, 1993. 315 p.

—.—. *Soixante-cinquième Rapport annuel, 1992.* Bruxelles, FNRS, 1993. 218 p.

Grandqvist, Raoul (ed.). *Culture in Africa: An Appeal for Pluralism.* Uppsala, Scandinavian Institute of African Studies, 1993. 204 p. fig. ill. tabl. (Seminar Proceedings, 29).

International Handbook of Universities, 13th ed. Paris, The International Association of Universities, 1993. 130 p. index.

Salomon, Jean-Jacques; Sagasti, Francisco; Sachs-Jeanet, Céline. *La quête incertaine: science - technologie - développement.* Tokyo, The United Nations University Press; Paris, Economica, 1994. 578 p. index. bibl.

Schröder, R.E.V.M. *The International Course Organizer's Handbook.* Lisse, Swets and Zeitlinger, 1993. 245 p. fig. tabl. bibl.

United Nations Conference on Trade and Development. *Transnational Corporations: A Selective Bibliography/Les sociétés transnationales: Bibliographie sélective, 1991-1992.* New York, United Nations 1993. 727 p.

Zentrallarchiv für Empirische Sozialforschung an der Universität zu Köln. *Empirische Sozialforschung, 1992.* Frankfurt; New York, Campus Verlag, 1993. 480 p.

Filosofía

Laguerre, Maxime. *L'Ordre naturel: Essai à contre-courant.* Editions de l'éternel retour, 1993. 287 p. 100 F.

Ciencias Sociales

United Nations. Economic and Social Commission for Asia and the Pacific. *Compendium of Social Development Indicators in the ESCAP Region: Quality of Life in the ESCAP Region.* New York, United Nations, 1993. 152 p. tabl.

Sociología

Aminzade, Ronald. *Ballots and Barricades: Class Formation and Republican Politics in France, 1830-1871.* Princeton, Princeton University Press, 1993. 321 p. ill. bibl. index. Cloth \$49.50; Paperback \$18.95; £14.95.

Chazel, François (bajo la dirección de). *Action collective et mouvements sociaux.* Paris, Presses universitaires de France, 1993. 267 p. 178 F.

Gibbon, Peter (ed.). *Social Change and Economic Reform in Africa.* Uppsala, The Scandinavian Institute of African Studies, 1993. 381 p. tabl. bibl.

González, Gerardo; Azaola, Elena; Durate, Martha P.; Lemus, Juan P. *El maltrato y el abuso sexual a menores: una aproximación a estos fenómenos en México.* Azcapotzalco, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993. 188 p. tabl.

Hassenpflug, Dieter. *Sozialökologie: Ein Paradigma.* Opladen, Westdeutscher Verlag, 1993. 235 p. fig. tabl. index.

Luchhini, Riccardo. *Enfant de la rue: Identité, sociabilité, drogue.* Paris: Genève, Librairie Droz, 1993: 248 p. bibl. index.

Rawlings, William K. *Friendship Matters: Communication, Dialectics and the Life of Course.* New York, Aldine de Gruyter, 1993. 307 p. bibl. index. (Communication and Social Order).

Silbermann, Alphons. *Das Wohnen-Erlebnis in Ost-Deutschland: Eine soziologische Studie.* Köln, Verlag Wissenschaft und Politik, 1993. 167 p. fig. tabl. bibl.

United Nations Department of Economic and Social Information Policy Analysis. *Women's Education and Fertility Behaviour: A Case-Study of Rural Maharashtra, India.* New York, United Nations, 1993; 41 p. tabl.

Población

United Nations Department of Economic and Social Information Policy and Analysis. *Abortion Policies: A Global Review, v. II: Gabon-Norway.* New York, United Nations, 1993. 243 p. tabl.

Ciencia política

Balázs, Judit; Wiberg, Håkan (eds). *Peace Research for the 1990s.* Budapest, Akadémiai Kiado, 1993. 271 p. tabl. bibl.

Ciencias económicas

Due, Jesper; Madsen, J.S.; Jensen, C.S.; Petersen, L.K. *The Survival of the Danish Model.* Copenhagen, DJOF Publishing, 1994. 264 p. 280 DKK.

Havnevik, Kjell J. *Tanzania: The Limits to Development from Above.* Uppsala, The Scandinavian Institute of African Studies, 1993. 177 p. bibl. index.

Vaidyanathan, Lalitha. *Media Watch on Global Recession: Collapse of Capitalism.* Chheda Nagar, Chembur, Bombay, L. Vaidyanathan, 1993. 171 p.

Derecho

Conseil Pontifical "Justice et Paix". *Les peuples autochtones dans l'enseignement de Jean-Paul II: Textes du Magistère.* Cité du Vatican, Conseil Pontifical, 1993. 75 p.

Farer, Tom. *Collectively Defending Democracy in a World of Sovereign States: The Western Prospect.* Montreal, International Centre for Human Rights and Democratic Development, 1993. 36 p. (Essays on Human Rights and Democratic Development, 1).

Gillies, David. *Human Rights, Democracy and "Good Governance": Stretching the World Bank's Policy Frontiers.* Montreal, International Centre for Human Rights and Democratic Development, 1992. 37 p. (Essays on Human Rights and Democratic Development, 2).

United Nations Economic and Social Commission for Asia and the Pacific. *Rehabilitation of Juvenile Delinquents in the ESCAP Region.* New York, United Nations, 1992. 250 p. tabl.

Wiseberg, Laurie S. *Defending Human Rights Defenders: The Importance of Freedom Association for Human Rights NGOs.* Montreal, International Centre for Human Rights and Democratic Development, 1993. 31 p. (Essays on Human Rights and Democratic Development, 3).

Previsión y acción social

Evers, Adalbert; Svetlik, Ivan (eds). *Balancing Pluralism: New Welfare Mixes in Care for the Elderly.* Vienna, European Centre, 1993. 316 p. tabl. bibl. £19.95. (Public Policy and Social Welfare, v.13).

Salud

World Health Organization. Regional Office for Europe. *Health for All Targets: The health Policy for Europe / Les buts de la santé pour tous: La politique de santé de l'Europe.* Copenhagen, WHO, 1993. 254 p. tabl. index. 36 Sw.Fr.

Biografía

Frambes-Buxeda, Aline (ed.). *Huracán del Caribe: Vida y obra del insigne puertorriqueño Don Pedro Albizu Campos.* San Juan de Puerto Rico, Universidad Interamericana, 1993. 192 p. ill. (Libros Homines, t. 10).

Publicaciones de la Unesco

(Incluidas las auspiciadas por la UNESCO)

La alimentación del hombre del mañana. por Albert Sasson. Paris, UNESCO; Barcelona, Editorial Reverté, 1993. 807 p. tabl. bibl. (Col. Sextant, 3). 225 F.

Anuario estadístico de la UNESCO 1993. Paris, UNESCO, 1993. p.v. 375 F.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Anthropologie sociale et culturelle/International Bibliography of the Social Sciences: Social and Cultural Anthropology, Vol. 38, 1992. London; New York, Routledge/for/The British Library of Political and Economic Science; The Internat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1993. 215 p. index (Diffusion: Offilib, Paris). 1.120 F.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Science économique/International Bibliography of the Social Sciences: Social and Cultural Anthropology, Vol. 41, 1992. London; New York, Routledge/for/The British Library of Political and Economic Science; The Internat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1993. 435 p. index (Diffusion: Offilib, Paris). 1.120 F.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Science politique/International Bibliography of the Social Sciences: Political Science, vol. 41, 1992. London; New York, Routledge/for/The British Library of Political and Economic Science; The Internat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1993. 316 p. index (Diffusion: Offilib, Paris). 1.120 F.

Bibliographie internationale des sciences sociales: Sociologie/International Bibliography of the Social Sciences: Political Science, vol. 41, 1992. London; New York, Routledge/for/The British Library of Political and Economic Science; The In-

ternat. Committee for Social Science Inform. and Doc., 1993. 359 p. index (Diffusion: Offilib, Paris). 1.120 F.

Estudios en el extranjero/Study Abroad/Études à l'étranger, vol. 28. Paris, UNESCO, 1993. 1300 p. 100 F.

Cultura y gobernabilidad democráticas: América Latina en el umbral del tercer milenio, coord. por Luis Albalá-Bertrand. Paris, Ediciones UNESCO, 1993. 136 p. (Col. Democracia y poder). 70 F.

Index translationum, vol. 39, 1986. Paris, UNESCO, 1992. 1.323 p. 350 F.

Introducción general a las ciencias y técnicas de la información y de la documentación, por Claire Guinchat y Michel Menou. Paris, UNESCO; CINDOC, 1992. 555 p. il. cuadros. 150 F.

Répertoire international jeunes et patrimoine/International Directory Youth and Heritage. Paris, Jeunesse et patrimoine international; UNESCO, 1993. 117 p. ill.

Repertorio internacional de organismos de juventud/Répertoire international des organismes de jeunesse/International Directory of Youth Bodies. Paris, UNESCO, 1992, 160 p.

Répertoire mondial de fondations/World Directory to Foundations. Paris, Editions UNESCO, 1993, 156 p.

Selective Inventory of Social Science Information and Documentation Services, 4th ed./Inventaire sélectif des services d'information et de documentation en sciences sociales/Inventario de servicios de información y documentación en ciencias sociales. Paris, UNESCO; Oxford, B. Blackwell, 1993. 388 p. index.

(World Social Science Information Directories/Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales/Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). £45 países industrializados; £27.50 países en vías de desarrollo.

World Directory of Human Rights Research and Training Institutions, 2nd ed./Répertoire mondial des institutions de recherche et de formation sur les droits de l'homme/Repertorio mundial de instituciones de investigación y de formación en materia de derechos humanos. Paris, UNESCO, 1992. 290 p. (World Social Science Information Directories/Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales/Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). 125 F.

World Directory of Peace Research and Training Institutions, 7th ed./Répertoire mondial des institutions de recherche et de formation sur la paix/Repertorio mundial de instituciones de investigación y de formación sobre la paz. Paris, UNESCO, 1991. 354 p. (World Social Science Information Directories/Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales/Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). 120 F.

World Directory of Social Science Institutions, 5th ed./Répertoire mondial des institutions de sciences sociales/Repertorio mundial de instituciones de ciencias sociales. Paris, UNESCO, 1990. 1.211 p. (World Social Science Information Directories/Répertoires mondiaux d'information en sciences sociales/Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales). 225 F.

World Directory of Teaching and Research Institutions in International Law, 3rd ed./Répertoire mon-

Cómo obtener estas publicaciones: a) Las publicaciones de la UNESCO que lleven precio pueden obtenerse en las Ediciones UNESCO, Servicio de Ventas, 7 Place de Fontenoy, 75353 París 07 SP, o en los distribuidores nacionales; b) las co-publicaciones de la UNESCO pueden obtenerse en todas las librerías de alguna importancia o en las Ediciones UNESCO.

dial des institutions de formation et de recherche en droit international/ Repertorio mundial de instituciones de formación y de investigación en derecho internacional. Paris, UNESCO Publishing; Oxford, B. Blackwell, 1993. 245 p. (World Social Science Information Directories/Répertoires mondiaux d'infor-

mation en sciences sociales/Repertorios mundiales de información sobre las ciencias sociales).

World List of Social Periodicals, 8th ed./Liste mondiale des périodiques spécialisés dans les sciences sociales/ Lista mundial de revistas especializadas en ciencias sociales. Pa-

ris, UNESCO, 1991; 1.264 p. index. (World Social Science Information Services/Services mondiaux d'information en sciences sociales/Servicios mundiales de información sobre las ciencias sociales). 150 F.

Números aparecidos

Desde 1949 hasta 1958, esta *Revista* se publicó con el título de *International Social Science Bulletin/Bulletin international des sciences sociales*. Desde 1978 hasta 1984, la *RICS* se ha publicado regularmente en español y, en 1987, ha reiniciado su edición española con el número 114. Todos los números de la *Revista* están publicados en francés y en inglés. Los ejemplares anteriores pueden comprarse en la UNESCO, División de publicaciones periódicas, 7, Place de Fontenoy, 75700 Paris (Francia). Los microfilms y microfichas pueden adquirirse a través de la University Microfilms Inc., 300 N Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106 (USA), y las reimpresiones en Kraus Reprint Corporation, 16 East 46th Street, Nueva York, NY 10017 (USA). Las microfichas también están disponibles en la UNESCO, División de publicaciones periódicas.

Vol. XI, 1959

- Núm. 1 Social aspects of mental health*
- Núm. 2 Teaching of the social sciences in the USSR*
- Núm. 3 The study and practice of planning*
- Núm. 4 Nomads and nomadism in the arid zone*

Vol. XII, 1960

- Núm. 1 Citizen participation in political life*
- Núm. 2 The social sciences and peaceful co-operation*
- Núm. 3 Technical change and political decision*
- Núm. 4 Sociological aspects of leisure*

Vol. XIII, 1961

- Núm. 1 Post-war democratization in Japan*
- Núm. 2 Recent research on racial relations*
- Núm. 3 The Yugoslav commune*
- Núm. 4 The parliamentary profession*

Vol. XIV, 1962

- Núm. 1 Images of women in society*
- Núm. 2 Communication and information*
- Núm. 3 Changes in the family*
- Núm. 4 Economics of education*

Vol. XV, 1963

- Núm. 1 Opinion surveys in developing countries*
- Núm. 2 Compromise and conflict resolution*
- Núm. 3 Old age*
- Núm. 4 Sociology of development in Latin America*

Vol. XVI, 1964

- Núm. 1 Data in comparative research*
- Núm. 2 Leadership and economic growth*
- Núm. 3 Social aspects of African resource development*
- Núm. 4 Problems of surveying the social science and humanities*

Vol. XVII, 1965

- Núm. 1 Max Weber today/Biological aspects of race*
- Núm. 2 Population studies*
- Núm. 3 Peace research*
- Núm. 4 History and social science*

Vol. XVIII, 1966

- Núm. 1 Human rights in perspective*
- Núm. 2 Modern methods in criminology*
- Núm. 3 Science and technology as development factors*
- Núm. 4 Social science in physical planning*

Vol. XIX, 1967

- Núm. 1 Linguistics and communication*
- Núm. 2 The social science press*
- Núm. 3 Social functions of education*
- Núm. 4 Sociology of literary creativity

Vol. XX, 1968

- Núm. 1 Theory, training and practice in management*
- Núm. 2 Multi-disciplinary problem-focused research*
- Núm. 3 Motivational patterns for modernization*
- Núm. 4 The arts in society*

Vol. XXI, 1969

- Núm. 1 Innovation in public administration
- Núm. 2 Approaches to rural problems*
- Núm. 3 Social science in the Third World*
- Núm. 4 Futurology*

Vol. XXII, 1970

- Núm. 1 Sociology of science*
- Núm. 2 Towards a policy for social research*
- Núm. 3 Trends in legal learning*
- Núm. 4 Controlling the human environment*

Vol. XXIII, 1971

- Núm. 1 Understanding aggression
- Núm. 2 Computers and documentation in the social sciences*
- Núm. 3 Regional variations in nation-building*
- Núm. 4 Dimensions of the racial situation*

Vol. XXIV, 1972

- Núm. 1 Development studies*
 - Núm. 2 Youth: a social force?*
 - Núm. 3 The protection of privacy*
 - Núm. 4 Ethics and institutionalization in social science*
-

Vol. XXV, 1973

- Núm. 1/2 Autobiographical portraits*
- Núm. 3 The social assessment of technology*
- Núm. 4 Psychology and psychiatry at the crossroads

Vol. XXVI, 1974

- Núm. 1 Challenged paradigms in international relations*
- Núm. 2 Contributions to population policy*
- Núm. 3 Communicating and diffusing social science*
- Núm. 4 The sciences of life and of society*

Vol. XXVII, 1975

- Núm. 1 Socio-economic indicators: theories and applications*
- Núm. 2 The uses of geography
- Núm. 3 Quantified analyses of social phenomena
- Núm. 4 Professionalism in flux

Vol. XXVIII, 1976

- Núm. 1 Science in policy and policy for science*
- Núm. 2 The infernal cycle of armament*
- Núm. 3 Economics of information and information for economists*
- Núm. 4 Towards a new international economic and social order*

Vol. XXIX, 1977

- Núm. 1 Approaches to the study of international organizations
- Núm. 2 Social dimensions of religion
- Núm. 3 The health of nations
- Núm. 4 Facets of interdisciplinarity

Vol. XXX, 1978

- Núm. 1 La territorialidad: parámetro político
- Núm. 2 Percepciones de la interdependencia mundial
- Núm. 3 Viviendas humanas: de la tradición al modernismo
- Núm. 4 La violencia

Vol. XXXI, 1979

- Núm. 1 La pedagogía de las ciencias sociales: algunas experiencias
- Núm. 2 Articulaciones entre zonas urbanas y rurales
- Núm. 3 Modos de socialización del niño
- Núm. 4 En busca de una organización racional

Vol. XXXII, 1980

- Núm. 1 Anatomía del turismo
- Núm. 2 Dilemas de la comunicación: ¿tecnología contra comunidades?
- Núm. 3 El trabajo
- Núm. 4 Acerca del Estado

Vol. XXXIII, 1981

- Núm. 1 La información socioeconómica: sistemas, usos y necesidades
- Núm. 2 En las fronteras de la sociología
- Núm. 3 La tecnología y los valores culturales
- Núm. 4 La historiografía moderna

Vol. XXXIV, 1982

- Núm. 91 Imágenes de la sociedad mundial

- Núm. 92 El deporte
- Núm. 93 El hombre en los ecosistemas
- Núm. 94 Los componentes de la música

Vol. XXXV, 1983

- Núm. 95 El peso de la militarización
- Núm. 96 Dimensiones políticas de la psicología
- Núm. 97 La economía mundial: teoría y realidad
- Núm. 98 La mujer y las esferas de poder

Vol. XXXVI, 1984

- Núm. 99 La interacción por medio del lenguaje
- Núm. 100 La democracia en el trabajo
- Núm. 101 Las migraciones
- Núm. 102 Epistemología de las ciencias sociales

Vol. XXXVII, 1985

- Núm. 103 International comparisons
- Núm. 104 Social sciences of education
- Núm. 105 Food systems
- Núm. 106 Youth

Vol. XXXVIII, 1986

- Núm. 107 Time and society
- Núm. 108 The study of public policy
- Núm. 109 Environmental awareness
- Núm. 110 Collective violence and security

Vol. XXXIX, 1987

- Núm. 111 Ethnic phenomena
- Núm. 112 Regional science
- Núm. 113 Economic analysis and interdisciplinary
- Núm. 114 Los procesos de transición

Vol. XL, 1988

- Núm. 115 Las ciencias cognoscitivas
- Núm. 116 Tendencias de la antropología
- Núm. 117 Las relaciones locales-mundiales
- Núm. 118 Modernidad e identidad: un simposio

Vol. XLI, 1989

- Núm. 119 El impacto mundial de la Revolución francesa
- Núm. 120 Políticas de crecimiento económico
- Núm. 121 Reconciliar la biosfera y la sociosfera
- Núm. 122 El conocimiento y el Estado

Vol. XLII, 1990

- Núm. 123 Actores de las políticas públicas
- Núm. 124 El campesinado
- Núm. 125 Historias de ciudades
- Núm. 126 Evoluciones de la familia

Vol. XLIII, 1991

- Núm. 127 Estudio de los conflictos internacionales
- Núm. 128 La hora de la democracia
- Núm. 129 Repensar la democracia
- Núm. 130 Cambios en el medio ambiente planetario

Vol. XLIV, 1992

- Núm. 131 La integración europea
- Núm. 132 Pensar la violencia
- Núm. 133 La sociología histórica
- Núm. 134 América: 1492-1992

Vol. XLV, 1993

- Núm. 135 La innovación
- Núm. 136 La sociología política comparativa
- Núm. 137 Investigar el futuro
- Núm. 138 Las Organizaciones Internacionales

Vol. XLVI, 1994

- Núm. 139 Balance actual de la Sociología I
 - Núm. 140 Balance actual de la Sociología II
- *Números agotados
-

REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA

Director: *Ricardo Pozas Horcasitas*

Editora: *Sara Gordon Rapoport*

Órgano oficial del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Torre II de Humanidades, 7º piso, Cd. Universitaria, C.P. 04510

NÚM. 1 / ENERO-MARZO / 1994

EL SINDICALISMO EN LA GLOBALIZACIÓN

Sindicato y reestructuración productiva en México

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO

El papel de los sindicatos en la transición política mexicana

VÍCTOR M. DURAND PONTE

Los sindicatos mexicanos y la legalidad laboral

GRACIELA BENSUSÁN

¿Crisis en el sindicalismo en México?

FRANCISCO ZAPATA

Los sindicatos en México ante la globalización

ALEJANDRO ÁLVAREZ BÉJAR

Política de ajuste y proceso de democratización en Chile: sus efectos sobre los trabajadores

MANUEL BARRERA

Cambio de valores e identidades colectivas en la agricultura española

EDUARDO MOYANO ESTRADA

Demandas impuestas por la empresa globalizada sobre la fuerza de trabajo

E. MIGUEL SZEKELY

Las transfiguraciones del capitalismo en América Latina

SERGIO DE LA PEÑA

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

SARA GORDON – ÓSCAR URIBE VILLEGAS



Informes y suscripciones: Departamento de ventas

Teléfono: 623-02-34

EL TRIMESTRE ECONOMICO



COMITÉ DICTAMINADOR: Carlos Bazdresch P., Alejandro Castañeda, Benjamín Contreras, Raúl Livas, John Scott, Lucía Segovia, Rodolfo de la Torre. CONSEJO EDITORIAL: Edmar L. Bacha, José Blanco, Gerardo Bueno, Enrique Cárdenas, Arturo Fernández, Ricardo French-Davis, Enrique Florescano, Roberto Frenkel, Ricardo Hausmann, Albert O. Hirschman, David Ibarra, Francisco Lopes, Guillermo Maldonado, José A. Ocampo, Luis Ángel Rojo Duque, Gert Rosenthal, Fernando Rosenzweig (†), Francisco Sagasti, Jaime José Serra, Jesús Silva Herzog Flores, Osvaldo Sunkel, Carlos Tello, Ernesto Zedillo.

Director: Carlos Bazdresch P. Subdirector: Rodolfo de la Torre
Secretario de Redacción: Guillermo Escalante A.

Vol. LXI (1)

México, Enero-Marzo de 1994

Núm. 241

ARTÍCULOS

- Frank Hahn** *Lo que pueden o no hacer los mercados*
- Alejandro Izurieta y Rob Vos** *Ajuste estructural y costo social en la América Latina. ¿Qué nos explican los estudios recientes?*
- Óscar Altimir** *Cambios de la desigualdad y la pobreza en la América Latina*
- Miguel Székely Pardo** *Estabilización y ajuste con desigualdad y pobreza: El caso de México*

NOTAS Y COMENTARIOS: Víctor E. Tokman, *Informalidad y pobreza: Progreso social y modernización productiva*. Nora Lustig, *Medición de la pobreza y de la desigualdad en la América Latina. El emperador no tiene ropa*

El TRIMESTRE ECONÓMICO aparece en los meses de enero, abril, julio y octubre. La suscripción en México cuesta N\$100.00. Número suelto N\$35.00. Índices de números 1-200 (por autores y temático) N\$7.50

Precio de suscripción por un año, 1994

	<i>España, Centro y Sudamérica (dólares)</i>	<i>Resto del mundo (dólares)</i>
Personal	35.00	42.00
Número suelto	12.00	18.00
Índice de números 1-200	20.00	50.00
Universidades, bibliotecas e instituciones	42.00	120.00
Número suelto	30.00	42.00

Fondo de Cultura Económica, carretera Picacho Ajusco 227, Col. Bosques del Pedregal, 14200 México, D.F. Suscripciones y anuncios: teléfono 227-46-70, señora Irma Barrón.

CONTRIBUCIONES

1/94

Editor

Konrad-Adenauer-Stiftung
Asociación Civil. Centro
Interdisciplinario de Estudios sobre
el Desarrollo Latinoamericano

Director

Hermann Schneider

Consejo de Redacción

Theresa Durnbeck
Carlota Jackisch
Thomas Klöckner
Hermann Schneider
Laura Villarruel

Secretaría de Redacción

Laura Villarruel

■ Temas

Hermann Sautter/ Rolf Schinke

Los costos sociales de las reformas económicas. Sus causas y posibilidades de amortiguación

José María Cartas

Además del ajuste, la reforma social. La nueva agenda de los organismos internacionales

Osvaldo Giordano

Equidad y ajuste estructural en la Argentina. ¿Un problema de costos sociales o de distribución de beneficios sociales?

Flavio C. Escóbar Llanos

Bolivia: cambio estructural, ajuste fiscal y costo social. Un análisis crítico

Guillermo Pérez Vega

Ajustes estructurales y políticas sociales en Chile

Luis Calvo Ochoa

La amortiguación de los costos sociales del ajuste

Ignacio Basombrío

El proceso de ajuste en el Perú: lecciones y resultados

Gustavo Márquez

Pobreza y políticas sociales en Venezuela

■

Ensayos

Hans-Peter Repnik

El Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Organismo internacional establecido con el objeto de contribuir al desarrollo económico y social en América Latina

Documentos y hechos

Heinrich Meyer

Resultado de los comicios celebrados en Costa Rica. De campaña negativa a fiesta cívica

Reseña de libros

El Mercado Unico Europeo y su impacto en América Latina,

por Theresa Durnbeck

Publicación trimestral de la
Konrad-Adenauer-Stiftung
A.C. - Centro
Interdisciplinario de
Estudios sobre el Desarrollo
Latinoamericano CIEDLA

Año XI - N° 1 (41)
enero - marzo, 1994

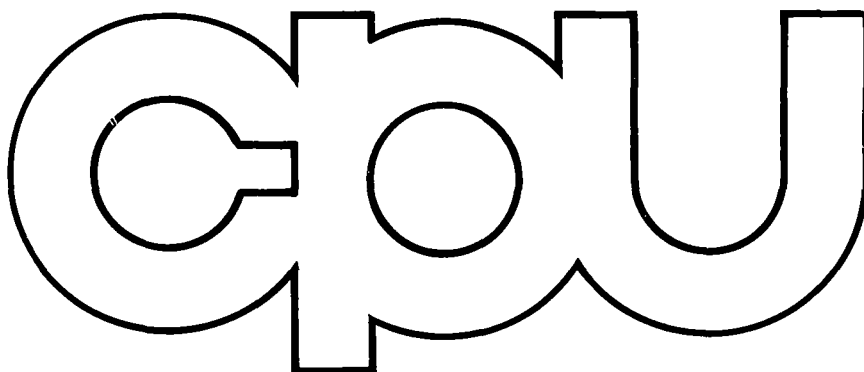
Redacción Administración: CIEDLA

Leandro N. Alem 690 - 20° Piso
1001 Buenos Aires, República Argentina,
Teléfono (00541) 313-3522
FAX (00541) 311-2902

Derechos adquiridos por KONRAD-ADENAUER-
STIFTUNG A.C.

Reg. de la Propiedad Intelectual N° 266.319

Hecho el depósito que marca la ley 11.723



estudios sociales

Nº 80 / trimestre 2 / 1994

PRESENTACION 5

ARTICULOS

LAS DEMANDAS DE LAS IGLESIAS Y
CREDOS A LA EDUCACION MEDIA
Raúl Atria - Roberto González 9

ACTITUDES MODERNAS HACIA LA
EDUCACION UN ESTUDIO DESCRIPTIVO
EN LA RURALIDAD

Ximena Sánchez S. - Patricia Muñoz S. 33
PRIVATIZACIONES Y MERCADO 1973-1989

Eugenio Lahera P. 51
POSTMODERNISMO TERRITORIAL Y
GLOBALIZACION: REGIONES PIVOTALES Y
REGIONES VIRTUALES

Sergio Boisier 73
LOS PELIGROS DEL LIDERAZGO EFECTIVO

Eduardo Acuña A. 93
MENTIRA, 4ª ACEPCION

Juan Rivano 119
LEGITIMIDAD E INSTITUCIONES:
GUGLIELMO FERRERO Y CARL SCHMITT

Victor Alarcón O. - César Cansino 157
LA CRISIS DE RUSIA EN LA ERA

"YELTSIANA" **Walter Krohne** 169

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

"ELOGIO DEL GRAN PUBLICO: UNA
TEORÍA CRÍTICA DE LA TELEVISIÓN"
(Dominique Wolton)

Edison Otero B. 217

DOCUMENTOS

OCHO NOTAS SOBRE DEMOCRACIA
GREMIAL

Santiago Quer A. 225

MÁS ALLÁ DE LA BIOLOGÍA DEL
CONOCIMIENTO: LA FÍSICA SEMANTICA

Raymond Colle 231

LA EDUCACION SUPERIOR Y
LA VELOCIDAD DEL CAMBIO SOCIAL

Ernesto Schiefelbein 243

APUNTES PARA UNA REFLEXION DE LA
SOCIOLOGIA. ALGUNOS LIMITES Y
PERSPECTIVAS

Marcelo Martínez 251

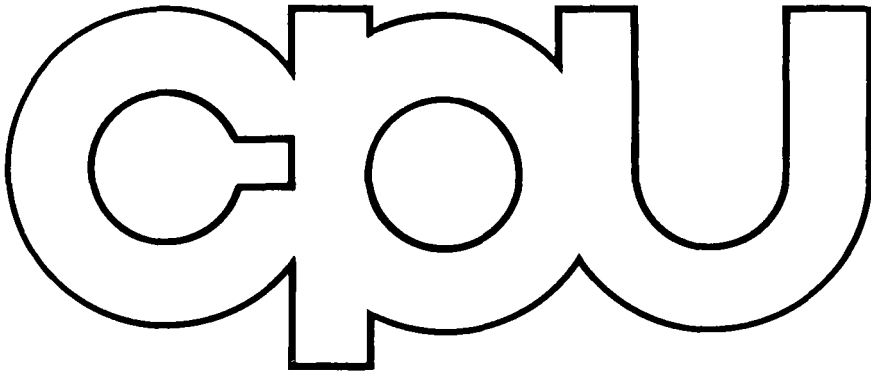
EVENTOS

PRESENTACION DEL LIBRO " Extensión
Universitaria en Chile: una aproximación

para su análisis". **Rafael Blanco** 257

corporación de promoción universitaria

Los artículos publicados en esta revista expresan los puntos de vista de los autores y no necesariamente representan la posición de la Corporación



estudios sociales

Nº 79 / trimestre 1 / 1994

PRESENTACION 5

ARTICULOS

INDIVIDUO Y COMUNIDAD EN EL PENSAMIENTO POLITICO Y SOCIAL DE JOHN DEWEY.

Hermes H. Benítez 9

HACIA LA HISTORIA (Una Reflexión Política sobre el Siglo XXI). **Víctor Alarcón Olgún** 35

VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE EN CHILE. Notas Históricas sobre el Fundador del APRA.

Juan Manuel Reveco 53

REFLEXIONES EN TORNO A LA SITUACION DEL SECTOR SILVOAGROPECUARIO CHILENO.

Cristián Palma A 71

EL SISTEMA DE SERVICIOS DE ATENCION DE PSICOTERAPIA EN CHILE FRENTE A LOS DESAFIOS DEL PRESENTE Y DEL FUTURO. **Juan Pablo Jiménez, Ramón Florenzano, Constanza Buguñá, Rhonda Sarnoff, Silvia Vega** 85

COMO DEFINIR CALIDAD DE EDUCACION.

Clifton B. Chadwick, Cecilia Thorne 117

EL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO: ALGUNAS CARACTERISTICAS DE APRENDIZAJE Y PERSONALIDAD. **Fernando Pérez F., Silvia Iturrieta T., Gloria Icaza N., Irene Truffello C.** 129

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

"SERENDIPIA. DESCUBRIMIENTOS ACCIDENTALES EN LA CIENCIA" (Roystom M. Roberts)

Ricardo López 143

DOCUMENTOS

SATISFACCION DE LOS USUARIOS DEL SERVICIO DE RECOLECCION DE BASURAS DE LA COMUNA DE PROVIDENCIA: UNA CONTRIBUCION A LA EVALUACION DE LA CALIDAD.

Olimpia Torres C. 147

DOCENCIA UNIVERSITARIA. UNA NECESIDAD DE PERFECCIONAMIENTO (Una Propuesta).

M. Cecilia Persico J 165

IRRACIONALIDAD EN SINDICATOS CHILENOS.

Eduardo Acuña 177

TELEVISION NACIONAL DE CHILE COMO SERVICIO PUBLICO. **Valerio Fuenzalida** 207

LOS CAMBIOS SOCIALES EN ALEMANIA COMO DESAFIO PARA LA DECADA DEL '90.

Udo Bartsch 219

EVENTOS

PRESENTACION LIBRO "Televisión y Violencia".

Sergio Prenafeta 237

PRESENTACION LIBRO "Los fondos concursables en el desarrollo y financiamiento de la Investigación Universitaria. **Manuel Krauskopf** 241

corporación de promoción universitaria

Los artículos publicados en esta revista expresan los puntos de vista de los autores y no necesariamente representan la posición de la Corporación

Revista de la CEPAL

Santiago de Chile

Abril de 1994

Número 52

Distribución del ingreso y la pobreza después de la crisis.

Oscar Altimir.

Nuevas orientaciones para la gestión pública.

Eugenio Lahera.

Industria petroquímica y de máquinas herramientas:
estrategias empresariales.

Daniel Chudnovsky, Andrés López y Fernando Porta.

Productividad, crecimiento y exportaciones industriales de
Brasil.

Regis Bonelli.

Maquila en el Caribe: la experiencia de Jamaica.

Larry Willmore.

Elasticidad-precio de las exportaciones agrícolas de
Centroamérica.

Alberto Gabriele.

De la inflación crónica a la moderada en Ecuador.

Luis Jácome.

Nuevas estrategias de las empresas transnacionales en la
Argentina.

Bernardo Kosacoff y Gabriel Bezchinsky.

Informalidad y pobreza en América Latina.

Guillermo Rosenbluth.

Crisis y alternativas en los procesos de regionalización.

Sergio Boisier.

Una perspectiva cultural de las propuestas de la CEPAL.

Fernando Calderón, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone.

La CEPAL y el neoliberalismo.

Fernando Fajnzylber.

Orientaciones para los colaboradores de la *Revista de la
CEPAL*.

Publicaciones recientes de la CEPAL.

La *Revista de la CEPAL* se publica en español e inglés, tres veces por año, y cada ejemplar tiene un valor de US\$10 (diez dólares o su equivalente en moneda nacional). El valor de la suscripción anual es de US\$16 (en español) y de US\$18 (en inglés). Como todas las publicaciones de la CEPAL y del ILPES, esta *Revista* se puede adquirir a través de la Unidad de Distribución de la CEPAL, Casilla 179-D, Santiago de Chile, o de Publicaciones de las Naciones Unidas, Sección Ventas: DC-2-866, Nueva York, 10017, Estados Unidos de América, o Palais des Nations, 1211 Ginebra 10, Suiza.

HOJA DE SUBSCRIPCIÓN

Enviar la subscripción y el pago a:
CENTRE UNESCO DE CATALUNYA
Mallorca, 285
08037 BARCELONA, España

Sírvase subscribirme a la REVISTA INTERNACIONAL DE CIENCIAS SOCIALES

Precios para 1993

Países industrializados

Países en desarrollo

5.000 ptas.

3.000 ptas.

45 \$

27 \$

Sírvase enviarme _____ ejemplares del número(s) _____

Precio de cada ejemplar 1.500 ptas.

15 \$

Nombre y apellidos _____

Dirección _____

Ciudad _____ País _____

Fecha _____ Firma _____

Adjunto cheque

giro internacional